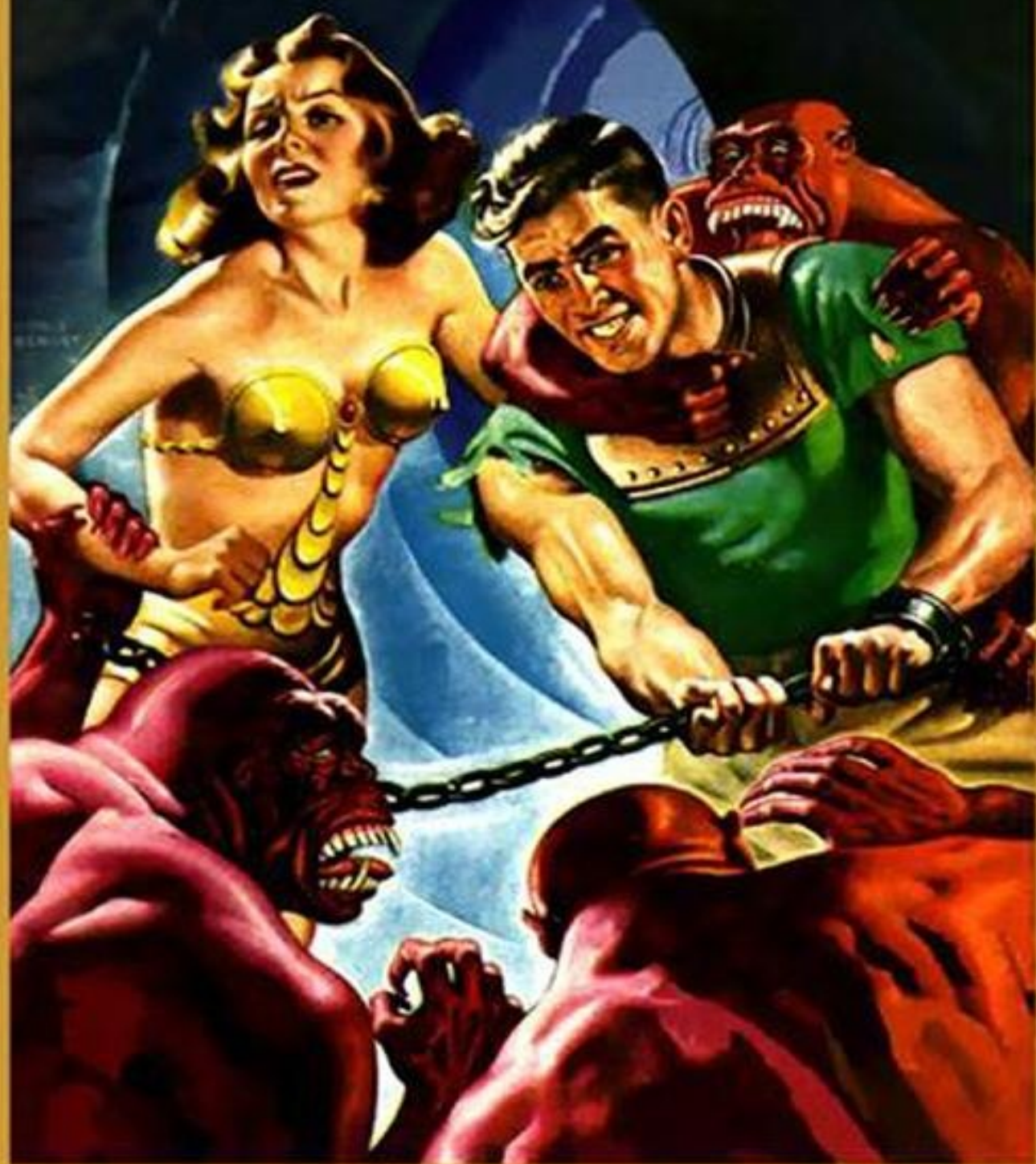


LOS LIBROS DE
HERCULES

LA SOMBRA SOBRE MARTE



LEIGH BRACKETT
ILUSTRADO

Lectulandia

Con “La Sombra sobre Marte”. Los Libros de Barsoom cierran la trilogía marciana de Leigh Brackett que se inició con “Las ciudades perdidas de Marte” y continuó con “Las aventuras de Eric John Stark”. En el presente volumen se recopilan el resto de las historias de la reina del Space Opera ambientadas en el planeta rojo, la mayoría inéditas en español, con todos sus interiores originales, así como la novela “La némesis de Terra”, que cierra el ciclo marciano con una apabullante traca final con la que Leigh Brackett nos ofrece una de sus historias más apasionantes y repletas de acción. Se trata, ni más ni menos que de la revolución marciana, para independizarse de la esclavitud a la que está sometida por parte de las grandes corporaciones de la Tierra, una revolución compartida tanto por los habitantes nativos como por los innumerables colonos terranos que han ido poblando el planeta. Con tal excusa, Leigh Brackett desarrolla una narración fascinante repleta de ciudades perdidas, combates a muerte, grandes batallas y, sobre todo, el aroma clásico del viejo Marte, que la autora logra describir al lector como si estuviera viviendo en él, y que hará las delicias a todos los que, como nosotros, añoran el sentido de la maravilla en la ciencia ficción.

Lectulandia

Leigh Brackett

La sombra sobre Marte

ePub r1.0

Titivillus 12.08.2019

Título originales: *The veil of Astellar* (1945), *Martian Quest* (1940), *Water Pirate* (1941),
Mars Minus Bisha (1954), *Purple Priestess of the Mad Moon* (1964), *Shadow Over Mars*
(1944)

Leigh Brackett, 1964

Traducción: Pedro Cañas Navarro

Editor digital: Titivillus

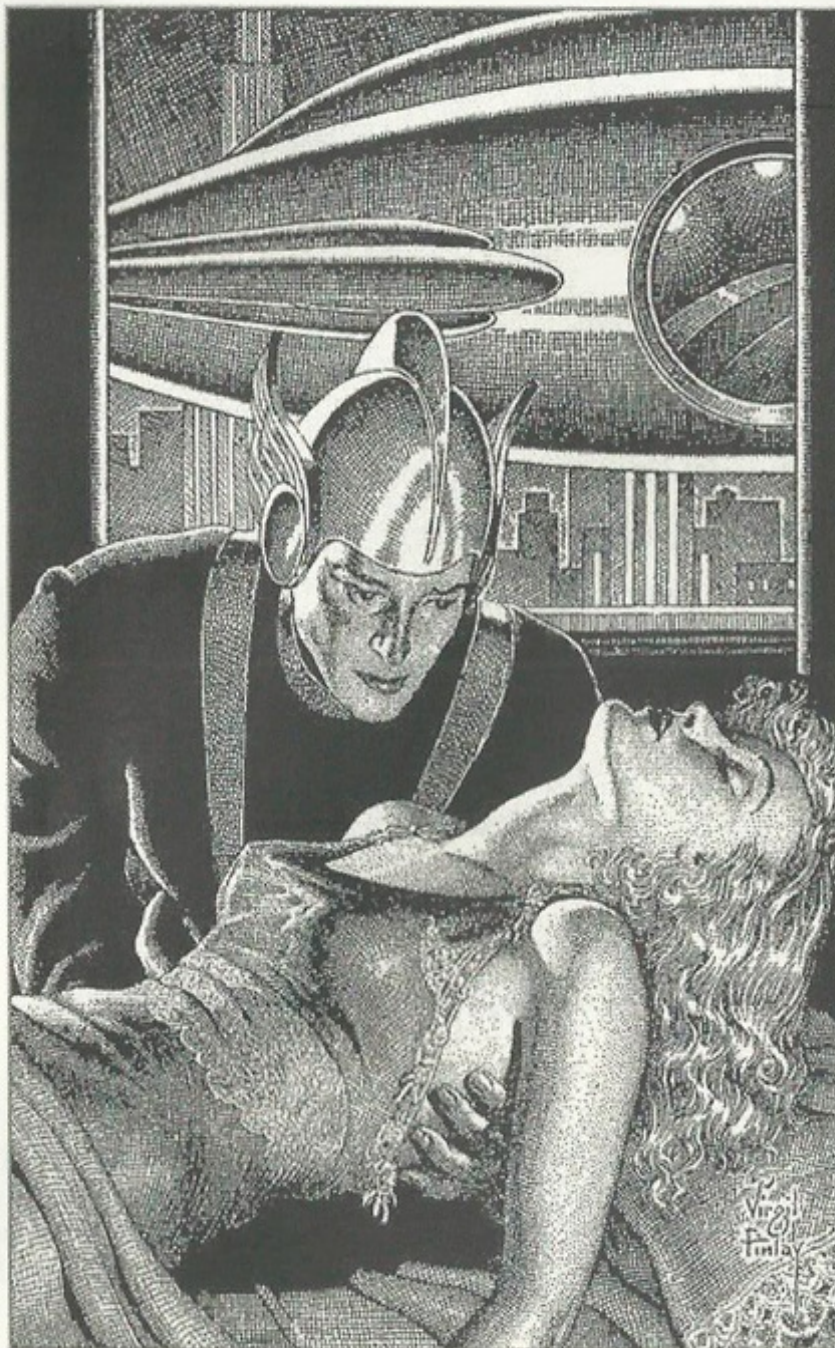
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

LA SOMBRA SOBRE MARTE

Leigh Brackett



Introducción y traducción:

Pedro Cañas Navarro

F-123

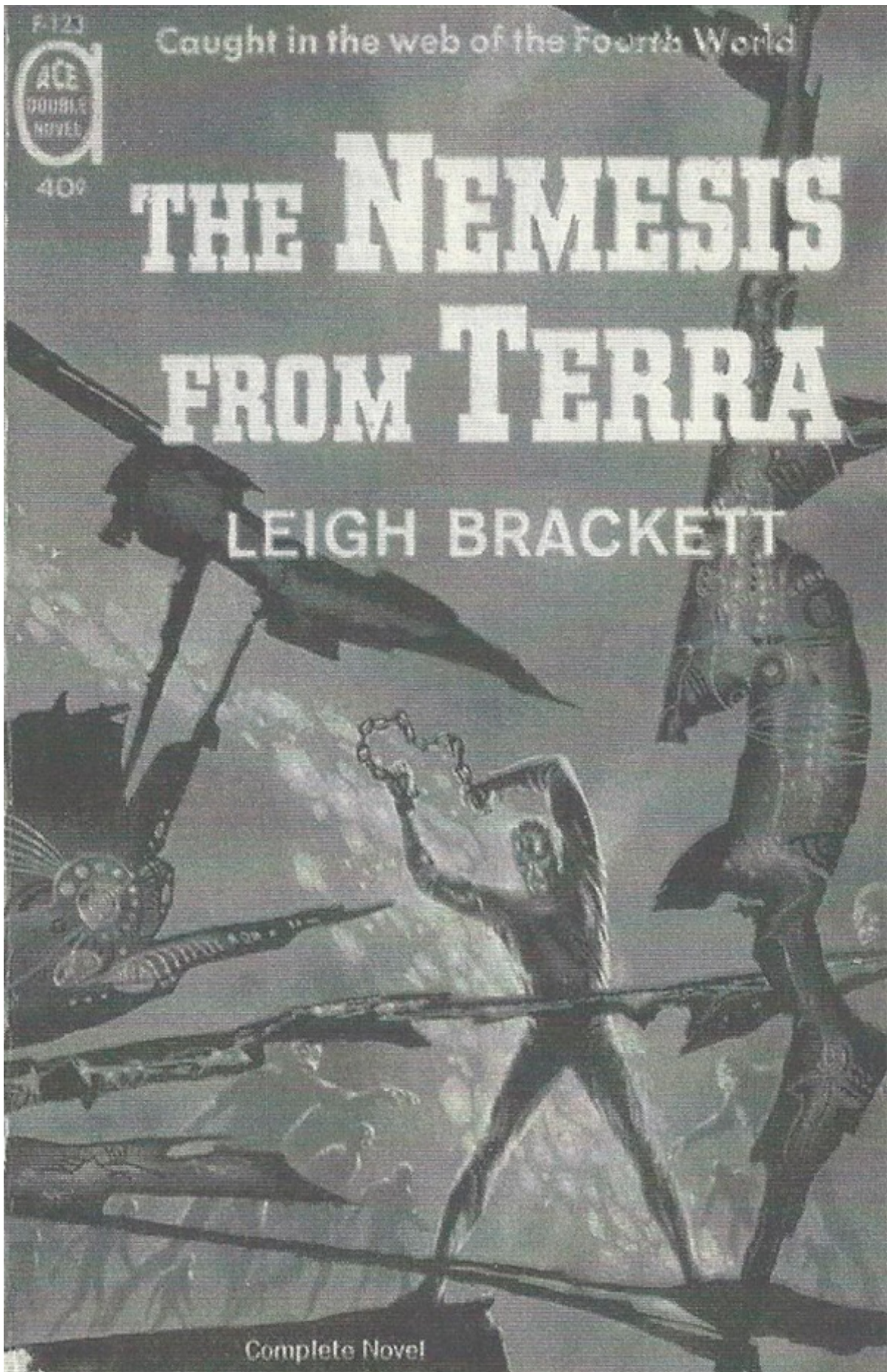


406

Caught in the web of the Fourth World

THE NEMESIS FROM TERRA

LEIGH BRACKETT



Complete Novel

Índice



La Sombra sobre Marte

por Pedro Cañas Navarro

Índice de contenido

Introducción por Pedro Cañas Navarro

El velo de Astellar

El enigma de Marte

El pirata del agua

Marte menos Bisha

La sacerdotisa escarlata de la luna roja

La némesis de Terra

INTRODUCCIÓN

Para algunos de nosotros Marte siempre ha sido la Última Thule, el Dorado, el Jardín de las Espérides, el misterioso país que ejerce sobre nosotros una fascinación irresistible. Los primeros exploradores, que han resultado ser electrónicos en vez de humanos, comenzaron a reducir estos sueños a los duros y fríos datos de la realidad.

Pero en lo relativo a los hombres y los marcianos, los simples hechos quizá no constituyan un camino hacia la realidad.

Por esta razón, os ofrezco estas leyendas del Antiguo Marte, como historias verdaderas, invitando a los datos transmitidos por las naves exploradoras a mantenerse a una distancia respetuosa.

Os aseguro la autenticidad de todas estas historias.

Porque, después de todo, yo estuve allí.

Leigh Brackett

Introducción a “La llegada de los terranos”.

En la introducción a *Las Ciudades Perdidas de Marte* (colección Antares nº 2, Libros de Barsoom) se describía la evolución del Planeta Marte, tal y como la soñó Leigh Brackett durante la época de la primera expansión terrana (*terran*, nombre que le gustaba darle a nuestra autora en vez de terrestre o terrícola), y la primera parte de la segunda.

Al final de esta introducción se decía:

“A pesar del fracaso del primer intento de reasentamiento de poblaciones que se acaba de describir, la colonización está en marcha; los desheredados de los mundos interiores serán reasentados en Marte, que a su vez está siendo empleado como base para mandar colonos más allá del Velo de Astelar; quizá la fauna marciana plantee algunas dificultades, que serán resueltas tras la oportuna indagación de las particularidades de la misma. También

determinados cultos a la luna loca y tabúes que afecten a alguna niña, fundados o infundados, plantearán dificultades, si bien fáciles de superar.

Un problema importante que la colonización pone de manifiesto, es la falta de agua, máxime si los piratas se apoderan de ella, pero todo puede ser resuelto con el esfuerzo adecuado. Las grandes compañías de la Tierra establecerán explotaciones mineras en el Marte, controlado por la Organización de Mundos Unidos y que, por momentos, está dejando de ser marciano. A cambio, numerosos marcianos, incluso bárbaros *shunni*, comienzan a recorrer, como pilotos, tripulantes, feriantes o soldados, los caminos del espacio y los campos y las ciudades de los planetas, interiores y exteriores.

Los habitantes de Marte, tanto los más primitivos *shunni*, *keshi*, las demás tribus y la población de las ciudades del Canal Inferior, como los civilizados que dependen directamente del débil gobierno marciano, títere de la Tierra, ven lo que sucede, no les gusta y esperan la hora de su libertad. Las manecillas del reloj que marca el tiempo que falta para la némesis del sistema impuesto por la Tierra avanzan de forma inexorable.

En este volumen se van a recoger las historias que describen la historia de Marte desde el momento en que se inicia la intromisión a nivel de colonización, dirigida por las grandes compañías, modeladas como ocurrió en la Tierra por la Compañía de las Indias Orientales, hasta la independencia real del planeta”.

Curiosamente, en estos relatos se encuentra una de las pocas fechas presentadas por la autora 2418 d. C. lo que nos indica que el proceso de colonización fue relativamente lento, pues debió comenzar a finales del siglo XXI y cuatrocientos años después todavía no estaba terminado.

A lo largo de este período se produce la “guerra” contra los androides, realmente es una especie de genocidio... si los androides fueran seres humanos en algún sentido, que son cazados en los mundos humanos, incluso en Ganimedes. La historia de los androides se recoge en dos novelas, “*La danzarina de Ganimedes*” y “*La joya de Bas*” ninguna de las cuales tiene relación con Marte.

En esta época quedará constituido el Triángulo que agrupa, de una forma laxa, a los pueblos de Marte, la Tierra y Venus, así como sus colonias, pero no debe olvidarse que ninguno de los planetas se encuentra unificado, sino divididos en naciones, aunque más o menos tengan instituciones comunes; esta situación seguirá manteniéndose en tiempos de la I Guerra Interplanetaria, posterior a los hechos relatados en este volumen.

Uno de los acontecimientos más importantes de la Historia de la Humanidad y que configura la historia posterior, es el de la independencia de las colonias de las naciones europeas. Esta Independencia se produjo en dos etapas claramente diferenciadas. La primera se desarrolló a finales del siglo XVIII y principios del XIX, en ella las trece provincias inglesas de Norteamérica y a continuación las colonias españolas se emanciparon de las metrópolis, creándose nuevas naciones que a su vez influyeron en el antiguo continente. La segunda etapa se produjo después de la II Guerra Mundial y afectó principalmente, aunque no exclusivamente, a las colonias francesas y británicas de Asia y África.

La primera nación en emanciparse fue Estados Unidos o, hablando con más precisión, sus estados fundadores, pues inicialmente mantuvieron su soberanía. ¿Hasta la Guerra Civil / Guerra entre los estados? Las últimas, importantes, Angola y Mozambique, que dicho sea de paso, habían sido las primeras colonias europeas. Portugal abrió y cerró este periodo de la Historia Universal.

Como hemos indicado, se pueden distinguir dos épocas, y por tanto dos modelos, en la emancipación de las colonias en nuestro mundo; en otros planetas, a lo que se ve, se siguió el primero de los modelos, lógico al estar descrito por una escritora estadounidense que se habría educado en las glorias de la forma en que se independizó su patria.

Analicemos algunas de las características diferenciales de estos periodos.

Durante la primera época, siglos XVIII y principio del XIX, las poblaciones de origen europeo de América, los criollos, del Norte y del Sur, se alzan contra sus metrópolis y consiguen la independencia. En todas las naciones de América hay población indígena, y al sur de Río Grande, además, hay población mestiza, que frecuentemente es mayoritaria. En general, la población indígena no participó en las guerras de independencia de aquellos países. Durante la segunda época, que se desarrolla después de la segunda guerra mundial la situación es completamente diferente.

La población indígena es la que pugna por la independencia mientras que la población de origen europeo lucha, incluso muy activamente; recuerden la OAS que llegó a intentar un golpe de estado en Francia, del lado de la metrópoli, teniendo que abandonar estos países después de la independencia (Congo, Argelia, Angola, Mozambique...).

Desde el punto de vista de estas historias, lógicamente, la independencia más próxima a la que conseguirá Marte, es obviamente la de los Estados Unidos de América, correspondiente a la primera época. La Compañía Inglesa

de las Indias Occidentales, que aprovechó las posibilidades abiertas mediante la consecución de colonias en la costa atlántica de América del Norte y en las Antillas (Jamaica, Barbados), no deja de ser bastante parecida a la compañía de Ed Fallon que aparecerá en estas historias.

Como se ha indicado en el párrafo anterior, el modelo de lucha por la independencia que emplea Leigh Brackett, es el de Estados Unidos, y quizá en menor medida el de las naciones de Hispanoamérica, la carga de la lucha la llevarán los mismos colonos de la Tierra. Es lo que ocurrió en América, también en la del Sur, en las guerras de la independencia de las naciones americanas los nativos, que en alguna forma adivinaban lo que se les venía encima en estados gobernados por la minoría, en el Norte mayoría, de blancos criollos, o no lucharon o, en algunos casos, lo hicieron del lado de los colonizadores, recuérdense los lanceros de la División Infernal de Boves en Venezuela y los indios que en 1777 acudieron bajo la dirección de Joseph Brant a ponerse a las órdenes de John Burgoyne, general del rey. No será el caso de Marte, colonos e indígenas lucharán juntos contra la tiranía terrana. De hecho en la primera batalla, la de Ruh, por el lado de los independentistas solo lucharon guerreros marcianos, pero en la segunda, que fue la definitiva lucharon hombro con hombro, haciéndose hermanos de sangre, tanto marcianos como colonos terranos.

El paralelismo entre la revolución americana y la marciana se pone de manifiesto en una serie de puntos que no dejan de tener su importancia de cara a profundizar en los sentimientos que Leigh Brackett, patriota americana en aquellos tiempos de guerra, pero no fanática, puso de manifiesto en sus diferentes obras.

a) Existe una compañía comercial de importancia para el desarrollo de los acontecimientos: Compañía de las Indias Occidentales, Compañía de Ed Fallon.

b) Parte importante del ejército inglés que lucha contra la naciente Norteamérica está constituida por mercenarios alemanes, que fueron llamados, en sentido despectivo, hessianos y llegaron a sumar 30.000 hombres (según otras fuentes solo 16.000). Este papel es ocupado en la revolución marciana por los mercenarios venusianos.

c) El primer enfrentamiento entre las metrópolis y los independentistas se decanta a favor del Reino Unido y de la Tierra, batallas de Lexington y primera batalla de Ruh respectivamente.

Existe una novela de Heinlein, de las denominadas juveniles, que describe una situación no muy diferente de la descrita en Némesis de Terra. Se trata de *Red Planet*, traducida en Argentina como “Rebelión en el Espacio” y que describe, desde el punto de vista de dos adolescentes la rebelión de los colonos terrestres de Marte, auxiliados *in extremis* por los marcianos, contra la correspondiente compañía que monopoliza los recursos del planeta rojo; la novela es muy buena y termina con la declaración de independencia de Marte que es radiada a la Tierra y sigue punto por punto a la de los Estados Unidos. La versión en castellano de esta novela es difícil de encontrar. Especialmente poética resulta la descripción del aspecto de las ciudades propiamente marcianas.

Como se ha indicado en el prólogo de Ciudades Perdidas de Marte existe una serie de novelas de Lin Carter que se desarrollan en un Marte parecido al de Leigh Brackett; esta serie es conocida como “Los misterios de Marte”; también en ella se produce la liberación de Marte. Pero aquí, los rebeldes tienen las cosas mucho más fáciles, pues la victoria la consiguen... por la intervención de los dioses de Marte, de su Trinidad, que decretan la expulsión inmediata, con algunas excepciones, de los terrestres.

Más concretamente, en este libro se recogen las historias que transcurren entre la llegada de colonos que se establecen en Marte, a pesar del fracaso narrado en el “Camino de Sinharat” o prosiguen su viaje hacia los satélites de los planetas exteriores y la destrucción final del poder terrano narrada en “La Némesis de Terra”, estas historias son las siguientes:

- El velo de Astelar (*The veil of Astellar, Thrilling Wonder Stories, primavera 1945*).
- El enigma de Marte (*Martian Quest, Astounding Science Fiction, febrero 1940*).
- El pirata del agua (*Water Pirate, Super Science Stories, enero 1941*).
- Marte menos Bisha (*Mars Minus Bisha, Planet Stories Magazine, enero 1954*).
- La sacerdotisa escarlata de la luna loca (*Purple Priestess of the Mad Moon, The Magazine of Fantasy and Science Fiction, octubre 1964*).
- La némesis de Terra (*Shadow Over Mars. Startling Stories, otoño 1944*, publicado en formato de libro como: *The Nemesis from Terra*).

El orden en que se han situado estas historias ha sido asimismo el de su cronología interna, lo cual es complicado, dada la práctica inexistencia de

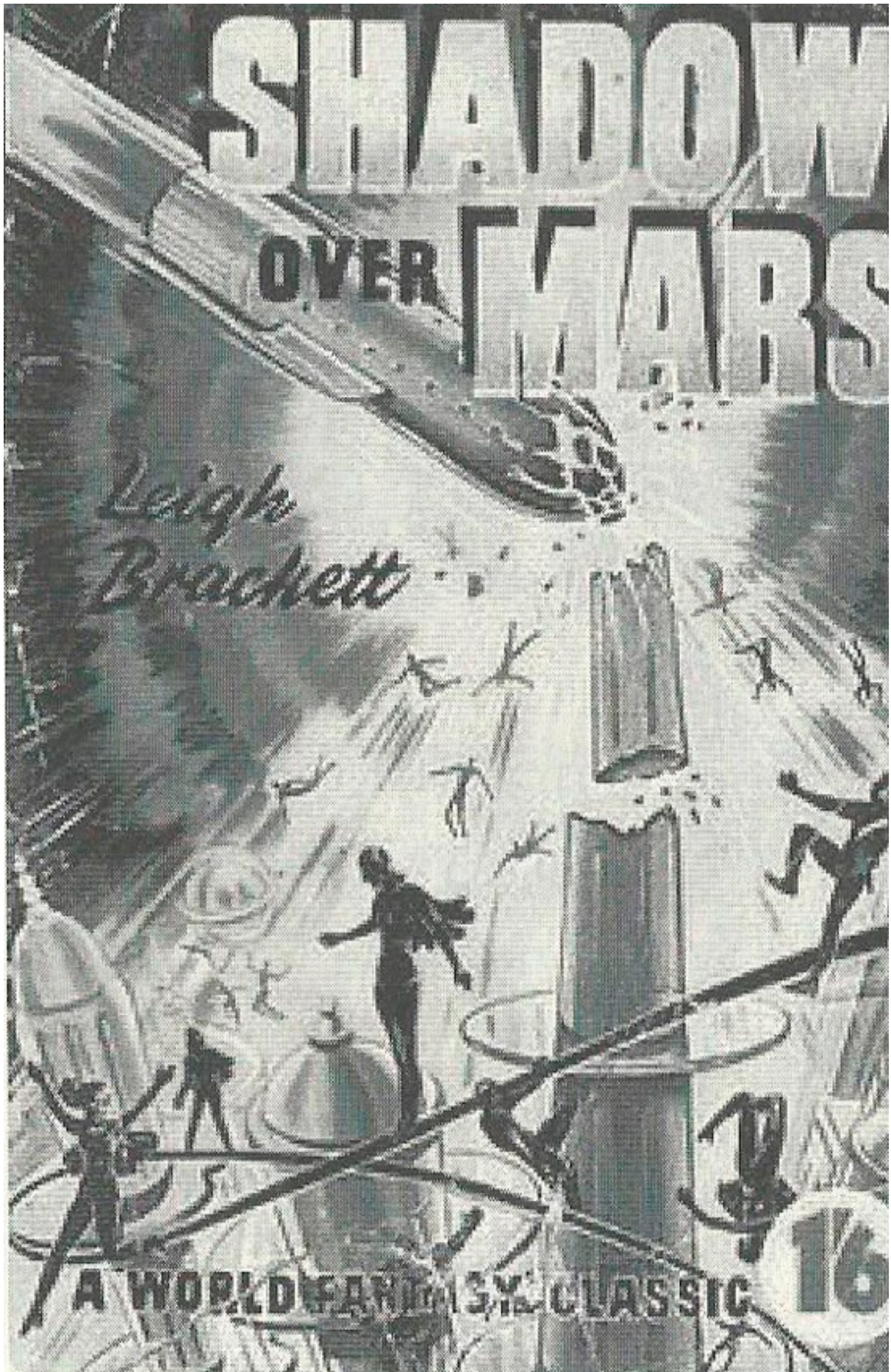
fechas (la única excepción es “*El pirata del agua*” que se desarrolla en el año 2418 d. C.). La forma en que se ha deducido esta cronología es la siguiente: se ha considerado, lógicamente que la última es “*Némesis de Terra*”, ordenándose las siguientes por su proximidad a la situación descrita en esta novela; por supuesto, este orden es discutible.

Todo lo anteriormente expuesto es anterior a la Guerra Mundial Marciana de 2504, sobre la que no existe mucha documentación, pero que debió suponer la unificación política más o menos completa de Marte, y por supuesto a la conocida como I Guerra Interplanetaria del siglo XXVI d. C., narrada en las siguientes historias de la señora Hamilton, de soltera Brackett:

- Reportero Interplanetario (*Interplanetary Reporter, Startling Stories May 1941*).
- Esclavos de la noche infinita (*Thralls of the Endless Night Planet Stories, Fall 1943*).
- Puesto avanzado en Io (*Outpost on Io, Planet Stories, Winter 1942*).

Pero esta es otra historia.

Conozcan ahora, como terminó el poder terrano sobre Marte y cuáles fueron las causas que lo provocaron y, si creen que existe algún paralelismo entre la situación actual de nuestro mundo, a nivel global, y la de Marte, saquen sus propias conclusiones.





SOBRE MARTE

Y OTRAS HISTORIAS DEL MARTE LEGENDARIO



POR
LEIGH BRACKETT

EL VELO DE ASTELLAR

Marte, además de servir para establecer el excedente de población de los planetas interiores, sobre todo de la Tierra, también se encuentra en una posición óptima para dirigirse hacia los planetas gigantes y sus satélites.

Las antiguas ciudades marcianas, como Jekkara, en donde sigue existiendo el establecimiento de Madame Kan, tienen su papel en esta historia; por cierto, nos enteramos de que la antigua Jekkara, que tenía un magnífico puerto marino, que participó en las guerras de los Reyes del Mar, cuando Marte estaba cubierto por las azules aguas de sus océanos, ahora tiene astropuerto.

Ciertamente, el establecimiento citado debe ser muy antiguo, aunque en Madrid existen tabernas que no le van a la zaga, en lo que a antigüedad se refiere, al garito de la señora Kan, añorado por los legionarios de origen marciano que lucharon en Venus en la llamada “guerra de los pantanos”, durante la primera expansión terrana.

Los colonos huyen de una Tierra en la que la miseria se extiende día a día pretendiendo una vida sin hambre y llegan a Marte por dos razones principales, proseguir su camino hacia los planetas y satélites exteriores o establecerse en ese planeta. En las dos historias que vienen a continuación se narrarán las aventuras de estos colonos.

Todos ellos son aventureros, pero qué duda cabe que aquellos que, en naves con nombres tan sonoros como “Reina de Júpiter”, se encaminan hacia el cinturón de asteroides y más allá tendrán que lidiar con enigmas ajenos al ámbito de lo conocido por los terrestres, están hechos de una pasta especial, literalmente, están asaltando el cielo.

Ahora bien, quizá alguno de los misterios que se les presenten, de alguna forma hayan sido conocidos en la Tierra desde hace milenios. ¿Quizá existieron en la antigüedad civilizaciones que fueron capaces de navegar por el espacio y traer a la Tierra noticias de determinados seres que viven en el cosmos?

¿Son humanos todos los que emigran de la Tierra y llegan a Marte camino de los mundos lejanos?



Virga and Bread were covering the place of crystals

Prefacio

Hace poco más de un año, Tiempo Solar Arbitrario, se recibió un cohete con un mensaje en el cuartel general de la Autoridad Espacial inter-mundial (AEI) de Marte.

En él había un manuscrito que contaba una historia, tan extraña y terrible, que fue difícil creer que cualquier ser humano cuerdo pudiera haber sido culpable de crímenes semejantes.

Sin embargo, después de un año de cuidadosas investigaciones, la historia ha sido autenticada sin lugar a dudas, y ahora la AEI ha autorizado que se haga pública, con el contenido exacto que había en el cohete recibido.

El Velo (la luz surgida de ninguna parte que devoraba naves) ha desaparecido. Los astronautas de todo el sistema solar, los mercaderes y capitanes de lujosas naves de recreo por igual han dado la bienvenida a este conocimiento como sólo pueden hacerlo los hombres que viven en constante peligro. El Velo ha desaparecido, y, con él, un poco del aplastante terror del Extraño Más Allá.

Ahora conocemos su nombre completo: El Velo de Astellar.

Sabemos cuál es su lugar de origen: un mundo apartado del tiempo y el espacio. Hemos averiguado la razón de su existencia. A través de esta historia, escrita en la agonía del alma de un hombre, conocemos esas cosas... y conocemos de qué forma fue destruido.

1

Un cadáver en el canal

Se había producido un alboroto en el local de Madame Kan^[1], en el Canal Bajo de Jekkara. Un pequeño fanfarrón marciano se había excedido con el thil^[2], y, muy pronto, los puños americanos en punta que utilizan allí empezaron a hacer acto de presencia, y el pequeño marciano perdió su última válvula alimenticia.

Arrojaron lo que quedaba de él a las piedras del embarcadero, casi a mis pies. Supongo que me detuve por eso, tenía que hacerlo o tropezar con él. Y, entonces, le observé.

La tenue luz rojiza del sol surgía de un cielo verde y despejado. La arena roja susurraba en el desierto, más allá de las murallas de la ciudad, y un agua marrón rojiza se deslizaba con lentitud por el canal. El marciano yacía sobre su espalda, con la garganta desgarrada por la que se escapaba el rojo más rojo de todos, que caía sobre las sucias piedras.

Estaba muerto. Tenía muy abiertos sus verdes ojos, y estaba muerto.

Me quedé de pie, a su lado. No sé durante cuánto tiempo. No existía tiempo alguno. No había luz alguna ahora, ni sensación de que la gente pasara, ningún sonido... ¡Nada!

Sólo su rostro muerto, mirándome; los verdes ojos y los labios separados, mostrando sus blancos dientes. No le conocía. Vivo, era otro marciano más. Muerto, sólo carne.

¡Muerto, la basura marciana!

No existía el tiempo. Sólo el rostro de un hombre muerto, sonriendo.

Entonces, algo me alcanzó. Un súbito estallido de pensamiento golpeó mi mente, y la atrajo como un imán arrastra acero pesado. Los pensamientos de alguien, dirigidos hacia mí. Un horror crudo y enfermo, y miedo, y una compasión tan profunda que sacudieron mi corazón. Un claro y brusco aguijonazo de palabras-imágenes me asaltó.

—Parece Lucifer llorando por el cielo —me dijo el mensaje—. Sus ojos. ¡Oh, Angel Oscuro, sus ojos!

Cerré esos ojos. Un sudor frío me invadió. Deglutí, e hice que el mundo volviera a enfocarse. Luz, arena, ruido, hedor y gente congregada, el trueno de los cohetes del astropuerto a dos kilómetros marcianos de distancia. Todo enfocado. Alcé la cabeza y vi a la muchacha.

Estaba de pie junto al hombre muerto, casi le tocaba. Había un chico joven con ella. Le vi de un modo vago; pero, entonces, no tuvo importancia. Nada importaba sino la muchacha. Llevaba un vestido azul, y me miraba con unos ojos gris-humo en un rostro que estaba tan blanco como un hueso mondado.

La luz, el ruido y la gente desaparecieron de nuevo, y me dejaron a solas con ella. Sentí que el medallón me quemaba bajo el color negro de mi traje de astronauta, y mi corazón pareció dejar de latir.

—Missy —dije—. Missy.

—Como Lucifer, pero santificado —decía su mente.

De repente, me reí brusca y brevemente. El mundo volvió a ocupar su sitio y permaneció allí; hice lo mismo.

Missy. ¡Missy, cielos! Missy había muerto hacía mucho mucho tiempo.

Lo que me había confundido era el cabello rojo. El mismo cabello rojo oscuro, liso y denso como la cola de un caballo, enroscado sobre su cuello blanco; y sus ojos gris-humo. También había algo en sus pecas, y en la forma en que su boca se curvaba hacia un lado como si no pudiera dejar de sonreír.

Por lo demás, no se parecía mucho a Missy. Era más alta y más delgada. La vida la había maltratado, y se le notaba. Missy nunca tuvo aquel aspecto cansado y sombrío. Tampoco sabía si había desarrollado un carácter tan duro e inflexible como el de la muchacha que tenía delante. Entonces yo no podía leer las mentes.

La muchacha que me miraba tenía muchas cosas en la mente que ella no querría conocer. No me gustó la idea de que me sorprendiera en un momento de distracción.

—¿Qué creéis que hacéis aquí, muchachitos? —pregunté.

Me contestó el muchacho. Se parecía mucho a ella: llano, simple, y mucho más duro por dentro de lo que parecía a simple vista; un muchacho que había aprendido a aceptar el castigo y a seguir peleando. Ahora estaba mareado, furioso y algo asustado.

—Pensábamos que a plena luz del día sería más seguro —respondió.

—De día o de noche, todo es lo mismo en este agujero. De vosotros, yo me marcharía.

La muchacha continuaba mirándome, inmóvil, sin darse cuenta siquiera de que lo hacía.

«Cabello blanco —pensaba—. Pero no es viejo. No es mucho más viejo que Brad, a pesar de las arrugas. Sufrimiento, no edad».

—Habéis bajado de la Reina de Júpiter, ¿verdad? —les pregunté.

Yo sabía que sí. La Reina era la única nave de pasajeros que se encontraba en Jekkara en ese momento. Yo me sentía interesado sólo porque se parecía a Missy. Pero Missy llevaba muerta mucho tiempo.

—Sí —contestó el muchacho, en quien ella pensaba como Brad—. Vamos a Júpiter, a las colonias. —Tiró con suavidad de la muchacha—. Venga, Virgie. Será mejor que regresemos a la nave.

Yo sudaba, y me sentía frío por dentro. Más frío que el cadáver que había a mis pies. Me reí, pero en voz baja.

—Sí —dije—. Volved a la nave, donde se está a salvo.

La muchacha no se movió, ni apartó su mirada de mí.

Aún tenía miedo, y no se sentía tan compasiva, pero aún pensaba en mí.

«*Sus ojos arden —pensaba—. ¿De qué color son? En realidad, no tienen un color definido. Sólo son oscuros, fríos y ardientes. Han mirado al horror..., y al cielo*».

Permití que los mirara. Un instante después, ella se sonrojó, y yo sonreí. Estaba furiosa, pero no podía apartar su mirada, y yo se la sostuve, sonriendo, hasta que el joven volvió a dar un tirón de ella, no tan amable esa vez.

—Vamos, Virgie.

Ella se liberó de mí. Se volvió con gracia angular y retozona. Sentí como si alguien me hubiera apuñalado de súbito en el estómago. La forma en que movía la cabeza...

Ella volvió a mirarme, de repente, sin querer hacerlo.

—Me recuerda usted a alguien —dijo—. ¿Viaja usted también en la Reina de Júpiter?

Su voz era como la de Missy. Más profunda, tal vez. Más gutural. Pero muy parecida.

—Sí. Astronauta de primera clase.

—Entonces, tal vez por eso me haya fijado en usted. —Hizo girar el anillo de boda de su dedo, sin pensarlo, y frunció el ceño—. ¿Cómo se llama?

—Goat —respondí—. J. Goat.

—Jay Goat —repitió ella—. Qué nombre tan extraño. Pero no es tan inusitado. Me pregunto por qué me interesa tanto.

—Vamos, Virgie —insistió Brad, enfadado.

No la ayudé. La miré hasta que su rostro se puso escarlata; entonces, se volvió. Leí sus pensamientos. Merecían la pena.

Ella y Brad se dirigieron al astropuerto. Caminaban juntos, de regreso a la Reina de Júpiter; y yo tropecé con el marciano muerto a mis pies.

Su rostro se había vuelto ceniciento. Tenía los ojos vidriosos y hundidos ya, y su sangre se volvía oscura sobre las piedras. Sólo otro cadáver más.

Me eché a reír. Le puse la bota en el cuello y le hundí en el agua marrón rojiza, y me reí porque mi propia sangre estaba aún caliente y latía dentro de mí con tanta fuerza que lastimaba.

Estaba muerto, así que le dejé.

Sonreí con el chapoteo y las ondas. «*Se ha equivocado —pensé—. No es Jay. Simplemente J. Goat. J de Judas*».

Tenía diez horas marcianas que matar por delante antes de que la Reina despegara. Pasé un buen rato en las mesas de getak de Madam Kan. Ésta me

consiguió un brandy de cactus del desierto muy especial y una chica venusiana con una piel como esmeraldas pulidas y ojos dorados.

Bailó para mí, y sabía hacerlo. Las diez horas transcurridas no estuvieron mal, para tratarse de un paseo por Jekkara.

Missy, el marciano muerto y la muchacha llamada Virgie se hundieron en mi subconsciente, al que pertenecían, y no dejaron ni siquiera una onda. Esas cosas son como el dolor de una vieja herida cuando la aprietas. Te atrapan durante un minuto, pero no duran. Ya no son importantes.

Aunque todo puede cambiar. Ustedes, las personas encadenadas a los planetas construyen sus cuatro paredes de pensamiento y su techo llenos de convenciones, y creen que no hay nada más. Pero el espacio es grande, con otros mundos, y otras formas. Pueden aprenderlas. Incluso ustedes. Inténtenlo, y verán.

Terminé el fuerte brandy verde. Con plata marciana, llené el hueco entre los senos esmeralda de la bailarina venusiana, y la besé; después, me marché con un tenue regusto a pescado en los labios, de vuelta al astropuerto.

Caminé. Era de noche, y un viento fino y frío arremolinaba la arena, mientras las lunas bajas esparcían plata y sombras negras por las dunas. Pude ver mi aura brillando, oro pálido contra la plata.

Mi estado de ánimo era estupendo. Lo único que me preocupaba referente a la Reina de Júpiter era que mi trabajo terminaría muy pronto y me pagarían.

Me desperecé con un placer que jamás podrán conocer, y sentí que era maravilloso estar vivo.

No había nadie en el desierto barrido por la luna, a casi dos kilómetros del astropuerto, cuando Gallery salió de detrás de una torre derruida que bien pudiera haber sido un faro en otros tiempos, cuando el desierto era un mar.

Gallery, artillero experimentado, era un irlandés moreno, y estaba moderadamente borracho; su percepción extrasensorial titilaba en él como un diafragma sensible. Sabía que él podía distinguir mi aura. Muy tenuemente, y no con los ojos, pero sí lo suficiente. Sabía que la había visto la primera vez que nos encontramos, cuando me enrolé en la Reina de Júpiter, en Venus.

Uno les encuentra ocasionalmente. Los celtas en especial; los católicos romanos, tanto terrestres como marcianos, y un par de tribus de venusianos nacen con percepción extrasensorial. Es algo burda en su mayor parte; pero pueden interponerse en tu camino.

Ahora, él se interponía en el mío. Gallery me sacaba unos diez centímetros, y unos quince kilos, y el whisky que había bebido era más que

suficiente para hacerle rápido, sañudo y peligroso. Tenía unos puños como montañas.

—No eres humano —dijo en voz baja.

Sonreía. Podría haber estado cortejándome, con su sonrisa y su hermosa voz baja. El sudor hacía que su rostro pareciera madera pulida bajo la luz de la luna.

—No, Gallery —respondí—. Ya no. Hace mucho tiempo que no.

Osciló levemente sobre sus rodillas flexionadas. Entonces le vi los ojos. La luz de la luna había borrado su tono azul. Sólo quedaba en ellos miedo; un miedo determinado y resplandeciente.

—¿Qué eres? Dime —su voz seguía siendo suave, cantarilla—. ¿Y qué quieres de la nave?

—De la nave, nada, Gallery. Sólo de las personas que viajan a bordo. Y en cuanto a lo que soy, ¿qué importancia tiene?

—Ninguna —repuso él—. Ninguna. Porque ahora voy a matarte.

Me reí, sin producir sonido alguno.

El meneó su negra cabeza con lentitud.

—Muéstrame los dientes si quieres. Muy pronto se los mostrarás al cielo del desierto, cuando tu cabeza cuelgue de una pica.

Abrió las manos. La rápida luz de la luna me mostró un crucifijo de plata en cada una de sus palmas.

—No, Gallery —dije con suavidad—. Tal vez puedas llamarme vampiro, pero no soy de los de esa especie.

Cerró las manos sobre las cruces y avanzó, dando un lento paso cada vez. Pude oír el rechinar de sus botas en la arena. Permanecí inmóvil.

—No puedes matarme, Gallery.

No se detuvo. Ni habló. El sudor le corría por la piel. Tenía miedo, mas no se detuvo.

—Morirás aquí, Gallery, sin la presencia de un sacerdote.

No se detuvo.

—Ve a la ciudad, Gallery. Escóndete allí hasta que la Reina haya marchado. Estarás a salvo. ¿Amas lo suficiente a los otros como para morir por ellos?

Entonces se detuvo. Frunció el ceño, como un niño confuso. Era una idea nueva.

Recibí la respuesta antes de que la dijera.

«¿Qué tiene que ver el amor? Son personas».

Avanzó de nuevo, y yo abrí los ojos.

—Gallery —dije.

Estaba cerca. Tan cerca que pude oler el whisky barato en su aliento. Le miré al rostro; le miré a los ojos fijamente, y él se detuvo, poco a poco, arrastrando los pies como si, de repente, le pesaran mucho.

Le miré con firmeza. Pude oír sus pensamientos. Eran los mismos. Siempre son los mismos.

Alzó los puños, demasiado despacio, como si levantara a un hombre en cada uno de ellos. Abrió la boca. Vi el brillo húmedo de sus dientes y oí la dificultosa respiración escapar entre ellos, ronca y burda.

Le sonreí, sin dejar de mirarle a los ojos.

Se puso de rodillas. Centímetro a centímetro; me combatía, pero, al mismo tiempo, obedecía. Un hombretón con el rostro cubierto de sudor y unos ojos azules que no podían apartarse de mí. Sus manos se abrieron. Las cruces de plata cayeron de ellas y quedaron tendidas en la arena, brillando.

Eché la cabeza hacia atrás. Los tendones de su cuello se tensaron y se sacudieron. De repente, se desplomó de costado y permaneció quieto.

—Mi corazón —susurró—. Lo has detenido.

Esa es la única forma. Lo que sienten hacia nosotros es instinto, y ni siquiera la psicocirugía puede alcanzarlo. Además, nunca hay tiempo.

Ahora, él no podía respirar, ni tampoco hablar; pero oí sus pensamientos. Recogí los crucifijos de la arena y se los puse en las manos.

El consiguió volver un poco la cabeza y mirarme. Trató de hablar; pero, una vez más, respondí a sus pensamientos.

—Al Velo, Gallery —susurré—. Allí es donde voy a llevar a la Reina.

Vi que sus ojos se abrían más aún y se quedaban fijos. El último pensamiento que tuvo fue... Bueno, no importa. Le arrastré hacia la torre derruida donde nadie le encontraría durante mucho tiempo, y me encaminé hacia el astropuerto de nuevo. Y, entonces, me detuve.

El había dejado caer las cruces, que yacían en el suelo, iluminadas por la luna, y las recogí, pensando en arrojarlas a la arena, donde no pudieran ser vistas.

No lo hice. Me quedé con ellas en las manos. No quemaron mi carne. Me eché a reír.

Sí. Me eché a reír. Pero no pude mirarlas.

Regresé a la torre y tendí a Gallery de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho, y le bajé los párpados. Deposité una cruz sobre cada uno de sus cerrados ojos y salí, definitivamente esa vez.

Shirina dijo en una ocasión que nunca se comprenderá por completo a una mente humana por muy bien que se la conozca. Ahí es donde entra el sufrimiento. Te sientes bien, todo es hermoso, y, de repente, una trampa se abre en alguna parte de tu cerebro, y recuerdas.

No sucede muy a menudo, y aprendes a cerrarla rápidamente. Pero, aun así, Flack es el único de nosotros que todavía conserva el cabello negro; además, nunca ha tenido alma.

Bien, cerré la trampa sobre Gallery y sus cruces. Media hora más tarde, la Reina de Júpiter despegó hacia las colonias jupiterianas, hacia un aterrizaje que nunca realizaría.

2

Viaje a la perdición

Nada sucedió hasta que llegamos a los límites exteriores del Cinturón de Asteroides. Escruté las mentes de mis compañeros de tripulación, y supe que Gallery no había hablado con nadie de mí. Uno no va por ahí diciéndole a la gente que el tipo del camastro de al lado nuestro desprende un brillo amarillo y que no es humano, a menos que quiera acabar metido en una camisa de fuerza. Sobre todo cuando son cosas que se sienten, pero que no se pueden ver, como la electricidad.

Al llegar a la zona de peligro dentro del Cinturón, las guardias preventivas fueron dispuestas en las escotillas de emergencia, y me asignaron a una de ellas. Fui a ocupar mi puesto.

En lo alto de la escalera de la cámara sentí la primera leve reacción de mi piel, y mi aura empezó a pulsar y a brillar.

Continué hacia la escotilla número dos y me senté.

No había estado antes en la cubierta de pasajeros. La Reina de Júpiter era una vieja nave comercial del Triángulo, modificada para que pudiera soportar el espacio profundo. Se aguantaba, y eso era todo. Llevaba un pesado cargamento de comida, semillas, ropa y suministros para las granjas, además de unas quinientas familias que intentaban empezar de nuevo en las colonias jupiterianas.

Recordé la primera vez que vi Júpiter. La primera vez que un hombre de la Tierra llegó a verlo. Hace mucho tiempo.

Ahora, la cubierta estaba abarrotada. Hombres, mujeres, niños, bolsas, jergones, bultos, de todo. Marcianos, venusianos, terráqueos, todos apilados,

ruidosos y apestando con el calor combinado del sol y el de los cuerpos.

Mi piel hormigueaba y empezó a picarme. Mi aura se hizo más brillante.

Vi a la muchacha llamada Virgie con su denso cabello rojo y su forma de moverse, parecida a la de un potrillo. Su marido y ella cuidaban a un bebé marciano delgaducho y de ojos verdes mientras la madre de éste trataba de dormir; los dos pensaban en lo mismo.

«Tal vez algún día, cuando las cosas mejoren, podamos tener uno propio».

Recordé haber pensado qué aspecto hubiera tenido Missy cuando meciera a nuestro hijo, si alguna vez hubiésemos tenido uno.

Mi aura pulsó y brilló.

Observé los pequeños mundos pasar, aún muy lejanos, por delante de la nave, de todos los tamaños, desde simples guijarros a planetoides habitables, brillantes con la cruda luz solar y negros como el espacio en sus partes ocultas. La gente se apretujaba en torno a las portillas, y me puse a observar a un anciano que se encontraba a mi lado.

Tenía el espacio marcado en todo su ser: en la forma de moverse, en las arrugas de su rostro correoso, y el aspecto ansioso de sus ojos mientras contemplaba el Cinturón. Un viejo buscavidas que había corrido lo suyo en sus buenos tiempos, y que lo recordaba todo.

Y, entonces, Virgie se acercó. De todas las mujeres de la cubierta, tuvo que ser precisamente ella. Brad la acompañaba, y ella aún tenía al bebé en brazos. Estaba de espaldas a mí, mirando por la portilla.

—Es maravilloso —dijo en voz baja—. ¡Oh, Brad, mira eso!

«Maravilloso, y mortal», comentó para sí el viejo astronauta. Miró a su alrededor y sonrió a Virgie.

—¿Tu primer viaje al exterior? —preguntó.

—Sí, para los dos. Supongo que somos muy impresionables, pero resulta extraño —dijo, al tiempo que hacía un ligero gesto de indefensión.

Lo sé. No hay palabras para expresarlo.

Dio la espalda a la portilla. Su voz y su rostro permanecieron en blanco, pero pude leer su mente.

—Yo pilotaba las naves de suministro para el primer asentamiento, hace cincuenta años —dijo—. Éramos diez en ese trabajo. Soy el único que queda.

—El Cinturón resultaba peligroso entonces, antes de que desarrollaran los deflectores Rosson —comentó Brad.

—El Cinturón se llevó sólo a tres de ellos —repuso el anciano con suavidad.

Virgie alzó su roja cabeza.

—Entonces, ¿qué...?

El anciano no la oyó. Sus pensamientos se encontraban en otra parte.

—A seis de los mejores hombres del espacio, y, luego, hace once años, a mi hijo —dijo, a nadie.

Una mujer que se encontraba a su lado volvió la cabeza. Vi el terror en sus ojos, y la súbita contracción de sus labios.

—¿El Velo? —susurró—. ¿Se refiere a eso? ¿Al Velo?

El anciano trató de hacerla callar, pero Virgie le interrumpió.

—¿Qué es eso del Velo? —preguntó—. He oído hablar del tema vagamente. ¿De qué se trata?

El bebé marciano estaba absorto en una cadena de plata que Virgie tenía colgada del cuello. Recordé haber pensado que me parecía familiar. Era probable que la llevara puesta la primera vez que la vi. Mi aura brilló, un oro resplandeciente y cálido.

La voz de la mujer, al contestar, adquirió un extraño tono de distancia, como un eco. Miraba por la portilla.

—Nadie lo sabe —respondió—. No puede ser hallado, ni seguir su pista, ni sondearle. Mi hermano es astronauta. Una vez lo vio, desde muy lejos, se extendía desde ninguna parte para engullir a una nave. Un Velo de luz. ¡Se difuminó, y la nave desapareció! Mi hermano lo vio ahí fuera, cerca del Cinturón.

—No hay razón alguna para esperar que aparezca aquí o en cualquier otra parte —dijo el viejo astronauta con brusquedad—. Se ha llevado naves incluso en la órbita de la Tierra. No hay motivo para tener miedo.

Mi aura ardió a mi alrededor como una nube de luz dorada, y mi piel se llenó de una corriente sutil.

El bebé marciano soltó la cadena de plata de repente y comenzó a llorar, alzando las manos. El objeto que colgaba en la cadena, que había quedado oculto bajo el vestido de Virgie, se movió de un lado a otro, y atrajo mi atención.

Debí de producir algún sonido, porque Virgie se volvió y me vio. No sé qué pensó. No supe nada durante mucho tiempo, excepto que me sentí frío por dentro, como si parte del negro y muerto espacio del exterior hubiera entrado de alguna forma por la portilla, tocándome.

La cosita brillante giraba en el extremo de la cadena de plata, y el bebé de ojos verdes la contempló, igual que yo.

¡Después de eso, hubo oscuridad, conmigo en su centro, de pie, inmóvil por completo, y frío, frío, frío!

La voz de Virgie, tranquila, casual, como si nada de todo aquello tuviera la menor importancia, atravesó la oscuridad.

—Ya sé a quién me recuerda usted, señor Goat —dijo—. Me temo que me mostré muy brusca el otro día en Marte; pero el parecido me sorprendió. Mire.

Un objeto blanco penetró en mi concha de hielo y negrura. Era una fuerte mano blanca, enrojecida por el trabajo alrededor de los nudillos, y que mostraba algo en la palma. Algo que ardía con clara y terrible luz propia. La voz de Virgie continuó, suave:

—Este medallón, señor Goat. Es antiguo. Tiene más de trescientos años. Perteneció a una antepasada mía, y la familia lo ha conservado desde entonces. Se trata de una historia encantadora. Se casó con un joven astronauta. En aquellos días, desde luego, el viaje espacial era aún algo nuevo y peligroso, y ese joven amaba tanto al espacio como amaba a su esposa. Se llamaba Stephen Vanee. Ésta es su foto. Por esa razón pensé que le había visto a usted en alguna otra parte, y por eso le pregunté su nombre. Creo que el parecido resulta sorprendente, ¿verdad?

—Sí.

—La muchacha es su esposa, la propietaria original del medallón. Él la llamaba Missy. Está grabado en el dorso del medallón. Stephen tuvo la oportunidad de hacer el primer vuelo de Marte a Júpiter, y ella sabía lo mucho que eso significaba para su marido. Estaba convencido de que una parte de él moriría si no iba, y por eso le dijo que fuese. Él no sabía lo pronto que llegaría el bebé que ambos querían, pues ella no se lo contó. Y no lo hizo porque él no se hubiera marchado.

»De modo que Stephen mandó hacer dos medallones, éste y otro igual. Le dijo que crearían un vínculo entre ambos que nada podría romper. En algún momento, de la forma que fuese, él volvería con ella, no importaba lo que sucediera. Entonces se marchó a Júpiter. Murió allí. Su nave nunca llegó a ser encontrada.

»Pero Missy continuó llevando el medallón, y rezando. Cuando murió, se lo dio a su hija. Se convirtió en una especie de tradición familiar. Por eso ahora se halla en mi poder.

Su voz se fue apagando, con un débil tono de sorpresa. Su mano, con el medallón, se apartó, y a mí alrededor se formó una gran tranquilidad, una gran paz.

Me llevé las manos al rostro. Me enderecé, y traté de hablar, de pronunciar palabras que solía decir hace mucho mucho tiempo. Pero no quisieron acudir a mis labios. Nunca lo hacen cuando has ido al Lugar de Más Allá.

Aparté las manos, y volvió a mirar. No toqué el medallón que colgaba de mi cuello. Podía sentirlo contra mi pecho, como el frío del espacio, atravesándome.

Virgie yacía a mis pies. Aún sostenía al bebé entre sus brazos. La cabecita marrón y redonda del bebé estaba vuelta hacia la suya, con una media sonrisa. Brad, tendido junto a ellos, les rodeaba a ambos con un brazo.

El medallón yacía en la suave curva de los senos de Virgie, boca arriba. Aún abierto, subía y bajaba lentamente con el ritmo de su respiración.

No sufren. Recuérdenlo. No sufren. Ni siquiera se dan cuenta. Duermen, y sus sueños son felices. ¡Recuérdenlo, por favor! Ninguno de ellos ha sufrido, ni ha sentido miedo.

Me quedé solo en aquella nave silenciosa. Ya no se veía estrella alguna más allá de la portilla, ninguno de los mundos del Cinturón. Sólo había un velo de luz en torno a la nave, una suave tela de araña verde, púrpura, oro y azul que giraba sobre una trama gris incolora que desprendía hilillos escarlata.

Se oía el zumbido familiar de la electricidad dentro de la nave. La gente dormía en la cubierta. Pude escuchar su respiración, suave, lenta y pacífica. Mi aura ardía a mi alrededor como una nube dorada, y, dentro de mi cuerpo, latía y pulsaba de vida.

Miré al medallón, al rostro de Missy. Si me lo hubieras dicho. ¡Oh, Missy, si me lo hubieras dicho, podría haberte salvado!

El cabello rojo de Virgie, oscuro, liso y denso alrededor de su blanco cuello. Los ojos gris humo de Virgie, medio abiertos y soñadores. El cabello de Missy. Los ojos de Missy.

Míos. Parte de mi carne, parte de mis huesos, parte de mi sangre. Parte de la vida que aún latía y pulsaba en mi interior.

Trescientos años.

«¡Oh, si pudiera rezar!», pensé.

Me arrodillé junto a ella. Extendí la mano. La luz dorada brotó de la carne y cubrió su rostro. Retiré la mano y me levanté, con lentitud. Con más lentitud de la que Gallery cayó al morir.

El resplandor del Velo se encontraba ya en toda la nave. En el aire, en cada átomo de madera y metal. Se movía en ella, una cosa dorada y brillante, viva y joven, en un mundo silencioso y dormido.

Trescientos años. Missy estaba muerta, y el medallón la había hecho regresar.

¿Se sentía Judas así cuando la cuerda le arrancó la vida?

Pero Judas murió.

Caminé en silencio, envuelto en mi nube dorada, y los latidos de mi corazón me sacudieron como si de puñetazos se tratara. Un corazón fuerte. Un corazón fuerte y joven.

La nave viró poco a poco, apartada de su arco de caída libre hacia Júpiter. Los auxiliares no habían sido conectados aún para el Cinturón. El Velo, simplemente, se cerró en torno al casco y lo atrajo con facilidad.

Sólo es una aplicación del poder de la voluntad. La teleportación, la fuerza de la mente y pensamiento amplificadas por los cristales-X y dirigidos como una onda de radio. La liberación de energía entre la fuerza del pensamiento y la fuerza de la gravedad provoca la luz, eso visible que los astronautas llaman el Velo. El impulso hipnótico para hacerlos dormir es enviado de la misma forma, a través de los cristales-X de Astellar.

Shirina dice que es sencillo, un juego de niños, en su propia matriz espacio-tiempo. Todo lo que hace falta es un punto focal para dirigirlo, una vibración especial que puede seguir como una antorcha al vacío, como el aura alrededor de la carne, humana o no, que se haya bañado en la Nube.

Un chivo traidor que conduce a los corderos al matadero.

Caminé envuelto en mi luz dorada. El placer de energías sutiles cosquilleaba y destellaba en mi piel. Iba a casa.

Missy estaba aún viva. Trescientos años, y estaba aún viva. Su sangre y la mía, vivas, juntas en una muchacha llamada Virgie, yo la llevaba a Astellar, el mundo al que su propia dimensión no quería.

Supongo que fue el cese de la corriente por mi piel lo que me despertó, media eternidad después. Mi aura se había reducido a su grado normal. Oí el liviano rechinar del metal sobre la piedra, y supe que la Reina de Júpiter había efectuado su último aterrizaje. Estaba en casa.

Me encontraba sentado al filo de mi propio jergón. No sabía cómo había llegado hasta allí. Me sujetaba la cabeza con los puños cerrados. Cuando los abrí, el medallón cayó al suelo. Me vi sangre en las palmas de las manos.

Me levanté y caminé a través del silencio, a través del resplandor impersonal de las luces eléctricas, hasta la escotilla más cercana, y salí.

La Reina de Júpiter yacía en una plataforma redonda de roca pulida. En la parte trasera de la nave las compuertas estaban cerradas, y el último eco de las bombas de aire moría contra el bajo techo de la caverna. La roca es de un

verde claro translúcido, tallada y pulida hasta conseguir una belleza que te deja sin aliento, no importa cuántas veces la hayas visto.

Astallar es un mundo pequeño, de la mitad del tamaño de Vesta. Por fuera, sólo escoria negra, sin el menor rastro de mineral que pueda atraer a un minero vagabundo. Cuando quieren, pueden curvar la luz a su alrededor, de forma que los mejores espacoscopios no pueden encontrarlo, y la misma fuerza de pensamiento que produce el Velo puede trasladar Astallar a donde ellos deseen.

Como el tráfico por el Cinturón ha aumentado, no lo han movido mucho. No han necesitado hacerlo.

Atravesé la caverna a la pálida luz verde. Hay una amplia rampa que sube desde el suelo como el movimiento del ala de un ángel. Flack me esperaba al pie, recortado contra el tenue oro de su aura.

—Hola, Steve —dijo, y miró a la Reina de Júpiter con sus extraños ojos grises.

Su cabello era negro, como antaño lo fue el mío, y su piel tenía ese color oscuro y correoso que producen las quemaduras del espacio. Sus ojos parecían pálidas manchas de luz lunar, levemente luminosas y sin alma.

Conocí a Flack antes de que se convirtiera en uno de nosotros, y entonces pensé que era menos humano que los astellarianos.

—¿Buena caza esta vez, Steve? —preguntó.

—Si.

Traté de marcharme; pero me agarró del brazo.

—Eh..., ¿qué te ocurre?

—Nada.

Me solté. Él sonrió y se colocó delante de mí. Era un hombre grande, tanto como Gallery, y mucho más duro, con una mente que podía enfrentarse de igual a igual con la mía.

—No me vengas con ésas, Steve. Algo..., ¡eh!

Me alzó la barbilla de pronto, y sus claros ojos brillaron y se estrecharon.

—¿Qué es esto? —dijo—. ¿Lágrimas?

Durante un instante, se me quedó mirando, boquiabierto, y luego empezó a reír. Le golpeé.

3

El salario del mal

Flack cayó de espaldas contra la piedra translúcida. Pasé por su lado y subí la curva de la rampa. Me moví con rapidez; pero era demasiado tarde.

Las escotillas de la Reina de Júpiter se abrieron a mi espalda.

Me detuve. Me detuve de la manera en que Gallery se había detenido en las arenas marcianas, con lentitud, arrastrando los pies. No quería hacerlo. No quería volverme; pero no podía hacer nada para evitarlo. Mi cuerpo se volvió, solo.

Flack se había puesto en pie, y me observaba, apoyado en la pared verde tallada. La sangre le salía de los labios y corría por su barbilla. Sacó un pañuelo y se lo llevó a la boca, sin dejar de mirarme, pálido, quieto y brillante. El aura dorada producía un halo alrededor de su oscura cabeza, como la imagen de un santo.

Tras él, las escotillas de la nave se abrieron, y la gente empezó a salir.

En su nicho del cuarto nivel de Astellar, los cristales-X pulsaban de gris claro a un negro tan interminable y extraño como el Saco de Carbón. Tras ellos había una mente, amable y gentil, que pensaba, y el cargamento humano de la Reina oyó sus pensamientos.

Salieron por las escotillas, caminaban con firmeza pero sin prisa. Formaron una fila informal, cruzaron el suelo verde translúcido de la caverna y subieron la rampa. Caminaban con facilidad, respiraban profunda y tranquilamente, los ojos entreabiertos y llenos de sueños.

Subieron el ondulante tramo de piedra verde, dejando atrás a Flack, dejándome atrás a mí, y se dirigieron al salón de más allá. Sólo veían sus sueños. Sonreían. Eran felices, y no tenían miedo.

Virgie llevaba aún al bebé dormido en sus brazos, y Brad se encontraba a su lado. El medallón se había vuelto con sus movimientos, escondiendo las fotos, y me mostraba su dorso de plata.

Les observé marchar. El salón de más allá de la rampa estaba tallado en la gama de un cristal lechoso y reforzado con metales que procedían de otra dimensión, metales radiactivos que llenaban las paredes de cristal, y el aire contenido entre ellas, con fuego suave y brumoso.

Entraron poco a poco en el velo de bruma y fuego y desaparecieron.

—Steve —dijo Flack en voz baja.

Me volví al sonido de su voz. Todo tenía un extraño tono borroso, pero pude ver el brillo amarillo de su aura, su fuerza oscura recortada contra la roca verde pálido. No se había movido. No había apartado la mirada de sus fríos ojos de mí.

Yo había dejado mi mente desnuda, sin protección, y antes de que Flack hablara supe que había leído en ella.

Habló a través de sus magullados labios.

—A causa de esa muchacha estás pensando en no volver a entrar en la Nube —susurró—. Estás pensando en que debe de haber algún medio de salvarla. Pero no lo hay, y no la salvarías si pudieras. Y volverás a entrar en la Nube, Stevie. Dentro de doce horas, cuando sea el momento, entrarás en la Nube con el resto de nosotros. ¿Y sabes por qué?

Su voz se volvió suave como el roce de una paloma, cargada de un tinte burlón.

—Porque tienes miedo de morir, Stevie, igual que todos nosotros. Incluso yo, Flack, el tipo que nunca tuvo alma. Jamás creí en ningún dios excepto en mí mismo, y amo la vida. Pero a veces veo a un cadáver humano tendido en la calle de algún estercolero y lo maldigo con todo mi corazón porque no tiene que sentir miedo.

»Entrarás en la Nube, porque la Nube es lo que te mantiene vivo. Y no te preocuparás más por la muchacha pelirroja, Stevie. No te importaría aunque fuera la propia Missy que te diera su vida, porque tienes miedo. Ya no somos humanos, Steve. Hemos ido más allá. Hemos cometido pecados para los que ni siquiera hay nombres en esta dimensión. Y no importa en lo que creamos, o lo que neguemos, tenemos miedo.

»Miedo a morir, Stevie. Todos nosotros. ¡Miedo a morir!

Sus palabras me asustaron. No pude olvidarlas. Las recordaba incluso cuando vi a Shirina.

—He encontrado una nueva dimensión, Stevie —dijo Shirina, perezosa—. Una pequeña, entre la Octava y la Novena. Es tan pequeña que antes la hemos pasado por alto. La exploraremos después de la Nube. Me condujo a nuestra habitación favorita. Estaba tallada en un cristal tan negro y denso que era como encontrarse en el espacio exterior. Si se miraba durante un rato, se podían ver extrañas nebulosas, muy distantes; y galaxias que no existían más que en sueños.

—¿Cuánto falta antes de que sea el momento? —le pregunté.

Una hora, tal vez menos. Pobre Stevie. Pronto habrá pasado, y lo olvidarás.

Su mente tocó la mía suavemente, con una íntima dulzura y un alivio que iba mucho más allá del mero contacto de las manos. Llevaba haciéndolo durante horas, suavizando la fiebre y el dolor de mis pensamientos. Me quedé

tendido, sin moverme, tumbado en un sofá tan suave que parecía una nube. Veía el resplandor de Shirina contra la oscuridad sin volver la cabeza.

No sé cómo describir a Shirina. En lo físico, se parecía bastante a los seres humanos. Las diferencias en estructura eran más sutiles que la forma en sí. Ellos eran..., bueno, eran sanos, exóticos y hermosos de una manera para la que no existen palabras.

Ella y su raza no tenían necesidad de ropa. Sus cuerpos, sinuosos y perezosos, tenían un vellón de cobertura que no era pelaje, plumas ni tentáculos, sino la mezcla de un poco de cada cosa. No tenían color propio. Cambiaban según la luz, en un interminable espectro de hermosura que sobrepasaba los límites que ustedes, los humanos, conocen.

Ahora, en la oscuridad, el aura de Shirina brillaba como una perla cálida. Pude ver su rostro, tenuemente; los extraños huesos triangulares cubiertos de una piel más suave que el plumón de un colibrí; los ojos, negros y sin fondo; la cresta de delicadas antenas, rematadas de diminutas bolitas de luz como diamantes que ardieran bajo una seda.

Sus pensamientos me envolvieron, amables.

«No hay necesidad de preocuparse, Stevie —pensaba—. La muchacha será la última. Todo está arreglado. Entrarás el primero en la Nube, y no tocará la más mínima vibración suya».

—Pero tocará a alguien, Shirina —gruñí—. Y eso crea la diferencia, incluso con los otros. El tiempo no parece importar mucho. Ella es..., es como si fuera mi propia hija.

—Pero no lo es —contestó Shirina, en voz alta y paciente—. Tu hija nació hace trescientos años. Es decir, trescientos años para tu cuerpo. Para ti no hay posibilidad de contarlo. El tiempo cambia en cada dimensión. Hemos pasado mil años en algunas de ellas, e incluso más.

Sí, recordaba aquellos raros años. Los muros dimensionales no suponen barrera alguna para el pensamiento. Te tiendes bajo los cristales-X y los observas pulsar del gris brumoso al negro más insondable. Tu mente sale de ti y es proyectada en un tenso rayo de vibraciones cuidadosamente planeadas, y, de inmediato, te encuentras en otro espacio, en otro tiempo.

Puedes ocupar cualquier cuerpo que se te antoje, durante el tiempo que desees. Puedes viajar entre planetas, entre soles, entre galaxias, sólo con pensarlo. Puedes ver cosas, hacer cosas, saborear experiencias para las que todos los lenguajes de nuestro espacio-tiempo no tienen palabras.

Shirina y yo habíamos vagabundado mucho juntos, y visto y probado muchas cosas. Los universos interrelacionados son infinitos.

—No puedo dejar de preocuparme, Shirina —repuse—. No quiero sentirme así, mas no puedo evitarlo. Ahora mismo, me siento humano. Sólo soy Steve Vanee, de Beverly Hills, California, del planeta Tierra. No puedo soportar mis recuerdos.

Mi garganta se cerró. Estaba enfermo, cubierto de sudor frío, y más cerca de la locura de lo que lo había estado en todos mis Satán-sabe- cuántos-años.

La voz de Shirina atravesó la oscuridad. Era como el trino de un pájaro, como una flauta, el murmullo de una cascada sobre las piedras, y como ninguna otra cosa que ustedes hayan oído ni oirán jamás.

—Stevie —dijo—. Escúchame. Ya no eres humano. No lo has sido desde la primera vez que entraste en la Nube. No tienes más puntos de contacto con esos seres de los que ellos tienen con las bestias que llevan al matadero.

—Pero no puedo dejar de recordar.

—Muy bien. Recuerda, entonces. Recuerda como desde el nacimiento fuiste diferente a los otros hombres. Como tenías que marcharte una y otra vez, para ver las cosas que ningún otro hombre había visto antes, para combatir contra el espacio mismo con tu corazón, tu nave y tus dos manos.

Pude recordarlo. El primer hombre en desafiar al Cinturón, el primer hombre en ver Júpiter resplandeciente entre su enjambre de nubes.

—Por eso, cuando te cogimos en el Velo y te trajimos a Astellar, te salvamos de la Nube. Tenías algo extraño..., una fuerza, un brote de visión y deseo. Podías darnos algo que queríamos, un contacto más fácil con las naves humanas. Y nosotros, a cambio, te dimos vida y libertad...

Hizo una pausa y añadió nuevamente:

—Y a mí misma, Stevie.

—¡Shirina!

Un montón de cosas se encontraron y se mezclaron en nuestros pensamientos. Emociones nacidas en cuerpos extraños que habíamos compartido. Recuerdos de batallas y belleza, de terror y amor, bajo soles que después no volvieron a arder, ni siquiera en sueños. No puedo explicarlo. No hay palabras.

—¡Shirina, ayúdame!

Su mente acunó la mía como los brazos de una madre.

—Al principio no fuiste responsable de nada, Stevie. Te obligamos bajo hipnosis, de modo que tu cerebro pudiera asimilar el cambio de forma gradual, sin shock. Yo misma te guie a nuestro mundo, como quien guía a un niño, y cuando al fin quedaste liberado, había pasado mucho tiempo. Habías dejado atrás la humanidad. Muy atrás.

—Podría haberme detenido. Podría haber rehusado volver a entrar en la Nube cuando supe lo que era. Podría haberme negado a ser un Judas que conduce a las ovejas al matadero.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque tenía lo que quería —repuse con lentitud—. Lo que siempre quise y nunca había podido nombrar. Poder y libertad como ningún hombre había tenido antes. Me gustaba. Cuando pensaba en ti y en las cosas que podíamos hacer juntos, y las que yo podía hacer solo, hubiera sido capaz de conducir al Velo a todo el sistema solar, y que me condenaran por ello.

Inspiré hondo y me enjuagué el sudor de las manos.

—Además, ya no me sentía humano. No podría herirles más de lo que habría maltratado a un perro cuando aún era un hombre. Pero ya no pertenecía a su raza.

—Entonces, ¿por qué ahora es diferente?

—Lo ignoro. Pero sé que lo es. Cuando pienso en Virgie bajo los cristales, y en mí entrando en la Nube, no puedo soportarlo.

—Has visto sus cuerpos después —dijo Shirina, amable—. Ni un solo átomo es tocado o cambiado, y sonrén. No hay una muerte más fácil ni más amable en toda la Creación.

—Lo sé. Lo sé. Pero Virgie es mía.

Caminaría bajo los cristales-X, sonriendo, con su rojo cabello oscuro brillando y sus ojos gris humo medio abiertos y llenos de sueños. Aún tendría al bebé en brazos, y Brad caminaría a su lado. Los cristales-X pulsarían y arderían con extraños fuegos negros; entonces, ella se tendería, todavía sonriendo, y eso sería todo.

Todo, para siempre, para Virgie, Brad y el bebé marciano de ojos verdes.

Pero la vida que había en sus cuerpos, la fuerza para la que ningún humano tiene nombre y que compone el aliento y la sangre y el calor de la carne viva, la vibración definitiva del alma humana..., esa fuerza vital se alzaría de los cristales y subiría a la cámara de la Nube. Y Shirina, y el pueblo de Shirina, y los otros cuatro hombres como yo que ya no eran humanos, entrarían en ella para poder vivir.

Nunca lo había advertido antes. Al principio se piensa, pero no significa nada. No hay referente semántico para «alma», «ego» o «fuerza vital». No ves nada, no tienes contacto con los muertos. No piensas mucho en la muerte.

Todo lo que sabes es que entras en una Nube radiante, y te sientes como un dios, y no piensas en el lado humano de todo eso porque ya no eres humano.

—¡No me extraña que os expulsaran de vuestra propia dimensión! —grité. Shirina suspiró.

—Nos llamaban vampiros, parásitos..., monstruos sibaritas que vivían sólo para la sensación y el placer. Y nos arrojaron a la oscuridad. Bien, tal vez tenían razón. No lo sé. Pero nunca lastimamos o dañamos a nadie, y cuando pienso en las cosas que le hicieron a nuestro pueblo, con sangre y miedo y odio, me siento aterrorizada.

Se levantó y se me acercó. Brillaba como una cálida perla contra el cristal, profundo como el espacio. Las pequeñas puntas de fuego diamantino ardían en sus antenas, y sus ojos parecían estrellas negras.

Tendí las manos hacia ella. Cuando las tocó, su contacto acabó con mi control. Me eché a llorar de súbito, sin producir sonido alguno.

—Para bien o para mal, Stevie, ahora eres uno de nosotros —dijo ella con amabilidad—. Lamento que haya sucedido. Te habría evitado el sufrimiento si me hubieras dejado adormecer tu mente hasta que todo esto acabe. Pero tienes que comprenderlo. Dejaste a los humanos atrás y nunca, nunca podrás volver a ser uno de ellos.

—Lo sé —dije tras un largo rato—. Lo comprendo.

La sentí suspirar y temblar. Después de eso, se apartó de mí, aún con mis manos entre las suyas.

—Ya es la hora, Stevie.

Me levanté, muy despacio, y, entonces, me detuve. Shirina contuvo la respiración.

—¡Steve, mis manos! ¡Me estás haciendo daño!

Las solté.

—Flack —dije, sin hablar con nadie— conoce mi debilidad. En el fondo de mi ser, no importa lo mucho que hable, volveré a entrar en la Nube porque tengo miedo. Siempre volveré a entrar en la Nube cuando llegue el momento. Porque he pecado tanto que tengo miedo a morir.

—¿Qué es pecar? —susurró Shirina.

—Dios lo sabe. Sólo Dios lo sabe.

Estreché su cuerpo, suave entre mis brazos como el de un pájaro, y la besé, recorriendo con los labios el resplandor que iba desde su mejilla a su pequeña boca carmesí. Noté un leve y amargo regusto de mis lágrimas en el beso; entonces me reí en voz baja.

Me quité la cadena con el medallón del cuello y los dejé caer al suelo. Después, salimos juntos hacia la Nube.

Cortina de oscuridad

Recorrimos los salones de Astellar, como personas en el corazón de una joya de mochos colores. Salones de ámbar, amatista y cinabrio, de verde dragón y del gris de la bruma matutina, y colores para los que no hay nombres en esta dimensión.

Los otros se nos unieron, procedentes de las celdas de cristal donde pasaban su tiempo. El pueblo de Shirina, de ojos de terciopelo, amables, con sus coronas de antenas rematadas de fuego. Eran como un arco iris viviente a la luz enjoyada de los salones.

Flack, yo mismo y los otros tres (sólo cinco hombres, en todo el tiempo que Astellar llevaba en nuestra dimensión, con el tipo de mente que el pueblo de Shirina quería), vestíamos nuestras negras ropas de astronauta, y caminábamos en nuestras auras doradas.

Vi que Flack me observaba, pero no le miré a los ojos.

Llegamos finalmente al lugar de la Nube, en el centro de Astellar. Las lisas puertas de color ébano permanecían abiertas. Tras ellas había una niebla como luz solar coagulada, motas de radiancia pura, brillante, dorada, que se enroscaba y danzaba en una nube de luz viviente.

Shirina me agarró de la mano. Supe que quería ayudarme a no pensar en el lugar de abajo, donde los hombres, mujeres y niños de la Reina de Júpiter, todavía hipnotizados, caminaban bajo los cristales-X hacia su último sueño.

Me así a ella con fuerza y penetramos en la Nube.

La luz nos rodeó. Caminábamos sobre algo que no era roca, ni tangible, sino una vibración de fuerza de los cristales-X que nos envolvía en una tela de araña tintineante y animada. Y la luz dorada y viviente se pegó a nosotros, nos acarició, se esparció sobre nuestra piel con pequeñas ondas de fuego.

Yo la ansiaba. Mi cuerpo se extendió, alzándose. Caminé sobre la vibrante tela de poder bajo mis pies, con la cabeza levantada, la respiración contenida en mi garganta, todos los átomos separados de mi carne rejuvenecidos latían y ardían y pulsaban de vida.

¡Vida!

Y, entonces, sucedió.

No quise hacerlo. Yo creía que lo había enterrado en las profundidades, donde no pudiera volver a molestarme. Pensé que había hecho las paces con la poca alma que había tenido, o perdido. No quería pensar.

Pero lo hice. Me golpeó, de súbito. Como un meteoro cuando choca contra una nave en el espacio, como la primera llamarada del sol al conquistar los picos de la cara oculta de Mercurio. Como la muerte, el hecho último y definitivo que es imposible esquivar ni engañar.

Supe lo que era esa vida y de dónde procedía, y cómo me había cambiado.

Era Virgie, con sus cabellos rojos y sus ojos gris humo, y la vida de Missy dentro de ella, y también mi vida. ¿Por qué tuvo que ser ella? ¿Por qué hube de encontrarla junto a aquel anciano muerto, en el Canal Bajo de Jekkara?

Pero la había encontrado. Y, de repente, lo supe. ¡Lo supe!

No recuerdo lo que hice en ese momento. Supongo que me solté de la mano de Shirina. Sentí sus sorprendidos pensamientos alcanzar mi cerebro; pero los perdí mientras corría a través de la Nube dorada, hacia la salida. Corría sin control, a toda velocidad.

Creo que traté de gritar. No sé. Estaba loco. Sin embargo, puedo recordar que alguien corría junto a mí, me seguía a través de la brillante ceguera de la Nube.

Salí al salón de más allá. Era azul como el agua mansa, y estaba vacío. Corrí. No quería hacerlo. Un resquicio cuerdo de mi mente gritaba a Shirina en petición de ayuda, mas ella no podía abrirse camino entre el caos. Corrí.

Y alguien corría tras de mí. No me volví. No me importaba. Apenas era consciente de ello. Pero alguien corría tras de mí, con sus largas y ágiles piernas.

Bajé el pasadizo azul y entré en otro color fuego con tintes grises; allí bajé una rampa tallada en ámbar oscuro que conducía al nivel inferior.

El nivel donde los cristales-X se encontraban.

Descendí rápidamente por el sendero de ámbar, como un ciervo perseguido por los perros, a través de un silencio cristalino que me devolvía el sonido de mi respiración, áspera y sofocada. Había un espacio circular al fondo de la rampa donde se hallaban cuatro pasadizos, un lugar tallado en la joya con un sombrío e insondable tono púrpura.

Llegué hasta allí, y de tres de las cuatro aberturas salieron hombres a recibirme. Hombres con rostros jóvenes, cabellos blancos como la nieve y cuerpos desnudos ardiendo de oro contra el púrpura.

Me detuve en el centro del salón. Oí pies desnudos que corrían por la rampa a mis espaldas, y, sin mirar, supe quién era.

Flack. Me rodeó para ponérseme delante y me miró con sus ojos extraños y fríos como la luz de la luna. Había encontrado una pistola desintegradora en alguna parte.

Me apuntó con él. No a la cabeza o al corazón, sino a mi centro.

—Pensé que podrías intentar algo, Stevie —dijo—. Por eso nos mantuvimos cerca de ti.

Me inmovilicé. No sentía nada. Me encontraba más allá de todo aquello. Yo estaba loco, loco por completo; pensando en el tiempo y en los cristales, pulsando apenas más allá de mi alcance.

—Apártate de mi camino —le advertí.

Flack sonrió. No había humor en su sonrisa. Los tres hombres se movieron a su espalda. Miraron a Flack, luego, a mí, y aquello no les gustó, pero sentían miedo.

Miedo a morir, como todos nosotros. Incluso Flack, que jamás tuvo alma.

Este actuaba como alguien que es muy paciente con un niño revoltoso.

—¿Volverás con nosotros, Stevie, o prefieres que te vuele en pedazos ahora mismo? —me preguntó.

Le miré a los ojos, extraños y fríos.

—Te gustaría, ¿verdad?

—Sí —se pasó la roja punta de la lengua por sus hinchados labios—. Sí, pero te dejo elegir.

—Muy bien —dije—. Muy bien, elegiré.

Yo estaba loco. Salté hacia él.

Primero, le golpeé con la mente. Flack era fuerte, pero yo llevaba en la Nube cincuenta años más que él, y Shirina me había enseñado cosas. Acumulé toda mi fuerza y se la envié; él tuvo que poner en orden sus propios pensamientos para combatirla, y, durante unos segundos, no pudo emplear la pistola desintegradora con su mente consciente.

Un reflejo instintivo suyo envió un rayo escarlata de poder mortal sobre mí cuando me lancé hacia adelante. Me rozó la piel, pero eso fue todo.

Caímos, debatiéndonos, sobre la piedra púrpura. Flack era fuerte; más grande que yo, más pesado, y terriblemente malintencionado. Estuvo a punto de hacerme perder el sentido, pero yo le tenía agarrado por la muñeca y no estaba dispuesto a soltarle. Los otros tres retiraron un poco sus auras doradas hacia las bocas del salón, temerosos de que la pistola desintegradora se disparara y les alcanzara.

Pensaban que Flack podría encargarse del problema, y tenían miedo. Así que se retiraron y enfocaron sus mentes sobre mí, en un intento de aplastarme.

Aún no sé por qué no lo consiguieron, Supongo que debido a muchas cosas: las enseñanzas de Shirina, el hecho de que yo fuera mayor, el que no

pensara conscientemente en nada... Yo sólo era algo que había comenzado en algún lugar, y que continuaba.

A veces deseo que me hubieran aplastado. A veces deseo que Flack me hubiera matado sobre aquella piedra púrpura.

Me sacudí de sus golpes mentales. Resistí los puñetazos, las patadas y los rodillazos de Flack, y concentré toda mi fuerza en doblarle el brazo. Le aparté de mí, y le coloqué donde quería.

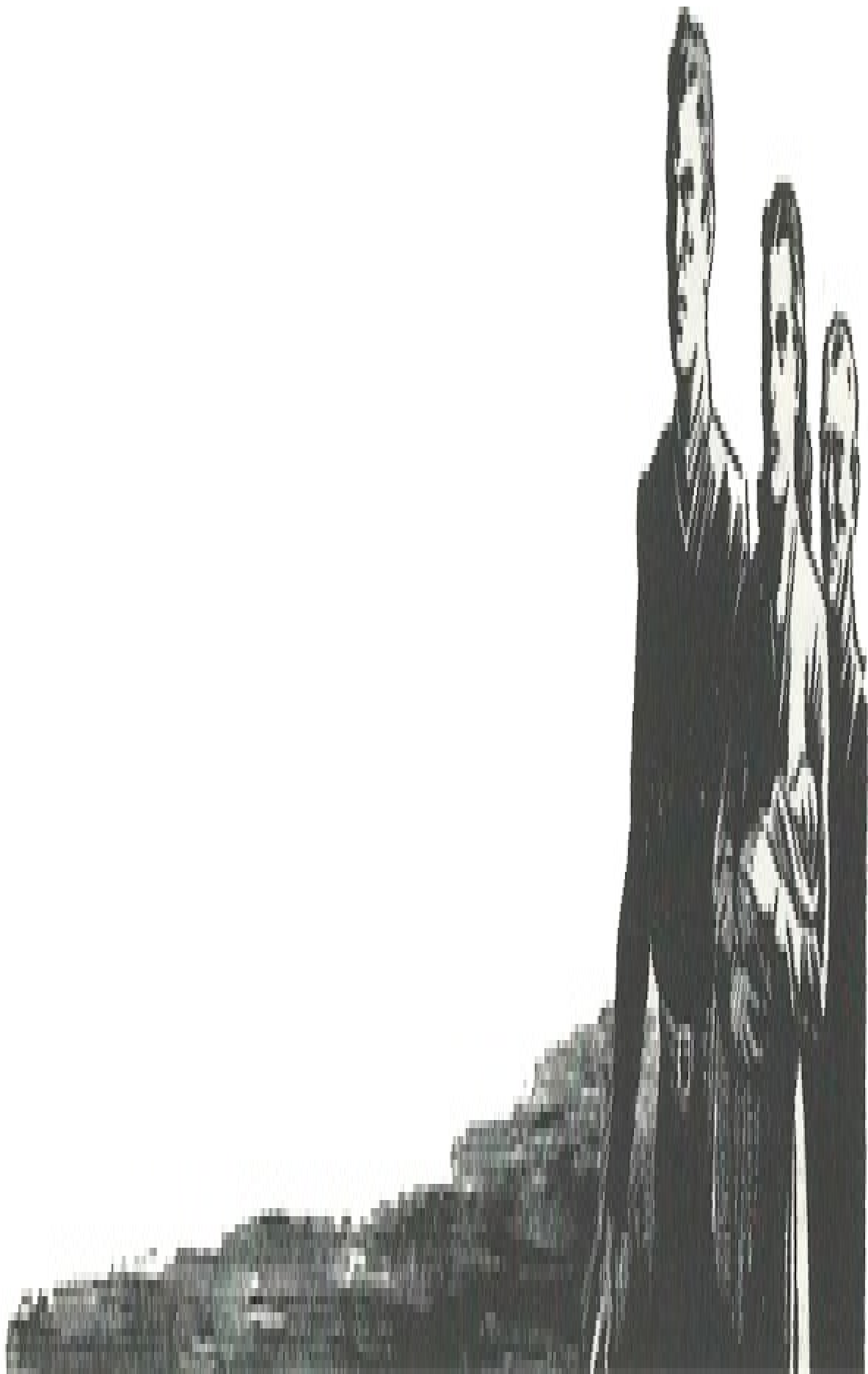
Lo conseguí. Él hizo su último intento. Se rompió el corazón con ello, y no le sirvió de nada. Vi sus ojos, abiertos de par en par, en el rostro oscuro. Aún puedo verlos.

Me levanté y me encaminé hacia la puerta, con la pistola desintegradora empuñada. Los otros tres hombres se separaron, con lentitud y comenzaron a rodearme. Hombres desnudos, con su brillo dorado en contraste con la piedra púrpura, y los ojos llenos de un miedo animal.

Le disparé a la cabeza a uno de ellos cuando todos sus músculos se tensaban para saltar. Los otros se precipitaron con rapidez sobre mí. Me derribaron, y el tiempo pasaba, y la gente, con los ojos inundados de sueños, caminaba lentamente bajo los cristales.

Le di un puntapié bajo la mandíbula a uno de los dos hombres que quedaban y le rompí el cuello; entonces, el otro intentó quitarme la pistola. Yo acababa de salir de la Nube. El, no. La vida que emanaba de los cristales-X me fortalecía. Empujé sus brazos hacia atrás y pulsé el botón de nuevo, mientras trataba de no ver sus ojos.

Eran mis amigos. Hombres con los que yo había bebido y reído; con los que a veces había visitado los mundos más allá de este universo.



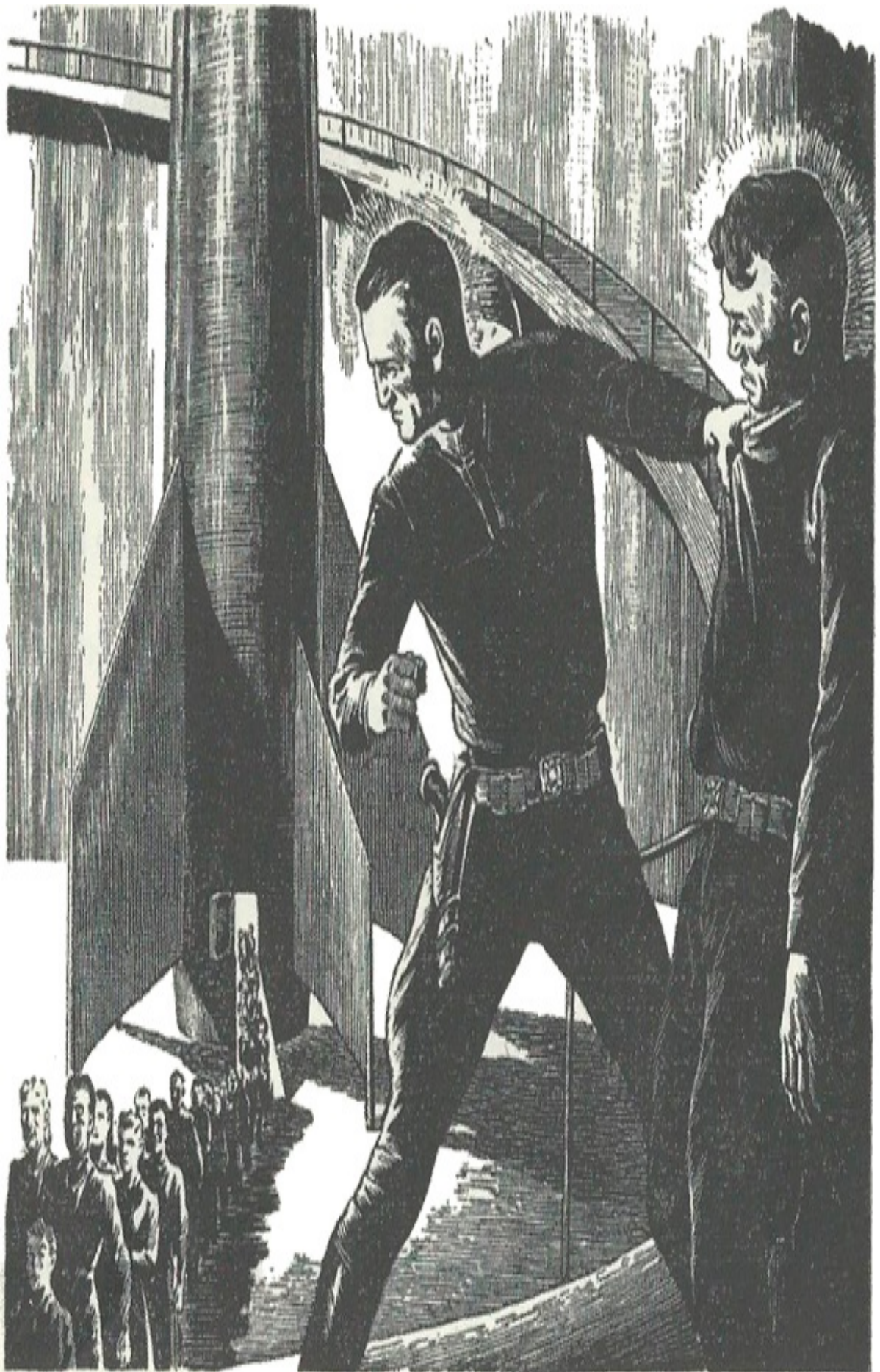
Continué corriendo a través de un salón del color del amanecer marciano. Estaba vacío. Yo no sentía ni pensaba. Notaba un dolor remoto, y sangre en la boca, pero eso era algo que no importaba.

Llegué al lugar donde se hallaban los cristales y me detuve.

Un montón de personas se habían situado bajo los cristales. Casi la mitad de las quinientas familias de la Reina de Júpiter. Yacían, inmóviles, en el suelo negro, y había espacio de sobra. No obstruían el paso a los otros que les seguían, un fluir lento y silencioso de seres humanos con los ojos cargados de sueños.

Los cristales colgaban en un amplio círculo, con una leve inclinación hacia adentro. Latían con una negrura que estaba más allá de la simple oscuridad; algo negativo, tan ardiente y tangible como la luz del sol.

El ángulo de inclinación y la colocación de las caras, unas contra otras, creaban diferentes resultados para proteger el Velo, o para producir fuerza motriz, o hipnosis, o servir como pórtico para otro tiempo y espacio.



O arrancar el poder de la vida de los cuerpos humanos.

Pude ver el pálido fulgor de fuerza en el centro, una especie de vórtice entre las facetas negras, ardientes e ilimitadas que se alzaban desde los cuerpos inmóviles hacia la cámara de la Nube que se encontraba arriba.

Pude ver los rostros de los muertos. Aún sonreían.

Los controles se hallaban al otro lado. Corrí. Estaba muerto por dentro, tan muerto como los cadáveres del suelo, pero corrí. Recuerdo que pensé que resultaba gracioso correr cuando se estaba muerto. Con todas mis fuerzas, corrí por el contorno exterior de los cristales, hacia los controles. Vi a Virgie. Se encontraba al final de la procesión, tal como yo sabía que estaría, con Brad a su lado y el bebé de los ojos verdes en sus brazos, dormido.

¡Virgie, con su brillante cabello rojo y los ojos de Missy!

Agarré los controles y los arranqué; el brillante vórtice desapareció. Hice girar la gran rueda hexagonal y la coloqué en el punto máximo de hipnosis; a continuación, corrí por entre los muertos.

Indiqué a los vivos lo que tenían que hacer. No les desperté. Dieron media vuelta y regresaron a la Reina de Júpiter por donde habían llegado, corriendo con fuerza y aún sonriendo, sin temor.

Volví junto a la rueda y la hice girar de nuevo, hasta una señal marcada con el color que utilizaban para indicar peligro. Después, seguí al último de los humanos por el pasillo. En el umbral me di la vuelta y alcé mi pistola desintegradora.

Vi a Shirina, de pie bajo la radiante negrura de los cristales, a mitad de camino de la pared curva.

Sentí que su mente tocaba la mía, y luego se apartaba con lentitud, de la misma forma como uno retira la mano cuando alguien que ama acaba de morir. Le miré a los ojos. Tenía que hacerlo.

¿Por qué hice aquello? ¿Por qué me preocupé por unos cabellos rojos y unos ojos gris humo, y por la sangre diluida durante trescientos años de una muchacha llamada Missy? Yo no era ya humano. ¿Por qué me importaba todo eso?

Shirina y yo estábamos separados. Nos habíamos apartado uno de otro y no podíamos tocarnos, ni siquiera decirnos adiós. Capté un leve eco de sus pensamientos.

—¡Oh, Stevie, había aún tantas cosas por hacer!

Sus grandes y luminosos ojos negros brillaban llenos de lágrimas, al tiempo que sus antenas terminadas en joyas se mecían y ondulaban. Sin embargo, supe lo que iba a hacer.

De súbito, no pude ver los cristales. No pude ver nada. Tuve el conocimiento de que nunca habría algo que yo quisiera volver a ver. Alcé la pistola desintegradora y la disparé a plena potencia contra uno de los cristales colgantes; luego, eché a correr.

Sentí cómo el rayo de pensamiento letal de Shirina alcanzaba mi cerebro, se debilitaba, y se hacía añicos contra algo en su propia mente, como su fuente. Corrí, un ser muerto con pies de plomo, envuelto en un halo de luz dorada.

Tras de mí, los cristales-X, revueltos por el rayo de la pistola desintegradora en su total ansia de poder, empezaron a romperse y a reducir el mundo de Astellar en pedazos.

No sé bien lo que sucedió. Corrí y corrí, siguiendo a los humanos que aún vivían, pero no pensaba ni sentía. Tengo vagos recuerdos de pasadizos alineados de celdas de cristales con tonalidades de joya, salones de ámbar, amatista y cinabrio, de verde dragón y del gris de la bruma matutina, y colores para los que no hay nombres en esta dimensión.

Pasadizos que se resquebrajaban y rompían a mi espalda, desmoronándose; fragmentos de arco iris rotos. Y, por encima de aquello, el grito de poder de los cristales-X, al rasgar y romper Astellar.

Y, entonces, algo que escuché con mi mente, no con mis oídos. El pueblo de Shirina, muriendo en la destrucción.

Mi mente estaba como embotada, pero no lo suficiente. Aún podía oír. Aún puedo oír.

La Reina de Júpiter estaba a salvo. Las vibraciones no la habían alcanzado todavía. Subimos a bordo, abrí las compuertas y yo mismo la hice despegar, porque el piloto y el primer y segundo oficiales dormían en Astellar para siempre.

No contemplé la muerte del planeta. Sólo miré atrás después de un largo rato, y había desaparecido. Sólo quedaba una nube de polvo brillante titilando en la cruda luz solar.

Puse rumbo al cuartel general de la Autoridad Espacial de Marte y conecté la señal de advertencia automática AC. Luego abandoné la Reina de Júpiter en la nave salvavidas número 4, cubierta B.

* * *

Y aquí me encuentro ahora, mientras escribo esto, en algún lugar entre Marte y el Cinturón. No vi a Virgie antes de marcharme. No vi a ninguno de ellos, pero a Virgie en especial. Ya estarán despiertos. Espero que sus vidas valgan las que costaron.

Astallar ha desaparecido. El Velo ha desaparecido. Ya no tienen que seguir sintiendo miedo. Voy a introducir este manuscrito en un cohete mensaje para enviarlo, así que sabrán que no tienen nada que temer. No sé por qué me importa.

No sé por qué escribo esto, a menos que... ¡Dios, lo sé! ¿Por qué mentir? A estas alturas del juego, ¿por qué mentir?

Ahora estoy vivo. Soy un hombre joven. Pero la Nube que me mantenía así ha desaparecido; por eso, dentro de poco, envejeceré, muy de prisa, y moriré. Y tengo miedo a la muerte.

En algún lugar del sistema solar debe de haber alguien que quiera rezar por mí. Cuando era niño, me enseñaron que rezar sirve de ayuda. Quiero que alguien rece por mi alma, porque yo no puedo.

Si me alegrara de lo que he hecho, si hubiera cambiado, tal vez podría rezar.

Pero he dejado la humanidad atrás, y me es imposible regresar.

Tal vez rezar no importe. Quizá no exista nada más después de la muerte, sólo el olvido. ¡Eso espero! Si pudiera dejar de ser, dejar de pensar, dejar de recordar...

Espero, por todos los dioses del universo, que la muerte sea el final. Pero no lo sé, y tengo miedo.

Miedo. ¡Judas! ¡Judas! ¡Judas! Traicioné a dos mundos, y no puede haber un infierno más profundo que el infierno en el que ahora vivo. Y, sin embargo, tengo miedo.

¿Por qué? ¿Por qué debería de importarme lo que me suceda? Destruí Astellar. Destruí a Shirina, a quien había amado más que a nada en toda la Creación. Destruí a mis amigos, mis camaradas..., y me he destruido a mí mismo.

Y ustedes no merecen la pena. Todo el ganado humano que habita el sistema solar no vale lo que Astellar, ni Shirina, ni todo lo que hicimos juntos más allá del espacio y el tiempo.

¿Por qué le di aquel medallón a Missy?

¿Por qué tuve que encontrar a Virgie, con su cabello rojo?

¿Por qué recordé? ¿Por qué me importó? ¿Por qué hice lo que hice?

¿Por qué nací?

En ese instante, el señor Whitlow advirtió lo que era, realmente, un alienígena.

Como en una sofocante pesadilla, observó a los coleopteroides acercarse más. Percibió la desdeñosa pregunta del Jefe al Decano.

«¿Todavía no te has apoderado de su mente?».

«No», respondió el Decano.

Y, entonces, Whitlow captó la rápida orden a los otros.

Los negros huevos invadieron su esfera de luz, con sus crueles zarpas acorazadas abriéndose para agarrarle... Esas fueron las últimas impresiones que el señor Whitlow obtuvo de Marte.

Momentos después (pues el aparato le proporcionaba transporte instantáneo a través de cualquier extensión espacial), el señor Whitlow se encontró dentro de una burbuja que mantenía, como por arte de magia, la presión atmosférica normal bajo los mares venusianos. Convertido en el reverso de un pez en un tanque, contempló la luminiscente vegetación que ondulaba con suavidad, y los grandes edificios de barro que aquélla medio enmascaraba. Naves brillantes y criaturas provistas de tentáculos salieron rápidamente de ellos.

El Jefe Moluscoide observó al intruso de sus jardines privados con un arrogante desdén que ni siquiera la sorpresa pudo sacudir.

«¿*Qué es lo que eres?*» pensó con frialdad.

—Yo... he venido a informarles de que existe una amenaza a un antiguo tratado.

Cinco ojos, situados sobre largos peciolos, le observaron con similar frialdad a la del pensamiento repetido:

«*Pero ¿qué eres?*».

Un súbito impulso de dolorosa sinceridad obligó al señor Whitlow a replicar:

—Supongo... supongo que podría decir que soy un agitador bélico.

El enigma de Marte

En el prólogo de la última de las historias recogidas en Ciudades Perdidas de Marte, “El camino de Sinharat”, se indica que “La Tierra ha abandonado su política de no interferencia, y ha comenzado una nueva época de intervencionismo pleno en el cuarto planeta, política que supone movimiento de poblaciones, en principio marcianas, más adelante terrestres y venusianas, obtención de agua..., en fin, el establecimiento de una política colonial en toda regla. Simultáneamente, el Consejo de Ciudades Estado va aumentando su poder; ya incluso se atreven a mandar policías a las ciudades del Canal Inferior; el proceso de unificación de Marte está en marcha”.

La crisis económica se extiende por la Tierra, la colonización es una salida, pero claro, una colonización que produzca resultados para quien corre con los gastos; si no hay resultados “...volveréis a las miserables calles de donde habéis salido”.

El cuasi gobierno del Triángulo, unión muy laxa formada por la Tierra como parte dominante y Venus y Marte como satélites, ha decidido colonizar las yermas extensiones marcianas, enviando allí a la pobre gente de la Tierra y Venus, por supuesto los burócratas no han considerado los problemas de adaptación de estas personas al ambiente marciano, muy distinto al de sus lugares de procedencia ni los problemas que les puede ocasionar la fauna marciana. Aquí descrita cuidadosamente, lo que no era costumbre de nuestra autora.

Pero hay algo, de hecho más importante, que no han considerado, un campesino, a diferencia de un obrero de fábrica o de un empleado de oficina, queda ligado emocionalmente a la tierra que trabaja, donde vive, que le da de comer y que algún día le acogerá en su seno. Los campesinos vengán de la Tierra, vengán de Venus, se van transformando en auténticos marcianos, algo que apasionaría a Bradbury. Por eso, cuando suene el clarín de la revolución, las filas de los independentistas contarán con numerosos partidarios cuyos linajes pueden rastrearse en los planetas interiores.



Aquel que desembarcó en el astropuerto de Thern, principal asentamiento del área de Rikatva, era la sombra encorvada de un hombre, joven de rostro, pero de ojos viejos y sin esperanza. Con él, descendieron del antiguo carguero espacial, casi otros quinientos pasajeros, que comenzaron a marchar sobre aquella tierra roja y seca, que era su última esperanza de libertad económica.

Rikatva y Tchava eran las dos Áreas Marcianas de Aprovechamiento de Tierras Baldías. El Triple Consejo^[3], formado por los grandes cerebros de los tres mundos, había invertido dinero en aquellos lugares, haciendo un esfuerzo para proporcionar, al exceso no deseado de población de las zonas civilizadas superpobladas, una oportunidad de escapar de las listas de la caridad.

El agua, traída en naves tanque^[4] desde los mundos húmedos, el humus venusiano, el fosfato ácido, el nitrato de nitrógeno^[5], eran empleados para hacer fructífero aquel desierto alcalino. Además de este acondicionamiento, los fondos que con tanta dificultad habían sido extraídos a los contribuyentes, sólo daban para burdas cabañas y todavía más burdos aperos.

En todo el Sistema Solar, existía la idea de que estas áreas habían resultado un fracaso. Únicamente, los desheredados todavía mantenían la esperanza.

El joven respiró el aire tenue y tiritó. Cuando los guardias especiales pastorearon a la multitud a través del campo de aterrizaje, hasta llevarlos a los almacenes de suministros, el recién llegado los siguió con la tranquila obediencia de un animal bien domado.

Finalmente presentó sus documentos al comisionado adjunto, un marciano delgado y melancólico, procedente de encima del camino de Tchava.

El comisionado leyó:

—Martin Drake, soltero, profesión secretario.

Escribió su nombre de una forma ininteligible, como si se hubiera puesto enfermo al verle y preguntó con un gruñido:

—¿Secretario? ¡Apostaría a que en todo este lote no hay ni un solo granjero! De acuerdo, Martin Drake, debes establecerte en el borde del asentamiento, junto con otro soltero. No te pongas nervioso sin necesidad, cuando salgas de aquí.

Mientras Martin Drake, analizaba la observación que le había hecho, la larga fila le empujó hacia adelante, bajando hasta unas mesas en donde unos guardias registraron el escaso equipaje que poseían los recién llegados.

Drake se preparó para el registro, el guardia, mientras le registraba dándole unas palmadas que ponían de manifiesto su experiencia, le preguntó.

—¿Llevas armas de fuego?

Drake negó con la cabeza.

El hombre que se encontraba justo delante de él en la fila, llevaba una pistola que tuvo que entregar, comentó:

—¿Todavía os acordáis del levantamiento^[6] del año pasado, eh? Vamos, que haces este trabajo por tu propia seguridad, ¿verdad?

De mal humor, el soldado le contestó:

—Yo que tú no sería tan listo; si los tipos que han pagado los pasajes y demás gastos para traeros aquí, continúan quejándose, y vosotros, cobardes, no hacéis algo mejor, para poder presentar el lado positivo de este asunto, volveréis a las miserables calles de donde habéis salido. Nosotros, al menos, seguiremos cobrando la paga del ejército.

La fila siguió empujando a Drake cada vez más hacia delante. Por último se encontró en una calle de Thern, sujetando el equipo que le habían dado y que comprendía: herramientas, semillas, ropa y sujetando las bridas de un *vaard*, la fea y pelada versión marciana de un caballo, que soportaba mal el arnés y en cuyos ojos pequeños y amarillos, se reflejaba la malicia del animal, esperando para hacerle algún daño.

Había algo en la ciudad de Thern, que ahora podía verse sin el obstáculo que suponían los cobertizos y los hangares, que le hizo sentirse perdido, el aspecto de viejo que tenía el rostro de Drake, se acrecentó con aquella panorámica.

Escuálido y apretado por la multitud, bajo los enormes depósitos de agua, la depresión que le producía Thern era horrible. Aquí y allí se alzaban las derruidas espiras de mármol de la antigua ciudad, mudos profetas de la futilidad de los esfuerzos.

Drake sacó la tarjeta que servía de título de las tierras que le habían concedido y la miró.

Las palabras no le decían nada. Miró a su alrededor buscando a alguien que pudiera informarle; entonces se percató de golpe de que un clamor estaba elevándose desde la calle. La gente comenzaba a salir de los bares y se producían alegres encuentros entre los componentes de aquella multitud aburrida, mórbida y curiosa. El polvo rojizo de la calle sin pavimentar, comenzó a levantarse, formando una nube sofocante.

Únicamente un hombre permanecía retrasado, un venusiano alto, con las botas separadas, con sus ojos, color de nube, entrecerrados, como si estuviera observando a la multitud deshacerse y volver a formarse sobre sí misma. Se trataba de un hombre moreno por haber estado expuesto al sol, muy fuerte,

pero tranquilo, con algo de la dura honradez de la Tierra en su cabeza, grande y con un cráneo poderoso, y una barba rubia con rizos.

Drake se dio cuenta, con lástima, de la blancura de su piel y de lo poco desarrollado que se encontraba su cuerpo. Pero había encontrado su hogar. Agarró su tarjeta de tierras y palmeó, de forma vacilante, el hombro del desconocido.

Una mirada de los ojos color de nube, en parte despectiva, se fijó en su encorvada delgadez. El desconocido le preguntó:

—¿Qué quieres?

Drake le enseñó su tarjeta y le preguntó:

—¿Podría decirme...?

El alto desconocido le cortó en seco, con un gruñido falto de entusiasmo.

—Tu tierra está al lado de la mía; ahora voy a casa, si quieres puedes venir conmigo.

Señaló un carro de dos ruedas con un *vaard* entre las varas.

—Vamos, ata tu animal detrás y sube al carro.

Drake se agachó sobre la parte posterior del carro y ató, torpemente, los cabos de las bridas de su animal. El *vaard* movió de golpe su cabeza con aire perverso y el terrestre no pudo terminar de hacer el nudo. Oyó el gruñido de desprecio del venusiano y enrojeció de vergüenza.

Unas manos, delgadas y morenas se colocaron junto a las suyas a la vez que una hermosa voz le decía al oído.

—¿Puedo ayudar?

Drake miró hacia arriba. Una joven se encontraba junto a él, un ángel delgado y sonriente, vestido con un mono lleno de remiendos y coronado con un montón de rizos negros que bailaban impulsados por la brisa. Era de complexión clara, fuerte y llena de confianza. Drake, en su presencia, se sintió lleno de temor y respeto. Tomó la rienda de su mano y la ató con habilidad, mientras él la miraba sin poder apartar sus ojos de ella.

Todavía la estaba mirando cuando la chica le miró y le preguntó su nombre. Drake comenzó a tartamudear, mientras no dejaba de comérsela con la vista, como si la joven fuera algo que él nunca hubiera soñado que existiera y no quisiera olvidar nunca que la había visto. Vio que la muchacha comenzaba a ponerse colorada, pero no se le ocurrió pensar que hubiera actuado de una forma ofensiva. Entre sombras se percató de que la multitud se estaba dirigiendo hacia donde se encontraban, la voz de la joven se oyó claramente cuando decía:

—Soy Terra Brooke, mi padre tiene una granja junto a la de Tels.

Terra, la Tierra. Ningún otro nombre se habría adaptado mejor a la joven. El simple hecho de mirarla, inundó de alegría a Drake, algo cantaba en su interior por la simple razón de mirar a la joven.

El golpe de la manaza de Tels sobre su hombro le llegó a producir dolor físico. El venusiano, haciendo que se diera la vuelta, le preguntó secamente:

—¿No has visto nunca una mujer?

Drake le contestó con brusquedad:

—¡No!

Ya las primeras personas integrantes de la multitud estaban concentrándose a su alrededor. El rostro moreno de Terra empalideció y volvió su cabeza en otra dirección. Luego, mientras subía al carro, le rogó al venusiano:

—Vámonos Tels, no quiero ver eso.

Tels no la escuchó. Con la cara adusta, apretó con más fuerza el hombro de Drake a la vez que le empujaba hacia donde unos hombres llevaban sobre una camilla una cosa tapada con una manta.

—¡Mira cachorro de la Tierra! Eso es lo que nos está expulsando de estos campos, esto es algo con lo que vosotros, enclenques criados en las ciudades no podéis luchar. Pero a *khom* no le importa, él no les da cuartel a los enclenques, vamos ¡mira!

Apartó bruscamente la manta que cubría la camilla. Drake comenzó a tener arcadas, no vomitando por muy poco, aguantando un estómago que quería salir por su boca. El hombre que se encontraba bajo la manta estaba muerto, se encontraba desnudo hasta la cintura; la forma en que había muerto había sido horrible.

Algo le había golpeado en un lado, rompiendo sus costillas, quebrando su columna vertebral y dejando sus entrañas al aire.

Algo había hecho todo esto con un solo golpe.

Tartamudeando Drake dijo:

—*Khom*, es el término marciano para designar destructor, pero ¿Qué... qué es eso?

El extraño ataque de rabia de Tels, se había consumido a la vista de la muerte, de forma que contestó con un susurró.

—Es el gran lagarto del desierto.

Volvió a su carro, Drake le siguió dando tumbos, pálido y presa del nerviosismo.

El camino que seguían partía de Thern y corría entre campos polvorientos, sembrados de judías, alfalfa y uvas marcianas amarillas. Aquí y allá la tierra

estaba desnuda, despojada de cualquier cosa de color verde, como si hubiera sufrido una plaga de langostas gigantes. Se podían ver los diques para el regadío, mientras que se olía el abono, los surcos del arado se podían ver, profundos, soportando el viento. Cabañas, carcomidas por el clima, sin un árbol o un arbusto que les diera sombra y frente a ellos... el desierto.

Drake miró a través de la llanura vacía y, por primera vez, escuchó la risa silenciosa de la tierra que se desplazaba por la acción del viento, que nunca cesaba su tarea.

Con una voz suave, Terra Brooke dijo:

—Es horrible, ¿verdad? Pero es lo que hay.

Embargado por una extraña y fría amargura, Drake le contestó:

—Esto es mejor que nada en absoluto, cualquier cosa es mejor que nada.

Tels le estudió tranquilamente, como era su costumbre, finalmente dijo:

—Tus ropas son de calidad y si estás delgado no es por haber pasado hambre; creo que tú no sabes lo que significa “nada en absoluto”.

Drake se sonrojó y dijo.

—Yo no quería dar a entender...

En ese momento cortó la frase y mirando a lo lejos gritó:

—¡Mira a esa viña!

Los demás miraron sorprendidos y luego se volvieron, con aire inquisitorial hacia Drake. Tels gruñó diciendo:

—¿Qué le pasa a la viña?

Con más amabilidad, Terra añadió.

—Se trata, simplemente, de una viña que *khom* ha destrozado.

Con excitación Drake contestó:

—Sí, pero ¡mira los sarmientos! Están comidos hasta debajo del suelo.

Tels le miró y explicó:

—Por supuesto, se come los arbustos del desierto, y todo lo que encuentra, ¿de qué te extrañas?

—Es extraño que un lagarto coma madera.

Tels le respondió.

—Quizá sea extraño, pero el hecho es que se la come, terrestre, la madera y todo lo que encuentre a su lado.

Con amabilidad, Terra añadió.

—Supongo que es porque hay poco alimento en el desierto, sólo arbustos y los cactus. *Khom* necesita mucho alimento y, supongo, que ha aprendido como hacerlo, por lo que sé, consigue el agua que bebe a partir de los cactus.

Drake asintió con la cabeza, por primera vez su rostro pareció animarse.

—Es extraño, ¿verdad? Será la adaptabilidad.

Tels le interrumpió diciendo:

—Lo único que me importa es cenar, aunque odie las judías. Cuando maduren mis melones, ¡podré tomar algo agrio para quitarme el maldito polvo de la garganta!

Drake cenó aquella noche en la cabaña de Tels. Terra así lo quiso. Le explicó que ella cocinaba, con bastante frecuencia, la cena de Tels cuando este bajaba a la ciudad. *Khom*, el destructor, había arruinado sus viñas no hacía mucho tiempo, además su padre estaba enfermo, de forma que la única compañía que Terra encontraba era en la cabaña de Tels. Este le acompañó a Drake indicándole el camino hasta llegar a su propia cabaña. Al llegar a la vivienda de Drake, el venusiano le miró cara a cara y le dijo:

—Eres bienvenido porque así lo quiere Terra.

Luego, con los ojos fijos en el rostro del terrestre de una forma desagradable, continuó.

—Pero ten cuidado forastero.

Dirigió los rizos de la barba rubia hacia Drake y terminó su discurso:

—Cuando tenga la granja bien establecida, me casaré con Terra. Ella no es una perra callejera a la que cualquiera puede mirar. Tú has venido a cenar y nada más.

El rostro de Drake, se puso escarlata más que rojo, por la rabia que sintió, pero Tels ya había dado la vuelta y sólo pudo ver sus anchas espaldas. Caminaron en silencio hasta la granja de al lado.

Terra era una experta cocinera. La poco sabrosa gallina del desierto sabía como si fuera faisán, el cactus rojo asado y las judías salteadas, parecían ser patatas. A pesar de los gruñidos de Tels, la cena fue para Drake algo parecido a un sueño. Un sueño alrededor de un ángel de pelo moreno, calentando los platos sobre una vieja estufa.

El mono había sido reemplazado por un sencillo vestido estampado; las suaves líneas de su cuerpo delgado, le producían a Drake dolor de garganta. Sintió una mezcla confusa de sentimientos a los que no estaba acostumbrado. Enrojeció, se quedó cortado en medio de las frases, tartamudeó y deseó encontrarse a cien millas de allí, a pesar de todo, no deseaba irse de allí.

Terra habló con él bastante tiempo, habló sobre las áreas. Le dijo que Tchava era mejor que Rikatva y que los rumores sobre un inmediato recorte de las subvenciones cada vez eran más numerosos y consistentes.

Los lagartos eran peor que cualquier plaga bíblica, cuando alguien les molestaba estando comiendo, mataban sin piedad. *Khom* era el mayor

enemigo. Las tormentas de polvo, la sequía y la escasa fertilidad del terreno, podrían ir solucionándose con el tiempo, pero quien recogía las cosechas era *khom*.

De repente, Terra le sonrió a Drake y le preguntó:

—Nunca te has mantenido por ti mismo, ¿verdad?

Con humildad, Drake le respondió:

—No, me crio mi tío.

Tels gruñó y dijo:

—Elegiste un lugar elegante para empezar una nueva vida; polvo, viento y desolación.

Se levantó de repente, golpeó su puño contra la pared en una muestra de extraña gentileza y prosiguió diciendo con suavidad:

—En Venus, hay una tierra oscura que no va volando por el aire en forma de polvo, y llueve ¡llueve!

Terra colocó amablemente una mano sobre su hombro y dijo:

Martin, este es un sitio duro. Además desde los incidentes del año pasado, no nos dejan tener armas.

Drake recordó lo que había dicho aquel hombre en el cobertizo donde les daban los suministros. Preguntó:

—¿Qué pasó?

—Algunos de los colonos que se encontraban aquí se cansaron de luchar. Aquí, en el desierto, hay tribus de bárbaros^[7], que viven del saqueo. Al norte de donde nos encontramos hay minas de radio. Los colonos convencieron a los bárbaros para que marcharan contra Ricatva, con el fin de mantener entretenidos a los soldados, mientras ellos atacaron las minas de radio. Hubo varios combates y muchos hombres murieron antes de que el asunto se solucionara. Por esta razón, se prohibieron todas las armas en estos lugares.

—Pero ¿y los lagartos? ¡No tenéis ninguna protección!

Tels se encogió de hombros y dijo.

Los fusiles no son muy buenas armas para luchar contra *khom*, sólo tienen vulnerables su ojo y su garganta, además, dado que se alimenta sólo por la noche, es difícil alcanzarlos. Todo lo que tenemos son bengalas; la luz les hace huir, al menos algunas veces. Hasta ahora no he tenido problemas con ellos.

Cambiando bruscamente de tema de conversación dijo:

—¡Eh, terrestre! Mira lo que he criado.

Le enseñó una caja llena de tierra negra que se encontraba en el rincón más caliente de la estufa. Drake se percató de que las condiciones de aquella

caja se aproximaban a las de la bochornosa humedad de Venus, más que cualquier otro sitio de Marte. Miró la pálida planta de melón, que llevaba dos frutos. Dijo:

—¿No sería mejor haberlo desarrollado como un cultivo de laboratorio?

Tels le miró y dijo con un gruñido:

—¡Un cultivo de laboratorio!

Extendió sus manos hacia delante y dijo:

—No mientras tenga estas manos para cavar la tierra.

Los ojos de Terra comenzaron bruscamente a brillar.

—Primero hablas de los lagartos, luego de cultivos de laboratorio. ¿No serás un científico?

Unas arrugas aparecieron súbitamente en el delgado rostro de Drake, con un tono aburrido dijo:

—No, no soy un científico, soy un... secretario.

Terra le estudió, pidiéndole finalmente:

—Enséñame tus manos Martin Drake.

Sorprendido las extendió hacia la joven. De repente se percató de algo y las volvió hacia atrás rápidamente, enterrándolas profundamente en sus bolsillos. Terra sonrió y movió la cabeza con lentitud.

—Manchas y quemaduras de ácidos. Tú no eres un secretario, eres un químico.

Drake se sobresaltó y sus ojos adoptaron un aspecto sepulcral, luego contestó con un murmullo.

—Creo que lo fui, en el pasado. Ahora soy un granjero, que trabaja en el borde de los terrenos en los que *khom* puede atacarme sin tener que pelear mucho.

Tels le preguntó:

—¿Por qué mentiste?

Terra, que se encontraba en tensión por alguna extraña impaciencia, se apresuró a decirle, sin importarle la educación.

—Martin, ¡pienso que un científico podría salvar las áreas Marcianas de Aprovechamiento de Tierras Baldías! Nosotros solos no lo podemos hacer y el Triple Consejo no puede permitirse el lujo de enviar aquí expertos para que realicen un trabajo que durará meses y meses. Pero Martin, tú eres uno de nosotros ¡puedes intentarlo!

—¿Qué es lo que puedo intentar?

—¡Destruir a *khom*! Las armas y los venenos no pueden conseguirlo, pero la ciencia puede encontrar alguna forma de exterminarlos. ¡Lo sé! —Agarró

impulsivamente los huesudos hombros del terrestre y preguntó impulsivamente—. ¿Lo harás?

Pero mientras Drake la miraba temblando, y la risa desagradable de Tels se extendía por toda la habitación, en el exterior se oyó un horrible grito agudo, un crujido horroroso que les asustó de tal forma que el pelo de sus nuca se erizó.

Tels lanzó un furioso juramento y se dirigió a toda velocidad hacia la puerta. Antes de abrirla, cogió una bengala de un armario y luego salió corriendo. El rostro moreno de Terra se puso pálido, sólo dijo una palabra ¡*khom*!

Drake, cuando la siguió al exterior de la casa, notó la mordedura del aire lleno de escarcha. Las dos lunas se encontraban en el firmamento, provocando con sus rayos, al incidir sobre los campos, sombras de formas delirantes, sombras que cambiaban de aspecto con el desplazamiento de los satélites.

Tels avanzaba a saltos hacia las viñas, lanzando, en su propia lengua, gritos que decían cosas horribles. Drake llegó a distinguir varias manchas oscuras, ocho o diez, que se movían por sí mismas. Se encontraban en medio de las uvas, en sus proximidades las filas de cepas se encontraban ahora rotas, como los cimientos de un edificio que hubieran sido destrozados.

Tels lanzó la bengala. Un resplandor mortecino estalló sobre las viñas, allí Drake pudo ver a *khom*, a quien se había molestado mientras comía.

Malévolas cabezas triangulares se alzaron de golpe desde las cepas destruidas, cabezas de reptil, con cuernos que salían de una cresta circular, como en los triceratops. Cuerpos dos pies más altos que el más alto de los hombres, se alzaron sobre sus colas y sus fuertes patas terminadas en garras, ominosamente dispuestos al ataque.

Drake sufrió un escalofrío al recordar al muerto que llevaban en una camilla, casi cortado en dos por un golpe. *Khom* tenía una cola tan larga como su cuerpo y su cabeza juntos, un poderoso látigo adicional, armado con filas de espinas mortales.

Tels seguía corriendo, dirigiéndose hacia los invasores, enloquecido por la rabia que le produce a un hombre ver como se destruye el trabajo que ha realizado con sus manos. El *vaard* que se encontraba en el establo siguió gritando, monótonamente, aterrorizado por el fuerte olor que dejaban los lagartos. Tels se detuvo con brusquedad y, sacudido por un odio terrible y amargo, comenzó a tirarles terrones de tierra.

La joven, con frenesí, le lanzó una advertencia. Ocho lagartos se dieron la vuelta de golpe, se apartaron de la brillante luz de la bengala y huyeron

rápidamente, corriendo sobre sus piernas como si fueran cocodrilos monstruosos.

Pero uno de los lagartos, mayor que los demás, permaneció detrás, dispuesto a presentar batalla.

Un terrón de tierra le golpeó directamente entre los ojos. Abrió una boca que parecía un abismo, armada con extraños dientes de roedor y cargó.

Tels se volvió y huyó a la carrera, haciendo giros frenéticos para apartarse de la maldita cola de *khom*. Pero *khom* era rápido. Giró su maza armada de espinas y golpeó de forma maligna. Un ronco grito de agonía murió en su garganta, cayó, sin fuerza, sobre sus cepas destrozadas.

Drake vislumbró durante un instante una espalda acorazada con placas, como si fuera una nave de guerra, unas mandíbulas gigantescas abiertas, en una sonrisa silenciosa. Luego *khom* les abandonó, penetrando en el desierto, oscuro y lleno de murmullos.

Tels todavía respiraba, jadeando con esfuerzo. Drake y Terra le llevaron, con dificultad, de vuelta a la cabaña. La joven estaba pálida, no tenía lágrimas en los ojos. Sin dudarlo desgarró la camisa, manchada de sangre, del venusiano y temblando convulsivamente, dejó escapar un largo suspiro. Terra dijo con un susurro:

—Tiene rotos el brazo y el hombro derechos y, creo, algunas costillas. ¡Pobre Tels! ¡Cómo ha podido ser tan tonto!

Los dedos de la mujer se clavaron en los suaves músculos de Drake y le pidió:

—Martin, ve a buscar al doctor. El hospital es el edificio grande y blanco que se encuentra en Thern. Ve cabalgando en un vaard. ¡Date prisa!

Drake se apresuró, pero el único pensamiento que ocupaba su cerebro era: *Ella ama a Tels. Terra ama a Tels.*

Más tarde, aquella misma noche, estaba sentado con Terra junto al catre del venusiano. El doctor había compuesto los huesos rotos y colocado una gran cantidad de sustancia para inmovilizarlos, en la parte superior del cuerpo de Tels, al dejarlos les había dicho:

—Vivirá.

Terra colocó su mano sobre la de Drake y le dijo:

—¿Te das cuenta por qué debes intentar acabar con los lagartos?

Drake extendió sus manos a la vez que decía:

—¿Por qué no se emplean hombres armados con armas flamígeras o bombas atómicas?

—Llevaría muchos años y no hay dinero para ello.

—En ese caso habría que intentarlo con veneno.

Terra negó con su cabeza a la vez que contestaba.

—*Khom* no come carne ni bebe agua. No podemos envenenar nuestras cosechas. No Martín.

Los ojos de la joven se fijaron en los del hombre, manteniendo la mirada, siguió.

—Únicamente la Ciencia tiene la oportunidad de ayudarnos. ¡Ha llegado tu hora!

De repente se oyó un sonido que llegaba desde el catre, un disminuido fantasma de la risa de Tels. El venusiano se había despertado. Con un susurro dijo:

—Terra, pides demasiado, le estás pidiendo a un pequeño alfeñique que sostenga el mundo sobre sus espaldas.

Drake se levantó ruborizado, pero Terra le dijo con voz apacible:

—¿De qué tienes miedo Martin Drake?

Nuevamente se oyó la risa ronca.

—¡Chica, tiene miedo de morir! Tiene miedo de trabajar, de sufrir, de pasar hambre, pero lo que más teme es la muerte. ¡Pude ver su rostro cuando miró al cadáver en Thern!

Drake permanecía en pie, como si fuera un estatua de mármol inclinada, con la cabeza inclinada y poniendo de manifiesto su humillación, entre tanto, Terra sacudió sus oscuros rizos y respondió.

—No, Tels, estás equivocado, ¡a lo que Martin teme es a la vida!

De repente, Drake giró su rostro y se dirigió hacia ellos, sus manos delgadas, consumidas hasta parecer huesos, brillaban con un resplandor blanco. Estalló y les dijo en voz alta.

—¡Vosotros no me podéis juzgar! Vosotros no habéis nacido debiéndole ya vuestra vida a alguien. Mi tío me recogió. Yo no tenía nada cuando mis padres murieron. Desde que llegué a la edad de hablar, nunca tuve nada de forma gratuita. Siempre he estado pagándole a mi tío lo que le debía.

»Me enseñó química, no porque a mí me gustara, sino porque pensó que, con este conocimiento, le sería de mayor utilidad en sus laboratorios. George Breckner, de Empresas Interworld, que odiaba a su hermana, porque le había desafiado para casarse con mi padre. Como ves mi padre era un fracasado, un científico visionario que murió de miseria. El tío George tenía pocas expectativas sobre mí, ¡pero me hizo trabajar! Tomaba encargos, limpiaba tubos de ensayo y mezclaba disoluciones; pero nunca trabajé como un

químico independiente. No valía para ello. Era el hijo de mi padre y dependía de mi tío para la cama y la comida.

»¡A ti te es fácil ser fuerte e independiente! A ti no te enseñaron, desde que eras un bebé, que eras inútil e incompetente, que solo vivías porque le dabas lástima. Llegó un día cuando tuve mis dudas sobre esta situación, pensé que había descubierto algo interesante en el laboratorio. Creí que podría demostrarle a mi tío que yo era digno de consideración como persona, creí... creí que podría demostrarme a mí mismo mi valía.

Se le apagó la voz. Se apretó las sienes, en donde las venas no dejaban de latir, con las palmas de las manos. Sus palabras eran casi inaudibles cuando prosiguió su relato.

—Realicé mi experimento en secreto, ya que deseaba que su resultado fuera una sorpresa, quería lograr algo que la gente no pudiera olvidar. Lo conseguí.

»Se produjo una explosión que destruyó material por importe de cinco mil dólares. No sé cómo pude escapar de la muerte, pero quisiera no haberlo hecho. Cometí un error tonto, estúpido. Si no hubiera sido porque a esas horas no había nadie trabajando, hubiera podido matar a todos los que se encontraran en el laboratorio. Comprendí que mi tío tenía razón. Hui.

Terra puso sus manos, con gentileza, sobre sus hombros, que no dejaban de temblar y le dijo:

—Martin, puedes ayudar aquí, yo creo en ti.

Los ojos de Martín Drake se cruzaron con los de la joven, mientras le decía con sinceridad.

—Tú no comprendes Terra, no puedo ayudar a nadie, no tengo en mi interior nada que pueda dar a los demás.

Se dio la vuelta y salió de la cabaña, caminando con lentitud a través de los campos devastados, en donde los tocones de las viñas, se podían ver comidos hasta el suelo, tras él quedó la silenciosa vivienda.

A la mañana siguiente, en la puerta de cada casa del Área de Aprovechamiento de Tierras Baldías, apareció una comunicación impresa que decía:

“Debido a lo elevado del coste y a la poca rentabilidad de esta tierra, se ha hecho imposible para el Triple Consejo, continuar subvencionando las áreas de Aprovechamiento de Tierras Baldías, en su situación actual.

Deseando dar a las áreas todas las oportunidades posibles, el Triple Consejo ha convocado una audiencia pública, que tendrá lugar el cuatro de noviembre, es decir, dos semanas marcianas después de esta fecha. Si, para este día, se presenta una prueba razonable de que las áreas pueden seguir funcionando de una forma más eficiente, el Triple Consejo lo tendrá en cuenta.

En cualquier caso, se ordena a todos los residentes que se encuentren preparados para el inmediato desalojo de Rikatva y Tchava”.

Cuando Terra Brooke entró en su cabaña, Drake se encontraba sentado en su cama y a sus pies se encontraba arrugado el papel de la comunicación. La joven entró sin llamar y se colocó, en pie, ante él, con sus negros rizos desordenados, sus ojos tensos y cansados destacaban en su pálido rostro, parecía sorprendida y aunque resultara extraño, sin saber que hacer.

Drake la miró, sin verlo, y le dijo con una voz sin entonación:

—Ya no nos queda nada, tendré que volver con mi tío, no hay ningún otro sitio a donde pueda ir. Él ha dicho... que si volviera...

Terra hizo un gesto con las manos que no quería decir nada, movió sus labios, pero cualesquiera que fueran las palabras que fuera a decir murieron en su garganta.

Drake le preguntó:

—¿A qué vienes?

—No... no lo sé. Quizá... pensé.

De repente la joven se tapó la cara con las manos, Drake pudo ver las lágrimas que brillaban entre sus dedos.

—Pensé que tú, Martin Drake, todavía podrías salvarnos.

Luego añadió en voz baja, muy baja.

—Pero no puedes, quizá Tels tenía razón, quizá eres un alfeñique.

De repente la brillante mirada de Terra se dirigió, orgullosa, a los ojos de Drake, mientras le decía.

—¿Y qué pasará con Tels? Tendrá que regresar al sucio pantano que se tragó sus tierras, allá en Venus. ¿Y los centenares de personas que esperaban vivir aquí? ¿Y los miles que podrían haber encontrado una nueva vida en este lugar? Tendrán que volver a las listas de la caridad. Martin Drake, ¿qué nos pasará a mi padre y a mí?

Sin saber por qué, Drake se puso en pie y repitió su pregunta:

—¿A qué vienes?

—Porque...

La tensión llena de orgullo, que llenaba el cuerpo de Terra, desapareció rápidamente, agachó la cabeza y siguió en un tono tan bajo que Drake tuvo que esforzarse para oírlo.

—...no lo sé.

Nada estaba ordenado, nada estaba como debía estar, en el último día y noche había vivido tanto como en cien años. Había perdido toda su identidad, todo sentido de vida ordenada, en la que las cosas tenían un sentido. Alzó el rostro, lleno de lágrimas, de Terra y miró en sus ojos. No era consciente de que tras esos ojos se encontraba un ardiente deseo, algo más allá de lo que había conocido antes en su corta existencia, se acercó a la joven.

Abrazó a Terra Brooke y la besó.

Durante un largo espacio de tiempo, permaneció temblando, abrazada a Drake. De repente, como si fuera una fiera salvaje, luchó para apartarse del hombre y le abofeteó con dureza. Luego se fue, corriendo como una cierva, a través de los campos baldíos.

Drake se quedó rígido, tocándose con los dedos su mejilla dolorida, susurró para sí mismo: *no sé, no sé qué diferencia hay. ¡He vuelto a fallar! Dos semanas marcianas son diez días de la Tierra, ¡sólo diez días!*

Ocho de esos preciosos días, se emplearon en una búsqueda desesperada de algún punto de ataque. No había forma de avanzar. *Khom* no se dejaba atrapar para que estudiaran cómo destruirlo; no había laboratorios de investigación, no tenía ningún compañero científico que le ayudara. La octava noche, *khom* realizó un ataque, pasando junto a la cabaña de Drake en dirección al círculo interior de granjas.

Los enfurecidos campesinos contraatacaron con bengalas, haciendo huir a los lagartos y persiguiéndoles hasta el borde del desierto. Drake se encontró en primera línea de la batalla, apenas tuvo tiempo de desatar a su *vaard* para que escapara por su cuenta, después corrió hacia la relativa seguridad de la cabaña de Tels. Desde allí pudo ver como morían tres hombres golpeados por la cola de *khom*, también vio arder su cabaña, alcanzada por una bengala que erró su destino.

A la mañana siguiente, buscando tristemente entre las cenizas de su casa, fue sorprendido por el nauseabundo olor que se extendía hacia el desierto, arrastrado por un viento que no cesaba. Encontró algo. Aguantando la respiración, se arrodilló y limpió las cenizas con las dos manos.

Un *khom* joven yacía entre las ruinas. Tenía la cabeza y la cola parcialmente quemada, pero el cuerpo todavía se encontraba intacto.

Sólo tenía ocho pies de largo, pero era lo suficientemente adulto como para tener glándulas genitales, que producían aquel olor, éste mezclado con el de la carne quemada era tan intenso que podría olerse en Tchava.

Drake respiró con ansia, llenándose los pulmones de aire, pero no se fue de allí. Tenía la posibilidad de estudiar, de primera mano, a su enemigo. La placa de hueso, que formaba un auténtico blindaje, había preservado partes importantes del cadáver. No tenía instrumentos, ni equipos, pero era posible que...

Sacudió la cabeza. Era el noveno día. Todavía...

Sacó el cadáver del animal de entre las cenizas, tomó prestado de Tels un cuchillo afilado y una lámina de tejido impermeable y comenzó su sangrienta tarea.

Se trataba de un trabajo que ponía enfermo. Cortando, desgarrando y manipulando cosas que nunca se pensó fueran vistas. El tejido impermeable servía para que el sol no alcanzara las vísceras del animal. Drake se colocó en el lugar desde donde soplaba el aire, pero aun así, un olor a almizcle se fue extendiendo hacia el desierto y, a la vez, impregnando sus ropas.

Finalmente se pudo en cuclillas y pensó para sí:

¡De esta forma es como trata la madera! Tiene un estómago adicional, en el que se encuentra un cultivo de enzimas, lo mismo que tienen las termitas. Por supuesto, se trata de protozoos, que digieren la celulosa en su lugar. Animales unicelulares, que viven en un medio alcalino, que se mantiene así ya que todo lo que crece aquí produce una reacción alcalina en su sistema digestivo.

¡De forma que khom es una termita enorme y con cuatro patas!

Para confirmar el resultado de su investigación, tomó un papel pH, empleado en las pruebas de tierras, lo sumergió en el cultivo enzimático y, efectivamente, el papel tomó el color correspondiente al pH alcalino. Inmediatamente, Drake se entusiasmó, luego sus hombros se inclinaron. Había descubierto algo interesante, pero no le iba a ayudar en nada. El resultado de su investigación no le mostraba un camino para destruir a las bestias. Y mañana era el día de la audiencia el Consejo.

Ni siquiera enterró el cadáver. En pocos días allí no quedaría nada que se pudiera oler.

Había humo en la cabaña de Tels. Terra estaba preparando la cena. Drake cruzó los campos, disgustado por tener que confesar su fallo a dos personas,

pero prefiriendo hacerlo antes que permanecer a solas. Después de todo no tenía ningún sitio a donde ir.

En algún lugar, debajo de la línea exterior de granjas, un *vaard* lanzó un grito quejumbroso. Cuando Drake penetró en la cabaña, se maravilló de ver un movimiento allá en el desierto, una fila oscilante formada por sombras de no mucha altura, las dobles sombras producidas por las dos lunas engañaban a sus ojos, una brisa refrescante arrastraba hasta donde se encontraba los susurros de la arena.

Desde la estufa, Terra se volvió para mirarle, durante un instante la esperanza brilló en sus ojos. Parpadeó, entonces la voz de Tels se oyó desde su catre, mientras fruncía su nariz con disgusto. Se le oyó decir.

—¡Apesta! ¡Ve y lávate para quitarte el olor de ese maldito lagarto!

Drake no comprendió. Balbuceando una disculpa añadió.

—Mi ropa ardió con la cabaña, no tengo nada que ponerme.

Tels le contestó.

—Ponte mi ropa pero ¡lávate!

Drake tiritó bajo la ducha del primitivo baño de la cabaña, luego se puso con alivio las ropas de Tels. Por no saber qué hacer con sus hediondas vestimentas las dejó en el suelo.

Fue una comida sombría, que cada vez parecía más triste, pues parecía que todos los *vaards* en Rikatva, estaban nerviosos y aterrorizados, no cesando de gritar con lo que destrozaban los nervios de los demás, por lo demás bastante trabajados. Drake y Terra miraron varias veces al exterior, pero no vieron ninguna señal de los lagartos. Bajo la doble luz de las lunas que recorrían sus órbitas, el desierto se encontraba lleno de sombras. De repente Tels dijo:

—Trae los melones; o nos los comemos, o los dejamos aquí que se pudran.

Terra los trajo. A Drake le comenzó a doler la garganta al verla. La alegría, la fuerza, la vida habían abandonado a la joven. Ahora ella era, más o menos como Drake, paciente y derrotada. Terra le preguntó:

—¿Encontraste algo?

Drake habló mecánicamente sobre el aparato digestivo de *khom*, mientras aceptaba una porción de la pálida fruta venusiana. Ahora Tels no encontraba ningún placer en su alabado melón, su cara se mantenía rígida mientras se comía su trozo. Con la boca llena gruñó y mientras sacudía la cabeza dijo:

—Así que unos animalillos viven en su estómago, esto no nos ayudará mucho.

Drake suspiró y mordió otro bocado. De repente se percató de la corrosiva acidez del fruto. El melón era agrio, no de forma agradable como los frutos cítricos alcalinos^[8], sino de una forma aguda, cada vez más fuerte, sólo comparable a algunos preparados en tubos de ensayo. Cerró la boca y se preparó a vomitar mientras buscaba agua desesperadamente.

La barba rubia de Tels, osciló cuando este comenzó a reirse en voz alta.

—¡Cachorro de la Tierra! Si alguna vez vienes a Venus, será mejor que te busques a esos pequeños animales para vivir en tu estómago y se beben tus ácidos.

De repente Drake se transfiguró, miró al melón con una especie de veneración y susurró:

—¡Dios mío! ¡Eso es!

Una repentina inspiración luminosa, todo fue ahogado por un gran grito salvaje proveniente del establo de Tels. Otros *vaards* que se encontraban reunidos junto a la cabaña, se colocaron alrededor de la misma, que quedó rodeada por bestias que no cesaban de gritar.

En ese momento, las sombras que se arrastraban por el desierto se habían acercado lo suficiente a los campos como para parecer lo suficientemente sólidas.

Había congregados docenas de aquellos seres, formando un remolino de destrucción alrededor del cadáver achicharrado y diseccionado que seguía enviando su olor a almizcle con el viento del desierto.

Tels apretó los labios hasta que le hicieron daño, luego se unió a ellos en la ventana, mientras decía.

—Nunca he visto algo como esto. Mirad ya no destrozan mucho pero siguen viniendo ¡y eso que no queda nada en mis tierras!

El rostro de Drake se veía pálido a la luz de la lámpara. Les dijo:

—Hay algo en tu baño. Mis vestidos, impregnados con el olor de *khom*. En primer lugar les ha atraído el cadáver. ¡Ahora vienen a por mí!

Las manos de Terra se encontraban retorcidas, sus tendones se podían apreciar bajo la piel de las muñecas. La joven dijo:

—Martin, ¿qué acabas de decir sobre el melón?

Los ojos de Drake no se apartaban de aquellas sombras que estaban tomando forma, en ese momento explicó:

—*Khom*, para su alimentación, depende de la celulosa de la madera. Los protozoos que la digieren para él, viven en medios alcalinos, los melones son ácidos, si se introducen en el medio de los protozoos, pueden matarles; entontes ¡*khom* se moriría de hambre!

Tels gruñó.

—¡Lo que dices no tiene sentido!, no podemos alimentar a *khom* con las manos. Los melones no crecen aquí de forma natural, además, sólo tenemos una planta.

—¡Cultivos hidropónicos Tels! Cultivos que no paren de crecer; un anillo de depósitos, especialmente contruidos, que rodeen las áreas, con nutrientes, auxinas, vitaminas y productos químicos que los refuercen. Se pueden traer más cepas de Venus. *Khom* las puede ir comiendo tan rápidamente como vayan naciendo. ¡En seis meses no quedará un solo lagarto en el desierto!

Terra le cogió por los hombros y le dijo:

—Martin, debes alejarte de aquí. Mañana, debes comunicar estos conocimientos al Consejo. En un momento *khom* nos tendrá rodeados, ¡debes alejarte de aquí!

Drake miró a la joven sin verla, luego le dijo:

—Rápido, dame lápiz y papel.

Tels, se volvió con lentitud, una rabia indescriptible apareció en su rostro, mientras decía:

—¿Te irás tú? ¿Dejarás aquí a Terra?

Drake quedó en silencio. La joven colocó un papel sobre la mesa, sobre el que Martin escribió rápidamente. Tels vio lo que escribía y le dijo suavemente.

—¿Te da miedo olvidarte de tu idea?

Luego, de repente, le golpeó con su brazo sano. Drake cayó al suelo. Tels, pálido por el dolor y la rabia gritó:

—¡Huye Martin Drake!, nosotros contendremos a los lagartos, ¡huye!, ¡maldito seas!

Drake se levantó tambaleante, agarró el papel y dijo.

—Todos nos tenemos que ir de aquí ahora, los animales vienen atraídos por el olor de mis ropas sucias, en poco tiempo entrarán en la cabaña.

Terra dio un suspiro y dijo:

—Tiene razón, Tels.

Drake se fijó en la mirada de la joven y comenzó a temblar. Ella, antes, tenía esperanza, ahora estaba convencida de que era un cobarde. A pesar de todo dijo:

—¡Vamos al establo! Es nuestra única oportunidad, nos podremos ocultar por un tiempo. Terra, trae las bengalas.

La joven tomó un saco, de tejido de red, lleno de bengalas, le ofreció el otro brazo a Tels para que se incorporara. Drake abrió la puerta y se detuvo.

Khom se encontraba en todas partes. Grandes sombras con placas acorazadas se deslizaban formando círculos, con las mandíbulas abiertas de par en par, alrededor de la cabaña. El *vaard* que se encontraba en el establo lanzaba gritos como Drake no había oído nunca con anterioridad, y a lo que se veía, era respondido por cada bestia que se encontrara entre allí y Rikatva. Un sentimiento de excitación llenaba la atmósfera. La muerte había llegado del desierto.

Drake lanzó una bengala. *Khom* retrocedió y por un poco espacio de tiempo, el camino hasta el establo quedó despejado, gritó:

—¡Vamos!

Echó a correr a la vez que ayudaba a transportar a Tels, que necesitaba ayuda.

Una vez en el establo, en la oscuridad repleta de diversos olores, con el *vaard* golpeando y gritando, se percataron de que estaban rodeados por el brillo de las bengalas, por el sonido que producían las colas de los lagartos al azotar el aire y por el odio burlón que reflejaban las cabezas acorazadas.

Drake tomó las riendas que sujetaban la cabeza de la bestia, tenía algo que tranquilizó al animal sólo con tocarlo. Entregó el papel a Terra y le dijo:

—¡Lleva esto a Thern y deposítalo en manos de algún responsable! Luego, si puedes, tráenos ayuda. ¡Ahora vete, antes de que *khom* nos rodee por completo!

La joven no comprendió, le miró, apretó el papel en el que se encontraba escrito el destino de las áreas Marcianas de Aprovechamiento de Tierras Baldías y dijo:

—¡Pero Martin! Tú... Tels...

Sin darse cuenta de donde procedían aquellas palabras, impulsado por algo muy profundo en su interior Drake dijo:

—Yo no importo, Tels no importa. Lo único que importa es que lleves este papel a donde debe ir. ¡El Consejo se reúne mañana por la mañana! Tú cabalgas mejor que yo, pesas menos. El *vaard* tendrá más probabilidades de salir de aquí. Además... tú eres... tú eres...

Dejó de hablar bruscamente, soltó las riendas y dijo:

—¡Vete ahora Terra! ¡Deprisa!

Ella se encontraba en la oscuridad a su lado, de repente sintió unos labios suaves, cálidos, firmes y vitales sobre los suyos. Después se convirtió en un delicioso animalito nervioso. Señalando la puerta abierta de par en par gritó.

—¡Martin, arroja las bengalas! ¡Sigue arrojándolas hasta que vuelva!

Tels sonrió, no había visto el beso, y dijo:

—¡Terra es una mujer de verdad! ¿Dónde están las bengalas? ¡Aún me queda un brazo sano!

Drake vio como Terra marchaba, iluminada por el blanco resplandor, agachada sobre el cuello del *vaard*, describiendo una curva, muy abierta, para poder llegar a Thern. Después miró hacia las cosas silenciosas, que merodeaban en busca de presa, en medio de los campos baldíos. Tels gruñó.

—¿Tienes miedo?

Martin sacudió la cabeza y le contestó:

—Yo... yo realmente no lo sé. ¡Mira Tels! Ya vienen a por nosotros.

Finalmente *khom* se había decidido a atacar. Se produjo un sonido de maderas quebradas y astillas de la puerta de la cabaña de Tels volaron por los aires. Las delgadas paredes de la cabaña, se quebraron por completo cuando los grandes cuerpos de los lagartos las golpearon. Aquello era ahora una locura, en un momento olerían a los cuerpos humanos que se encontraban en el establo. Tels gritó:

—¡Mataré unos cuantos!

Lanzó dos bengalas, una rápidamente tras la otra, contra su propia cabaña. La madera se reseca mucho en Marte. En cinco minutos se encontraba ardiendo. Drake gruñó:

—¡Dios mío! ¡Estamos acabados! ¡Aquí vienen!

Al tener que abandonar la cabaña, que era su objetivo, los lagartos se dirigieron hacia el establo. Llegaron, a través del polvo que no cesaba de soplar, formando una horda, terrible y silenciosa, recortándose contra las llamas rojas, de la cabaña que ardía, que se encontraban a su espalda.

Los dos hombres lanzaban las preciosas bengalas, intentando mantener un anillo de luz alrededor del establo. *Khom* seguía merodeando más allá del círculo de luz, moviéndose con movimientos bruscos, algunas veces deteniéndose, pero sólo por un poco tiempo.

Sin decir nada, Tels se cayó al suelo. Su rostro estaba gris y el sudor cubría su frente, con un suspiro dijo:

—No puedo.

Y apoyó su espalda contra la pared, medio desmayado.

Drake conocía el miedo frío y brutal, así como todos los efectos que producía. La fuerza de Tels le abandonó. Martin Drake se quedó sólo frente al destructor.

A la fría convicción de este hecho se añadió otro conocimiento: tenía una tarea que realizar y el que tuviera miedo o no era irrelevante.

Rápidamente, pasó por su mente la idea de que quizá este razonamiento era el secreto de la vida.

Recogiendo el saco de las bengalas, ahora medio vacío Drake abrió la puerta; podía dirigir mejor los tiros desde el exterior. Dos de las bestias ya se encontraban muy próximas. Una bengala arrojada en el lugar preciso las hizo retroceder, pero no creyó que esta situación volviera a repetirse.

Incendió el granero que se encontraba mucho más cerca, con el fin de mantener cerrado el círculo de luz, mientras duraran las bengalas. ¿Por qué lo hacía? Porque Tels se encontraba allí, en el interior y quizá... bueno un hombre vive tanto como puede.

Tenía en su mano la última bengala cuando se detuvo y gritó:

—¡Tels! ¡Tels mira! Bengalas por todas partes. Terra ha traído a los colonos. ¡Tels, estamos salvados!

Corrió al interior, después de comprobar que *khom* estaba rompiendo su formación de combate, al ser atacado con bengalas por su retaguardia, y se dirigían de vuelta al desierto. Tels todavía se encontraba débilmente recostado contra la pared, pero le extendió su mano. Drake la tomó y se dispuso a ayudarlo a levantarse. Tels dijo:

—¡No! Me desmayaré si me pongo de pie. ¡Dame un apretón de manos cachorro de la Tierra! ¡Dámelo! Se trata de otro nombre dado al Triángulo.

El pirata del agua

La agricultura necesita agua. Si hay algo de lo que Marte carece, desde hace incontables eones es precisamente de este fluido; en eso se encuentran de acuerdo la totalidad de los científicos y la casi totalidad de los escritores de ciencia ficción.

La apreciación anterior se refiere claro está al Marte actual, no al pasado, que de acuerdo con los últimos hallazgos sí se encontró, al menos parcialmente, cubierto por las aguas.

Veamos. ¿Qué ocurre cuando un determinado bien, de gran valor, oro, agua... debe ser transportado a mucha distancia?... Pues que surgen individuos que, empleando naves, intentan apoderarse de los valiosos cargamentos; se les conoce como piratas.

El personaje del pirata siempre se ha adaptado muy bien a la literatura, incluida la de ciencia ficción. La causa ha sido el aire romántico que, en general presenta esta figura. Para el pirata romántico, su único dios era la libertad, y resulta difícil concebir mayor libertad que recorrer, no ya los mares de este pequeño mundo, sino los océanos de los otros planetas, las atmósferas de los mismos o, incluso, el espacio vacío que se extiende entre los mundos. Combatir contra los thoristas en lugar de contra el turco, o tener enfrente, no ya Estambul, sino la mismísima estrella de Altair. Desde sus primeros comienzos, la ciencia ficción generalizó el concepto de pirata, introduciendo en sus historias a personajes de este tipo, que contribuyeron a crear un ambiente aventurero propio no sólo del pulp, sino de cualquier historia que pretendiera ser popular.

En el espacio que se extiende entre las estrellas y planetas los piratas pueden tener orígenes verdaderamente exóticos y sus motivaciones ser completamente originales, veamos cómo se solucionó un problema que pudo comprometer la colonización de Marte y de paso conozcamos a una adorable keshi, guerrera y navegante del espacio.



Fue a principios del año 2418 cuando el Sistema Solar se percató de la existencia de un pirata que asaltaba naves espaciales para obtener agua. Las grandes naves cisterna que transportaban agua, llevándola a los planetas secos, pero ricos en recursos mineros y a las colonias, comenzaron a desaparecer de las rutas espaciales, junto con las demás naves con las que formaban convoy. La Flota Transgaláctica de Transporte, que durante los últimos doscientos años había mantenido seguras las rutas espaciales, se sintió, repentinamente, indefensa.

Naves y hombres desaparecían sin dejar rastro y sin ninguna explicación, no había ni un indicio que pudiera ser estudiado.

Durante cuatro semanas completas ni una sola gota de agua llegó a su destino. Los depósitos de almacenaje estaban cada vez más a un nivel más bajo. Los mercados interplanetarios eran sacudidos por el viento del miedo, lo que hacía temblar al sistema económico en su conjunto.

Johan Gray, el viejo, jefe de los servicios especiales de la Flota Transgaláctica de Transporte, decidió jugar su última carta. Envió a su hijo Jaffa a recorrer todos los lugares más infernalmente sospechosos del sistema, buscando algo que les pudiera dar información sobre cómo luchar contra esta amenaza.

Jaffa se encontraba de pie, oculto por las sombras del antiguo mercado de esclavos de Valkis, bajo el cielo nocturno marciano, iluminado por las lunas. Se quejaba amargamente y en silencio. Era un hombre sólidamente constituido y en el que se adivinaban una fuerte estructura. Su rostro, en el que predominaban las facciones rectas, se veía adusto, debido al error que al final no tuvo más remedio que admitir.

Por primera vez en los dos días que llevaba en Valkis, se quitó el gorro puntiagudo de hombre del espacio, deseando que el viento del desierto bañara su rostro y sin importarle dejar a la vista la marca que le identificaba, una banda ancha de pelo blanco que había salido sobre una antigua herida.

Dobló sus dedos con fuerza, maldiciendo con las palabras adecuadas de su amplio vocabulario. De repente una voz en la oscuridad le dijo:

—¡Jaffa Gray!

Rápidamente se dio la vuelta con su pistola calorífica empuñada en su mano. Un joven apareció caminando a la luz de la luna. Su cuerpo, esbelto como una flecha, se encontraba vestido, al igual que Jaffa, con las oscuras prendas de cuero, propias de los hombres del espacio. Mientras que el cabello moreno de Jaffa se encontraba cortado al rape, el del joven se elevaba

formando una brillante corona, sujeta con una diadema formada por finas cadenas de metal, que le señalaban como un guerrero del pueblo de los *keshi*^[9], una tribu bárbara que habitaba en las tierras secas de Marte.

El rostro de Jaffa adoptó un aspecto adusto. Había visto aquella brillante pila de cabello en casi todos los lugares de Valkis^[10]. Le dijo:

—De acuerdo *keshi*, ya me has encontrado, dime lo que tengas que decirme y ¡dímelo rápido!

El muchacho se le acercó, sin temer la pistola, sus palabras fueron un susurro, dicho conteniendo la respiración.

—¡Puedo llevarte a donde se encuentra el pirata del agua!

Jaffa siguió en pie, erguido, como si fuera una estatua tallada. Había arriesgado su pellejo siguiendo un rastro invisible. La última esperanza que le quedaba también se había desvanecido. Estaba pensando en volver a casa derrotado; y ahora, el Destino ponía entre sus manos toda la solución del asunto. Sus labios se curvaron en una risa silenciosa.

Su mano izquierda agarró con rapidez la guerrera del *keshi*, con un movimiento pensado para estrangular, su mano derecha apretó la bocacha de la pistola contra las costillas del joven, luego le dijo con voz tranquila.

—Ahora, dime, ¿a qué estás jugando?

El *khesi* no manifestó ningún miedo, sino que prosiguió contándole:

—Tú eres Jaffa Gray, estaba seguro desde el momento en que vi tus cabellos. Estás buscando al pirata del agua, puedo llevarte a donde se encuentra. No se trata de ningún juego.

Los ojos de Jaffa echaban chispas.

—Si estuvieras diciendo la verdad...

En el rostro del joven apareció una mueca, se trataba de una mueca de desafío, propia de un guerrero.

—Jaffa Gray, si quieres una prueba, ¡tócame la barbilla!

Sorprendido, el terrestre deslizó el puño de su pistola a lo largo de la mandíbula del marciano. Se podía oír como su respiración producía un sonido tan agudo que parecía un silbido. A propósito, Jaffa retiró la mano de la barbilla y la bajó siguiendo la suave curva de su cuello. Luego retiró rápidamente la mano de la guerrera, como si quemara.

El terrestre dijo, con sorpresa, pero sin alzar la voz:

—¡Por los nueve infiernos rojos de Júpiter! ¡Una mujer!

La suave voz, dijo en tono de burla:

—¿Te lo crees ahora? ¿Me habría arriesgado a cruzar Valkis para contarte una mentira? ¿Qué piensas que me harían esas bestias si me agarraran? Jaffa

¡te necesito! ¡Y tú me necesitas a mí!

El cierre de la cazadora, de color blanco, brilló cuando los fuertes dedos de Jaffa lo apretaron; luego, el terrestre encogió sus anchos hombros y dijo con voz ronca:

—Me arriesgaré. Vamos, hablaremos a bordo de mi nave.

El *kallman* de dos plazas estaba dispuesto para volar. Detrás de las verjas del astropuerto, se encontraban a salvo de los espías. Allí, la mujer guerrero de los *khesi* le contó su historia con frases rápidas.

—Me llamo Lhara, mi hermano Lhar era piloto de una de las naves cisterna que desapareció. El pirata del agua le tiene prisionero, junto con otros tripulantes de otras naves; sin embargo, un hombre consiguió escapar. Mi hermano me envió un mensaje con él; me dijo que te encontrara, porque tú eres el único hombre del Sistema Solar capaz de detener al pirata del agua.

»El piloto que consiguió escapar, en una de las propias naves del pirata, estaba dispuesto a ayudarnos, pero algo salió mal, la nave tuvo un accidente y murió. Tienes que conseguir hallar dónde se encuentra la nave.

Jaffa le preguntó a la mujer:

—¿Por qué no viajamos en mi nave?

Lhara le replicó con impaciencia.

—¿A qué distancia crees que podrías aproximarte a la guarida del pirata? Además, sus armas son mucho mejores que las de cualquiera de nuestras naves.

Jaffa comenzó a sentir pinchazos en sus orejas, preguntó:

—Exactamente, ¿quién es el pirata del agua?

—No lo sé, ninguno de los prisioneros ha conseguido verle jamás.

Jaffa asintió con la cabeza y le preguntó:

—¿Dónde tuvisteis el accidente?

—Cerca de la zona de Teka, a unas trescientas millas de aquí.

Lleno de sospechas Jaffa le preguntó:

—Espera un momento, ¿cómo fuiste capaz de cruzar el desierto hasta llegar a Valkis?

Los ojos grises de la joven se llenaron de desprecio. Tocó las cadenas que adornaban sus cabellos y dijo:

—Soy una *khesi* y he ganado estas cadenas en buena lid. No fue muy difícil robar un *thak* de un pueblo que se encontraba próximo al lugar de la caída y luego cabalgar hasta Valkis.

Jaffa movió la cabeza, mientras decía.

—Tú ganas, pero seas un guerrero o no lo seas, como me estés mintiendo retorceré tu precioso cuello. ¿Qué tienes que decir?

Estaba admirando el precioso cuello, cuando extendió las *estratoalas*, proyectándolas fuera del casco y puso a funcionar los rotores.

Jaffa volvió a colocarse su gorro y, con un silbido de admiración dijo:

—¡Por los nueve infiernos rojos de Júpiter! ¿De dónde vino este cacharro?

Se encontraba en la puerta abierta de una nave espacial destrozada, que yacía, formando un pequeño ángulo sobre la arena roja del desierto de Teka. Era la nave más extraña que nunca había visto. Y había visto muchas. Su forma era la de un óvalo aplastado, en vez de la forma cilíndrica, que era la normal de las naves del Sistema Solar; tanto la aleación metálica de que estaba construida como los aparatos que se proyectaban fuera del casco eran un misterio.

En el interior, la cabina de control estaba amueblada con extraños cojines de poca altura, todos ellos forrados con extraño tejido sedoso, que aparecía formando estructuras en las que alternaban los colores verde, azul y pardo.

Era una pequeña nave que podía llevar a cuatro personas a realizar un largo viaje por el espacio exterior.

A la derecha de Jaffa, que seguía erguido en la puerta, se encontraba el panel de control y, más allá, los amortiguadores, formados por láminas arqueadas, que habían soportado lo más duro del golpe. Delante se encontraba una pared, perforada con *visiports* rellenos de dura cuarcita. A su izquierda se encontraba una pared de carga y en ella una pesada puerta que daba paso a las cabinas de atrás, que se encontraban cerradas. A sus pies...

A sus pies se encontraba la cosa más enloquecedora de toda aquella nave enloquecedora. Llenando la mayor parte del espacio del suelo se encontraba un pozo ovalado de unos seis pies de profundidad, sus paredes se encontraban recubiertas de extraños restos de origen marino. Ahora todo se encontraba seco como un hueso, cualquier humedad que hubiera contenido el pozo, hace mucho tiempo que había pasado al seco aire marciano.

Sin embargo, indudablemente se trataba de una piscina de algún tipo. Jaffa se preguntó, sin ningún respeto, que demente podría haber llevado una piscina a lo largo del espacio.

Giró mientras oía como le disparaban con una pistola de dardos por la espalda. Giró y cayó sobre el estrecho suelo como si fuera un montón de carne. Lhara le observaba sonriendo, en su mano, se podía ver dispuesto a volver a disparar, la pistola paralizante que Jaffa no le había arrebatado.

En su interior, Jaffa estaba rabioso, no la había desarmado porque no existía forma efectiva, salvo que la atara, de mantenerla apartada del armero del *kallman*, y Jaffa no había querido ponerse en mala disposición con la joven, ya que podría haberle denegado su ayuda. Además no había descubierto ninguna razón para creer que mentía. Ahora, si pudiera, se daría cabezazos contra la pared.

Sacó unas esposas de un armario y le encadenó las muñecas y tobillos, con seguridad. De paso le quitó su pistola. Luego, con firmeza, le dijo, mientras se colocaba, de pie, sobre él.

—Lo siento Jaffa Gray, sé que fue un truco despreciable, pero no te he mentado, mi hermano está prisionero, necesito tu ayuda y ¡te puedo llevar hasta el pirata del agua!

Luego, la joven partió en dirección al desierto.

Jaffa la miró con amargura mientras se iba. La carga paralizante no había sido fuerte; por ello, la vida volvía con rapidez a sus miembros. Luchó contra sus cadenas sabiendo que era inútil. Luego se acostó y se quedó dormido, amargamente enfadado con Lhara y con él mismo.

Poco después se produjo un estampido que sacudió el desierto que se encontraba bajo la nave. La arena saltó por las puertas y los estropeados elementos del amortiguador oscilaron por la presión del aire. Jaffa lanzó un juramento. Aquella explosión sólo podía tener una causa. Lhara había colocado una bomba en su *kallman* y la había hecho explotar. Ahora, su única esperanza de salir de allí, se encontraba en aquella extraña nave, por cierto, en primer lugar debía conseguir que volara.

La joven volvió llevando en un bulto las pertenencias de Jaffa. Los cabellos de la marciana estaban revueltos, formando un oscuro velo alrededor de sus hombros, por supuesto se encontraba lleno de arena. En su subconsciente, Jaffa admiraba el valor que había demostrado, depositando una bomba subatómica en la nave y luego echándose cuerpo a tierra en el desierto, con la explosión rugiendo sobre ella.

Lhara le soltó las manos, alargó la longitud de la cadena que le sujetaba los tobillos para que pudiera pasear por la habitación, pero siempre apuntándole con la pistola paralizadora, dispuesta a dispararle si hacía un falso movimiento.

—Jaffa, mira los desperfectos que tiene, aquí encontrarás todo lo que precisas para repararla. Y te aconsejo que te des prisa.

El problema era que no comprendía el porqué, si Lhara le había estado diciendo la verdad, como afirmaba, había actuado de esa forma. Debía haber

pasado por muchas dificultades en Valkis hasta que consiguió localizarlo, ya que el terrestre no era aficionado a dejar muchas señales para que le siguieran. Si lo buscaba no era porque necesitara un hombre para reparar la nave, ni aun para volar. Casi cualquier otro pudiera haber hecho el mismo papel que él. Había alguna otra cosa, alguna otra cosa condenadamente extraña.

Intentó resolver aquel misterio por el método simple, es decir haciéndole preguntas a Lhara. Pero la joven, en su formación para ganar sus cadenas como guerrero, había aprendido a tener la boca cerrada.

No consiguió descubrir nada.

El daño que había sufrido la nave no era grande. Las placas que se encontraban en la proa se habían roto, de forma que la cabina no podía navegar por el espacio, sin embargo el panel de instrumentos no había sufrido mucho. Según la joven, el piloto había muerto al rompersele el cuello.

Jaffa estudió los controles. Su estructura no le era familiar, sin embargo tenían un parecido con aquellos que conocía. La nave funcionaba de acuerdo con el mismo principio que las naves que conocía: las vibraciones producidas en la desintegración de los átomos.

En su rostro se dibujó una triste mueca de admiración, cuando descubrió qué es aquello que hacía desaparecer a las naves cisterna y a otros posibles miembros de los convoyes.

Se trataba de un poderoso campo vibratorio, creado por medio de electrodos exteriores y que era capaz de neutralizar las vibraciones producidas por las unidades encargadas de desintegrar átomos, con ello los motores de las naves del Sistema quedaban inútiles. Además las vibraciones también interferían las ondas de radio, haciendo imposible la comunicación. Después de haber dejado sin motores a las naves, los enormes electroimanes simplemente agarraban las indefensas naves y las remolcaban como si fueran peces pescados con caña.

Se trataba de una nave extraña y maravillosa, sabía que él era capaz de hacerle volar y, con los materiales adecuados, podría repararla en dos días.

Cuando informó a la joven de la situación, a grandes rasgos, le advirtió:

—Por supuesto, si los mecanismos de la nave se han soltado, o han resultado dañados...

La joven le aseguró:

—No ha ocurrido ni una cosa ni la otra.

Jaffa no dejó de preguntarse como lo sabía la joven marciana.

Aquella noche los dos durmieron en camas improvisadas en la cabina de control. A Jaffa no se le ocurrió pensar que se encontraba a solas con una

mujer. En Kesh, se criaba a las jóvenes para que fueran guerreros. Lhara se limitó, simplemente, a encadenar a su prisionero para que no se escapara, se acostó y se puso a dormir. La puerta en la pared de carga siguió cerrada. Jaffa se planteó más cuestiones, pero finalmente lo dejó y se puso a dormir también.

En algún momento, mucho después, se despertó, no se levantó, sino que simplemente siguió como estaba, pero sin dormir. Las dos lunas estaban en el cielo, haciendo que por el estrecho suelo de la habitación y por la piscina seca se desplazaran formas enloquecidas. La cama de Lhara estaba vacía.

De repente, Jaffa comprendió que es lo que le había despertado. Era un olor, extendiéndose para formar casi una niebla, que percibía en sus narices. Se trataba de una tibia humedad en la que se podía distinguir un débil olor extraño. El aire de la habitación, seco y frío, llegaba a hacer desaparecer este olor antes de que pudiera analizarlo. Pero el olor había estado allí, y Lhara había desaparecido.

Se levantó para sentarse. La cadena que le sujetaba los tobillos pasaba por un poste, pero desde donde se encontraba, podía ver que los travesaños que cerraban la escotilla espacial estaban puestos desde dentro, además la escotilla que daba paso al cuarto de máquinas, estaba cerrada.

Sus ojos se fijaron en la puerta que se encontraba en la pared de carga. Allí se encontraba Lhara, aunque casi no tenía sitio para estar. Se percató de que allí había alguna otra cosa, algo que producía una humedad tibia en medio de un clima más seco que el Sahara terrestre ¿qué era aquello?

Jaffa siguió tumbado pero despierto, esperando, intentando responder a sus propias preguntas, hasta que le empezó a doler la cabeza. Se había acostado de forma que podía ver la puerta y a la vez parecer que estaba durmiendo. Cuando finalmente la pesada puerta se abrió, contuvo el aliento, haciendo que su respiración siguiera con el ritmo suave de una persona dormida, a pesar de ello estaba en tensión, forzando cada uno de sus sentidos para ver lo que había más allá de la puerta.

Nada, sólo oscuridad; en medio de la cual el cabello de Lhara, sin sujetar, brillaba a la luz de las lunas como si fuera una capa de hilos de plata. Nuevamente, volvió a sentir el flujo de aquella humedad cálida que le había despertado anteriormente. El olor extraño era todavía más fuerte.

La puerta volvió a cerrarse y el aire seco se tragó cualquier traza de humedad.

Lhara permaneció un instante sobre él, escuchando su respiración, luego volvió a su lecho y se acostó. A pesar de la rabia que sentía contra la joven,

Jaffa soñó con ella, y fue un sueño placentero.

Después de dos días de duro trabajo, las placas de la proa volvieron a estar rígidas de nuevo. Aquella tarde, Jaffa se encaró a la joven *khesi* y le dijo con voz ronca:

—De acuerdo, tu cacharro volará, ¿y ahora qué?

Lhara le contestó con dureza.

—Ahora probarás cómo ha quedado la nave. Llévatela para realizar un vuelo; si está bien, seguiremos; si no, volveremos y terminarás las reparaciones.

Con sequedad Jaffa le preguntó:

—¿Has pensado que quizá no seamos capaces de volver?

El rostro de Lhara adoptó un aire severo mientras decía:

—Jaffa Gray, estas son las órdenes.

—¿Tuyas o de algún otro?

—Eso no es asunto tuyo.

Le indicó, con la pistola paralizante que nunca dejaba, el asiento del piloto. Jaffa se encogió de hombros y obedeció.

Puso en funcionamiento las bombas de aire y el sistema de purificación, observando en especial las escalas de medida de los instrumentos. La pistola de agujas le apuntó durante un tiempo, sin moverse lo más mínimo, luego se produjo un ruido en la nave. Lhara preguntó sin ninguna amabilidad.

—¿Qué es esto? ¡Apaga los cohetes!

Jaffa señaló los instrumentos de medida. Los ojos de la joven reflejaron inmediatamente sus sospechas, luego dijo:

—Cuando hace una hora probamos la presión de las bombas estaban bien.

Con una actitud de indiferencia Jaffa le respondió:

—Puedes ver como se encuentran ahora, si comienzas el vuelo con las bombas en ese estado, no durarás ni dos horas.

La joven movió la cabeza, por primera vez no sabía que hacer. Sospechaba una trampa, pero no sabía nada de la maquinaria de la nave. Por último cedió, no tenía otra cosa que hacer.

—De acuerdo, bajarás al cuarto de máquinas y las arreglarás, sabes que allí abajo sólo hay sitio para una persona, pero ¡escúchame terrestre!

Su mirada gris tenía la dureza del acero, su rostro seguía siendo severo cuando continuó.

—Tú no puedes escapar de allí, si haces un solo movimiento en falso ¡te seguiré hasta donde haga falta!

Jaffa se encogió de hombros y deslizó sus pies encadenados por la escotilla de abajo.

Un único y estrecho pasadizo se extendía entre las grandes unidades de potencia, de cabezas chatas y los depósitos de combustible y la cámara de vibración, en donde se desintegraban átomos pesados especiales para suministrar la potencia necesaria a los tubos de los cohetes.

No tuvo ningún problema en encontrar la unidad de aire y empezó a mirar especulativamente el resto de la brillante maquinaria. No tenía ningún fallo, él mismo había comprobado la reacción en los instrumentos de medida. Muy en el interior de su mente tenía una idea; era algo sin forma, en donde aparecían puertas cerradas, acciones crípticas y una humedad tibia en medio de un aire seco y frío. Con el extraño sentido de invención que se manifiesta en un hombre al borde de un misterioso destino, se le ocurrió una idea fantástica, que posiblemente pudiera explicar aquello. De todas formas, esto era cuanto podía hacer y siempre se ha dicho que algo es mejor que nada.

Comenzó a trabajar; sus manos se movieron rápidas y seguras durante casi una hora. Durante este tiempo respondía a las preguntas que le gritaba Lhara con obviedades dichas con mal humor. Cuando finalmente subió por la escalerilla, de vuelta a la sala de control, en la cámara de control había algo que no había estado antes allí.

Hizo ascender a la extraña nave, probándola de todas las formas que sabía y encontrándola adecuada. Lhara le dio su ruta, el terrestre la miró mientras se peinaba, con sus fuertes dedos, el mechón de pelo blanco.

—El cinturón de asteroides ¿eh? Confío en que el pirata del agua no nos engañe. Los detectores de la flota llevan buscándolo más de treinta años sin descubrirlo. Me gustaría saber cómo lo ha hecho.

—¡Por los nueve infiernos rojos de Júpiter!

Jaffa lanzó su juramente despacio y en voz baja. Lo que aparecía ante sus ojos era algo imposible.

Marte se encontraba a su espalda, siguiendo la curva del espacio. A su alrededor, los asteroides se movían a gran velocidad, siguiendo sus trayectorias hacia metas lejanas. Delante de ellos, en el lugar hacia el que Jaffa se dirigía, bajo la amenaza de la pistola de Lhara, se encontraba un pequeño mundo, un guijarro en el cielo, de una milla, más o menos, de diámetro. Ciertamente, parecía un lugar muy lejano para venir a suicidarse, pero Jaffa mantenía la trayectoria de la nave recta, dirigiendo la nave hacia la desolada superficie.

En ese momento ocurrió lo imposible. La negrura apareció tras una porción del asteroide que se deslizó sobre sí misma. Jaffa mirando con los ojos abiertos de par en par introdujo la nave por aquella extraña puerta que se abría en el espacio, y que se cerró tras ellos.

Lhara, como si estuviera recitando una lección, le dijo:

—Debemos esperar hasta que el aire sea respirable.

Jaffa esperó sin dejar de mirar a su alrededor.

En la roca del asteroide se había perforado una vasta cámara, probablemente con poderosos desintegradores. La cámara había sido acondicionada para ser un hangar. Alineadas en filas se encontraban las naves de convoy^[11] que habían desaparecido junto con las naves cisterna, sin embargo, de estas pesadas naves no se veía ningún rastro.

No pudo ver ninguna nave semejante a la que tripulaban, Jaffa sonrió. Lo que vio estaba de acuerdo con su teoría, todavía en estado de embrión. El suelo estaba recubierto de metal, adivinó que debían ser placas magnéticas de gravedad.

Una luz verdosa brillaba junto a las paredes. La joven *khesise* levantó, quitó las barras de seguridad que cerraban la puerta y le dijo al terrestre:

—Vamos.

Jaffa le siguió obedientemente, arrastrando sus pies cargados de cadenas.

Lhara le guio, indicando las direcciones con un murmullo, como si se las hubiera aprendido de memoria. Ante ellos se encontraba una gran sala de aspecto cuartelero en donde los hombres de la Flota de Convoy, estaban sentados y, extrañamente, parecían estar alerta, como si fueran robots de carne y sangre. Los ojos de Lhara se dirigieron, con una ansiedad no exenta de dolor, hacia un *khesi* que llevaba el uniforme de la empresa de naves cisternas, pero en su rostro no pudo apreciarse ningún signo de que la reconociera; la joven no se detuvo. Finalmente llegaron a una pequeña habitación que servía de Terminal; allí un coche, colocado sobre una pista curvada cuyo final no era visible, les esperaba. Lhara condujo a su prisionero hasta el vehículo y le hizo montar, luego presionó un botón y el coche salió lanzado, descendiendo por un tubo iluminado por luz verde hacia el corazón del asteroide.

Con una rapidez vertiginosa, que producía un cierto mareo, el coche pasó del tubo de metal a uno de cristal. Alrededor de ellos se abrió un espacio, se trataba de un espacio lleno de agua, por el que se movían extrañas criaturas marinas, iluminadas por una curiosa radiación pálida. Jaffa se percató, con una sensación de ahogo, que el agua llenaba todo el asteroide.

El rostro de Lhara se encontraba rígido y pálido, no podía leer su expresión, pero sí se percató de que sus nudillos estaban blancos por la fuerza con que apretaba la pistola de rayos, su pecho subía y bajaba con la respiración de un luchador cansado.

En el agua algo oscura, se podían ver edificios de *glasita*^[12]. El tubo terminaba directamente en uno. Bajaron por una rampa hasta una pequeña habitación, amueblada al igual que lo había estado la nave espacial, los pies de Jaffa se sumergieron en una piscina, de una amplitud semejante a la altura de dos hombres altos en cada dirección.

Jaffa siguió a la joven *khesi* a través de puertas oscilantes hasta una gran habitación, que se extendía bajo las curvadas paredes de cristal. Se podían ver intrincados mecanismos, paneles de control y bovinas y tubos de vacío. También se veían mecanismos gigantescos cuyo significado era críptico y que llenaban todo el espacio disponible. Había lámparas de rayos, aparatos de calefacción y baldas sobre baldas llenas de brillantes tubos con cultivos.

También había agua, Una profunda piscina embaldosada con colores verde y pardo, con baldosas que seguían la estructura de los juncos acuáticos.

Lhara condujo a su cautivo hasta el borde de la piscina y se detuvo. Permanecieron, en pie, esperando. Había un silencio semejante al que se produciría en un laboratorio en el que estuvieran conteniendo la respiración.

De repente, se removió el agua de la piscina, azotando las baldosas. En las profundidades, envuelto en las múltiples luces refractadas, algo sólido se movía, enviando a la superficie una corriente de burbujas cristalinas que ascendían, oscilando, hasta la superficie.

Algo que era rápido, seguro y lleno de gracia; algo que brillaba con un agudo resplandor dorado cuando le alcanzaba la luz. Algo que tenía la forma de una ágil pantera y se movía con facilidad, tenía en sus extremidades áreas de brillante iridiscencia. Los fuertes dedos de Jaffa se levantaron para alisar su cabello y el terrestre no los sintió.

Una cabeza emergió del agua.

Se trataba de un rostro extraño, en modo alguno terrestre. Una fina piel dorada cubría sus facciones, que eran fuertes, nítidas y en donde predominaban los trazos rectilíneos, como en los cruceros espaciales. Los ojos y las narices estaban cubiertos por membranas protectoras, no había pabellones auditivos, pero Jaffa, mirando a sus oscuros ojos, en los que se podía apreciar una chispa de fuego, se dio cuenta de que se trataba de un hombre, sin ninguna mancha de híbrido en sangre.

Bajo una luz oscilante, el extraño pisó las baldosas que se encontraban junto a la piscina. La apretada piel dorada que le recubría, comenzó a derramar agua que fluía formando riachuelos brillantes que escurrían a lo largo de su cuerpo musculoso, de forma tan humana como el de Jaffa, salvo que en la muñeca y en el tobillo aparecían membranas parecidas a abanicos. Un fuego, extraño y triunfante, ardía en el interior del nadador mientras éste permanecía en pie, mirando a Jaffa.

De repente el terrestre se percató de que Lhara estaba temblando.

El ser dorado murmuró entonces.

—Joven, has cumplido bien tu tarea.

La voz de Lhara estalló con fuerza en su firme garganta.

—Devuélveme a mi hermano ¡y déjame marchar!

El hombre acuático hubiera podido no haberla oído, su oscura mirada estaba clavada en Jaffa. Con suavidad dijo:

—¡Los dioses están conmigo! ¡Lo he conseguido!

El rostro de Jaffa se veía hierático, como si estuviera tallado en piedra, observó:

—Parece que se me va a sacrificar, ¿se me permite saber el por qué?

El hombre acuático dorado se giró, buscando un interruptor y dijo:

—Te lo mostraré, terrestre.

Se apagó la luz, quedando todo envuelto en una oscuridad sofocante. Después de un tiempo, un pálido resplandor comenzó a brillar, una voz extraña, que tenía una extraña musicalidad líquida, comenzó a hablar junto a él.

—Mira aquí, en este *ultra-visor*. Te lo explicará mejor de lo que harían las palabras de cualquiera.

Jaffa miró, oyendo, tras él, la respiración cansada de la joven *keshi*. Algo, una mancha que giraba, comenzó a tomar forma en la pantalla, la forma pasó a ser la de un planeta que giraba en torno a un sol triple. El foco de la imagen pasó a estar en el interior de la órbita del planeta, dejó los soles y descendió hacia el planeta, el perfil curvo del globo fue aplanándose, hasta llegar a ser una masa cóncava^[13] de agua extendiéndose hasta llenar los límites de la pantalla. Aquí y allí se alzaban pequeñas islas y también aparecían zonas pantanosas que apenas asomaban sobre la faz del tibio mar pleno de vida. En los estrechos que se extendían entre las islas se encontraban cúpulas de brillante *glasita*, en donde se habían construido ciudades.

La imagen aumentó su resolución. En las calles de las ciudades submarinas, había grandes edificios que se habían convertido en ruinas y en

los que ya no vivía nadie, los únicos que aún tenían algún uso eran los templos. No había niños que jugaran, las viviendas estaban desoladas. Sólo los templos mantenían algo de vida... y las tabernas. Había muchas tabernas, al igual que había muchos templos, los que aquí, en piscinas subterráneas llenas con una sustancia que no era agua, aquellos seres se revolcaban, empapados en aquella sustancia, convertidos en simples cáscaras vacías y licenciosas.

Las ciudades fueron desapareciendo, invadidas por los bosques submarinos que crecían sobre el barro encenagado. En medio de las elevadas frondas de los vegetales acuáticos y de las masas amorfas de gigantescas esponjas, bullían sombras monstruosas, seres que tenían agallas y aletas dorsales y que sin embargo no eran peces. Su relación con los seres de las ciudades era semejante a la que tienen los hombres con los monos, sus caras eran bestiales, las más bestiales que Jaffa había visto jamás.

Bullían alrededor de las cúpulas de *glasita*, frotaban sus cuerpos con las superficies transparentes, mirando, con hambre, a los hombres que se encontraban en su interior. Aquí y allá consiguieron romper algunas cúpulas con la fuerza de su número. Los seres marinos penetraban a través de las grietas producidas en las cúpulas, cabalgando sobre los chorros de agua.

Los hombres que se ahogaban antes de ser atrapados, podían considerarse afortunados.

Lhara dio un profundo suspiro y Jaffa notó que apartaba su cabeza. Luego, la imagen de la pantalla comenzó a oscilar y luego se apagó. La luz se encendió de nuevo; la voz del hombre acuático volvió a oírse, con un tono bajo y sombrío.

—*Yo, Rha, fui el último niño que nació en Vhila.*

Permanecieron en pie, esperando, el hombre y la mujer. El extraño les miraba frente a frente, sus músculos parecían estar rígidos.

—Vhila es un mundo moribundo. Hubo un tiempo, como has podido ver, en que fue grande. Pero somos un pueblo viejo, hemos visto, durante siglos, como se aproximaba nuestro fin. Los seres marinos nos superaban en número en la relación de mil a uno. Una tras otra cayeron nuestras ciudades y mi pueblo cayó también, aplastado por el peso de aquellos seres. Les vimos llegar, algunos esperaron la muerte en los templos, otros en los tanques de kulha. Pero el conocimiento, el trabajo y la esperanza murieron en Vhila.

—Terrestre, ¿puedes comprender lo que te digo? Un mundo de muertos vivientes, sin futuro, sin vida, sólo una muda aceptación de lo que sucedía y una espera sin fin. Yo me rebelé, vivía solo en los antiguos centros de

investigación, laboratorios y museos. Aprendí todo el antiguo conocimiento de mi raza. Dirigí mis ojos hacia tu sistema solar, en donde soñaba con una nueva vida para los restos de mi pueblo. Cuando estuve preparado, tomé una nave espacial del museo y la cargué con las herramientas que podía necesitar, pero no cogí ningún arma, porque somos una raza pacífica.

»En primer lugar aterricé en Venus, puedes adivinar el porqué. Terrestre, no sé si sabrás que somos anfibios, podemos respirar en el agua tomándola a través de la piel. No podemos vivir en un mundo seco. Sin embargo en Venus, en vez de recibir una pacífica bienvenida, como había esperado, fui atacado y expulsado del planeta. La gente me temía, me habrían matado si hubieran podido. Me di cuenta de que mi pueblo no podría ir allí en paz. Somos extraños para ellos.

»Encontré este asteroide y lo transformé en la forma en que me convino, luego estudié, con más detenimiento, vuestro Sistema Solar; para ello empleé el *ultra-visor*, con el fin de encontrar los medios de conquistarlo. Yo no quería matar, sólo forzar a los demás a cumplir mis deseos y conseguir el poder de llevarlos a cabo. Descubrí que vuestra civilización se apoya fundamentalmente en el comercio del agua, que permite subsistir a las colonias más lejanas. El descubrimiento se adaptaba perfectamente a mis necesidades ¿verdad? Hice presa sobre las naves que transportaban el agua, llevándoos al borde de la destrucción, luego haré mis peticiones, que en estas condiciones no podrán ser rechazadas.

Nuevamente, aquellos ojos que parecían desprender fuego, miraron a Jaffa.

—Los dioses han sido misericordiosos, porque hasta este momento todo ha resultado como lo había planeado.

Jaffa alzó la cabeza y le preguntó.

—¿Dónde intervengo yo en este asunto?

Rha sonrió antes de responderle.

—Necesito un rehén para asegurar que mis peticiones sean creídas, comprendidas y concedidas rápidamente. Eres el hijo de Johan Gray, el jefe del Especial. He descubierto que es el hombre más poderoso del Sistema Solar, ya que dirige, todas las actividades secretas de los planetas. A él, por medio de ti, le haré mis peticiones.

Jaffa asintió con la cabeza, sus ojos quedaron ocultos bajo sus párpados, luego le dijo:

—¿Y si no las acepta?

Rha suspiró y extendió sus manos.

Por primera vez Lhara habló; los dos hombres la miraron, su voz era aguda y sin miedo, como una espada, la pistola paralizante estaba en su mano firme.

—¡He sido una estúpida Rha! No sabía nada de esto. Sólo que si te traía a este hombre, sanarás a mi hermano y nos dejarías marchar. Ahora pienso que no eres más que un astuto bandido, por ello quiero negociar contigo la vida de mi hermano. Si hubiera sabido esto, ¡habría matado a Lhar con mis propias manos antes que obedecerte!

Luego, con rapidez, le dijo a Jaffa por encima de su hombro.

—Terrestre, siento lo que te he hecho antes, ahora ¡ayúdame!

Rha no tuvo el menor estremecimiento, luego le contestó a la joven.

—Tú no puedes escapar; las puertas están cerradas, mis pilotos, que son mis esclavos desde que les inyecté una hormona especial, vigilan el hangar. Sólo yo puedo sacarte de aquí.

Los deseos de la marciana no podían realizarse, Lhara agachó la cabeza ante la verdad. Rha le quitó la pistola de la mano sin que opusiera resistencia, luego dijo:

—Ahora, volveremos a mi nave espacial y nos alejaremos de aquí, de forma que mi posición no pueda ser detectada por medio de las ondas portadoras, y contactaremos con Johan Gray; Jaffa no te pondrás testarudo, estoy seguro.

Los ojos de Jaffa todavía estaban ocultos tras sus párpados, mientras que en sus labios se dibujaba el fantasma de una sonrisa. Finalmente habló:

—Después de todo ¿para qué hemos vuelto aquí? Tú estabas a bordo de la nave, allí en Marte.

Rha asintió con la cabeza mientras les conducía fuera del laboratorio.

—Lo adivinaste, ¿verdad? El aire marciano es tan seco que no pude salir de la cabina; tenía miedo de que te enteraras de que estaba allí, pues pudieras haber intentado algo. La caída fue un asunto desgraciado, en especial por la muerte del piloto. Pero tenía que capturarte a ti, Jaffa y tenía que hacerlo mediante Lhara.

»Volví aquí por dos razones. El agua, el aire y la comida estaban casi agotados, pero sobre todo, yo quería que vieras mi fortaleza y mi laboratorio, de forma que comprendieras que mis amenazas no son vanas. Vhila tiene secretos científicos que tu pueblo no descubrirá hasta dentro de varios siglos.

El viaje de vuelta al hangar lo realizó un trío silencioso. Rha tomó tres pilotos armados de la sala del cuartel. Le sonrió a Lhara cuando la introdujo en la nave, diciendo:

—Me siento más seguro si estás en un lugar en el que pueda vigilarte.

Luego la nave espacial rugió a través de la compuerta que daba paso al espacio exterior. La pesada puerta se cerró y la piscina que había en el interior de la cabina de control se llenó de nuevo.

Cuando estuvieron a una distancia que Rha consideró segura detuvieron la nave. Al apagarse el latido de los motores, Jaffa se levantó, se lanzó desesperadamente hacia el panel de control, acompañado por el sonido metálico de sus cadenas. Antes de que nadie pudiera detenerlo, había caído, con todo su peso, sobre un interruptor de cuchilla, que se hallaba junto a los controles, machacó el interruptor y lo introdujo hasta lo más profundo de su ranura.

Un crujido metálico llegó desde las entrañas del navío. El agua de la piscina comenzó a burbujear entre silbidos mientras un gas blancuzco y viscoso, comenzaba a salir de los bordes de la piscina y a extenderse a través del suelo. En el tiempo que tardó Jaffa en volver a ponerse de pie, ya cubría las baldosas del suelo y estaba alcanzando los tobillos de las personas que, sorprendidas, lo miraban.

Con firmeza, Jaffa dijo:

—Este gas es altamente explosivo, aconsejaría a todo el mundo que no dispare sus pistolas caloríficas.

Rha dio sus órdenes.

—Atrapadle, pero no disparéis. Los tres pilotos se movieron hacia el terrestre como si fueran robots de plástico. Jaffa les hizo frente, sin cambiar la dirección de su mirada, llamó a Lhara.

—¡Mantén tu cabeza por encima de la niebla!

Rha permanecía en pie tranquilamente, esperando, pero sus ojos se mantenían fijos en el interruptor que Jaffa había destrozado, les dijo sin levantar la voz:

—¡Deprisa!

El gas blanco ondulaba, viscosamente, alrededor de sus muñecas.

Lo que pasó después, quedó registrado en la memoria de Jaffa de forma borrosa. Uno de los pilotos se resbaló sobre el estrecho suelo y desapareció en la piscina, Los otros dos fueron hacia Jaffa, empuñando sus pistolas térmicas como si fueran garrotes.

El terrestre, tuvo un vislumbre de Lhara, corriendo con grandes zancadas, como si fuera una pantera, detrás de Rha. Luego comenzó a pelear contra los dos pilotos y víctima de una celada se sumergió en el mar de niebla.

Los remolinos opacos le cegaron; mientras luchaba contenía el aliento, rezando para que su pecho no estallara antes de tiempo. Los pilotos luchaban tercamente, intentando sujetarle, mientras el intentaba volverse a poner en pie fuera de la niebla. Pero Jaffa tenía la desesperación de un hombre que sabe que aquella es su última oportunidad, se daba cuenta de que, por encima del gas, Rha estaba buscando el interruptor, si lo accionaba eso significaría su derrota.

Su mano agarró el puño de una pistola calorífica. Su cabeza le daba vueltas, sus pulmones ardían con la agonía del sofoco. De forma oscura se dio cuenta de que uno de los hombres había caído extendido, inconsciente, al suelo.

Con desesperación apretó el puño de la pistola, sabiendo que no podía aguantar mucho más tiempo. El rostro distorsionado de su enemigo, que estaba próximo al suyo, emitió un suspiro que hizo girar a las nubecillas de gas blanco. Luego los pulmones vacíos succionaron el gas y su mano quedó sin fuerzas.

Con sus últimas fuerzas Jaffa subió hacia la parte superior. El gas también había ascendido, ¿hasta que altura? Quizá estaba por encima de su cabeza, quizá había expulsado a todo el aire de la habitación, ya que, quizás, se producía con más velocidad de con la que lo expulsaban los acondicionadores de aire. Quizá Lhara y Rha yacían ahora bajo el gas, muertos por la asfixia.

De repente, en medio de su dolor y desesperación, Jaffa se dio cuenta de algo. El aire que mantenía dolorosamente encerrado en sus pulmones fue expulsado con un grito.

—¡Lhara!

Como si hubiera estado nadando bajo el mar, su cabeza salió a la superficie, el gas le llegaba a su barbilla, pero encima, todavía quedaba aire, lo respiró a grandes bocanadas. Encima de la marea de gas que seguía ascendiendo, la cabeza de Rha estaba rígida y bajo él, se encontraba Lhara, con su cabello suelto, formando un túnel brillante, que resplandecía a través de la niebla.

Jaffa levantó su pistola y disparó.

En medio de una furia de crujidos y chispas, los controles de vuelo se fundieron hasta no ser más chatarra ennegrecida. Jaffa avanzó hasta el panel, empuñó uno de los interruptores que había presionado anteriormente, Llegó tan cerca de donde se había producido la destructiva explosión que la palanca del interruptor le abrasó la palma de la mano.

Un repentino gorgoteo llegó desde la piscina, inmediatamente el gas comenzó a ser absorbido hacia abajo, formando un sombrío remolino. Jaffa saltó, lleno de debilidad, hacia la puerta que se encontraba en la pared de carga, se dio cuenta de que se estaba riendo. Frente a él se encontraban dos rostros sorprendidos y aterrorizados. Gritó:

—¡Hielo seco! Tomé dióxido de carbono de los purificadores de aire e improvisé una unidad de compresión con uno de los tanques de presión. Luego conecté el tanque de compresión que había quedado sin función a esta piscina, para ello empleé una de las tuberías de alimentación, a la que había realizado un corte.

»Esta piscina es la única que puede vaciarse desde el panel de control, cuando presioné este interruptor, introduje alrededor de diez libras de hielo seco en el agua. Este gas es el dióxido de carbono que se ha liberado y que no hace ningún daño, salvo que desplace al aire y entonces te produzca asfixia.

Lhara soltó el brazo con el que mantenía sujeto, con una llave de lucha, el brazo de Rha tras su espalda. Con esta llave le había impedido alcanzar el interruptor fundamental y destrozar los planes de Jaffa. Juntos subieron a los hombres que se encontraban en la piscina, después de que hubiera extraído el gas que revoloteaba por encima de la piscina vacía.

Cuando todos pudieron, de nuevo, respirar normalmente, Jaffa le dijo a Rha:

—¿Comprendes en qué situación te encuentras? Muy pronto, después de que envíe un mensaje de radio, las naves de la flota vendrán aquí a remolcarnos. Si todo sucede como está previsto, serás destruido por constituir un peligro para el bienestar del Sistema Solar.

»Pero yo no creo que tú constituyas una amenaza, Rha. Creo que eres un hombre muy valiente y un gran científico, sobre estas bases haré un pacto contigo. Como antes has dicho, mi padre tiene influencias. Creo que después de que le explique, existe la posibilidad de persuadirle para organizar una colonia para vosotros, siempre que nos des tu palabra de vivir en paz, Rha ¿esto es lo que tú quieres, verdad?

—Yo sólo pretendo una vida útil para mi pueblo. Durante un largo, largo momento, Rha miró al terrestre a los ojos, luego le hizo una reverencia. Su voz sonaba profunda cuando le respondió:

—Acepto tu oferta, Jaffa Gray.

Jaffa respiró aliviado y se dirigió a la radio. Lhara se sentó en la litera que había al lado. Con brusquedad el terrestre le preguntó a la marciana:

—¿Volverás ahora a Kesh?

Ella le miró al rostro y llena de franqueza le contestó:

—Tan pronto como mi hermano quede libre. Jaffa, siento lo que hice, pero desde que las cosas se han desarrollado de esta manera...

Jaffa le dijo:

—Creo que si yo volviera a Kesh y tú lo intentaras con mucho empeño, podría perdonarte.



Marte menos Bisha

El aspecto económico de la colonización ha quedado prácticamente en manos de las grandes compañías terrestres, que son las que de verdad dirigen el planeta, actuando las ciudades estado como simples comparsas, sin ningún poder efectivo de decisión.

Los diferentes gobiernos implicados se limitan a sus escasos proyectos de colonización, que como hemos visto no cesan de plantear dificultades y en el apoyo a las misiones científicas. La investigación realizada sobre el planeta moribundo pone de manifiesto la existencia de restos de civilizaciones y conocimientos que los terrestres, o terranos como le gusta llamarnos a nuestra autora, no llegan a comprender. No hay peor enemigo que aquel que no se comprende; bueno, sí hay uno peor, el que además de desconocerse, se desprecia.

Los terranos consideran que su civilización es superior a la marciana, desprecian las costumbres de los marcianos a los que consideran salvajes, ¿qué se puede pensar de un pueblo con supersticiones que obligan a matar a una pobre niña indefensa? Sólo a un pueblo degenerado y al que apenas se puede considerar humano se le puede ocurrir algo así... claro que a lo mejor las cosas no son tan sencillas... Si hubieran leído "El Retorno de los Brujos" de Pawels y Bergier seguro que no hubieran pensado de forma tan simplista, profundizando más en el asunto.

Estas misiones, siguen manteniendo el principio de no interferencia. Se trata de interferir lo menos posible en el planeta, dejarlo que muera tranquilo. Sin embargo, algún miembro de estas misiones científicas se implicará en la vida marciana mucho más de lo que las reglas le aconsejaban.

Leamos la triste historia de Fraser y de la niña marciana que encontró, Bisha.



Era cerca de la medianoche. Ninguna de las dos lunas era visible en el cielo; entre el fulgor de las poderosas estrellas de arriba y el suelo únicamente había oscuridad. En la superficie el antiguo viento arrastraba el polvo con sus pies.

El *quonset* se encontraba a media milla de la orilla del canal más o menos; allí mismo se encontraba la ciudad. Fraser la miró, a la vez que pensaba que, en aquel lugar, había dos extraños, la ciudad y él mismo. Así mismo se preguntó si podría aguantar los cuatro meses y medio que le quedaba de estar allí.

La ciudad dormía. Nunca podría esperar ninguna ayuda de allí. Como tenía un mandamiento de las autoridades, era tolerado, pero no era bienvenido. Con la excepción de las grandes ciudades comerciales, los terrestres no eran bienvenidos casi en ningún lugar de Marte, esto era una triste realidad.

Fraser comenzó a pasear de nuevo. Paseaba mucho por las noches, los días eran desagradables y deprimentes y los pasaba dentro, trabajando. Pero las noches eran maravillosas. Ni siquiera los desiertos más secos de la Tierra podían producir un cielo como aquel, en donde el tenue aire apenas empañaba el fulgor de las estrellas.

Esto era lo único que sentiría perder cuando volviera a casa.

Paseaba con vestimentas abrigadas que le protegían del amargo frío de la noche. Mientras se sentía agradablemente caliente y observaba el brillo de las estrellas, pensaba en sus disminuidas reservas de whisky y en los ciento cuarenta y seis siglos de historia escrita que se habían perdido, transformándose en el polvo que torturaba sus narices. Después de pasear un rato, vio la sombra, una sombra oscura que se movía contra el viento, silenciosa, rápida y llena de intención.

Desde el desierto septentrional alguien avanzaba cabalgando.

Durante el espacio de tiempo empleado por tres latidos de corazón, Fraser permaneció rígido y congelado, forzando la vista en medio de la oscuridad y el brillo de las estrellas para ver a la sombra que se movía. Luego se volvió y corrió hacia el *quonset*.

No tenía permiso de portar ningún arma; si algún fanático de las tribus del norte, había decidido venir y limpiar el desierto de su sucia presencia, era poco lo que podía hacer, aparte de correr, cerrar su puerta y rezar.

Todavía no pasó al interior. No es buena cosa mostrar miedo, antes de que no tengas más remedio. Permaneció junto a la puerta abierta, fuera del

resplandor que salía de ella, esperó en tensión, preparado para dar un salto al interior.

Era un único jinete, montado en una de las bestias escamosas^[14] de que los nómadas marcianos emplean al igual que las gentes de los desiertos de la Tierra emplean camellos. Fraser se relajó un poco, pero no demasiado. Bastaría un hombre con una lanza, el extranjero se dirigió hacia la luz, envuelto y abrigado contra el frío de la noche. Dirigiendo con fuerte mano, e intimidando, a la bestia que no dejaba de silbar ante los olores nada familiares que le llegaban desde el *quonset*.

Fraser se adelantó y de repente, se percató con alivio de que el jinete era una mujer, y lo que llevaba delante de ella, en la alforja situada junto a la silla era un niño, casi oculto por los pliegues de su capa.

Fraser la saludó con todas las cortesías marcianas. Ella le contempló desde arriba, era alta y tenía unos ojos orgullosos, llenos de odio y de desesperación, en ese momento ella dijo:

—¿Tú eres el terrestre, el médico?

—Sí.

El niño dormía, con la cabeza acurrucada contra el cuerpo de la mujer. Había algo que no era natural en la forma en que dormía, sin que, al parecer, le molestaran ni las luces ni las voces. Fraser le dijo amablemente:

—Estoy aquí sólo para ayudar.

El brazo de la mujer se puso en tensión alrededor del niño, miró a Fraser y luego al interior de la puerta abierta, hacia las extrañas cosas que había en el interior. Su rostro sonriente y duro por el hambre y las largas marchas, y demasiado orgulloso para llorar, explotó de repente en una cascada de lágrimas, movió la cadena de las bridas haciendo que la bestia se desplazara alrededor, pero antes que hubiera llegado a desplazarse una distancia como era su medida, la hizo volver a su posición inicial. Cuando volvió a encontrarse frente a Fraser, la mujer estaba en calma, como si fuera de piedra.

Con tranquilidad, y dudando sobre cada palabra que decía explicó:

—Mi niño, mi niño está enfermo.

Fraser levantó sus brazos para cogerlo a la vez que decía.

—Veremos qué puedo hacer.

Ahora Fraser vio que el niño, realmente una niña de unos siete años de edad, no se removió ni cuando la mujer la levantó desde la alforja. Fraser se dirigió con ella hacia el interior, diciéndole, por encima de su hombro a la mujer.

—Necesito hacerle algunas preguntas, puede pasar y mirar mientras la examino.

Las palabras de Fraser fueron ahogadas por un agudo grito salvaje y el retumbar de pezuñas acolchadas. Se dio la vuelta y comenzó a correr gritando, un pequeño trecho, tras la mujer. Pero era inútil. La mujer se había agachado sobre la silla de montar y azuzaba a su cabalgadura con gritos salvajes, mientras le clavaba las espuelas. Un minuto después la mujer había desaparecido, volviendo de nuevo al desierto y a la noche.

El terrestre permaneció de pie, con la boca abierta, mirando a la mujer y jurando, luego, miró a la niña sin saber quién le iba a ayudar. Había algo ominoso en la forma en la que la mujer le había dejado a la pequeña, ¿por qué? Incluso si la niña se estuviera muriendo, ¿no se habría esperado una madre para enterarse de cómo estaba? Incluso si la enfermedad fuera contagiosa, ¿cabalgaría Dios sabe cuántas millas a través del desierto con ella y luego huiría abandonándola?

No había respuestas para estas preguntas, Fraser se volvió y penetró en el *quonset*, cerrando, tras él, la puerta de una patada. Cruzó a través de la mezcla de habitación y oficina y llegó a la pequeña enfermería que se encontraba junto a un laboratorio, también pequeño pero bien equipado. Ni la oficina ni la enfermería tenían muchos usuarios.

Los marcianos preferían sus propios métodos y sus propios médicos. A Fraser no se le suponía, de ninguna forma, que fuera el médico local. La Fundación Médica, con el fin de que las autoridades marcianas le permitieran estar allí, había declarado que se encontraba investigando determinados virus.

La falta de cooperación de la población desde luego no había trecho su trabajo más fácil.

De repente la niña le llenó de esperanzas.

Después de estar analizándola durante unas dos horas, la acostó, todavía durmiendo, en una cama blanca y se sentó en la habitación de fuera, desde donde podía observarla a través de la puerta abierta. Tomó una copa y después otra y encendió un cigarro con manos temblorosas a las que les costaba encender una cerilla.

La niña estaba sana como un dólar, delgada de un tamaño un poco inferior a su edad y algo subalimentada, como la mayoría de los jóvenes marcianos, pero saludable. No tenía ningún problema, salvo que alguien la había drogado.

Fraser abrió la otra puerta, dejando oscilar a la interior y salió, mirando, con desesperación hacia el norte, forzando a sus oídos a percibir algún ruido

de pezuñas. No faltaba mucho para la aurora, el viento se estaba alzando, enturbiando con polvo, las capas más bajas de aire y oscureciendo el brillo de las estrellas.

Fuera, sobre el desierto, no se movía nada ni se oía ningún sonido.

Durante el resto de la noche y la mayor parte de la mañana siguiente, Fraser permaneció sentado, sin moverse, junto al lecho de la niña, esperando a que se despertara.

Ella lo hizo silenciosamente. Un instante su rostro era como siempre había sido, distante y secreto y al siguiente tenía los ojos abiertos. Su cuerpecito comenzaba a removerse y estirarse, luego bostezó y miró a Fraser. Muy solemnemente, pero sin sorprenderlo, le sonrió y dijo:

—Hola.

La niña se sentó, era una personita morena, de pelo revuelto y ojos color topacio. Tenía el aspecto de tener una sabiduría mayor que la que le correspondía por su edad, característica que los niños de Marte comparten con los niños de los países orientales de la Tierra. La niña le preguntó:

—¿Dónde está mi madre?

—Ha tenido que marcharse...

Luego mintió con una seguridad asombrosa.

—...pero estará pronto de vuelta.

La frase le confortó a él más que a la niña.

La joven marciana le quitó aquella sombra de esperanza diciéndole.

—No, ella no volverá.

Colocó la cabeza entre sus rodillas y comenzó a llorar, Sin alborotarse de ninguna forma, Fraser la rodeó con su brazo diciéndole.

—No te echas a llorar ahora; por supuesto que volverá, es tu madre.

—Ella no puede volver.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque te trajo aquí? Tú estabas enferma y necesitabas un médico.

La niña dijo simplemente.

—Ellos iban a matarme.

Fraser se quedó silencioso un largo tiempo y luego preguntó.

—¿Qué dices?

Bajo su abrazo los pequeños hombros de la niña sufrieron un escalofrío.

—Dijeron que yo tenía la culpa de la enfermedad que asoló la tribu.

Llegaron los Ancianos, todos juntos, y le dijeron a mi padre y a mi madre que me debían matar. Los Ancianos tienen una magia muy poderosa, pero, con todo, dicen que no pueden limpiarme.

La niña rompió a llorar, sollozando sin parar.

—Mi madre dijo que era su derecho el matarme, me cogió y fuimos al desierto, mi madre no paraba de llorar, aunque yo no la había visto llorar nunca antes. Estaba asustada, luego mi madre me dijo que no iba a hacerme daño, sino que me iba a llevar a un sitio en el que estaría segura. Me dio para beber agua con algo amargo y me dijo que no tuviera miedo, me habló dulcemente hasta que me dormí.

Miró hacia Fraser era una niña asustada y sorprendida, sin embargo también podía apreciarse que estaba llena de dignidad.

—Mi madre dijo que nuestros dioses me habían maldecido y que yo nunca más estaría segura con nuestro pueblo. También dijo que los terrestres tienen dioses diferentes, que pudieran no conocerme, también dijo que no me mataríais, ¿es verdad?

Fraser dijo algo para sí mismo y luego en voz alta le contestó:

—Sí, es verdad, tu madre es una mujer sabia y te trajo al lugar adecuado.

El rostro del terrestre se puso blanco, dio un paso alejándose de la cama y le preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Bisha.

—Bisha ¿tienes hambre?

La niña dudó mientras seguía sollozando, contestó:

—No lo sé.

—Piénsatelo, tus vestidos se encuentran aquí, mientras te vistes prepararé algo de desayuno.

Pasó a la otra habitación, enfermo y sacudido por la rabia, por una rabia que no había experimentado antes. Superstición, ignorancia, la sagrada crueldad del salvaje. Llega una epidemia a la tribu y cuando la magia del Anciano falla, busca un chivo expiatorio. Dice que un niño está maldito y ordena a su propia madre que lo mate.

Mentalmente, Fraser hizo una reverencia a aquella mujer de ojos orgullosos, que había sido más valiente que aquellos viejos cobardes. Pobre mujer, sólo la certeza de la muerte la podía haber llevado a entregar su niña a un terrestre, una criatura extraña y desconocida, pero que tenía otros dioses.

Justo detrás de él Bisha le preguntó.

—¿Por qué me maldecirían?, me refiero a nuestros dioses.

Vestirse fue, para ella, una sencilla tarea, ya que bastaba con meterse su túnica de tela gruesa por su cabeza y calzarse unas sandalias en los pies. Los cabellos le caían sobre la cara en la que todavía podían verse sus lágrimas.

Ahora estaba soplando por la nariz, de forma que Fraser no sabía si lloraba o reía. El terrestre le contestó.

—Ellos no te maldijeron, eso que dicen es superstición y estupidez.

De momento se detuvo. ¿Qué iba a hacer ahora? Ella tenía siete años, toda su vida había sido educada en esa creencia y por tanto no iba a poder arrancársela con unas pocas palabras, además pronunciadas por un extranjero. Frunció el ceño y comenzó a pensar intensamente en la forma de conseguir llegar a su mente.

Se percató de que la niña, que estaba sentada sujetándose la barbilla con sus manos, totalmente rígidas, le estaba mirando con una mirada infantil, intensa y maravillada. El terrestre le preguntó:

—¿No me tienes miedo?

—Nunca he visto antes a nadie como tú.

—Hum. ¿Y tampoco has visto una casa como esta?

Ella miró a su alrededor y sacudió la cabeza y le contestó.

—No, esto es...

No tenía palabras para decir lo que era aquello, sólo tuvo un escalofrío de temor. Fraser sonrió.

—Bisha, tú me dijiste que los Ancianos de tu tribu tenían una magia muy poderosa.

—¡Sí! ¡Sí!

Sentó a la niña y apretó su mano fuertemente con la suya.

—Voy a enseñarte unas cuantas cosas, vamos.

No sabía si los psicólogos infantiles y otras personas interesadas en la ética, apoyarían su método, pero esto era lo único que se le ocurría. Con el aspecto de alguien acostumbrado a hacer milagros, enseñó, a la niña criada en las tiendas de los nómadas, los aparatos modernos, desde el agua corriente a la música grabada y a los microlibros. El punto culminante se alcanzó cuando permitió a la niña mirar por la puerta del laboratorio, al místico y brillante espectáculo de cristal y cromo. Entonces le preguntó:

—¿Tienen tus Ancianos una magia más grande que yo?

—No.

La niña se alejó del terrestre, con sus brazos rodeándole el cuerpo, como para evitar el accidente de tocar algo. Detrás de ella, desde el cuarto de estar, se oían los últimos acordes de la “Música del Fuego” de Wagner, saliendo de una fina bobina de alambre. De repente Bisha cayó de rodillas en una actitud de completa sumisión.

—Eres el mayor doctor del mundo.

La palabra que había empleado para “doctor”, era la misma empleada para decir “chamán”. Fraser se sintió arrepentido y avergonzado. Le parecía que había empleado un sucio truco para impresionar a la niña. Pero quiso aprovechar la situación, diciendo solemnemente.

—Muy bien Bisha, ahora que has comprendido quien soy, te digo que la maldición no tiene ningún poder en este lugar, y no quiero que hablemos más de ello.

Ella escuchó sin levantar la cabeza.

—Aquí estás segura, no tienes que tener miedo. Mírame Bisha, ¿me prometes no tener miedo?

La niña le miró, el terrestre sonrió y después de esperar un poco tiempo ella le devolvió la sonrisa y le contestó.

—Lo prometo.

Fraser extendió su mano y dijo.

—Bien, vamos a comer.

Entonces Fraser se percató que tendría que quedarse con la niña los cuatro meses y medio que le quedaban de servicio. Tendría que alimentarla, cuidarla y mantenerla oculta. La gente de la ciudad no le daría refugio, al menos la madre de Bisha no había confiado en ellos. Además si se la quedaran, los nómadas la encontrarían cuando acudieran a la Feria de Otoño. La única alternativa que le quedaba era el gobierno central de Karappa, el cual por supuesto no aceptaría el asesinato ritual, pero que se encontraba a trescientas millas de allí. Tenía un vehículo de cadenas, pero el trabajo que estaba realizando en su laboratorio no le esperaría mientras hacía, lentamente, seiscientas millas, hacia delante y hacia atrás en el desierto. No podía permitirse esas vacaciones.

Cuatro meses y medio; miró hacia abajo, a la pequeña figura que se acurrucaba a su lado, y se preguntó qué diablos iba a hacer con ella durante todo ese tiempo.

Al terminar la primera semana, el terrestre se hubiera encontrado perdido sin la niña. La horrible soledad y aislamiento del *quonset* había desaparecido. Ahora, en aquel lugar, se oía otra voz había otra persona que se sentaba en la mesa enfrente del terrestre, había otra persona con la que hablar. Bisha no daba problemas, había sido criada para no dar problemas, en una dura escuela, en donde la lección más importante era la supervivencia. Esta misma escuela había impreso en su joven mente, la sabiduría de hacer las cosas más convenientes.

La niña le proporcionaba compañía, la primera que había tenido en casi nueve meses, y a él le agradaba.

La mayor parte del tiempo, ella estaba alegre pero alerta, demasiado sorprendida en un nuevo mundo de maravillas para darle vueltas a su pasado. Pero ella, de vez en cuando, se encontraba triste. Una tarde, la encontró Fraser acurrucada en un rincón, aburrida y sin interés por nada, sumida en lo más profundo de una depresión, que parecía casi más grande que sus lágrimas. El terrestre pensó que conocía la causa del problema, la colocó en su regazo y le dijo:

—Bisha, ¿te sientes sola?

Ella le susurró.

—Sí.

Procuró hablarle a la niña, era como hablarle a un pozo negro, al final le dijo, ya sin esperanza.

—Bisha, procura no sorprenderte demasiado, yo no soy como tu familia, lo sé, y este lugar es extraño para ti, pero intenta comprenderlo.

Élla le contestó con un susurro.

—Tú eres bueno, me agradas; el problema no es ese, además antes yo también, a veces, sentía la soledad.

—¿Por qué sentías la soledad?

—No lo sé, simplemente me sentía sola.

Fraser pensó, *extraño comportamiento, pero la mayor parte de los niños son extraños a los ojos de los adultos, tan llenos de emociones, tan nuevas y todavía no probadas que los mayores no saben lo que resultará. Además, en su situación no hay que extrañarse de que esté deprimida. En su lugar ¿quién no lo estaría?*

La acostó temprano, y luego, como si estuviera cansado por un largo día de trabajo se fue a acostar él también.

Le despertó Bisha que le sacudió mientras lloraba, gritaba y le llamaba por su nombre. Somnoliento y medio atontado, se levantó alarmado, preguntándole que pasaba, con voz frágil le contestó.

—Tengo miedo, no te habías levantado todavía.

—¿Qué quieres decir con eso de que no me había levantado todavía?

Volvió a acostarse, sintiendo todavía la somnolencia que sigue a un sueño profundo que no ha terminado, le dijo en voz alta a la niña que saliera de la habitación. En ese momento miró el reloj.

Había dormido, sin darse cuenta, catorce horas.

De forma mecánica acarició a Bisha y le pidió perdón. Intentó pensar pero su cerebro se encontraba envuelto por varias capas de algodón, aburrido, letárgico. Sólo se había tomado una copa antes de acostarse, esto no era suficiente para dormir a una persona durante una hora, menos a él durante catorce. No había hecho nada que lo hubiera dejado exhausto físicamente. Cuando se acostó estaba cansado, pero no más de lo normal que le hubiera hecho dormir ocho horas.

Algo no funcionaba como es debido, un pequeño pinchazo de la punta de un alfiler de miedo se hizo sentir en su interior. Le preguntó:

—¿Cuánto tiempo has estado intentando despertarme?

La niña señaló a la silla que estaba junto a la ventana y dijo:

—Cuando empecé la sombra estaba allí, ahora está aquí.

Por las indicaciones de la niña, habían sido unas dos horas, es decir no había estado durmiendo sino en un semicoma. La punta de alfiler se transformó en una hoja de cuchillo.

Bisha le dijo en un tono de voz tan bajo que apenas la pudo oír.

—Esta es la enfermedad que tenía mi tribu, te la he traído a ti.

Fraser susurró.

—Puede que sea así.

Luego comenzó a sentir escalofríos, al principio simplemente de pánico, se encontraba lejos de cualquier lugar del que pudiera recibir ayuda, sería fácil morir allí, rodeado por incontables millas de desierto por todos los lados.

La niña se había apartado de él y le dijo:

—Ves, la maldición me ha seguido.

Con esfuerzo, Fraser se contuvo y le dijo:

—Esto no tiene nada que ver con maldiciones, escucha Bisha, tienes que ayudarme. ¿Murieron algunos de los hombres de tu tribu de esta enfermedad?

—No.

Fraser comenzó a temblar con más violencia, esta vez de alivio, luego esto no es tan malo ¿verdad?, ¿qué es lo que les pasa?

—Los Ancianos dicen, que los enfermos morirían si no se me aparta y se me mata a mí.

Ahora la niña se había retirado todavía más lejos, al otro lado de la habitación, junto a la puerta. De repente se dio la vuelta y echó a correr.

El atontado cerebro de Fraser tardó un minuto en comprender lo que pasaba. Se tambaleo y salió corriendo siguiendo a la niña, sobre el polvo y bajo la fría luz del sol, mientras la llamaba a gritos por su nombre. La vio, una pequeña figura corriendo entre el cielo negro azulado y el aburrido color rojo

del desierto, él también corría, luchando contra la debilidad que se encontraba en su interior. Le pareció haber corrido durante horas, entre el frío viento y el polvo antes de alcanzarla.

La niña luchó y le rogó que le dejar marchar, la sujetó y una vez que se quedó tranquila, la levantó en brazos, la pequeña no dejaba de llorar diciendo:

—No quiero que mueras.

Fraser miró a través del desierto sin piedad y la abrazó con fuerza.

—¿Tanto me quieres, Bisha?

—He comido tu pan y tu techo me ha servido de refugio.

Las antiguas frases ceremoniales, aprendidas de sus mayores, sonaban extrañas en su joven boca, pero totalmente sinceras.

—Ahora tú eres mi familia, mi padre y mi madre, no quiero que mi maldición caiga sobre ti.

Por un momento, Fraser encontró difícil el hablar, luego dijo con gentileza:

—Bisha, ¿tu sabiduría es mayor que la mía?

La niña negó con la cabeza.

—¿Tienes derecho a preguntarlo?

—No.

—Como una niña que eres ¿a qué tienes derecho?

—A obedecer.

—Bien, nunca debes volver a hacer esto, nunca, pase lo que pase, echas a correr alejándote de mí, ¿me entiendes Bisha?

Ella le miró y le dijo:

—¿No tienes miedo de la maldición? ¿Ni siquiera ahora?

—Ni ahora ni nunca.

—¿Quieres que siga contigo?

—¡Por supuesto! Pobre tonta.

La niña sonrió con gravedad, con la extraña dignidad en la que el terrestre se había fijado anteriormente, ella le dijo:

—Eres un gran doctor, encontrarás una forma de hacer que la maldición se retire, ahora ya no tengo miedo.

Fraser, rodeando con sus brazos a Bisha, tibia y ligera la llevó hacia el *quonset*, andando lentamente todo el camino. La conversación era extraña en aquel tiempo y lugar, trataba sobre una lejana ciudad llamada San Francisco y una casa blanca en la cima de un acantilado, frente a una gran bahía de aguas azules. Alrededor había peces, pájaros, árboles y verdes colinas, en medio de todas estas cosas una niña pequeña podía jugar y ser feliz.

A los pocos minutos Fraser se había olvidado de Karappa y de las autoridades marcianas. En esos pocos minutos había conseguido tener una familia.

De vuelta al laboratorio, Fraser comenzó a trabajar. Le preguntó a Bisha sobre la enfermedad, sobre como la había visto en su tribu. A lo que se ve atacaba de vez en cuando y lo único que producía era aquel sueño comatoso, pero creyó entender que los períodos de inconsciencia siempre habían sido mucho más cortos, frecuentemente de unos pocos minutos. Esto podía ser explicado porque los marcianos habían adquirido resistencia a la enfermedad. Bisha, por supuesto, nunca la había padecido, por lo que Fraser dedujo, que el accidente que suponía su inmunidad natural la había señalado como el chivo expiatorio de la tribu.

Los síntomas que experimentaba eran sorprendentes. No tenía fiebre, ni dolor ni cansancio físico, sólo laxitud y debilidad. A la mañana siguiente también esto había desaparecido. Consultó libros de patología marciana. No encontró nada. Realizó una serie de pruebas exhaustivas, incluso analizó la espina dorsal de Bisha, lo que la niña interpretó como un poderoso ritual de exorcismo, él también hubiera querido ese análisis sobre sí mismo, pero era imposible, además podría alertar a la niña de que existía algún problema en alguno de los organismos.

El resultado de la prueba fue negativo, todas las pruebas dieron resultados negativos, Bisha y él estaban tan sanos como caballas.

Sorprendido pero intensamente aliviado, Fraser comenzó a pensar en otras explicaciones para la dolencia. No se trataba de la enfermedad, luego debía tratarse de un efecto colateral de alguna condición física, quizá la baja gravedad o la presión, o la atmósfera demasiado ligera o las tres cosas a la vez. Lo que fuera debía afectar a los marcianos y a los terrestres, si bien a los primeros en menor grado.

Hizo un informe detallado, en un rincón de su cerebro apareció una preocupación, este efecto colateral no había sido observado nunca con anterioridad.

Empezó a pasear nerviosamente esperando tener alguna ocurrencia, pero no la tuvo; además, como el trabajo del laboratorio requería cada vez más tiempo, terminó por olvidarse de la cuestión. Cuando se despertó en su silla, con sabor de bebida en su boca y sin recordar cuando se fue a dormir, atribuyó su cansancio a los esfuerzos que había realizado. Bisha se había retirado a dormir, con un traje de trabajo terrestre, así que ella no se había

enterado de su sueño ni él se lo reveló. La niña estaba en proceso de adaptación y Fraser quería que siguiera ese camino.

Pasó más tiempo, Bisha estaba aprendiendo inglés, ya podía nombrar todos los árboles que rodeaban aquella casa de San Francisco. El confinamiento en aquel pequeño espacio, estaba desmoralizando a los dos, ella estaba tan ansiosa de salir de allí como Fraser, pero aparte de esa cuestión todo marchaba bien.

Cuando llegó el momento, los nómadas llegaron desde el desierto para comerciar en la Feria de Otoño.

Fraser reforzó con barras las puertas y colocó los cierres. Durante los tres días y noches que duraron los tratos comerciales, él y Bisha permanecieron en el interior. El distante ruido de las gaitas y los gritos llegaban allí debilitados, pero todavía agudos. Se trataba de las voces y la música del pueblo de Bisha, de la tribu que consideraba su familia.

Fueron unos días especialmente duros, al final Bisha se retiró al refugio de su soledad y tristeza particular. Fraser la dejó sola. A la cuarta mañana los nómadas se fueron.

Fraser dio las gracias a cualquier dios que lo hubiera conseguido. Cansado, medio arrastrándose penetró en el laboratorio, ahora odiaba el trabajo porque se le hacía muy duro, ansioso de terminar cuanto antes, cruzó la habitación y abrió la puerta...

Estaba tendido en el suelo, era de noche y las luces estaban encendidas. Bisha estaba a su lado, parecía que llevaba mucho tiempo junto a él. Le dolía el brazo, que estaba liado con un vendaje mal hecho, manchado con sangre. Añicos de cristal ensuciaban el extremo del banco de laboratorio y el suelo. El entumecimiento, que ya le resultaba familiar, se había apoderado de todo su cuerpo. Le costaba moverse, le costaba pensar. Bisha se arrastró hasta donde estaba y colocó su cabeza sobre su pecho, en silencio, como si fuera un cachorro.

Con mucha lentitud, la cabeza de Fraser fue aclarándose y los pensamientos volvieron a su cerebro. *Me debo haber caído del banco. ¡Dios mío! ¿y si hubiera roto los cultivos de virus?, no solo nosotros sino toda la ciudad, podía haber estado desangrándose hasta morir, ¿qué le hubiera sucedido a Bisha?, supongamos que yo hubiera muerto ¿Qué le hubiera sucedido a la niña?*

Le llevó bastante tiempo volver a la situación normal. Cosió los labios de la herida del brazo, pero el trabajo no fue muy bueno. Estaba asustado, tenía miedo de levantarse de su silla y miedo de fumar, miedo de encender la

estufa. Las horas pasaron lentamente el resto de la noche y el día siguiente y la noche siguiente. Después se sintió mejor, pero el miedo se había transformado en desesperación. Sólo tenía la palabra de Bisha de que la enfermedad no era mortal. Comenzó a desconfiar de sus propias pruebas, considerando microorganismos extraños que no habían sido descubiertos por la ciencia médica que él conocía. Tuvo miedo por sí mismo, terror por Bisha.

De forma brusca le dijo a la niña.

—Voy a la ciudad.

—Entonces, yo iré contigo.

—No, te quedarás justo aquí, así todo irá mejor, Hay un médico en la ciudad, un sanador marciano, quizá el sepa...

Partió, envuelto en la más amarga oscuridad, bajo el fulgor de las estrellas. El camino a la ciudad le pareció largo.

Pasó a través de la tierra de regadío, en la cual ya habían recogido la cosecha y penetró por las estrechas calles. La ciudad no era antigua, según los patrones de Marte pero los ladrillos de barro que formaban las murallas habían sido reparados una y otra vez, luchando y perdiendo una batalla contra el seco viento y el polvo abrasivo del desierto.

Se veía poca gente en las calles. Miraban a Fraser y pasaban de largo, era gente morena, con ojos cálidos y siempre desesperados. El canal era su dios, su padre y su madre, sus hijos y su esposa. Fuera de la ciudad, tristemente su canal iba muriendo, gota a gota. No sabían quién lo había construido, miles de millas, desde el casquete polar, atravesando los lechos de los mares muertos, a través de los desiertos, enterrado, formando túneles bajo las colinas. Lo único que sabían es que llegaba hasta allí y que para cualquier hombre era mejor cometer el pecado más horrible que desatender el deber de mantener abierto el canal. Era una vida cruel, pero por lo menos vivían y estaban contentos.

No había luces de antorchas en las calles, pero Fraser sabía dónde se encontraba la casa que buscaba. La puerta de metal corroído se abrió, como si lo hiciera a disgusto, y rápidamente se cerró tras él. La habitación era pequeña, iluminada por una lámpara humeante, y no muy confortable por el poco calor que desprendía un fuego de raíces, sin embargo las paredes estaban recubiertas de tapices de incalculable antigüedad e increíble valor.

Tor-Esh, el sanador, hacía bien su oficio. Su túnica era de diseño sencillo, pero su vientre era abultado y sus mofletes rechonchos, cosa nada habitual entre su pueblo. Era un sacerdote brujo, un oráculo y un médico. Era el único hombre en la ciudad que había demostrado algún interés en Fraser y su trabajo. Y el interés mostrado no tenía que ser necesariamente amistoso.

Le dio a Fraser el saludo tradicional y este, rígidamente le dijo:

—Necesito tu ayuda, he contraído una enfermedad.

Tor-Esh escuchó. Sus ojos eran astutos y penetrantes. La sonrisa que habitualmente mostraba su rostro desapareció sin que el terrestre se diera cuenta. Mientras Fraser seguía hablando, de su rostro desapareció, gradualmente, incluso la menor traza de lo que, en el futuro, pudiera transformarse en una sonrisa.

Cuando hubo terminado Tor-Esh dijo:

—Por favor repita, más lentamente, su marciano no es totalmente claro.

—Pero ¿conoces mi mal? ¿Puedes decirme de qué se trata?

Tor-Esh volvió a decir.

—¡Repita nuevamente!

Fraser le repitió las cosas que le había contado, procurando no mostrar el miedo que tenía en su interior. Tor-Esh le hizo varias preguntas, preguntas precisas. Fraser le respondió, luego durante un poco de tiempo Tor-Esh permaneció en silencio, con la cara apesadumbrada y triste bajo la luz parpadeante de la lámpara, Fraser esperaba con el corazón en la garganta, a punto de estallarle. Con lentitud Tor-Esh le dijo:

—Tú no estás enfermo, pero salvo que se ejecute un acto determinado, seguramente morirás.

Con enfado Fraser habló:

—¡No digas tonterías! Un hombre que está sano no se muere de repente, salvo por un accidente.

Con mucha suavidad Tor-Esh le dijo:

—En algunas materias somos un pueblo ignorante, pero no porque no las hayamos conocido, sino porque las hemos olvidado.

—Perdona, no quería ofender, mira he venido a ti buscando ayuda, algo que no comprendo es algo con lo que no puedo tratar.

Tor-Esh se movió hacia la ventana, oscura, incrustada en el ancho muro y dijo:

—Sí, has pensado en el canal, no solo en este sino en los muchos canales que cubren la superficie de Marte formando una red, ¿has pensado en cómo se construyeron? Las máquinas, la increíble potencia que ha sido necesaria para hacer que un mundo moribundo viva todavía un poco más. Nosotros somos los hijos de los que concibieron la idea y los construyeron y lo único que nos queda es el resultado final de sus trabajos. Nosotros, cuando sopla el viento cargado de arena tenemos que drenar el canal^[15], cavando con nuestras manos.

Con impaciencia Fraser le contestó.

—Lo sé, he estudiado historia marciana, pero...

Como si no le hubiera oído, Tor-Esh prosiguió con su relato.

—Muchos siglos suponen incontables reyes, naciones, imperios, guerras y pestes. Sabiduría. Ciencia, crecimiento y esplendor, cansancio y decadencia. Los océanos se transformaron en polvo y las montañas cayeron, los manantiales se secaron y las fuentes de energía se agotaron. Tú que vienes de un mundo joven, ¿puedes imaginarte el número de razas inteligentes que han evolucionado sobre Marte?

Volvió su rostro hacia el terrestre y prosiguió su relación.

—Habéis llegado con vuestras naves atronadoras, vuestras máquinas y vuestra ciencia, diciendo que nuestros dioses son falsos, que han sido creados por nosotros. Pensáis de nosotros que estamos degenerados y carecemos de conocimiento, sin embargo sois vosotros los ignorantes, no porque hayáis olvidado el conocimiento, sino porque nunca lo habéis aprendido. Existen muchas ciencias y muchas clases de conocimiento. Hubo razas en Marte capaces de construir los canales, hubo otras que podían ver sin ojos y oír sin oídos, otros podían controlar los elementos y hacer que los hombres vivieran o murieran a su voluntad, hubo otros que eran tan poderosos que fueron destruidos por el miedo que producían entre los demás. Estas razas ahora están olvidadas, pero su sangre está en nosotros, algunas veces nace un niño que...

Fraser estaba rígido.

Tor-Esh dijo tranquilamente.

—Entre los nómadas corría un rumor sobre una niña.

Los nervios hicieron presa sobre el vientre de Fraser, nervios de miedo que le hicieron sufrir un sudor frío. Pensó *yo nunca mencioné a Bisha como puede éste saber...*

—No estoy interesado en el folclore, dime únicamente...

—Existe una cierta maldición sobre la tribu; cuando el niño se marcha la maldición desaparece. Parece ser que la niña está en tu casa, la madre mintió. La niña no está muerta, está contigo.

Fraser dijo con un gruñido.

—Brujería y hechicería, maldiciones y cobardías; creía que tú, Tor-Estr, sabías más.

Se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Fue una tontería venir aquí.

Tor-Esh se levantó rápidamente y colocó su mano sobre el picaporte, de forma que no se pudiera abrir mientras estuviera allí. Luego dijo:

—Seremos gente ignorante pero no matamos a los niños para divertirnos. Con relación a lo que dices de brujería y hechicería, las palabras no son más que palabras, lo que cuentan son los hechos. Si quieres morir, ese es tu problema, pero cuando hayas muerto, la niña vendrá a la ciudad y ese será nuestro problema. Les enviaré un mensaje a los nómadas, al fin y al cabo la niña es suya y tiene la obligación de solucionar la cuestión, pero hasta que ellos vengan construiré un muro entorno a tu casa. Es muy verosímil que mueras pronto. En su tribu hay veinte para compartir la maldición, pero tú estás solo, por lo que no tienes ninguna oportunidad.

Tor-Esh, quizá por ver la mueca de horror absoluto que se dibujaba en el rostro de Fraser añadió:

—Todo se hará con misericordia, no le tenemos ningún odio a la niña.

Levantó el picaporte y Fraser salió a la estrecha calle, se dirigió hacia el desierto y cuando hubo cruzado la tierra de labor echó a correr. Corrió muy deprisa, pero aun así, otro corredor lo adelantó y se dirigió hacia el desierto, hacia la ruta de las caravanas.

Bisha, llena de ansiedad, le estaba esperando. La dijo:

—¿Sabes dónde está la comida? Carga tanta como puedas en el vehículo, carga también mantas, deprisa. ¡Nos vamos!

Apresuradamente penetró en el laboratorio y, casi con cuidado, destruyó el trabajo de meses. Estuvo tentado de olvidar la moralidad y extender los cultivos de virus por la ciudad.

El mal, la superstición, leyendas de magos, cuentos sobre poderosos hechiceros. Había leído algunas historias de fantasía escritas antes de la época de los vuelos espaciales, en ellas se contaba como desalmados terrestres pisoteaban un Marte inocente. La lógica y la logística hicieron imposible que esto sucediera en la realidad. Ahora estaba triste, le hubiera gustado pisotear a algunos marcianos.

Una vez que hubo limpiado el laboratorio metió sus notas en una caja de acero y la colocó en un cobertizo, recubierto por el polvo, en la parte posterior del *quonset*, en el lugar donde se guardaba el vehículo.

Bisha, con el rostro cubierto de lágrimas y en silencio lo había estado cargando con paciencia. Verificó la carga, añadió algún otro suministro e introdujo a la niña en el coche. Ella le miró. Por lo que el terrestre comprendió que estaba asustada. Le dijo:

—No te preocupes, vamos a un sitio en donde todo estará bien.

—¿No me vas a devolver a mi pueblo?

Con rabia contestó:

—Te llevo al consulado terrano en Karappa y desde allí te llevaré a San Francisco y ¡qué nadie intente detenerme!

Abrió la puerta del cobertizo y subió junto a la niña. El vehículo salió fuera y se deslizó, haciendo ruido, por la arena. En ese momento pudo ver líneas de antorchas que salían de la ciudad y se dirigían hacia allí. Dijo:

—Túmbate en el suelo y quédate allí, nadie te va a hacer daño.

Aceleró al máximo y el vehículo salió disparado hacia delante, levantando una gran nube de polvo. Se dirigió directamente hacia la ondulante línea de antorchas. Instintivamente agachó su cabeza de forma que quedó muy próxima al volante. El coche era de metal, las partes de cristal que tenía eran, teóricamente, irrompibles, pero a la luz de las antorchas pudo ver las brillantes jabalinas arrojadas de metal que llevaba la gente de la ciudad y los bumerangs, que podían cortar la cabeza de un hombre tan limpiamente como la hoja de un cuchillo. Agachó todavía más la cabeza.

Algo golpeó la ventana que tenía a su lado, dibujando en ella un millón de brechas. Otras cosas golpearon y rasparon malignamente la capota del coche. Las antorchas comenzaron a caer ante él, revelando los rostros oscuros y asustados de los hombres que las llevaban. Pasó a través de la línea, ante él se encontraba el desierto sin límites, a trescientas millas de allí, Karappa y la civilización.

Si podía evitar a los nómadas.

Haría bien en evitarlos, se trataba de su cuello y el de Bisha. Necesitaba tener cuidado. Necesitaba actuar con rapidez, él era alguien que no creía en las maldiciones.

Llegó la aurora, fría en el cielo oscuro, velada por el polvo, no había ningún canal entre ellos y Karappa, ni ninguna ciudad ni nada, salvo la fina arena seca que, impulsada por el viento, fluía como si fuera agua. Le dijo a Bisha:

—Mira aquí, por si cayera dormido de repente.

Le enseñó a detener el vehículo todo terreno. Continuó.

—Y mantente dentro del vehículo hasta que despierte de nuevo.

La niña asintió con la cabeza, sus labios mostraron una presión que reflejaba su esfuerzo de concentración mental. Le hizo parar varias veces hasta que estuvo seguro de que la niña no lo olvidaría.

Las millas seguían pasando, detrás y delante, a izquierda y a derecha, sin ninguna característica que las hiciera resaltar unas de otras. ¿Cuánto tiempo le

podía costar a un solo jinete alcanzar una caravana cargada?, ¿cuánto tiempo les podía llevar a los jinetes montados en sus monturas más rápidas alcanzar un rastro? La arena era suave y las marcas del vehículo se sumergían en ella. No importaba lo que te quisieras apresurar, no podías avanzar más deprisa de lo que el desierto te permitiera avanzar.

Bisha había estado pensando con esfuerzo, luego dijo:

—Nos seguirán.

La niña era astuta, demasiado astuta por su propio bien. Fraser dijo:

—¿Quieres decir los nómadas?, podemos ir más rápido que ellos, por eso pronto abandonarán la persecución.

—No, ellos nos seguirán, no a ti sino a mí, y nos matarán a los dos.

Fraser le dijo:

—Vamos a ir a la Tierra, ni los hombres ni los dioses de Marte, pueden alcanzarnos allí.

—¿Estás seguro de que no pueden alcanzarnos? Son dioses muy poderosos.

—Estoy seguro Bisha, serás muy feliz en la Tierra.

La niña se colocó muy cerca del terrestre y al poco cayó dormida.

Había una brújula cerca del volante, algo muy necesario en un lugar en el que no había ni carreteras ni señales, Fraser mantuvo la aguja centrada, manteniendo la ruta como si se tratara de una nave. El tiempo y la arena seguían pasando, empezó a sentirse cansado.

Cansado.

Es muy verosímil que mueras pronto. En su tribu hay veinte para compartir la maldición, pero tú estás solo, por lo que no tienes ninguna oportunidad.

El desierto susurraba, los sonidos del vehículo eran escuchados y olvidados. Más allá de ellos el desierto seguía murmurando, deslizándose, ondulándose por la acción del viento.

La visión de Fraser comenzó a oscilar y a oscurecerse, no debía haberse forzado tanto a realizar el trabajo. Cansado no presentaba ninguna resistencia a la enfermedad. Por esto la enfermedad era más leve entre los nómadas endurecidos y más grave en él un extranjero ya agotado por meses de confinamiento y tensión mental, ésta era la causa.

En su tribu hay veinte para compartir la maldición, pero tú estás solo...

Trescientas millas no es mucho, por supuesto que puedes hacerlo, en la Tierra lo has hecho en una tarde.

Pero esto no era la Tierra y él no lo había hecho arrastrándose por un frío desierto.

Pero tú estás solo...

Maldito seas Tor-Esh.

—Bisha despierta, necesitamos comer, y yo necesito esa botella.

Habiendo comido un poco y bebido se sintió mucho mejor.

—Seguiremos la marcha toda la noche, por la mañana, fácilmente estaremos en Kerappa. Si los nómadas nos siguen, nunca nos cogerán.

Era media tarde y él estaba conduciendo en medio de una neblina; perdió la dirección de la brújula; cuando se percató de ello ya se había apartado varias millas de su ruta. Se detuvo unos momentos intentando recordar la lectura correcta, temblando, Bisha le observaba. Le dijo levantando la voz:

—No tengas ese aspecto de estar tan asustada, no te preocupes, te llevaré allí.

La niña estiró su cabeza y miró a lo lejos.

—Y ¡no llores por amor de Dios! Ya tengo bastantes problemas para que aparezcas dolida.

La niña le dijo:

—Es por mi culpa, te has creído las palabras de los Ancianos.

El terrestre la golpeó, era la primera vez que le había puesto la mano encima con enfado.

—No quiero que volvamos a hablar de esto, si todavía no has aprendido en todo este tiempo...

La niña se retiró al otro lado del asiento. Volvió a poner el todo terreno en marcha, en la dirección correcta, pero no llegó muy lejos. Tenía que descansar, necesitaba al menos una hora de sueño. Se detuvo, miró a Bisha y, como de algo que había sucedido hace años, se recordó que le había pegado a la niña. Le dijo:

—Pobre pequeña Bisha, te he pegado por algo de lo que no tienes la culpa, ¿podrás perdonarme?

La niña asintió con la cabeza, él la besó y la niña lloró un poco, luego él se puso a dormir, diciéndole a la pequeña que le despertara cuando la aguja del reloj marcara las cinco en punto, fue duro despertarse cuando llegó la hora y ya era de noche cerrada antes de que el vehículo todo terreno estuviera dando sacudidas y esquivando obstáculos sobre la arena, siguiendo la ruta que había abandonado. Fraser no se encontraba descansado, por el contrario se sentía peor, debilitado y desposeído de su fuerza, con su cerebro tan vacío como un cubo al que se le ha dado la vuelta.

Siguió conduciendo.

Nuevamente perdió la ruta, debió dar alguna cabezada y mientras el coche describió una curva hacia el sur. Se volvió, enfadado, hacia Bisha y le dijo:

—¿Por qué no detuviste el coche? Te dije que...

Con la ligera luminosidad del salpicadero pudo ver el rostro de la niña, que miraba hacia el desierto, conoció por su aspecto, la soledad al ser expulsada de la tribu y la tristeza. La niña no respondió, el terrestre lanzó un juramento. De todos los momentos de su vida había elegido aquel para mirar al cielo. ¡Cuando tanto la necesitaba! Ella lo necesitaba para mantener el ánimo, pero para él enfadarse estaba empezando a ser una costumbre, la niña no tenía, precisamente ahora, derecho a reprocharle cuales fueran sus emociones. Ya le había costado unas horas y unas millas que eran preciosas. Se volvió y sacudió a la pequeña.

Fue como sacudir una muñeca de trapo, le habló con brusquedad pero ella parecía no oír. Finalmente detuvo el coche, furioso por la testarudez de la pequeña, le pegó en el rostro. Por segunda vez la golpeó.

La niña no lloró, se limitó a susurrar.

—No puedo evitarlo, ellos también me castigaban, pero no puedo evitarlo.

A la pequeña no parecía importarle. No podía tocarla, no podía penetrar en su interior. Anteriormente, nunca había intentado hacerle cambiar de humor, ahora se dio cuenta que no podía. La dejó acurrucarse en una esquina y le miró. Un lento y corrosivo terror comenzó a arrastrarse en su interior, porque recordó lo que había pasado las veces en que la niña se había puesto así.

Se trataba de las veces que las veces que habían precedido a sus períodos en blanco, a sus períodos de sueño anormal.

Se trataba de un esquema, todas las veces se había seguido el mismo esquema invariable.

Pero esto no tenía ningún sentido, obviamente se trataba de meras coincidencias.

Por tres veces se había seguido el mismo esquema, si se producía una cuarta vez, esto no podía ser una coincidencia. Si se producía una cuarta vez, él lo sabría.

¿Podía permitirse que sucediera una cuarta vez?

Esto era una locura, ¿cómo podía el humor de una niña afectar a un hombre?

La agarró de nuevo, la desesperación le invadió, trató a la niña rudamente, más rudamente de lo que nunca soñó sería capaz de tratar a un niño.

Esto no funcionó, la miró con unos ojos de mirada más remota y soportó el maltrato sin protestar, sin siquiera sentir interés en ello.

No se trataba del simple humor de la niña sino de otra cosa.

¿De qué?

...algunas veces nace un niño que...

Fraser lanzó el vehículo a través del haz de luz de sus focos delanteros, una cuchillada de luz a través de la oscuridad inmemorial.

Tenía miedo, tenía miedo de Bisha y sin embargo se negaba a creer.

Debía llegar a Karappa, allí obtendría ayuda, cualquiera que fuera la causa de aquello, alguien descubriría la verdad y haría algo. Debía mantenerse despierto, no dejar que volviera a caer el telón del sueño.

Pensemos. Sabemos que esto no es una maldición, esto está descartado, también sabemos que esto no es una enfermedad. También sabemos que esto no es un efecto colateral ya que no se han observado. Tor-Esh comprendía esto.

¿Qué dijo sobre las razas antiguas? ¿Qué nos enseñan a nosotros, sobre estas razas, en las universidades? Demasiado y no es bastante. Demasiadas razas y no se les dedica el tiempo suficiente.

...podían ver sin ojos y oír sin oídos, otros podían controlar los elementos...

Procuró recordar, esto era un dolor y un tormento. Miró a la niña. Razas antiguas, genes recesivos, pero que todavía aparecen de cuando en cuando. ¿Cuál era la respuesta? Los PES^[16] eran conocidos entre los marcianos, pero esto no eran PES, ¿qué era entonces?

¿Un remanente, un fragmento de algo, retorcido e incompleto?

¿Por qué era ella tan solitaria? ¿Qué era aquello que la niña no conocía

sobre sí misma?

De repente tuvo ante sí la respuesta, clara como el repique de una campana. Una página de un libro de texto olvidado, que había permanecido todos estos años conservada en su subconsciente, una mención casual a un pueblo que había intentado sublimar las condiciones de un mundo moribundo, estableciendo una especie de simbiosis mental, viviendo en una estrecha comunidad, compartiendo las mentes del grupo y sus potencialidades y que había tenido éxito tras un descomunal esfuerzo.

Quienes controlaron tales poderes mentales, gobernaron, durante varios siglos, un cuadrante de Marte, dejando tras ellos una multitud de leyendas.

Y una niña.

Una niña normal y saludable en todas las facetas, menos en una, su cerebro era incompleto, diseñado, por una broma cruel de la genética, para ser una parte de una comunidad de cerebros interdependientes, que ya no existía.

Como si fuera una batería, descargaba su energía eléctrica en el proceso normal de pensar y vivir. Como una batería que funcionara, debía ser cargada una y otra vez desde el exterior, porque no tenía la facultad de regenerarse a sí mismo, por ello robaba la energía de las mentes que, ignorantes de la situación, la rodeaban. Era un vampiro inocente que sorbía la vida cuando sentía que tenía necesidad.

Ahora estaba sorbiendo. En su tribu había veinte, por eso ninguno de ellos había muerto todavía. Pero él estaba solo, por ello lo que ella necesitaba sorber eran cada vez más cortos ya que él no podía ya satisfacerla.

En su ignorancia los marcianos tenían razón. Él con su sabiduría, estaba equivocado.

Si la bajaba del coche y la dejaba en el desierto, él volvería a estar a salvo.

Detuvo el coche y la miró. Era tan pequeña y tan indefensa, había llegado a quererla. La niña no tenía la culpa. Todavía podía hacer algo por ella. Podría encontrar una forma de comportarse, además, en la ciudad no sería tan mortal.

Podría sobrevivir a una nueva inmersión en la oscuridad.

No lo sabía. Pero, una vez, la niña había huido, por su propia decisión, para que él no sufriera. No podía menos de intentarlo.

El terrestre la tomó en sus brazos.

La cortina de oscuridad cayó sobre él.

Despertó con lentitud, ante el brillante resplandor del sol y en medio de un gran silencio. Como alguien que se arrastra al borde de un abismo él se despertó.

El coche estaba silencioso. No había nadie con él. Llamó pero nadie respondió.

Salió del coche y caminó, llamando a Bisha. Luego descubrió las huellas, las huellas de las cabalgaduras de los nómadas, que se acercaban al coche desde detrás. Las pequeñas huellas de los pies de la niña se dirigían a su encuentro.

Dejó de llamarla, el sonido de su voz era demasiado alto, demasiado terrible. Comenzó a correr siguiendo las huellas que terminaban ante un pequeño bulto de ropas. No había vida en él.

La niña había roto la promesa que le había hecho, le había desobedecido y le había dejado, durmiendo y seguro para ir a encontrar a los jinetes, a los jinetes que la seguían a ella, no a él.

Cavar una pequeña tumba no le llevó mucho tiempo.

Fraser siguió conduciendo, ahora ya no tenía ningún peligro, conducía a gran velocidad, viendo borroso el desierto, deseando sólo volver a la Tierra. Pero allí nunca habitaría una casita blanca.

La sacerdotisa escarlata de la luna loca

La opresión que la Tierra ejerce sobre los marcianos sancionada por el famoso “tratado sombrilla” no puede dejar de generar odio y resistencia por parte de los sojuzgados.

Una de las formas que toma la resistencia de un pueblo oprimido es volverse a sus orígenes, a sus tradiciones para oponerse a la ideología de las naciones, o de las castas, dominantes, hoy en día estamos viendo, en nuestro mundo, el retorno a tradiciones y costumbres que parecían apartadas para siempre de las corrientes de la historia. Que conste que, a diferencia de lo que es costumbre, no hago ningún juicio de valor sobre esta cuestión, absolutamente ninguno.

Religiones y formas de pensar que a los progresistas del siglo XIX y primera mitad del XX les parecían fuera del devenir de la Historia aparecen hoy en día disputando el futuro a los vencedores de la Guerra Fría, a los derrotados en esta guerra ya los vencieron en Afganistán, ¿por qué no iba a pasar en Marte lo mismo? Los antiguos mitos, ¿o es que no eran mitos? Vuelven a salir a la luz para aglutinar al pueblo oprimido y prepararlo para la lucha fina1.

Lean las aventuras de Selden en la antigua ciudad de Jekkara, ya famosa en los tiempos en los que los Reyes del Mar navegaban por los azules mares de ensueño y descubran que a lo mejor no todo el glorioso pasado de Marte está muerto.

Desde la burbuja de vigía de TSS Goddard, Harvey Selden miraba cómo crecía la cara atezada del planeta. Podía distinguir los desiertos rojizos donde se agitaban pequeños remolinos de arena y las oscuras áreas de vegetación que sembraban seda. Una o dos veces, alcanzó a ver el brillo del agua de los canales. Continuó sentado, sin moverse, transportado, deleitado. Había temido que este enfrentamiento no le emocionara; había visto desde su niñez innumerables descensos idénticos desde su pantalla tridimensional. Era como hacerlo uno mismo. Pero la realidad tenía un sabor y una inminencia que encontró tremendamente excitante.

Imagina, un planeta extraño...

Imagina, Marte...

Se molestó un poco cuando advirtió que Bentham había entrado en la burbuja. Bentham era tercer oficial, y eso significaba un reconocimiento de su fracaso. La razón se traslucía claramente en su rostro, pensó Selden, y sintió lástima por él, como la hubiera sentido por cualquier alcohólico. A pesar de todo, era amable y parecía impresionado por los conocimientos de Selden acerca de Marte. Este le sonrió y le saludó con la cabeza.

—Muy excitante —dijo.

Bentham miró de soslayo al planeta que se aproximaba.

—Siempre lo es. ¿Conoces a alguien allá abajo?

—No, pero después de que me inscriba en la Oficina...

—¿Cuándo lo harás?

—Mañana. Quiero decir, contando desde el aterrizaje..., este asunto del tiempo es un poco confuso, ¿verdad?

Sabía que harían tres o cuatro órbitas completas en una espiral descendente, que significaban tres o cuatro días y sus correspondientes noches.

—Mientras tanto, no conoces a nadie —dijo Bentham.

Selden movió la cabeza negativamente.

—Bueno —dijo Bentham—, estoy invitado a cenar con unos amigos marcianos. ¿Por qué no vienes? Tal vez te interese.

—Oh —respondió Selden ávidamente—. Sería muy... Pero ¿estás seguro de que no ocasionaría una molestia? Quiero decir, un huésped imprevisto, en el último momento...

—No les importará —siguió Bentham—, yo les avisaré antes. ¿Dónde te hospedas?

—En el Kahora Hilton.

—Claro —dijo Bentham—. Pasaré a recogerte cerca de las siete —sonrió—. Hora de Kahora.

Salió con un sentimiento de duda. Bentham no era, tal vez, la persona que él hubiera elegido para que lo introdujera en la sociedad marciana. Pero, en última instancia, era un oficial, podía incluso presumir de ser un *gentleman*, y hacía mucho tiempo que estaba en la ruta de Marte. Seguramente tendría amigos, y era una oportunidad maravillosa e inesperada de conocer una casa y una familia marcianas. Se sintió avergonzado de su instante de inquietud, y pudo observar inmediatamente que estaba basada en la propia inseguridad que, por supuesto, crecía al enfrentarse a un medio enteramente ajeno. Descubierta esa actitud negativa, era fácil corregirla. Después de un cuarto de hora de positiva terapia, su impaciencia no le permitía esperar la llegada de la noche.

Kahora, en medio siglo, había crecido. Selden sabía que había sido fundada como Ciudad Comercial bajo el viejo e infame Convenio del Paraguas, así llamado porque podía ser usado para encubrir cualquier cosa, y que había sido firmado entre el entonces Gobierno del Mundo de Terra y la empobrecida Federación Marciana de Ciudad-Estado. En aquel tiempo, la ciudad estaba protegida por una simple cúpula climatizada y condicionada para el confort de comerciantes y políticos de otros mundos que la frecuentaban y que no estaban acostumbrados a los rigores del frío y la escasez de oxígeno de Marte. Además del clima, se había instalado otros lujos en las Ciudades Comerciales, de modo que podían compararse con ciertas ciudades bíblicas. Crímenes de diferentes clases, incluso asesinatos, habían ocurrido en ellas.

Pero todo eso había pasado en los días del *laissez-faire*. Ahora Kahora era la capital administrativa de Marte, protegida por un complejo de ocho cúpulas brillantes. Desde el puerto espacial, a quince millas de la ciudad, Selden la vio como un débil resplandor de burbujas flotantes tocadas por el sol rasante. Mientras el vehículo del puerto espacial lo transportaba a través de millas de arena roja y césped verde oscuro, vio que las luces se encendían en la repentina noche y los edificios bajo las cúpulas ascendían y tomaban forma, limpios y airosos con resplandeciente vestimenta. Pensó que nunca había visto nada tan hermoso. Desde el desembarcadero de una de las cúpulas, un silencioso taxi a transistores le llevó a su hotel a lo largo de agradables calles donde las luces brillaban y gente de distintas razas caminaba ociosamente. Todo el viaje, hasta el vestíbulo del hotel lo efectuó confortablemente, incluso con aire acondicionado que Selden agradeció. El paisaje parecía

horriblemente yermo, y sólo se necesitaba verlo para saber que hacía un frío terrible. Antes de que el vehículo entrara en la cámara de descompresión cruzó el canal de Kahora, donde el agua parecía hielo negro. Muy pronto se enfrentaría con todo, pero no tenía prisa.

La habitación era acogedora y la vista de la ciudad excelente. Se duchó, se afeitó y se vistió con su mejor traje oscuro. Se sentó un rato en la pequeña terraza con vista al Triángulo de los Tres Mundos, representados por sus tres vértices. El aire que respiraba era caliente y tenuemente perfumado; los sonidos de la ciudad subían hasta él suaves y amortiguados. Comenzó a repasar mentalmente las reglas de buen comportamiento que había aprendido. Las frases ceremoniales, los gestos. Se preguntaba si los amigos de Bentham hablarían alto o bajo marciano. Bajo, probablemente, ya que es lo más corriente para con los extranjeros. Esperaba que su acento no fuera demasiado bárbaro. Se comportaría adecuadamente a la situación. Se acomodó en su silla y miró el cielo.

Había dos lunas en él, encima del brillo y la distorsión de la cúpula. Por alguna razón, aunque sabía perfectamente que Marte tenía dos lunas, ese pequeño detalle tuvo un poderoso efecto sobre él. Por primera vez se dio cuenta no sólo con su intelecto, sino con su corazón y sus entrañas, de que se encontraba en un mundo extraño, muy lejos de su casa.

Bajó al bar a esperar a Bentham.

Llegó puntual, vestido con su ropa de civil, y Selden notó con alivio que se encontraba perfectamente sobrio. Le pagó una copa y le siguió a un taxi que les condujo silenciosamente desde la cúpula central a otra en las afueras.

—Esta es la original —dijo Bentham—. Ahora es zona residencial. Los edificios son viejos, pero confortables. —Estaban detenidos en un cruce esperando que pasara el tráfico y Bentham señaló el techo de la cúpula—. ¿Has visto las lunas? Están las dos en el cielo. Es lo primero que nota la gente cuando llega.

—Sí —dijo Selden—, las he visto. Es... es... impresionante.

—La que llamamos Deimos... eso allí..., el nombre en marciano es Vaslma, por supuesto..., es lo que en ciertas fases se llamaba la Luna Loca.

—Oh, no —dijo Selden—. Aquello era Fobos. Denderon.

Bentham le miró y él se puso colorado.

—Quiero decir, creo que era... —se disculpó Selden. El sabía muy bien que estaba en lo cierto, pero, después de todo—. Por supuesto, tú has estado aquí muchas veces y yo podría estar equivocado...

Bentham se encogió de hombros.

—Es fácil saberlo. Preguntaremos a Mak^[17].

—¿A quién?

—Firsa Mak. Nuestro anfitrión.

—¡Oh! —protestó Selden—. Yo no diría...

Pero el taxi siguió; Bentham señalaba algunas otras cosas de interés y el asunto fue olvidado.

Cerca de la curva más sobresaliente de la cúpula, había un edificio dorado y pálido. El taxi paró allí. Unos momentos después, Selden fue introducido en la casa de Firsa Mak.

El había conocido marcianos en otras ocasiones, pero muy esporádicamente y nunca *in situ*. Vio un hombre oscuro, pequeño y delgado como un gato, con los más sorprendentes ojos amarillos. Llevaba la túnica blanca tradicional de los hombres de las Ciudades de Comercio, exótica y muy elegante. Un pendiente de oro, que Selden reconoció como una antigüedad sin precio, colgaba de su oreja izquierda. No era como los marcianos fofos y redondos que había conocido en Terra. Selden se acobardó ante esos ojos y las tan estudiadas palabras de saludo se pegaron a su garganta. No hubo necesidad de ellas cuando Firsa Mak le dio la mano y dijo:

—Hola, bienvenido a Marte, pasa.

Una mano morena y nervuda le empujó amablemente a una sala grande y baja con una pared de vidrio que daba al exterior de la cúpula, al desierto iluminado por la luna. Los muebles eran modernos, simples y muy confortables, con alguna escultura lateral o frontal, fina, pero no mejor que la artesanía marciana que se vendía en las tiendas especializadas de Nueva York. En uno de los sofás, un terrestre con piernas muy largas, descarnado y con cabello blanco, estaba sentado bebiendo, envuelto en una nube de humo. Le fue presentado como Altman. Tenía la cara parecida a un cuero viejo demasiado expuesto al sol, y miraba a Selden desde una gran altura y una lejana distancia. Acurrucada a su lado, había una niña o una mujer morena; Selden no podía distinguir qué era, por la suavidad de su cara y la profunda sabiduría de sus ojos, los cuales eran tan amarillos y directos como los de Firsa Mak.

—Mi hermana —dijo Firsa Mak—, señora Altman. Y ésta es Lella.

No dijo exactamente quién era Lella y a Selden no le importó en aquel momento. Acababa de entrar desde la cocina con una bandeja de algo, y llevaba un vestido que Selden había visto en revistas, pero nunca en la realidad. Un corte de seda brillante, entre rojos y naranja, envolvía sus caderas, y una ancha faja ceñía su cintura. Por debajo de la falda enseñaba sus

delgados y morenos tobillos, adornados con pulseras y campanillas doradas que tintineaban ligeramente cuando caminaba.

El busto estaba desnudo y espléndidamente formado.

Sobre su cuello, una gargantilla de placas de oro, caladas y troqueladas en formas barrocas; de sus orejas, también colgaban pequeñas campanillas. Su cabello era largo y negro; sus ojos verdes, encantadoramente rasgados, sonrieron a Selden mientras ella se movía al compás de su propia música. Se quedó estúpidamente parado y le siguió con la mirada, sin darse cuenta de que había cogido un vaso de licor oscuro de la bandeja que le ofrecía.

De pronto, Selden se encontró sentado sobre cojines, entre los Altman, en frente, Firsá Mak con Bentham. Lella siguió moviéndose provocativamente.

Mientras entraba y salía, cuidaba de que los vasos estuvieran llenos del peculiar líquido con gusto a humo.

—Bentham me dijo que eres de la Oficina de Relaciones Culturales Intermundo —dijo Firsá Mak.

—Si —respondió Selden. Altman le miraba con aquella expresión extraña y ajena que tanto le incomodaba.

—Ah. ¿Cuál es tu especialidad?

—Artesanía, trabajos en metal Es... estilo antiguo, como esto... —señaló el collar de Lella y ella sonrió.

—Es antiguo —dijo ella y su voz era dulce como el tintineo de las campanillas—. No podría decir cuánto.

—El diseño del calado —dijo Selden—, es característico de la dinastía del decimoséptimo de los Reyes Khalide de Jekkara, que duró aproximadamente dos mil años, en la época en que Jekkara pasaba por la decadencia de su poder marítimo. El mar se estaba retirando bastante, hace catorce o dieciséis mil años.

—¡Tan antiguo es! —exclamó Lella maravillada, mientras jugaba con su collar.

—Depende —dijo Bentham—. ¿Es genuino, Lella, o se trata de una copia?

Lella se arrodilló junto a Selden.

—Usted dirá.

Todos aguardaron. Selden comenzó a transpirar. Había estudiado cientos de collares como aquél, pero nunca in situ. De repente, no se sintió nada seguro para dictaminar si el maldito collar era auténtico. Tuvo la certeza de que ellos lo sabían y sólo querían molestarle. Las placas subían y bajaban al ritmo de la respiración de Lella. Un olor seco y ligero llegaba hasta su nariz.

Tocó el oro, levantó una de las placas palpándola y sintiendo el calor de la piel, pensó en un libro de texto bonito y simple que tuviera diagramas e ilustraciones, solamente para distraerle de su objeto. Pensó mandarlo todo al demonio. Esperaban que cometiera un error. Entonces se enfadó más, tomó coraje, puso toda la mano bajo el collar, lo levantó y calculó su peso. Era fino y ligero como un papel de fumar que estaba muy desgastado; bajo su superficie tenía aún las señales de los antiguos golpes de martillo, peculiar estilo de los artesanos del Khalide.

Era una prueba fácil, pero estaba enfadado. Miró los achinados ojos verdes y dijo autorizadamente:

—Es auténtico.

—¡Es maravilloso que lo sepa! —Lella cogió su mano la apretó entre las suyas riendo con alegría—. ¿Ha estudiado durante mucho tiempo?

—Mucho tiempo —Selden respiró tranquilo ahora; no les había dejado ganar. El líquido se le había subido a la cabeza, que le zumbaba suavemente, y la atención que Lella le dedicaba era aún más agradablemente embriagante.

—¿Y qué hará ahora con estos conocimientos? —preguntó.

—Bueno —contestó él—, como ustedes ya saben, muchos conocimientos antiguos se han perdido; ahora la gente busca la manera de expandir la economía. La Oficina espera comenzar un programa para reeducar a los trabajadores del metal en sitios como Jekkara y Valkis...

Altman dijo con una voz lejana y seca:

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios!

—¿Cómo? —preguntó Selden.

—Nada —respondió Altman—. Nada.

Bentham se volvió hacia Firsá Mak.

—A propósito, Selden y yo hemos discutido por el camino. El probablemente tenga razón, pero yo le dije que te preguntaría...

—Olvidémoslo, Bentham —dijo Selden rápidamente. Pero Bentham era obtuso e insistente.

—A la Luna Loca yo la llamo Vashna, él Denderon.

—Denderon, por supuesto —dijo Firsá Mak y miró a Selden—. Entonces, también entiende de esto.

—¡Oh! —Selden protestó, embarazado y disgustado con Bentham—. Por favor, nos hemos puesto de acuerdo en que aquello era un error.

Altman se acercó.

—¿Error?

—Ciertamente, los primeros informes... —miró a Firsa Mak, a su hermana y a Lella; todos parecían esperar que prosiguiera. Así lo hizo, aunque algo incómodo—. Quiero decir que eran el resultado de la distorsión del folklore, como nuestras interpretaciones de las costumbres negativas, pura ignorancia... en algunos casos eran puras mentiras. —Hizo con la mano un ademán despreciativo—; no creemos en los ritos de la sacerdotisa escarlata, todo aquello es absurdo. Me refiero a que no creemos que haya ocurrido verdaderamente.

Esperaba que con esto concluyera el tema, pero Bentham había decidido seguir.

—He leído informes de testigos oculares, Selden.

—Invenciones, cuentos de viajeros; después de todo, los terrestres que vinieron primero a Marte eran del tipo explorador, escasamente competentes en los que no se podía confiar.

—Ellos no nos necesitan más —dijo Altman suavemente, mirando a Selden sin verlo—; no nos necesitan para nada. —Murmuró algo sobre cerdos con alas y los dioses del Mercado. Selden tuvo, de repente, la horrible certeza de que Altman era uno de esos primeros piratas explotadores a los que había insultado irreparablemente. Y entonces Firsa Mak preguntó con honesta curiosidad.

—¿Por qué los jóvenes terrestres están tan dispuestos a protestar contra las actitudes de su propia gente?

Selden sentía los ojos de Altman, pero ya había comenzado y no podía dar marcha atrás. Dijo con dignidad:

—Porque sabemos que nuestro pueblo ha cometido errores, y deberíamos ser lo suficiente honestos para reconocerlos.

—Una noble actitud —dijo Firsa Mak—. Pero acerca de la sacerdotisa escarlata...

—Le aseguro —aseveró Selden—, que aquel cuento absurdo ha sido olvidado hace mucho tiempo. Los hombres que hicieron serias investigaciones, los antropólogos y sociólogos que vinieron después de los... eh... los aventureros, eran mucho más competentes para evaluar los datos. Han destruido completamente la idea de que los ritos involucraban sacrificios humanos y, por supuesto, el monstruoso Oscuro Señor a quien se suponía que la sacerdotisa servía, era únicamente la memoria de un antiguo Dios Tierra... Dios-Marte, debería decir, pero usted sabe que me refiero a la naturaleza primitiva como el cielo o el viento.

Firsa Mak dijo suavemente:

—Pero había un ritual...

—Bueno, sí —dijo Selden—, indudablemente. Pero los expertos probaron que era puramente formal como... bueno, como nuestros propios niños bailando alrededor de la cruz de mayo.

—Los del Bajo Canal —dijo Altman— nunca bailaron alrededor de ninguna cruz de mayo. —Se levantó despacio y Selden lo vio muy alto. Debería medir alrededor de dos metros; aun desde esa altura sus ojos le penetraban—. ¿Cuántos observadores competentes fueron a las colinas de Jekkara?

Selden empezó a ofenderse. La sensación de que, por alguna razón, le utilizaban, crecía cada vez más fuerte en él.

—Usted debe saber que, hasta hace muy poco tiempo, los pueblos del Bajo Canal estaban aislados de los terrestres...

—Excepto algunos aventureros.

—Que dejaron muy malos recuerdos. Aun ahora, para ir allí hay que poseer un pasaporte diplomático que se consigue después de innumerables trámites burocráticos; a pesar de todo, la libertad de movimientos es aún muy restringida. Pero es un comienzo. Esperamos persuadir a los del Bajo Canal de que acepten nuestra amistad y ayuda. Es una lástima que su misterio fomente tan perniciosa imagen. Hace décadas que la única idea que teníamos de los pueblos del Bajo Canal provenían de relatos espeluznantes contados por los primeros viajeros, extremadamente tendenciosos... Como se demostró más tarde, esta actitud es clásica de las Ciudades-Estado. Solíamos pensar en Jekkara y Valkis como, bueno, como perfectos pozos de iniquidad.

Altman le sonreía.

—Pero, mi querido amigo —dijo—, lo son.

Selden intentó soltarse de la mano de Lella, pero no pudo, y fue entonces cuando comenzó a sentirse un poco asustado.

—No entiendo —dijo lastimosamente—; sólo me han traído aquí para usarme. Si lo hicieran, no me parecería muy... ¿Bentham?

Bentham estaba en la puerta, que le parecía ahora mucho más lejana de lo que Selden recordaba, y había una especie de niebla entre los dos; por eso la figura de Bentham era borrosa. No obstante, le vio levantar una mano y le oyó decir «Adiós». Entonces, infinitamente desamparado, se volvió a mirar los ojos de Lella.

—No entiendo —dijo—, no entiendo. —Sus ojos eran verdes y enormes, de una profundidad sin límites. El se sintió caer en el abismo, y entonces se dio cuenta de que era demasiado tarde para asustarse.

El ruido le llegó primero como el terrible bramido de un jet. Tuvo la sensación física de ser transportado por el aire, que se agitaba ocasionalmente con gran alarma. Pasaron varios minutos antes de que pudiera ver cualquier cosa, excepto una densa niebla. Esta se disipó gradualmente y se encontró mirando el collar dorado de Lella. Recordó con gran claridad el veredicto emitido tan volublemente por él y con tan modesto orgullo. Lo vio todo con claridad.

«*Eres de Jekkara*», pensó, y sólo entonces se dio cuenta de que tenía una mordaza en la boca. Lella se sobresaltó y miró hacia abajo.

—Está despierto.

Firsa Mak se levantó y se inclinó sobre Selden, examinó la mordaza y el par de esposas antiguas que le sujetaban las muñecas. Otra vez, Selden se acobardó ante aquellos ojos brillantes y feroces. Firsa Mak parecía vacilar en el momento de quitarle la mordaza, y Selden buscaba coraje y voz para exigir explicaciones. Un zumbido sonó en la cabina, aparentemente una señal del piloto, y al mismo tiempo el movimiento del vehículo se alteró. Firsa Mak sacudió la cabeza.

—Luego, Selden. Debo dejarle así porque no me puedo fiar de usted; todas nuestras vidas están en peligro, no sólo la suya... aunque, sobre todo, la suya. —Se adelantó—. Es necesario, Selden. Créame.

—No sólo necesario —dijo Altman, encorvado bajo el techo de la cabina—. Vital. Lo entenderá más tarde.

—Me pregunto si lo entenderá —dijo Lella ásperamente.

—Si él no lo entiende —respondió Altman—, Dios le ayudará como ayuda a todos ellos; nadie más puede hacerlo.

La señora Altman entró con un montón de mantas gruesas. Todos habían cambiado sus ropas desde la primera vez que Selden les había visto, excepto Lella, que sólo había añadido una prenda de lana en la parte superior de su cuerpo. La señora Altman llevaba ahora un vestido del Bajo Canal, y Firsa Mak una túnica carmesí sujeta a las caderas con un cinturón ancho. Altman parecía increíblemente acostumbrado a la vestimenta de cuero de un miembro de tribu del desierto. «Es demasiado alto para pasar por un jekkariano» —pensó Selden—. Llevaba el arnés del desierto con mucha naturalidad, como si lo hubiera usado muchas veces. Obligaron a Selden a levantarse, mientras le envolvían con una manta; vio que le habían quitado su propia ropa y le habían vestido con una túnica amarilla, de la que salían sus brazos y piernas, que habían sido teñidos de oscuro. De nuevo en su silla, le pusieron el cinturón de seguridad y esperaron a que el helicóptero aterrizara.

Selden se sentó rígido y entumecido por el miedo; repasó mentalmente las etapas desde que había llegado allí, y trató de encontrarle un sentido a todo aquello. No podía. Una cosa era cierta; Bentham le había conducido alguna trampa. Pero ¿por qué? ¿Adonde le estaban llevando y qué pensaban hacer con él? Intentó efectuar terapia positiva, pero le era difícil aplicar la sabiduría que le había parecido tan infinitamente profunda en otros momentos. Sus ojos siguieron mirando los rostros de Altman y Firsá Mak.

Había en ellos algo extraño que no observó antes. Intentó analizar si era su piel, que parecía más dura, más seca y más tenaz de lo normal, o sus músculos más fibrosos y prominentes; había algo en el comportamiento que le recordaba a los grandes carnívoros de los parques zoológicos. Lo más impresionante era la expresión de los ojos y la boca, que a Selden le descubría su condición de hombres violentos, que podían golpear, linchar y hasta asesinar. Les tenía miedo, al mismo tiempo, se sentía superior. Estaba por encima de todo eso.

El cielo había palidecido. Selden podía ver el desierto pasando por debajo. Se posaron sobre él con un gran remolino de polvo y arena. Entre Altman y Firsá Mak, casi le arrastraron fuera del helicóptero. Su fuerza era aterradora. Se alejaron, y el aire de la hélice les golpeó la espalda cuando volvió a despegar. Selden acusó la falta de oxígeno y el tremendo frío. Sentía quebrarse sus huesos y sus pulmones parecían llenos de cuchillos. Los otros estaban acostumbrados. Se abrigó con la manta lo mejor que pudo, con sus manos esposadas, y sentía castañetear los dientes bajo la mordaza. Abruptamente, Lella extendió su brazo y bajó sobre su rostro la capucha. Tenía dos agujeros a la altura de los ojos, para poder usarla como máscara en las tormentas de arena, pero le sofocaba. Olía de forma extraña. Se sentía completamente miserable.

Al amanecer, el desierto se volvió de un rojo oxidado. Una cadena de montañas gastadas por el tiempo, yermas como el fósil vertebrado de algún monstruo olvidado, se curvaba a través del horizonte del norte. Cerca había una masa derrumbada de rocas, talladas con formas fantásticas por el viento y la arena. De entre las rocas salió una caravana.

Selden oyó las campanillas y el trote de los grandes cascos. Aquellas bestias le eran familiares por fotografías. Vistos en su escamosa realidad, moviéndose a través de la arena roja, en aquel alba salvaje, con sus cargas y sus encapuchados jinetes, eran apariciones de una época vieja y desagradable.

Se acercaron y se detuvieron silbando y pateando, entornando sus ojos brillantes y fríos ante Selden, extrañados por su olor, a pesar de la ropa

marciana que llevaba. Parecía que Altman no les preocupaba. Tal vez había vivido con los marcianos tanto tiempo que ahora no se diferenciaba de ellos.

Firsa Mak habló brevemente con el jefe de la caravana. Era obvio que el encuentro había sido planeado, porque traían animales sin jinetes. Las mujeres montaron fácilmente. El estómago de Selden se encogió ante la idea de tener que subir a una de aquellas criaturas. Pero en aquel momento, le asustaba más el quedarse sólo allí; no protestó cuando Firsa Mak y Altman lo izaron hasta la silla. Montaron uno a cada lado, llevando su montura por las riendas. La caravana se puso en marcha, rumbo al norte, hacia las montañas.

Selden sufría por el frío, la sed y el desacostumbrado ejercicio. Al mediodía, cuando pararon a descansar, estaba casi inconsciente. Altman y Firsa Mak le ayudaron a bajar, le llevaron hacia unas rocas, donde le quitaron la mordaza y le dieron agua. El sol, alto, atravesaba la atmósfera transparente como una lanza ígnea. Quemaba las mejillas de Selden pero, por lo menos, entró en calor. Hubiera querido quedarse donde estaba y morir, pero Altman era inflexible.

—Querías ir a Jekkara —dijo—. Bueno, ya estás en camino... Un poco antes de lo que habías planeado, nada más. ¡Qué demonios! ¿Pensabas que todo era como Kahora?

Empujó a Selden sobre su montura y siguieron.

A media tarde, el viento creció. Parecía que nunca iba a parar, pero de una manera cansada, vagabunda, a través de la arena, cogiendo un poquito de polvo y dejándolo caer otra vez, rozando las rocas intrusas un poco más profundamente, acariciando las ondas de diferentes diseños. De repente, parecía impacientarse con todo lo que había hecho y decidía destrozarlo y comenzar de nuevo. Tomaba fuerzas y arremetía gritando a través de la tierra; a Selden le parecía que el desierto entero se levantaba y volaba en una nube roja y asfixiante. El sol se apagó y él perdió de vista a Altman y Firsa Mak, que se mantenían al extremo de las riendas. Un abyecto terror le paralizaba en su silla de montar, esperando ver flojo un pequeño segmento de su rienda para saber que estaba irremediablemente perdido. Tan violentamente como había crecido, el viento reanudó su silencioso y eterno giro.

Poco después, con la larga y roja luz del oeste, descendieron sobre una línea de agua oscura, enhebrada y reluciente en la desolación, bordeada por cuitas verdes a sus lados. Olía a humedad y a cosas en crecimiento; un puente antiguo, y más allá del canal, la ciudad, con las colinas yermas detrás de ella.

Selden sabía que se hallaba ante Jekkara. Estaba muy impresionado. Todavía eran poquísimos los terrestres que la habían visto. Miraba fijamente

por los agujeros de su capucha. Vio, al principio, las grandes masas de rocas rojizas, mientras el sol se ocultaba y las sombras variaban; distinguía los perfiles de los edificios fundiéndose más suavemente con las rocas madres, desde los riscos más altos donde se encontraban. En un sitio veía las ruinas de un castillo con grandes muros, que él sabía habían protegido una vez a los reyes Khalide y Dios sabe a cuántas dinastías antes de ellos, cuando aquel desierto era el fondo de un mar azul, y había un faro todavía en pie sobre la base de un puerto seco, medio colgado entre los riscos. Temblaba. Sintió el enorme peso de una historia en la cual él y los suyos no habían tomado parte, y se le ocurrió que tal vez hubiera sido un poquito presuntuoso en su deseo de enseñar algo a aquella gente.

Este sentimiento duraba cuando atravesó el puente, que estaba a mitad de camino. La luz del oeste se había esfumado, las antorchas resplandecían en las calles de Jekkara, sacudidas por el viento seco del desierto. Su foco de interés cambiaba del pasado al presente, y una vez más temblaba, pero por razón diferente. El pueblo alto estaba muerto. El bajo no, y había un matiz en la escena, un olor y un sonido que lo petrificaba. Era exactamente como los primeros aventureros lo habían descrito en sus dudosas memorias.

La caravana llegó a una plaza ancha, frente al Canal. Las bestias andaban dificultosamente sobre las hundidas e inclinadas piedras del pavimento. La gente venía a su encuentro; sin que él se diera cuenta, Altman y Firsa Mak le habían llevado hacia el final de la fila, y ahora se encontró con que estaba separado y le guiaban silenciosamente por una calle estrecha entre casas bajas de piedra con profundos portales y pequeñas ventanas. Todas las esquinas estaban redondeadas y gastadas por el tiempo y la fricción de innumerables manos y hombros, como las piedras de un arroyo.

«*Algo pasa en el pueblo*», pensó; podía escuchar las voces de mucha gente, como si estuvieran reunidos en un sitio público. El aire olía a frío y a polvo, a especies desconocidas y a cosas menos identificables.

Altman y Firsa Mak bajaron a Selden y le sostuvieron hasta que le volvió la sensibilidad a las piernas. Firsa Mak siguió mirando, de vez en cuando, el cielo. Altman se acercó a Selden y susurró:

—Haz exactamente lo que nosotros te digamos, o ya no vivirás esta noche.

—Ni nosotros tampoco —murmuró Firsa Mak. Controló la mordaza de Selden y se aseguró de que la capucha escondiera bien su rostro.

—Es casi la hora —añadió.

Guiaron a Selden a lo largo de otra tortuosa calle. Esta era muy populosa. Había sonidos, olores dulces y acres y luces de extraños colores. Intuía la perversidad del genio imaginativo de tan fantástico surtido, y los ojos se le nublaron al recordar, detrás de su capucha, sus Seminarios de Cultura Marciana, con una especie de histeria. Desembocaron en una plaza ancha.

Estaba llena de gente, abrigada contra el viento de la noche, que esperaba silenciosamente. Sus caras permanecían oscuras y rígidas a la luz temblorosa de las antorchas. Parecían estar mirando el cielo. Altman y Firsá Mak, con Selden sostenido firmemente entre los dos, se fundían con la multitud. Esperaban. De vez en cuando, llegaba más gente desde las calles cercanas, sin emitir ningún sonido, excepto el suave arrastrar de sus sandalias y el imperceptible tintineo de pequeñas campanillas bajo las capas de las mujeres. Selden se encontró mirando el cielo, aunque no entendía por qué. El gentío crecía silencioso, evitando respirar y moverse. Entonces, de repente, sobre los tejados del este vino, rápida, la luna Denderon, baja y roja.

La multitud dijo: «¡Ah-h-h!». Un grito largo, musical, que sacudió el corazón de Selden de pura desesperación.

En el mismo momento, arpistas que se escondían en la sombra de los pórticos gastados por el tiempo, tocaron sus instrumentos con doble cuerda y el grito comenzó a ser un canto llano, mitad lamento y mitad declaración orgullosa de odio imperecedero. La multitud empezó a moverse, los arpistas al frente y otros hombres con antorchas alumbrando el camino. Selden fue con ellos a las colinas, detrás de Jekkara.

Era un largo y frío camino bajo la luz efímera de Denderon. Selden sintió el polvo de milenios raspar y crujir bajo sus sandalias, mientras los fantasmas de la ciudad le pasaban a derecha e izquierda. Paredes derruidas y mercados vacíos, muelles en ruinas donde los barcos de los Reyes del Mar atracaban. La música salvaje y feroz de las arpas le animaba, le aturdía. La larga fila de gente que cantaba se prolongó, moviéndose constantemente; había algo extraño en el ritmo medido, de su paso. Era como una marcha hacia la horca.

Las ruinas de las obras del hombre quedaron atrás. Las yermas colinas tomaban volumen contra las estrellas, salpicadas con la débil luz de la luna, que ahora parecía a Selden inexpresivamente perversa. Se preguntaba por qué no tenía más miedo. Pensó que tal vez había llegado a estar emocionalmente exhausto. Veía las cosas muy claras, pero sin sentirse involucrado personalmente.

Los arpistas y los portadores de antorchas entraron por la boca de una cueva, pero no tuvo miedo. Era suficientemente ancha como para que la gente pudiera seguir marchando de diez en fondo. Las arpas sonaban más apagadas y, entonces, el canto tomó un tono profundo y vacío. Selden sintió que descendían.

Un extraño y terrible anhelo comenzó a despertar en él, sin ninguna explicación. Los peregrinos parecían sentirlo también porque el paso se aceleraba un poco con el ritmo de las arpas. De repente, las paredes de roca desaparecieron de la vista y se encontraron en un vasto y frío espacio oscuro, fuera de los puntos resplandecientes de las antorchas.

El canto cesó. La gente caminó formando un semicírculo, deteniéndose, los arpistas en el centro y un pequeño grupo de gente frente a ellos, solos y separados.

Una de esas personas se quitó la capa que le cubría, y Selden vio que era una mujer totalmente vestida de escarlata. Por algún motivo, estaba seguro de que era Lella, aunque a la luz de las antorchas, la cara de la mujer se mostró sólo como una máscara de plata suave y deslumbrante, muy antigua y con un aire sutil de cruel compasión. Ella tomó en sus manos una pálida lámpara redonda y la elevó, los arpistas tocaron sus cuerdas una vez. Las otras seis personas se quitaron sus capas. Eran tres hombres y tres mujeres, todos desnudos y sonrientes. Las arpas comenzaron a tocar una melodía alegre, y la mujer de escarlata balanceó su cuerpo siguiendo el compás. La gente desnuda comenzó a bailar; sus ojos parecían vacíos y alegres por alguna poderosa droga, y ella les guiaba bailando hacia la oscuridad, mientras cantaba una larga y dulce tonada de flauta.

Las arpas callaron; solamente sonaba la voz de la mujer, y su lámpara brillaba como una estrella opaca, distante.

Más allá de la lámpara, un ojo se abrió y observó vigilante.

Selden miró a la gente, a la sacerdotisa y a los seis bailarines; sus siluetas se recortaban momentáneamente contra aquella esfera, como las siluetas de siete personas contra la luna ascendiente. Entonces, algo en él se desintegró. Cayó agarrado al olvido como un arma salvadora.

Pasaron el resto de la noche y el día siguiente en la casa de Firsá Mak junto al oscuro Canal, y en las calles había ruidos de terribles orgías. Selden se sentó mirando directamente al frente, mientras su cuerpo era sacudido por pequeños temblores periódicos.

—No es verdad —dijo una y otra vez—, no es verdad.

—Puede ser que no lo sea —le contestó Altman— pero es un hecho. Y son los hechos los que te matan. ¿Entiendes ahora por qué te hemos traído aquí?

—Quieren que hable a la oficina sobre... sobre aquello.

—A la oficina y a cualquiera que quiera escucharte.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no alguien realmente importante, como un diplomático?

—Lo hemos intentado. ¿Recuerdas a Loughlin Herbert?

—Pero él murió de un infarto... ¡Oh!

—Cuando Bentham nos habló de ti —dijo Firsa Mak—, nos pareciste lo suficientemente joven y fuerte para soportar el shock. Hemos hecho todo lo que pudimos, Selden, durante años, Altman y yo hemos intentado...

—Ellos no nos escucharán —dijo Altman—. Ellos no escuchan. Si siguen enviando gente, hermosos jóvenes con buenas intenciones y oficiosos niños, sin saber... Yo, sinceramente, no me haría responsable de las consecuencias.

Miró a Selden desde su flaca y curtida altura.

Firsa Mak añadió suavemente:

—Esto es una carga. Lo hemos soportado, Selden. Hasta sentimos el orgullo de soportarlo. —Señaló hacia las colinas no visibles—. Aquello tiene el poder de la destrucción. Jekkara, seguramente, y Valkis y Barrakesh, y, probablemente, toda la gente, dependen de este canal para su existencia. Puede destruir. Lo sabemos. Es una cuestión marciana, y la mayoría de nosotros no deseamos que los extranjeros participen en ello. Pero Altman es mi hermano, y yo debo tener alguna consideración con su gente. Te puedo asegurar que la sacerdotisa prefiere escoger sus ofrendas entre los extranjeros...

—¿Cuántas veces? —suspiró Selden.

—Dos veces al año, cuando la Luna Loca sube. Entretanto duerme.

—Duerme —repitió Altman—, pero si fuera provocada, asustada u ofendida... Por el amor de Dios, Selden... cuéntaselo, para que por lo menos sepan en qué se están mezclando.

—¿Cómo pueden vivir aquí con ella? —preguntó Selden aterrorizado.

Firsa Mak, le miró, sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué? Siempre lo hemos hecho —contestó.

Selden miraba fijamente, pensaba absorto; gritó al ver que Lella entraba suavemente en la habitación.

En la segunda noche se escabulleron de Jekkara y volvieron a las rocas donde el helicóptero estaba esperando. Sólo Altman volvió con Selden. Se

sentaron silenciosamente en la cabina. Selden pensaba y, de vez en cuando, sorprendía a Altman observándole; en sus ojos brillaba el reconocimiento del fracaso.

Las cúpulas resplandecientes de Kahora flotaban fuera, en el atardecer, y Denderon estaba en el cielo.

—No se lo vas a decir —dijo Altman.

—No sé —suspiró Selden—, no sé.

Altman le dejó en el embarcadero. Selden no le volvió a ver. Tomó un taxi hasta su hotel, fue directamente a su habitación y se encerró en ella.

Los alrededores, ya familiares, le ayudaron a recuperarse. Se sentía capaz de ordenar sus pensamientos más tranquilamente.

Si él creía en lo que había visto, tendría que contarlo, aunque nadie le escuchara. Aunque sus superiores, sus profesores y protectores, los hombres que él veneraba y de los que más deseaba la aprobación, se sintieran defraudados, le miraran con desprecio y le cerraran sus puertas para siempre. Aunque fuera condenado a la oscuridad infinita habitada por la gente como Altman y Firsá Mak. Aunque...

Si por el contrario creía que era una ilusión, una alucinación provocada por drogas y Dios sabe qué antiguo embrollo marciano... Había sido drogado, eso era cierto. Y Lella había practicado algún tipo de hipnosis con él...

Si él no creía...

¡Oh, Dios!, qué maravilloso sería no creer, ser libre otra vez, estar seguro de la verdad.

Pensaba en los confines confortables y tranquilos de su habitación y cada vez eran más positivos sus pensamientos, más libres de subjetividad, más profundos y tranquilos en comprensión. Cuando amaneció, estaba pálido y ojeroso, pero curado.

Fue a la oficina y les dijo que había caído enfermo inmediatamente después del desembarco, y que por eso no les había informado de su llegada. También les dijo que había recibido noticias urgentes de su casa y debería regresar en seguida. Estaban muy apenados de perderle, le compadecían, y le hicieron una reserva en el primer vuelo libre.

Algunas cicatrices quedaron en la mente de Selden. No podía soportar el sonido de un arpa ni ver a una mujer vestida de escarlata. Con estas fobias podía vivir, pero las pesadillas eran demasiado. Una vez en la Tierra, fue en seguida a su psiquiatra. Sería totalmente honesto consigo mismo, y el médico le aclararía lo ocurrido. El asunto había sido una fantasía sexual provocada por las drogas, con la sacerdotisa como imagen materna. El Ojo que le había

mirado y que todavía le escudriñaba sin pestañear en sus sueños repetidos, representaba el símbolo del principio generativo femenino, y el sentimiento de horror que le excitaba era debido a un complejo de culpabilidad que tenía porque era un homosexual latente. Selden se sentía enormemente reconfortado.

El psiquiatra le aseguró que ahora que las cosas estaban claras, los efectos secundarios se extinguirían. Tal vez así hubiera ocurrido de no ser por aquella carta.

Llegó justo seis meses marcianos después de su desafortunada cena con Bentham. No estaba firmada. Decía: «Lella te espera en el ascenso de la Luna», y llevaba el dibujo preciso e inequívoco de un ojo solitario y monstruoso.

La Némesis de Terra (La sombra sobre Marte)

La lucha por la independencia ya está planteada; por un lado los marcianos, oprimidos, cuya ansia por romper las cadenas de la opresión no para de crecer y por otra el “gobierno del triángulo” establecido básicamente en beneficio de las empresas de la Tierra.

No nos engañemos; la desproporción de fuerzas es inmensa; ya se habían producido dos conatos de rebelión por parte de los marcianos, la descrita en “La reina de las catacumbas marcianas”, en la que participó nada menos que Stark y otra, varios años después, descrita en “El camino a Sinharat”. Ambas se detuvieron antes de estallar, con lo cual se evitó un baño de sangre; tenían en común el estar organizadas básicamente por los pueblos bárbaros y fraguarse alrededor de la misteriosa ciudad perdida de Sinharat. En cualquier caso, como se dice en uno y otro relato, no tenían ninguna posibilidad de triunfar. ¿Qué puede hacer un jinete armado con lanza y cuchillo frente a una nave armada con misiles y explosivos atómicos? Obviamente nada. Este razonamiento está tomado de uno de los libros de Historia de Isaac Asimov, en donde se indica la imposibilidad de que se vuelvan a repetir las grandes invasiones: Atila, Gengis Kan...

También se había producido un levantamiento de los colonos terrestres, véase “El enigma de Marte” que así mismo fue fácilmente sofocado por el gobierno del Triángulo, marioneta de las grandes compañías.

Sin embargo...

En Marte, además de las tribus salvajes y las ciudades del Canal inferior, existen una serie de ciudades estado: Ruh, Karappa, Kathuun, Narrissan, Kushat, Tark, Var... con un nivel tecnológico más avanzado, que podrían unirse, o iniciar, la revuelta.

Además en Marte habita ya una numerosa población humana de origen terrestre, campesinos, mineros, aventureros... ¿y si esta población apoyara la

revuelta? ¿Y si estallaran simultáneamente movimientos revolucionarios en las dos comunidades? ¿Y si estos movimientos convergieran?

¿Y si apareciera un hombre en el que se depositaran las esperanzas de ambas comunidades?

Como veremos, si alguien fuera capaz de plantear la revolución, ya no revuelta, de una forma global, no sólo limitada a las tribus de bárbaros, quizá tuviera alguna probabilidad de éxito.

CAPÍTULO I

Rick permanecía completamente silencioso en el umbral oscuro de aquel portal. El latido de su propio corazón ahogaba todos los demás sonidos que pudieran percibir sus oídos, pero sus ojos, de color ámbar pálido bajo sus rubias cejas, no paraban de observar el estrecho túnel que era aquella calle.

Tres sombras se aproximaban deslizándose a través de los verdosos reflejos de la luz de las lunas sobre las piedras pulidas por el tiempo.

La mano izquierda de Rick se alzó y quedó quieta. Podía oírse cómo fuertes ecos se extendían por entre las filas de casa apretadas. Dos de las sombras cayeron sin hacer ningún ruido. La tercera permaneció de pie, iluminada por un rayo de Fobos y gritó.

Rick pudo verlo claramente, se trataba de un antropoide negro salido de los pozos de los antiguos fondos marinos, uno de los extraños habitantes de Marte, procedente de una línea evolutiva que no había llegado a ninguna parte, cosa fácil de encontrar en Marte. Algunos decían que antiguamente habían sido hombres y habían degenerado en sus poblados aislados en medio de la desolación. Otros decían que no eran ni hombres ni monos, sólo algo intermedio en un camino hacia ninguna parte. La verdad es que a Rick no le importaba gran cosa, lo único que le importaba es que aquellos monos negros estaban entrenados, como si fueran perros, para reclutar a la fuerza trabajadores para la Compañía Terrana de Explotaciones.

Rick no quería ser esclavo hasta que muriera en las minas de la Compañía. Golpeó con fuerza a la bestia negra en el diafragma y lo calló para siempre. Después, la calle quedó en silencio.

Nunca antes Rick había percibido un silencio como éste, salvo cuando estuvo en los mundos muertos. La banda de reclutamiento forzoso de la Compañía estaba batiendo todo el barrio, comenzando en los garitos de la calle de Los Nueve Mil Placeres en la esquina norte de la muralla de la ciudad. Pero el escándalo que estaban levantando no se correspondía bien con el silencio propio de Ruh. Este silencio es como la aleación de la cubierta de una nave espacial: aunque la ataques con ácido o acero no se puede romper; lo mismo pasaba con la quietud de Ruh.

Siguió adelante, bajando por las estrechas calles serpenteantes, Las puertas y ventanas aparecían en las espesas paredes como si fueran ojos arrancados de sus cuencas. Por supuesto, había personas tras aquellas

ventanas, se podía oler. Durante cientos de siglos, demasiados, había habido gente viviendo allí.

Aquello era parecido a caminar por las catacumbas de la luna terrestre.

Todo aquello pasaba porque había una nueva ley en Marte, un mundo gastado, raído y cansado por el peso del tiempo. En Marte, las leyes sencillas de las ciudades estado, habían sido suficiente desde que los hombres podían recordar. Ed Fallon había llegado desde la Tierra, con su Compañía Terrana de Explotaciones; ahora, la Compañía era la Ley en la frontera, por encima de las leyes ordinarias; creaba sus propias reglas y quebraba las espaldas de los hombres que osaran desafiarlas. La población flotante terrestre luchaba contra la Compañía cuando podía y como podía, que no era mucho. Los marcianos humanos de las ciudades estado, como Ruh, cerraban sus puertas y rezaban por la destrucción de todos los alienígenas.

De repente, Rick se encontró de frente con la muralla de la ciudad, ya no tenía ningún lugar a donde huir.

A sus espaldas, el piquete de reclutadores forzosos estaba trabajando.

Al otro lado de la muralla, aun en el supuesto de que pudiera trepar por la inmensa mole, se encontraba un desnivel de tres cuartos de milla, que caía a pico, hasta el fondo del mar muerto.

Rick se dio la vuelta, sus ojos tenían un brillo verdoso.

A dos millas marcianas de distancia a través del fondo marino, una nave cohete de la Compañía se dirigía hacia el puerto, cruzando el cielo negro como si fuera una bala. Hacia el sur, las torres melladas de la Ciudad del Rey se mantenían por encima de los tejados planos. A más de una milla de distancia, oculta en un valle estrecho, se encontraba la Ciudad Nueva, la entrada a la desafiante frontera que separaba Ruh del Marte del que Rick había venido. En ninguna parte había luces.

Hombres invisibles luchaban, maldecían y gritaban, pero el silencio de la ciudad no desaparecía.

Rick apoyó su fornida espalda contra la muralla y dejó libre su mano izquierda que sostenía la pistola de rayos.

Alguien lanzó un grito, evidentemente habían encontrado a los antropoides muertos. Rick oyó el taconeo de botas que se aproximaban.

De repente la escena se iluminó ...

Se dio cuenta de que las casas de la izquierda no estaban apoyadas en la muralla. Había entre ellas y el muro un espacio de unos dos pies de ancho y unos veinte de largo; oyó un débil crujido procedente de aquel pasadizo; alguien había abierto una puerta.

Rick se deslizó por aquel túnel. Caminando de lado todo lo rápido que podía.

Una mujer le dijo en susurros algo en bajo marciano, con tono desagradable y enfadado. Una sombra rechoncha se movió ante la pared iluminada. La puerta comenzó a cerrarse. Rick la golpeó con el hombro antes de que pusiera la barra para trabar la puerta. Algo cayó hacia atrás, apartándose de él. Rick se levantó e inmediatamente cerró de una patada la puerta que se encontraba detrás de él. Luego con su mano derecha colocó la barra que la bloqueaba. Con la izquierda empuñaba su pistola de rayos.

Nadie se movió.

La habitación estaba metida en la muralla de la ciudad. Era pequeña, apestaba. El pelo de Rick, rubio y desordenado, tocaba el techo. Un anaquel adosado a la pared en el que reposaba una cama cubierta con mantas mohosas, una mesa de antiguo diseño marciano, hecha a mano con antigua madera de *yrl* que valía más créditos universales de los que Rick podía ganar en diez años sudando en una mina, dos sillas gastadas, una anciana y un enano.

El enano estaba acurrucado, jadeando, sobre las cenizas de un fuego apagado. Era un niño delgado y con sus ojos oblicuos de color verde. La anciana se encontraba acostada en la cama. Rick pensó que se trataba de una vieja sucia hasta que la miró con detenimiento.

Sus ojos parecían dos piedras de luna^[18]. Rick hubiera pensado que era ciega si no fuera por el brillo de sus pupilas rojo oscuro.

En un bajo marciano lleno de imperfecciones, dijo:

—Tranquilos —no le contestaron nada. Le observaron fijamente, lo que hizo que a Rick se le pusiera carne de gallina.

Fuera, en la calle, se oía ruido, pero el terrestre estaba seguro de que sus perseguidores le habían perdido.

Se pegó a la puerta, empujándola con su pecho y con su camisa de seda^[19] de araña venusiana adherida a su cuerpo.

—Me quedaré aquí hasta que se vayan —les dijo.

El enano abrazó sus rodillas. Sus ojos, a la luz de la antorcha humeante, brillaban como si fueran dos carbones verdes. La anciana ni se movía ni hablaba. De algún lugar entre el revoltijo de mantas salió un pequeño lagarto rojizo y de un salto bajó al suelo, que se encontraba bastante sucio.

Con lentitud, la vieja dijo:

—Leeré tu futuro.

Rick se rio:

—No puedo marcharme de aquí. Fui echado a patadas de mi nave por pegarle al piloto y después, toda mi paga terminó en los bolsillos de las mujeres; bueno, si es que llevaban bolsillos a falta de otra cosa.

—Leeré tu futuro.

La proposición de la vieja le hizo fruncir el entrecejo y luego se encogió de hombros. La única entrada y salida que tenía aquella habitación era la puerta, además no tenía nada que temer, físicamente, de aquel par. El ruido de la calle no se estaba aproximando, así que dijo:

—Como quieras.

—No crees en las profecías —dijo la anciana.

—Todas estas cosas son para mujeres. Yo sólo creo en lo que mis manos pueden tocar y hacer.

La anciana sonrió, enseñando unos dientes afilados como agujas en medio de su rostro oscuro y arrugado que parecía cuero.

Le recordaron los colmillos de una serpiente. Sus ojos se cruzaron con los de Rick, manteniendo durante un momento una intensa mirada. La vieja mujer se levantó lentamente y fue a la mesa. Apartó un paño y descubrió un cuenco de plata lleno de agua clara. Rick rio, pero sin malicia.

Las pupilas color rojo sangre de la mujer lanzaron una llamarada, luego dijo:

—Eres un tripulante de una nave espacial.

—Nací en un pecio que iba a la deriva. Desde entonces nunca he dejado las naves espaciales.

—Pero las naves espaciales están construidas en algún mundo; estás ligado a este mundo.

—¡Bien sabe Dios qué no! ¿A dónde quieres ir a parar?

—Terrestre, la mente no está ligada al cuerpo. El pensamiento es como una nave, puede desplazarse a cualquier lugar. Incluso puede abrir la Puerta y pasear por los caminos del Tiempo. El tiempo es real, tan real como este Marte en el que tú te encuentras, y es fácil moverse por él una vez que sepas como.

Rick, con sus ojos amarillos fijos en la anciana frunció el entrecejo y dijo:

—Quizá, pero no creo que el futuro esté fuera de mi, como si fuera una noria. Yo construiré mi propio futuro, mientras pueda, y pueden ocurrir muchas cosas.

—Sí, pero sólo ocurrirá una. Esta noche estás huyendo de los invasores que han venido de tu propio mundo. Si no hubiera sido por que mi nieto bastardo abrió la puerta al oír el tumulto, habrías sido capturado por una de

esas partidas que se llevan la gente a trabajar en las minas. Por eso, al menos de momento, estás a salvo. Has llegado a una encrucijada. Tienes que seguir uno de los dos caminos que se abren ante ti. Todos tus posibles futuros van a depender de la decisión que tomes ahora y que te hará pasar a otro punto en el que aparecerán otras alternativas. Terrestre, la vida es una sucesión de encrucijadas.

—¿Y tú piensas que puedes lanzar tu mente a lo largo de una de estas líneas y ver lo que ocurrirá más adelante? —Preguntó Rick.

—Sí.

—No está mal, —rio Rick—. De esta forma, un tipo puede saber siempre que camino debe tomar y encontrará una orza de oro en vez de un charco de barro.

—Sigues sin creermelo.

—A mi siempre me ha gustado jugar, pero lo que dices no me importa.

Con lentitud la anciana dijo:

—Sí, si que te importa.

Miraba fijamente el rostro, las manos y los ojos del terrestre.

La mujer, como si Rick no estuviera allí, murmuró:

—Contradicciones. La vida lo ha hecho duro y tosco, pero los huesos son hermosos. La mandíbula, la nariz, los huesos de las mejillas, que se señalan bajo su carne, parecen estructuras de hierro cubiertas por el musgo del fondo de los mares. La boca no tiene ninguna expresión, salvo la de autoindulgencia y sus ojos... ¡sus ojos duermen!

Con tranquilidad Rick volvió a reírse.

—¿Por eso quieres leer mi futuro? —Sus músculos se relajaron. El ruido del exterior fue desapareciendo en la distancia otra vez. Sus músculos comenzaron a relajarse. Lo que le acababa de suceder aquella noche, la amenaza de ser capturado y sus esfuerzos para escapar, había agotado sus fuerzas. Bostezó.

Todavía no tenía ganas de irse a dormir. Su mente seguía activa, pero se sentía a gusto. El lagarto rojo se deslizó entre sus pies como si fuera un pequeño cometa.

La voz de la anciana se había reducido a un susurro, dijo:

—Quizá.

La anciana agachó su cabeza sobre el cuenco con agua.

Todo quedó en silencio. El aire estaba templado y olía a cerrado. El enano abrazaba sus rodillas en medio de las cenizas. La respiración de la anciana, hacía que su pecho subiera y bajara, siguiendo un ritmo que, aunque lento, se

notaba profundo, como la marea de un océano. El lagarto rojo se movía silenciosamente, dando pequeños saltos, sobre el suelo de piedra; su camino no le llevaba a ninguna parte.

La mente de Rick, que se encontraba ociosa, jugaba a representarse caminos que se cruzaban formando una red infinita.

Si te encuentras en un camino y no te gusta, ¿por qué no cruzar campo a través, para coger otro?

Poco a poco los caminos iban tomando un color escarlata. Se movían de un lado a otro. Intentó seguir uno de ellos, pero se movían demasiado deprisa a su alrededor. Le comenzaron a doler los ojos. Los cerró.

“Sí, es mejor bajar una cortina agradable y oscura —pensó—. Mamá, despiértame a las siete”.

El peso de su cabeza sobre los músculos de su cuello, hizo que se despertara. Abrió los ojos y comenzó a incorporarse.

La anciana estaba en pie al lado de la mesa, todavía agachada sobre el cuenco mágico. Su boca estaba abierta, la respiración a través de sus afilados dientes le daba un aspecto de serpiente. Estaba mirando a Rick.

El enano estaba a cuatro patas, inmovilizado por el miedo, como una mosca atrapada en ámbar. El lagarto rojo corría, corría y corría; tenía un aspecto terrible dirigiéndose a ninguna parte.

El cuerpo de Rick estaba tan frío como la tripa de un sapo en medio de la lluvia. Siguió levantándose. La loca estructura de los movimientos del lagarto atrajo la atención de Rick. Sin mirarlos, pudo ver los ojos de la vieja, espirales de pálida niebla rodeando una estrella de color rojo sangre.

Con brusquedad, le preguntó:

—¿Qué pretendes hacer?

Intentó olvidarse del lagarto, porque parte de su cerebro ya se encontraba atrapado en el laberinto rojo de sus idas y venidas. Torció el gesto.

—¡Me estás hipnotizando vieja bruja! ¡Todas esas historias sobre el futuro, y lo que estás haciendo es hipnotizarme!

El sudor corría por entre sus cabellos. Se aseguró de dónde estaba pisando.

Levantó su mano izquierda con su pistola de rayos levantada.

—¡Quieres que pierda el conocimiento para luego entregarme a los reclutadores de las minas! —Acusó a la anciana.

La mirada de la mujer se clavó en Rick, golpeándole con fuerza. Sus pupilas rojas llamearon. Eran dos pequeños soles ardientes y terribles.

—Terrestre, —dijo la vieja con un gruñido—, no puedes disparar.

Rick luchó contra su propio dedo, que se negaba a apretar el gatillo del arma. El lagarto rojo corría y corría, dibujando senderos sangrientos en su mente.

De repente, la anciana cogió un cuchillo que se encontraba en alguna parte.

La fuerza del pensamiento de la mujer seguía golpeando la mente del terrestre:

—No puedes disparar, —en voz alta repitió—: ¡No puedes disparar!

Los músculos de Rick seguían en tensión, como si fueran cuerdas.

Sudaba abundantemente mientras lloraba al sentir su debilidad.

La anciana comenzó a cruzar la habitación.

Con un susurro dijo:

—Terrestre, he visto tu futuro, lo que será tu futuro si sigues viviendo — colocó la punta de su cuchillo en el cuello del hombre y masculló—: Veo tu sombra extenderse sobre Marte.

Las venas de Rick se hincharon. Su rostro se deformó en una mueca que anunciaba la muerte. La punta del cuchillo se clavó. En ese momento su dedo apretó el gatillo.

Mientras el rostro de la mujer se apartaba del suyo, todavía tuvo tiempo de ver sus ojos, de color rojo ardiente. Rio roncamente; era el sonido que produciría un animal sin el menor sentido del humor. La sangre brotaba de su cuello, pero el cuchillo ya había golpeado el pavimento y la herida no era muy profunda.

Rick se dio la vuelta, después de un rato levantó la barra que cerraba la puerta y la abrió. Salió al exterior. El aire frío de la noche le quitó parte del mareo que sentía su cerebro, pero siguió sintiendo que su cabeza no funcionaba bien, que se encontraba aturdido.

—Mi sombra, mi sombra sobre Marte —susurró. Volvió a la calle. Los antropoides muertos todavía yacían donde los había matado. El silencio de Ruh, en medio de la oscuridad atravesada por los rayos de las lunas, seguía impenetrable.

Comenzó a reaccionar de repente. La debilidad se abatió sobre él, jadeando se apoyó contra la muralla.

Desde una calle perpendicular, cuatro sombras negras se aproximaban caminando sobre patas silenciosas. No pudo oírlas con la suficiente antelación por lo que tuvo que girarse y disparar pero ya estaban sobre él.

Cayó al suelo aplastado por el peso de aquellos cuerpos nervudos y fuertes, que tenían la rapidez de las bestias y cuya piel olía a almizcle.

La cabeza de Rick se estrelló contra las piedras. Luchó durante un momento, impulsado por el ciego instinto que se había apoderado de su cuerpo. Finalmente se quedó quieto.

Uno de los antropoides quedó tendido en la calle. Los otros tres le arrastraron en silencio, transportando su cuerpo, bastante pesado, con facilidad.

Algo más tarde, una sombra pequeña y encorvada salió deslizándose de la pequeña habitación escavada en la muralla de la ciudad y se fue rápidamente hacia el sur, hacia las quebradas torres de la colina.

CAPÍTULO II

Fobos se había puesto por el este. Deimos no era más que un ascua rojiza, muy baja sobre el desierto. La Ciudadela Real de Ruh permanecía silenciosa envuelta su resplandor sombrío y con sus torres llenas de grietas abiertas al viento. La luz de las lunas recordaba al salpicar de la sangre sobre las piedras.

Solo en los pisos más bajos, en donde en otro tiempo hubo oficinas y centros públicos, bibliotecas y se encontraban las cámaras del tesoro, las paredes no tenían grietas. Todavía vivía gente allí.

Una antorcha llameante iluminaba el salón del trono en el que los reyes del linaje de Karadoc se sentaron cuando en Marte había azules mares salados y sobre ellos verdes colinas. Sólo el trono y la gente que se encontraba alrededor estaban iluminados. El espacio vacío que los rodeaba estaba en tinieblas; allí se encontraban las antiguas banderas llenas de fantasmas de antiguas glorias, todavía se les podían ver las manchas secas que exhalaban un olor a muerte.

Llaw el enano se acurrucaba sobre la alfombra ceremonial, tejida con los largos y brillantes cabellos de vírgenes, cuyo polvo había desaparecido hace tiempo por el soplo de los vientos vagabundos. El enano había estado hablando durante mucho tiempo, medio cantando; su voz aguda rebotaba contra las paredes de piedra. Sus ojos verdes y brillantes a la luz de la antorcha mostraban su ferocidad y locura. De repente, había dejado de ser un niño.

Una mujer le observaba desde el lado izquierdo del trono. No era vieja por los años que tenía, sino porque el orgullo y la tristeza, como si fuera un fuego interior controlado pero inextinguible, la había secado quitándole las ganas de vivir.

A la derecha del trono se encontraba un hombre. Su cuerpo duro y musculoso estaba medio desnudo, vestido con el arnés, muy gastado, de un soldado raso; sin embargo, sus armas y demás accesorios estaban brillantes. Su cara era delgada, se encontraba llena de cicatrices, y tenía un aspecto hosco y salvaje, sus ojos eran los ojos de un lobo enjaulado.

Era Beudach, el jefe que los guerreros de Ruh, un guerrero al que le faltaba una batalla. Su alma se encontraba entre las banderas rotas del salón. Le había dado al rey su corazón y todo lo que sabía sobre armas y cómo se

usaban. Ahora miraba con atención al nieto de la vidente, como un prisionero observa el girar de la llave que abre su celda.

Sobre el trono se sentaba un muchacho.

Era un joven moreno, alegre y hermoso. Era como la hoja de una espada, o una lanza nueva, el fuego que ardía en su madre brillaba en él.

Era Haral, el último del linaje de Karadoc; llevaba el antiguo y sencillo collar de hierro de Ruh, colocado orgullosamente alrededor de su joven garganta.

Llaw, el enano, dejó de hablar.

Durante un momento el salón quedó en silencio. Luego habló Haral.

Lentamente dijo:

—Su sombra sobre Marte.

El enano insistió:

—Mi abuela la vio. Era una gran vidente.

Haral reflexionó:

—El gobierno de Marte en manos de un terrestre. Esta quiere decir que el yugo que los extranjeros han colocado sobre nuestros cuellos va a ser para siempre.

La mujer gimió, pero el hombre de la cara de lobo se inclinó sobre el trono delante de ella.

—¡Ahora señor! Ahora es el tiempo de luchar, si es que queda algo de sangre y orgullo entre los hombres de Marte.

El muchacho se levantó con lentitud. La luz de las antorchas teñía de rojo su piel blanca.

—Beudach.

El hombre de la cara de lobo puso una rodilla en tierra.

—Tráeme a Parras.

Beudach se marchó sonriendo.

Haral le preguntó a Llaw:

—¿Sabes dónde está ese terrestre?

—No, señor, pero le encontraré, —se humedeció los labios y continuó diciendo—, tengo una deuda de sangre con él.

—Esto la pagará.

La mujer colocó sus manos sobre un brazo del trono y, de repente, se rio en silencio.

Beudach regresó. Con él iba otro hombre, un joven gordito, sonriente y vestido con una túnica de color azul celeste. Sus ojos recordaban a los de la vidente muerta, piedras de luna orladas de rojo.

—Deseo que se mande un mensaje —dijo Haral—, a los jefes de todas las ciudades que respetan a Ruh, en el que se les diga que la antigua bandera de las Lunas Gemelas^[20] ha sido izada de nuevo, esta vez contra los tiranos de la Tierra, que deben reunir todas las fuerzas que puedan y tenerlas dispuestas a la mayor brevedad y que envíen, en secreto, a sus principales jefes aquí a Ruh para celebrar un consejo de guerra. ¡Llaw!

El enano se puso en pie.

—Ve con Parras. Dale la descripción de ese terrestre, Rick, de forma que pueda dar aviso a las ciudades para que le vigilen. Luego ve tú mismo y difunde su descripción por Ruh.

Llaw y Parras hicieron una reverencia y se dirigieron a la puerta. Haral les detuvo.

—Esperad, debéis darles un grito de Guerra —en su rostro de niño apareció una sonrisa, su cara brilló de excitación—. Dadles el más antiguo de Marte, el grito de los marineros y los hombres de mar cuando los océanos^[21] llenaban sus cuencas y que más tarde se transformó en el grito de las gentes que vivían en los desiertos y páramos que una vez fueron mares. Parras diles “Se está levantando viento”.

El enano y el vidente salieron. Haral bajó del trono. Cogió a su madre, la abrazó y la besó. Luego sacó la espada de Beudach de la funda que colgaba de su hombro izquierdo. Dio un grito y la arrojó al aire. La hoja giró muy por encima de la zona iluminada por las antorchas, hizo saltar chispas rojizas en la oscuridad y finalmente cayó. Hábilmente, Haral la cogió por la empuñadura.

Beudach le observó. Había lágrimas en sus ojos.

Diez días más tarde, Ed Fallon, gerente de la Compañía se encontraba en pie, delante de una elevada ventana, mirando el vasto panorama marciano. Oyó como se abría la puerta de su despacho, pero ni siquiera volvió la cabeza. No necesitaba hacerlo, sólo las pisadas de Jaffa Storm tenían aquel particular ritmo desigual.

—Ven —dijo Fallon—. De verdad que merece la pena ver esto.

Storm puso en la mesa de Fallon el fajo de informes y se acercó al amplio ventanal de *glasita*^[22]. Era un hombre corpulento; su altura sobrepasaba en siete pulgadas los seis pies, tenía un cuerpo de gladiador e iba vestido con un mono ajustado negro. Su ligera cojera no le daba un aire de debilidad. Llevaba una *mickey* en una funda colocada en sus estrechas caderas.

Permanecía junto a Fallon, haciéndole parecer un enano, a pesar de su torso poderoso. No decía nada, pero sus ojos oscuros lo veían todo, de una forma sombría y verdaderamente terrible.

Fallon juntó sus manos cubiertas de vello pelirrojo y, riendo, dijo:

—Es como un hijo mío, la Compañía está creciendo, pronto todo Marte estará en sus manos para que juegue con él.

Sus ojos echaban chispas mientras observaba como crecía la fuerza de su hijo. La Compañía Terrana de Explotaciones, o simplemente la Compañía.

La oficina de Fallon se encontraba en el piso superior de la Torre de la Administración. Las paredes de su despacho eran de *glasita* y le permitían ver, girando trescientos sesenta grados todo el mundo de la Compañía, laboratorios, la división de procesamiento, las fundiciones los almacenes de herramientas, las construcciones situadas a bocamina en donde se encontraban las cocheras de los trenes de carga y, más allá, lo bastante lejos para que la propulsión de los cohetes no supusiera ningún problema, el astropuerto de la Compañía, desde donde salían hacia la Tierra, los cargamentos de *fallonita*.

Separados de estas construcciones, rodeados por paredes de *matalloy* cargadas de electricidad, se encontraban los barracones en donde vivían las brigadas de trabajadores, el tiempo que duraba su existencia.

La torre era lo bastante alta como para poder ver desde su parte superior también otras cosas. El fondo del mar se extendía bajo el pálido sol marciano hasta donde llegaba la vista, sus delgadas costillas aparecían desnudas, sólo cubiertas por musgo gris azulado. Al sur, podía verse la antigua ciudad de Ruh, que parecía la rota corona de un rey muerto arrojada sobre una elevada montaña.

Podía percibirse la muerte, la antigüedad y el olvido. Fallon no pensó sobre esto más de lo que pensaba en los zapatos que había llevado el año anterior. Observó la vida de su compañía, el trueno y el sudor, los deseos de los hombres que mandaba y la energía de las máquinas que poseía; esta era su propia vida, su sangre, su sudor y la vitalidad que hervía en su interior.

Su hijo era joven, un bebé, como la interferencia de la Tierra en el Marte moribundo, pero sus fuertes manos ya se extendían, agarrando todo el planeta. Un planeta cuyo gobierno central no era más que un débil símbolo, encontrándose el poder real distribuido entre las ciudades estado que todavía se encontraban esparcidas por los desiertos, los fondos de los mares muertos y las áridas colinas. Los terrestres no habían intervenido a gran escala en el planeta hasta que se produjo el descubrimiento de la *fallonita*. Entonces fue

fácil, para el primer hombre fuerte y resuelto que descubrió la riqueza que ocultaban aquellos campos en barbecho, apoderarse de aquel planeta débil y desunido.

—¡Caramba! —volvió a decir Fallon—. Vale la pena mirar esto.

—Sí, —reconoció Storm, también con suavidad. Se acercó cojeando, extendió su impresionante estatura sobre un sofá y sacó un cigarrillo del bolsillo que llevaba en el pecho. Su pelo crecía apretado y era más negro que el mono, su piel no era mucho más clara. Era un terro-mercuriano^[23], nacido y criado en los brillantes valles del Cinturón Crepuscular, donde retumban los truenos. Existía una leyenda que decía que allí los niños nacían con cuernos y rabo y sin corazón, pues el calor se lo había quemado.

Fallon volvió a su mesa y miró con disgusto la pila de papeles.

—¡Qué asco! Preferiría volver a la fundición antes que empezar a trabajar con estos papeles.

—¡Eres un mentiroso! —Repuso Storm—. Eres un viejo zorro siempre conspirando y eso te gusta. Tú nunca fuiste un verdadero obrero de corazón, en ningún sentido.

Fallon le miró y decidió reírse. Se sentó y le dijo:

—Tú no eres el tipo que a la gente le gusta tener a su lado. ¿Cómo te va con los nuevos trabajadores?

—Como siempre. Hay uno grande y con los ojos amarillos de demonio que quizá tenga que matar. Espero que no sea necesario. Es tan fuerte como un caballo.

—¡Nada mejor que mano de obra barata! —Bromeó Fallon—. Y en tanto pueda mover los hilos que hacen funcionar a la Ciudad Nueva, dispondré del mejor suministro de trabajadores del planeta: la población flotante, colonos: jugadores, marineros y vagabundos, tipos a los que nadie echará de menos.

—Hasta que la ley actúe.

Fallon rio en voz alta:

—Efectivamente. ¡No veas lo preocupado que estoy!

—Ja, ja, siempre igual. Espero que los burócratas no tengan sospechas y vayan a la Ciudad Antigua; yo preferiría que vinieran aquí, no serían duros con nuestra gente. Los marcianitos simplemente se sientan y esperan que nos matemos entre nosotros. En la Ciudad Nueva, no les gustan los reclutadores de trabajadores forzosos.

Fallon se encogió de hombros y dijo:

—Jaffa, ese es tu problema. Mantén abiertas las minas, es lo único que quiero.

—No te preocupes, tendrás lo que quieres.

Fallon asintió con la cabeza. Trabajó en silencio durante un rato con los documentos. Storm se sentó y permaneció quieto fumando. En el exterior, la Compañía lanzaba su ruido, grosero y extraño, contra el silencio de Marte. Finalmente Storm habló:

—Estuve en Ruh la noche pasada, en la Ciudad Antigua.

—¿Te lo pasaste bien?

—Fallon, se huele que va a haber problemas.

El pelirrojo miró hacia arriba y dijo:

—¿Problemas?

—Se nota algo raro en la ciudad, se lleva notando desde la última batida de hace diez días.

—¡Diablos! ¿Te estás burlando de mí? Los marcianitos no nos dan ni los buenos días. Además, esos viejecitos imbéciles desteñidos lo único que saben hacer es dar problemas.

Storm se inclinó hacia adelante:

—Escucha, Fallon, pasé cuatro estaciones en las cuevas de los acantilados de Arianhod, en la parte baja del borde de la Zona Oscura. Los habitantes no son humanos, pero saben muchas cosas, yo aprendí unas cuantas de ellos.

Su rostro oscuro se torció ligeramente:

—Me di una vuelta por Ruh la noche pasada y sentí que algo está pasando, por entre las murallas, en la oscuridad y en medio del silencio lo noté. La gente tiene un nuevo sentimiento. Miedo, inquietud, unos nuevos deseos, no sé, como tampoco sé cuál es la causa, ni quien lo dirige, pero hay un nuevo sentimiento que se propaga por aquellas puertas cerradas.

Entre ellos se dicen “Se está levantando viento”.

La sombría mirada de sus ojos oscuros impresionó a Fallon. Después de permanecer inmóvil un rato, Fallon repitió la frase.

—Se está levantando el viento.

De repente echó a reír y dijo:

—Bien, dejémoslo, hará falta un viento más fuerte que el que nunca ha soplado en Marte para derribar mis murallas.

La pantalla de televisión zumbó, requiriendo su atención. Fallon hizo la conexión.

El operador dijo:

—Kahora está llamando, concretamente el señor Hugh St. John.

Fallon le hizo un guiño clarísimo a Storm, dibujó una sonrisa amistosa en su rostro y dijo:

—Pásamelo, —la pantalla se llenó de estática durante un instante y luego dejó ver la imagen. Hugh St. John dijo:

—Hola Fallon ¿estás ocupado?

—No para ti, ¿qué tienes en mente?

—¿Mente? Estoy empezando a preguntarme si tengo mente —el sensible rostro de St. John, con su perfil de águila, parecía cansado y desanimado. Tenía el pelo rubio despeinado y sus ojos azules parecían, en contra de lo que se podía pensar, astutos y penetrantes.

—Las cosas no van bien, ¿verdad? —dijo Fallon.

St. John rio con amargura y dijo:

—El único objetivo del movimiento unionista es promover el entendimiento entre terrestres y marcianos, de forma que cada uno pueda dar lo mejor de sí, sin dañar a los demás. ¿Qué hemos conseguido hasta ahora? Hemos sido la causa de la ruptura total entre los pan-marcianos y los moderados. Cada vez hay más odio entre nosotros los marcianos. No, Fallon, las cosas no van bien.

—¿Hay rumores sobre nuevos problemas, por ejemplo motines?

—Sólo hemos entrado en contacto con los moderados, como sabes no hay muchos. Están tan sorprendidos como nosotros. Desgraciadamente, aquí en Kahora no sabemos mucho sobre lo que está pasando en el exterior. Ya sabes cómo es una ciudad comercial^[24]. Creo que tú tienes muchas más oportunidades de estar informado que nosotros.

Aparentando inocencia Fallon dijo:

—No sé nada, por cierto ¿necesitas más dinero?

St. John asintió con la cabeza.

—Bien, si podemos desarrollar nuestro trabajo en las Ciudades Polares tendremos una pequeña oportunidad. Todo Marte reverencia a los Pensadores y si podemos convencerlos modificarán la opinión de los nativos para que nos apoye. Ya nos has dado tanto dinero que parece que lo malgastemos.

—Todavía tengo mucho, ¿cuánto necesitas?

—Bueno, con cinco mil U. C. tendríamos suficiente.

—Digamos seis mil y cuándo necesites más me lo dices. Te enviaré el dinero de inmediato.

Los ojos de St. John brillaron a través de las lágrimas:

—Fallon, ¡no sé que haríamos sin ti!

—No te estoy regalando nada. Marte significa tanto para mí como para ti.

Fallon levantó la mano y dijo:

—Hasta luego compañero.

—Adiós y gracias.

La pantalla se apagó. Fallon apoyó su espalda en la silla y sonrió.

—El muy imbécil. ¡El muy querido, dulce y cobarde imbécil!

Storm le observó ligeramente divertido.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—¿Qué quieres decir? —Espetó Fallon—. Prácticamente controlamos al Partido Unionista. Dales algo sobre lo que discutir e inmediatamente se harán trizas entre sí, nunca sabrán que eso es lo que yo quiero que hagan.

Storm se encogió de hombros y dijo:

—¿Seguro que es así?

—Por amor de Dios Jaffa, ¿por qué eres tan suspicaz? Yo me pregunto si confías en ti mismo.

Tranquilamente Storm le contestó:

—No confío, por eso sigo vivo.

Fallon le miró, luego por segunda vez, la pantalla de televisión volvió a zumbar, emitiendo una serie de sonidos de corta duración y que daban una impresión de nerviosismo. Era la señal de “urgente”.

Rápidamente los dos hombres se dirigieron hacia el aparato. La pantalla cobró vida. Un hombre vestido con un mono grasiento se inclinó hacia adelante, como si quisiera llegar físicamente a donde se encontraban los otros dos. La sangre corría por su rostro.

—Problemas en la galería número cinco. La nueva brigada se ha vuelto loca.

Fallon, con un tono duro y ronco preguntó:

—¿Es muy grave?

—Se apoderaron de los guardias. Les golpearon con sus grilletes. Un individuo fornido que se llama Rick es el que les dirige. Han conseguido cuatro *mickeys*. Se colocaron detrás de las carretillas de mineral y nos atacaron con ellas.

Un *mickey* nunca te hubiera hecho esas heridas.

El hombre se enjugó la sangre de su cara con los dedos y continuó:

—Nos tiraban trozos de mineral, creo que intentarán llegar a la chimenea de la mina.

—Muy bien, iré para allá —Fallon apagó la pantalla y se dirigió a su compañero—: ¿Cuántos hombres hay en la brigada de Jaffa?

—Treinta y dos.

Fallon hizo otra llamada, a través del fonovisor, y le dijo unas breves palabras a un corpulento venusiano blanco. Luego la pantalla mostró filas de

armeros llenos y a su lado otros venusianos corpulentos. Jaffa Storm había tenido la idea de reclutar una unidad en la que sólo hubiera venusianos de los Pantanos Intermedios, famosos por su dureza^[25]. Siendo extranjeros en Marte y muy salvajes, sólo tenían interés en dos cosas: comida y pelea. Storm se ocupaba de que tuvieran gran cantidad de ambas cosas.

Fallon le dijo:

—Vargo, envía quince hombres a la galería número cinco. Llévate un aturdidor Banning^[26] de alta potencia, hay treinta y dos tipos allí abajo que no quieren jugar limpio. ¡Son todos vuestros!

CAPÍTULO III

Mayo McCall miraba hacia abajo a través de las paredes de *glasita* de su cabina situada a diez pies por encima del suelo de la galería número cinco. Treinta pies a su derecha se encontraba la chimenea por donde el mineral de *fallonita* era enviado a la superficie. A su izquierda se encontraba el túnel brillantemente iluminado que seguía a la veta de mineral por debajo del desolado fondo del mar muerto.

Mayo McCall observó cómo los hombres corrían de un lado para otro por debajo de su cabina. Con total tranquilidad cerró el interruptor que controlaba el rayo de prueba, el rayo que controlaba la dirección de la perforadora y comprobaba cada carga de aquella roca de color mate que contenía *fallonita*, la sustancia químicamente amorfa que ya estaba comenzando a revolucionar la industria terrestre del plástico.

Mayo se encontraba sola. Nadie en la planta de perforación se fijaba en ella. Dobló sus brazos sobre la mesa que se encontraba delante y se arremangó una manga de su mono, verde oscuro, de técnico. Apretó un botón de su reloj de pulsera. El cristal y la mitad de la caja de plata se levantó, dejando a la vista un microscópico emisor-receptor de radio. Mayo contó lentamente hasta cinco, sin dejar de mirar a los hombres que se encontraban debajo. Sus ojos castaños tenían un resplandor profundo. Tenía un cuerpo flexible, cuyas curvas no podía ocultar el mono, su pelo era de un hermoso y cálido color caoba, que hacía a su piel parecer crema.

—Adelante —susurró la radio.

Suavemente, con elegancia, sin mover a penas los labios. Mayo McCall habló:

—Aquí, en mi galería hay problemas con la nueva brigada. Poned en funcionamiento los amplificadores y las grabadoras. Voy a bajar... Espera, acaban de llegar un montón de guardias venusianos con un aturdidor Banning. Parece que el problema no es pequeño, puede que sea lo que hemos estado esperando.

—Ten cuidado Mayo, ya sabes lo que te harán si descubren lo que estás haciendo.

—Lo sé. Aquí llegan Fallon y Jaffa Storm. Esta pelea es seria, sigue en contacto conmigo.

Se bajó cuidadosamente la manga, que cubría la radio. Abrió la puerta de la cabina.

Ahora la galería; hasta donde le alcanzaba la vista, se encontraba vacía.

Bajó rápidamente por la escalera de plástico y giró a la izquierda; marchaba en silencio y pegada a la pared de roca roja. Los raíles que recorrían aquel extraño camino brillaban con resplandor blanco, como si estuvieran contruidos de plata pulida.

Desde arriba, alrededor de un recodo del túnel, le llegó de repente el débil gemido de una aturdidora realizando su penosa tarea.

El primer rayo era de baja potencia. Agazapado detrás de una carretilla de mineral, Rick notó la onda pasar a través de su cuerpo como si fuera fuego líquido. Hizo que el corazón le pesara, pero no sintió mucho dolor.

Había veintidós hombres a su lado, a lo largo del rail. Los otros nueve habían perdido el conocimiento al ser alcanzados por los aturdidores *mickey* de los guardias en la primera escaramuza. El foco del Banning fue ampliado para poder alcanzar al grueso del grupo.

Uno de los hombres lanzó un grito estridente:

—¡Jimminy, no podéis seguir luchando! Si lo hacéis, aumentaremos la potencia del aturdidor.

—Cállate —dijo Rick. Vargo, el venusiano, les llamó. Parecía inocente y feliz; allí, resultaba incongruente; parecía una amable anciana con el pelo blanco peinado hacia arriba sobre su cabeza.

—¿Os venís con nosotros o qué vais a hacer? —Dijo a los mineros.

No hubo respuesta. Vargo miró a su alrededor. Jaffa Storm acababa de llegar corriendo, sin realizar ningún esfuerzo aparente, dando sus extrañas zancadas de cojo. Fallon iba algo detrás de él y agitaba su mano.

—¡Es vuestro muchachos! —Gritó.

Se detuvo, no demasiado cerca y se apoyó contra la pared.

Storm dijo tranquilamente:

—Aumentad la potencia del aturdidor a una velocidad de una muesca por segundo —el venusiano que manejaba el Banning hizo una mueca y agarró una pequeña palanca. Jaffa dijo claramente, sin poner ninguna emoción en la voz—: Voy a contar hasta diez.

Todo el mundo permaneció inmóvil bajo aquella fría luminosidad. Rick se fijó en la rueda que se encontraba delante ellos. Los grilletes hicieron un ligero ruido cuando levantó el *mickey* con su mano que no paraba de dar sacudidas espasmódicas.

No disparó ... Aquellas pistolitas tenían menos alcance del que podía lograr un hombre fuerte arrojando un trozo de mineral, por esto era por lo que los rebeldes todavía mantenían sus posiciones, los hombres de la Compañía tenían miedo de los fragmentos de mineral que les tiraban.

Rick se dio cuenta del ruido que hizo la palanca del Banning. Pequeñas lucecitas azules comenzaron a parpadear en el borde de la rueda que se encontraba delante de ellos. Su cuerpo comenzó a sufrir sacudidas con una violencia errática. Cada nervio comenzó a sufrir, por separado, una chispeante agonía.

Jaffa Storm comenzó a contar.

La voz de Jaffa, con la rítmica monotonía de un reloj, producía eco bajo aquella bóveda de roca.

Cuando dijo cinco, uno de los mineros rebeldes comenzó a gritar.

—¡Estoy saliendo! —Gritó—. ¡Estoy saliendo! —Jaffa Storm paró de contar, mantuvo su mano extendida. El aturdidor mantuvo su nivel. En medio de un silencio mortal, el hombre se arrastró a través del suelo de roca, con su sombra negra e inhumana bajo él. Las cadenas que arrastraba, colgando de sus muñecas, no dejaban de chocar entre sí produciendo un ruido metálico.

Otros seis le siguieron. Rick les observó; una vez, intentó levantar su *mickey*, pero su mano era como la mano de un viejo, temblorosa y sin fuerzas. Storm comenzó a contar de nuevo.

Por tres veces se detuvo el avance de la palanca mientras algunos rebeldes sollozaban y se arrastraban sobre suelo de roca. Cuando Storm dijo “¡Diez!”, al lado de Rick sólo quedaba un hombre. Debía tener el corazón frágil pues estaba muerto. Storm ordenó:

—Apaga el aturdidor.

El venusino le miró sorprendido, pero apretó el botón; el silbido se detuvo. El cuerpo de Rick estaba relajado, yacía boca abajo y respiraba con roncros jadeos animales. El sudor parecía aceite que se hubiera extendido abundantemente sobre su piel.

—Rick —dijo Storm—. ¿Estás dispuesto a rendirte?

Después de un largo rato Rick se rio.

—Supongo que piensas que te mataré, hagas lo que hagas —dijo Storm.

No entendieron las palabras de Rick, pero su significado estaba claro.

Storm asintió con la cabeza. Le hizo un gesto al venusiano y el hombre se levantó y le dejó su sitio a Storm que se sentó en el puesto del servidor del Banning.

Los guardias y los exhaustos mineros de rostros impasibles retrocedieron hasta colocarse contra la pared. No hablaban. Su respiración sonaba como una serie de ásperos jadeos. Un resplandor blanco inundó la galería.

Storm, sin apresurarse, encendió un cigarrillo, colocó las cerillas en el paquete, lo sopesó y lo tiró contra la pared. No parecía sentir ninguna tensión nerviosa, pero el paquete de cigarrillos golpeó la pared que se encontraba detrás de Rick, haciendo ruido al chocar con ella.

Finalmente Rick se levantó sobre sus rodillas. Recogió el tabaco y se sentó con la espalda contra la roca, introduciendo el humo profundamente en sus pulmones. Todo estaba tan silencioso que el débil silbido del tubo de iluminación parecía un gran estruendo. Rick miró el tubo que tenía encima.

Estaba empotrado en el techo y protegido con una fuerte pantalla de alambre. No había manera de romperlo. Rick lo sabía. Había intentado apagarlo de todas las maneras que sabía, el interruptor principal que controlaba todo el tubo se encontraba atrás, cerca de la boca de la galería. También había interruptores para secciones individuales, pero ninguna se encontraba dentro de su alcance.

Se sentó casi en el borde de un túnel que cortaba oblicuamente a la galería por la izquierda; era un callejón sin salida, sin galerías laterales, sin ni tan siquiera algún obstáculo que le pudiera servir de cobertura; además, el túnel era estrecho y se encontraba dentro del alcance del Banning.

Casi directamente delante de donde se encontraba, en la pared opuesta, se encontraba la oscura abertura que daba paso a una galería lateral. Probablemente conducía, así mismo, a otro callejón sin salida, aunque podía, simplemente podía, conducir a uno de aquellos laberintos sin fin que habían dejado los gigantescos gusanos del barro del Marte prehistórico. Sus túneles han permanecido fosilizados por debajo de los fondos de los mares muertos. En cualquier caso, la diferencia era, simplemente, entre una muerte rápida y otra lenta. Por lo demás alcanzar, aquella entrada era tan difícil como si hubiera estado en Fobos.

A su derecha, Jaffa dejó caer su cigarrillo y se aproximó al Banning a través de aquel despiadado suelo de piedra.

Se inclinó hacia adelante. Sus manos tocaron el Banning con una delicadeza exagerada. Dirigió la bocacha hacia arriba y disparó un rayo de prueba. Esta vez el foco estaba concentrado y el zumbido que provocaba la potencia fue exageradamente elevado.

Se pudo ver crepitar una pequeña columna de pálido fuego que llegó a tocar brevemente la pared opuesta y luego desapareció. La superficie

humeante se fundió como si fuera cristal.

De repente, uno de los mineros encadenados se volvió hacia la pared y comenzó a vomitar.

Rick se acurrucó detrás de la rueda de metal. Sus ojos dorados parecían tan crueles como los de un gato. Su cuerpo estaba relajado e inmóvil.

Jaffa Storm apuntó el Banning, su rostro oscuro no reflejaba ni placer ni tan siquiera interés.

Dirigió el rayo al cubo de la rueda que se encontraba detrás de Rick y lo dejó fijo allí.

La cercanía del impacto le produjo a Rick un estremecimiento, como si un fuego recorriera todo su cuerpo. La rueda comenzó a calentarse. Llamas azules bailaron sobre su borde. El sudor brotó del rostro de Rick y luego se secó; la piel se le enrojeció rápidamente. Sus ojos tuvieron que soportar una verdadera tortura.

De repente dio un salto, siguiendo la dirección del raíl, hacia la otra rueda. El rayo chasqueó sobre su cabeza y alcanzó el suelo por delante de donde se encontraba. Dio un salto hacia atrás y comenzó a correr en la otra dirección, pero de nuevo el rayo fue más rápido.

Otra vez volvió a derrumbarse detrás de la rueda. El rayo alcanzó el cubo y allí quedó fijo, calentándolo.

Rick midió la distancia que le separaba de la boca de la galería. Rio para sí, silenciosamente, sin ningún humor y reunió todas sus fuerzas.

Desde la galería vacía, más allá de donde se encontraban Storm, los mineros y los guardias venusianos, más allá de donde se encontraba Ed Fallon apoyado en la pared y con el rostro pálido, llegó una voz de mujer.

—¡Alto! —dijo.

El sonido de pasos apresurados rebotó contra la bóveda del túnel. La gente comenzó a balbucear llena de nerviosismo. El calor y el fuego azul abandonaron la rueda.

Rick miró a su alrededor, cuidadosamente. Vio a una joven muy hermosa. Incluso vestida con el mono de técnica; mientras se acercaba a Jaffa Storm, tenía un aspecto encantador. Los hermosos bucles de su cabello rodeaban su rostro, sus ojos castaños brillaban. Estaba tan enfadada que parecía despedir fuego.

—¡Detened esto! —dijo—. ¡Detened esto!

Fallon venía tras ella. Su aspecto era lamentable.

—Ya lo he parado —dijo Storm con suavidad.

—No basta con que te apoderes de esos hombres en las calles, los encadenes y los conviertas en tus esclavos. ¡También tienes que asesinarlos!

Storm se levantó con aire perezoso y el venusiano volvió a ocupar su puesto ante el Banning.

—Señorita, ¿insinúa que yo hago esas cosas que acaba de decir?

—¡No te lo tomes a broma! Sabes que es verdad.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—¡Todo el mundo lo sabe!

—Lo saben, lo saben de verdad —la mano de Storm se dirigió a la joven, con tanta rapidez que pareció un destello borroso. La sujetó y la acercó a donde se encontraba, luego con curiosidad y un cierto aire amistoso le preguntó—: ¿o estás intentando que yo lo admita para que alguien lo oiga?

Con una rapidez, más propia de una máquina que de una persona, la agarró también con la otra mano. La joven luchó, golpeándole con su brazo izquierdo. El hombre le sujetó la muñeca, se pudo oír un débil crujido de metal. Storm la mantuvo sujeta y le arremangó aquel brazo.

—Sí, —dijo—, sí, es como yo creía.

Le quitó el aparato de radio y lo machacó bajo el tacón de su bota.

Fallon suspiró y dijo:

—Es mejor que la lleves a la oficina.

Storm asistió con la cabeza; sus ojos negros despedían chispas. La joven seguía silenciosa entre sus brazos. El cuello de su mono verde oscuro se había desgarrado al abrirse; su garganta y sus mejillas eran suaves, como la crema recién hecha.

Mientras se estremecía, la joven susurró:

—Sois muy fuertes, —luego con los ojos cerrados echó su cabeza hacia atrás y dijo—: Supongo que me habéis atrapado.

—Así parece ser.

—¿Me vais a matar? —Preguntó Mayo.

—Eso depende.

La joven levantó sus pestañas y dijo:

—Creo que todavía no tengo ganas de morir.

Storm rio y la sujetó frente a sí, de forma que pudiera mirarle a los ojos.

—Nena, todo ha pasado muy rápidamente.

—El tiempo no quiere decir mucho en un sitio como éste.

—Preciosa, eres una mentirosa. La mentirosa más hermosa y adorable que he conocido.

La joven no dijo nada. Sus labios eran cálidos, rosados y palpitaban con vida propia.

—Puedo leer tus pensamientos —le dijo Storm.

La joven le murmuró:

—Eres muy listo, porque ni yo misma sé lo que estoy pensando.

Storm volvió a reír, suavemente. Dada su gran estatura tuvo que agacharse para besarla, sin prisas.

Mientras lo estaba haciendo, mientras la boca del hombre presionaba la de la mujer, está le dio un rodillazo con una eficacia terrible.

Rick lanzó un grito. Jaffa Storm se dobló con la cara contorsionada por la agonía que le producía aquel dolor. La chica volvió a darle otra patada; esta vez en la rodilla y quedó libre.

Mientras corría, le gritó:

—Yo también he entrenado mi mente.

De repente, los venusianos, lanzando aullidos roncós, comenzaron a reírse de Storm, que permanecía de rodillas acurrucado, presa de las náuseas. Los hombres encadenados se unieron a las carcajadas de los venusianos. Fallon intentó agarrar a la joven. No lo consiguió, pero algunos de los guardias corrieron tras ella, mientras otros le cerraban la entrada a la galería. Desde detrás de la carretilla de mineral Rick le gritó:

—¡El interruptor de la luz!

Mientras daba un solo paso, los ojos de la joven dejaron de mirar a Rick para fijarse en el interruptor que se encontraba cerca de la boca del túnel. El interruptor se encontraba en la pared opuesta, alejado de los guardias. Mayo se dirigió hacia él.

—¡No disparéis! —gritó Fallon—. La quiero viva —echó a correr, seguido de media docena de habitantes de los pantanos intermedios, que avanzaban a saltos tras él. La joven parecía un cometa de color verde oscuro.

Jaffa Storm se levantó. Su cuerpo seguía encorvado, pero sus pies estaban más firmes de lo que Rick pensaba que debían estar dadas las circunstancias. En su rostro no aparecía ninguna expresión, ni siquiera de dolor. Apartó de golpe al venusiano encargado del Banning, ocupó su puesto fríamente y comenzó a apuntarlo sin dejar de mirar su cuerpo. Disparó, el rayo pasó entre dos venusianos, lo bastante cerca como para chamuscarlos, y alcanzó la pared, cinco pies a la izquierda de la joven, que ni siquiera tembló.

Lleno de furia, Fallon gritó:

—¡Para este trasto! ¡Hay que interrogarla!

Storm volvió a disparar. Los venusianos se habían dispersado por todo el túnel. La joven cayó al suelo de bruces y giró sobre sí misma. El rayo no la alcanzó por muy poco. Rick se puso de pie y corrió a toda prisa por el sendero pavimentado de piedra.

Rick lanzó un grito. Storm se distrajo ligeramente. Sin dejar de correr, le tiró lo que llevaba en la mano izquierda.

Era un trozo de mineral, pesado y lleno de aristas. Le alcanzó a Storm en el lado izquierdo de su rostro y le derribó, dejándolo extendido sobre el suelo.

Se apagó la luz.

El Banning todavía funcionaba. Su rayo seguía brillando de forma irreal, fantasmal, en medio de la oscuridad. Los ojos de Rick se acomodaron inmediatamente. Antes de que Storm cayera al suelo, ya se estaba dirigiendo hacia la boca de la galería. En medio de aquella luz mortecina, pudo ver la forma de la joven, que se dirigía hacia el mismo sitio. En todas partes, a su alrededor, había estallado un pandemónium.

Nadie le persiguió. Tenían miedo del Banning. Atrás, junto a la pared, un coro de gritos soeces iba aumentando su volumen. Finalmente alguien consiguió detener el Banning, gritó “¡Cuidado!”. Y comenzó a dirigir el rayo hacia donde corrían los fugitivos. Rick y la joven chocaron en la entrada a la galería y cayeron al suelo. La lengua de fuego lamió el aire, chisporroteando, en el lugar en el que sus cabezas habían estado en el instante anterior y siguió adelante. Antes de que el rayo pudiera volverse contra ellos ya se habían sumergido en la tenebrosa oscuridad de la galería. De todas formas, el rayo volvió a buscarles. Chocaron a ciegas con la pared y se arrastraron para girar la esquina; detrás de ellos, el rayo del Banning alcanzó la roca y la deshizo, como si estuviera furioso.

—¡Vamos! —Dijo Rick.

Y huyeron, con más rapidez de lo que se hubieran atrevido dos personas que no hubieran perdido el juicio. Corrieron a lo largo de paredes de piedra y siguieron el rastro de perforaciones abandonadas, atravesando las excavaciones y la oscuridad.

Por tres veces, Rick pensó: *Este es el final del túnel. ¡Aquí nos matan!* Y siempre sus manos encontraban una esquina que podían rodear y proseguir su huida.

De repente, muy de repente, la galería cambió. El suelo pareció redondeado, como si fuera una inmensa tubería, en vez de plano. No había escombros. Las paredes también empezaron a curvarse, al pasar la mano sobre ellas se notaba una extraña suavidad.

Después de que transcurriera un rato, redujeron la velocidad de su carrera y finalmente se detuvieron. El silencio les rodeaba, al igual que la oscuridad. Su respirar ronco tenía algo de sacrilegio, como el ruido que se produjera en una tumba.

Instintivamente, se acercaron el uno a la otra, hasta llegar a estar lo bastante juntos para tocarse. Los grilletes de Rick chocaron suavemente.

—No nos siguen —susurró la joven.

—No, enviaran a los tipos negros, a los antropoides.

Silencio. Podían sentir el latir de su corazón en los oídos.

—Estamos metidos en uno de esos laberintos, —murmuró la joven—. ¿Has oído hablar de ellos, no es verdad? En los laberintos que excavaron los grandes gusanos, antes de que los fondos de los mares se endurecieran.

—Es verdad.

—¿Hay alguna forma de salir?

—No lo sé. A veces los túneles de los gusanos terminan en un pozo, o en la pared de un acantilado. A veces el techo se ha derrumbado. Concretamente, no sé cómo termina este túnel.

Con una voz que no mostraba miedo, la joven dijo:

—No parece que haya muchas esperanzas, ¿verdad?

—Yo no apostaría por nosotros.

Silencio. Su respiración, el calor de su cuerpo, su miedo, todo se fundió en aquella espesa oscuridad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Rick a la joven.

—Mayo McCall. ¿Y tú?

—Richard Gunn Urquhart, pero basta con que me llames Rick.

—Hola Rick.

—Hola Mayo —encontró su hombro y lo sacudió ligeramente; luego le dijo—: Nena, tienes coraje. Espero que con tu rodillazo le hayas arruinado la vida a ese miserable.

—La pedrada que le diste tampoco creo que le hiciera ningún bien.

—Tengo la corazonada de que mi pedrada no terminó con él —dijo Rick—. Deseo que no lo matara; me gustaría ver de nuevo algún día a ese tipo.

—¿Y Fallon? —preguntó Mayo.

La voz de Rick sonaba cargada de rencor cuando contestó:

—Fallon y toda la maldita Compañía, me gustaría pillarlo y ...

Después de que pasara un rato, Mayo susurró:

—Quizá puedas cogerlo, si eres lo bastante afortunado.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Rick—. Venga, explícate.

—Si salimos de aquí, —dijo la joven—, yo podría enseñarte cómo, pero ahora es mejor que nos marchemos. ¿Qué camino vamos a seguir?

—¿Qué muñeca he levantado?

Mayo se movió un poco y luego contestó:

—La izquierda.

—Así es como vamos a salir de aquí, nena, tú tienes mejor suerte que yo.

CAPÍTULO IV

El viento gemía a través de las paredes medio derrumbadas mientras la oscuridad descendía para unirse con él. Lejos, por encima de las desoladas planicies occidentales, Fobos reflejaba el último y pálido resplandor del sol que desaparecía por el borde del horizonte marciano. Ruh permanecía en silencio, y sus puertas estaban cerradas y atrancadas, pero nadie dormía.

Las sombras de la noche se arrastraban por las calles. Algunas venían desplazándose sigilosamente a través de las entradas secretas de la muralla de la ciudad y luego se dirigían hacia las torres de la Ciudad Real, y allí desaparecían. Después, cuando penetraban en el salón del trono, a la brillante luz de las antorchas, las sombras se transformaban en hombres.

Guerreros de distintas edades, tamaños, colores y llevando las insignias de diferentes ciudades estado. Pero todos eran iguales en una cosa, su aspecto. El aspecto de lobos enjaulados.

Se sentaron alrededor de una mesa de madera de color rojo sangre, en la que el roce, durante milenios, de los brazos de los señores de la guerra, había tallado huecos. Haral, el rey niño, sentado en su trono, se inclinó hacia adelante, como una hoja doblada por el viento. Los ojos de Beudach, que siempre estaba a su mano derecha, parecían hechos de acero que brillara entre las llamas.

Sólo una sombra seguía oculta en las habitaciones del castillo. Era pequeña y jorobada y se movía con rapidez; sus verdes ojos abrasaban, como la luz de Fobos. Iba de puerta a puerta, preguntando, susurrando y el nombre por el que preguntaba era “Rick”.

En lo alto, bajo las estrellas, en la derruida Torre del Destino, Parras el Vidente, inclinaba su rostro fresco y juvenil sobre su tazón lleno de agua mágica. Su mente vagabundeaba a través de los fondos marinos, la arena de los desiertos y las colinas gastadas por el tiempo. Se puso en contacto con otras mentes, preguntando y el nombre que repetía siempre era el mismo: “Rick”.

A la sombra de ojos verdes y a la mente del vidente siempre llegaba la misma respuesta:

—Todavía no ha llegado el momento.

Entonces Parras les diría:

—Entonces esperad, mantened la vigilancia, hay una sangre que debe ser vengada. ¡Se está levantando el viento!

Abajo, en la galería de la mina, Rick puso su mano en el hombro de Mayo y le dijo:

—Quieta, creo que he oído algo.

Se quedaron inmóviles. Finalmente, Rick oyó muy claramente unos ruidos, en algún lugar, lejos de donde se encontraban, en medio de aquella negrura rancia de los túneles de los gusanos. Se trataba del suave ruido que producían muchas criaturas corriendo al azar.

—¿Qué hacen? —preguntó Mayo.

—Creo que siguen persiguiéndonos. Sólo tengo un *mickey* y ni siquiera es capaz de derribarlos. ¿Estás cansada?

—Estoy bien. ¿Qué pasará si nos cogen?

—Me lo preguntas cuando nos cojan.

Prosiguieron su camino, que cada vez era más cómodo. El suelo era suave y las curvas poco pronunciadas. Rick sabía que habían dejado, hacía tiempo, la dirección principal en que había perforado el gusano y se habían introducido en una ramificación que sólo las estrellas sabían cuántas veces se bifurcaba. No tenía idea de cuánto tiempo llevaban vagabundeando, sólo sabía que era demasiado. Seguía caminando simplemente porque no tenía otra cosa que hacer.

Los antropoides, frescos y persiguiéndoles guiados por el olor, se estaban acercando minuto a minuto. Rick se retrasó un poco, quedando detrás de la joven.

De repente, Mayo profirió un grito ahogado y cayó pesadamente al suelo. Se produjo el sonido seco de algo que se rompe. Rick procuró detenerse, tropezó y cayó de bruces.

Bajo sus pies se encontraba una superficie llena de pequeños dientes. Se curvaba hacia arriba, ensanchándose por los lados. Se levantó dando traspiés y prosiguió el camino, con Mayo a su lado.

La joven dijo con un suspiro:

—El túnel está bloqueado. ¡Rick, está bloqueado!

—Tenlo por seguro, súbete aquí —la levantó hasta la parte más alta de la tierra que obstruía el pasadizo y comenzaron a arrastrarse. Finalmente, su cabeza golpeó el techo. Se echó hacia atrás rápidamente. La obstrucción se curvaba por el lado de la perforación, sellándola por completo.

Rick estaba jadeando, pero a pesar de ello se encontraba completamente relajado y se limitaba a escuchar su propio corazón. Era como un trueno.

Comenzó a sentir el sudor frío sobre su piel. A su lado se encontraba tendida Mayo, respirando irregularmente.

Detrás de ellos, otro sonido sonaba cada vez más fuerte, aproximándose hacia ellos.

Al poco tiempo, Rick se arrastró hacia atrás y se dio la vuelta. Empuñó su *mickey* y se sentó para esperar. Era como si su cuerpo fuera de plomo; deslizó su mano a lo largo de la cadena y encontró la delgada palma de la mano de la joven.

Agarró sus dedos. Las manos de Mayo estaban frías como el hielo. Allí sentados, escucharon unas suaves pisadas que se apresuraban hacia ellos. De repente, en voz más bien alta Mayo dijo:

—¿Qué es eso, Rick?

—No lo sé —deslizó sus nudillos sobre aquellos suaves dientes—. ¡Hey! ¡Ya lo tengo! Se trata del tipo que construyó este túnel. El viejo vagabundo. Murió aquí y se transformó en piedra.

Rio, no porque lo que acababa de decir fuera especialmente divertido.

Golpeó el fósil con el cañón de la *mickey*.

Sonó a hueco.

Rick volvió a golpear otra vez, más fuerte, y entonces recordó que cuando Mayo cayó, se pudo oír el sonido de algo frágil que se quebraba. Se puso de rodillas, juntó sus puños y golpeó el suelo con todas sus fuerzas.

Casi le chirriaron los dientes por el esfuerzo, pero se dio cuenta de dónde se encontraban, y murmuró:

—¡Maldita sea! ¡Sólo nos haría falta un pico o un mazo grande!

De repente, se rio otra vez. Deslizó sobre sus manos sus grilletes, bajándolos tanto como pudo, envolvió sus manos con las cadenas y comenzó a trabajar.

Justo cuando había conseguido abrir una grieta, los antropoides comenzaron a arremolinarse sobre la cuesta que formaba la cola del gusano fosilizado.

Mayo empuñó el *mickey*. Rick siguió ampliando la grieta. Se encontraban en la parte más alejada del hueco que quedaba entre el fósil y el techo de la galería, de forma que los monos solo podían alcanzarlos desde una dirección y no muchos a la vez. Durante un tiempo, Mayo se comportó magníficamente con el *mickey*. Empleando la carga que producía atontamiento, hizo que los antropoides que lideraban el ataque se quedaran dormidos y sus cuerpos cayeran rodando arrollando a los que venían detrás. Fue una lucha a ciegas; la oscuridad dejaba oír el sonido que producían los pies al correr y los cuerpos al

moverse, se olían los cuerpos de aquellos animales. Los antropoides trabajaban silenciosamente.

El ruido que producía Rick al golpear con sus cadenas aquella piedra, que producía eco, ahogaba los demás sonidos.

Finalmente Mayo le dijo:

—Rick, el *mickey* no funciona. No tiene carga.

—Ven aquí, he hecho un agujero —la joven lo encontró—. ¿Puedes hacerlo más grande?

—Creo que sí —Rick oyó como Mayo daba patadas y golpes, esforzándose por hacerlo. Aparecieron aquellos seres; unas garras de antropoide agarraron la pierna del terrestre y tiraron de él hacia atrás. Se dio la vuelta; no sintió que tuviera manos, sino una masa de carne mezclada con metal. Con esta masa, golpeó algo y por primera vez pudo oírse un grito.

Rick oyó como Mayo decía:

—¡Ya vienen!

Se dio la vuelta otra vez. La oscuridad estaba llena de cuerpos. Cada vez que Rick se movía, chocaba con algo. Percibió un nuevo olor, cálido, húmedo y dulzón. Notó que sus brazos estaban cubiertos de humedad.

Había demasiados cuerpos; con su peso le derribaron; siguió removiéndose hasta que le sujetaron rígidamente los brazos. Entonces comenzó a dar patadas. Notó que aplastaba cuerpos que caían al suelo, apartándose de sus botas, pero volvían de nuevo al ataque. Finalmente, también consiguieron sujetarle las piernas. Siguió agitándose y retorciéndose. Algunas garras soltaron su presa, por lo que llegó un momento en el que estuvo casi libre. Pero entonces acudieron algunos de los antropoides más fuertes y le volvieron a derribar. Desde una gran distancia la voz de Mayo le llamaba.

—¡Rick, ven por favor! —decía.

Intentó hacerlo pero no pudo. De repente, un ciclón barrió la masa que se agitaba sobre él, dejando huecos entre las garras que le sujetaban.

Mayo gritó y trató de arrastrarlo hacia ella.

Sacando fuerzas de flaqueza, unas fuerzas que no creía tener, consiguió liberarse. Mayo se metió en el agujero, arrastrando sus pies detrás de su cuerpo. Un antropoide la agarró. Rick le golpeó con sus cadenas y se dejó caer al interior del gusano fósil. Dos de aquellos brutos intentaron seguirlo a través del agujero y se atascaron a la entrada.

Mayo ayudó Rick y ambos comenzaron a avanzar tambaleándose por el interior del gusano.

Caminaban enterrados en el polvo hasta las rodillas. La estructura del intestino había desaparecido; sin embargo, el caparazón exterior se había endurecido. Las nubes de polvo que levantaban al caminar dificultaban la marcha de los antropoides. Rick y Mayo seguían, se encontraban más allá de su aguante físico, pero proseguían su camino, impulsados por una primitiva ansia de supervivencia.

Después de transcurrir un cierto tiempo, tenuemente, le llegaron a Rick señales de que estaba pasando algo.

Con voz espesa dijo:

—Se está cayendo. Noto vibraciones; se está agrietando.

Su situación, rodeados por la oscuridad, era terrible. Polvo asfixiante, ruido de derrumbes, destrucción por todas partes. Trozos de la concha se habían fundido con el barro endurecido, llegando a ser una masa homogénea y, aparentemente, también se estaban hundiendo. Los mineros, desde siempre, han temido los traicioneros estratos intercalados entre la verdadera roca en donde se encuentran las vetas de mineral.

Nuevamente, se oyeron gritos detrás de ellos.

—Cuando llegemos a la cabeza ya no tendremos ningún otro lugar a donde ir.

De repente, Mayo dijo:

—Roca sólida.

La grieta comenzó a formarse sobre sus cabezas extendiéndose hacia adelante. Una masa de tierra y piedras golpeó a Rick en el hombro. Empujó a la joven para que fuera más deprisa. El polvo le rodeaba introduciéndose en sus pulmones. Luego se produjo, en el pequeño espacio que ocupaban, un trueno pavoroso, terrible.

De repente, sus cabezas golpearon el suelo. Cayeron al suelo y comenzaron a arrastrarse. El espacio por el que se movían cada vez era más estrecho, mientras que el polvo era más denso. Mayo gimió con voz ronca. ¡Entonces se rasgó el techo y se produjo un derrumbamiento!

Aquello era un callejón sin salida ...

Varios días más tarde, Hugh St. John se encontraba en la terraza de su apartamento, en uno de los edificios más altos de Kahora, la Ciudad Comercial de Marte. Su rostro joven y sensible, tenía un aspecto sombrío. Mientras fumaba un delgado cigarrillo venusiano, los nervios no le dejaban parar.

Kahora se encontraba separada de Ruh y de la compañía de Fallon por la mitad del planeta. Era de noche. Deimos se desplazaba muy bajo a través de

aquel cielo negro púrpura, por encima de la cúpula de *glasita* que cubría la ciudad, protegiendo a sus políglotas habitantes del medio ambiente de Marte.

Abajo, las calles de Kahora se desplegaban formando una pequeña telaraña de joyas luminosas. A St. John le gustaba escuchar el pulso de la ciudad, que le recordaba un lento latido. Los negocios que se realizaban allí abajo eran siempre los mismos, números con los que jugaban empleados que luego pasaban sus horas de descanso en el Palacio de los Sueños o en los exóticos club nocturnos de la ciudad. En aquella metrópoli incluso el aire era artificial, limpiado cuidadosamente, perfumado y mantenido a una temperatura siempre igual.

Había estado en Vhia^[27], la ciudad comercial de Venus. Aquella ciudad le gustaba más que Kahora. Venus era un planeta joven, fuerte y lleno de lujuria. Incluso la cúpula de *glasita* no había sido capaz de evitar el salvaje golpeteo de las lluvias ni la sensación que producía la cálida jungla que se encontraba justo fuera de la cúpula. También los hombres se encontraban allí atareados, ya que allí se encontraba el corazón y el cerebro de un mundo agresivo. La rivalidad que se mantenía con los venusianos había demostrado ser algo saludable.

Aquí todo era antiguo, pasivo, descolorido, gastado. Incluso el odio de los marcianos por los invasores terrestres, era algo silencioso que no cesaba de supurar en medio de la estéril oscuridad. El flujo de bienes marcianos circulaba por Kahora como la sangre medio coagulada de un hombre muerto en sus tres cuartas partes.

La boca de St. John se torció mostrando una mueca amarga. Lo único que vivía sobre Marte era Ed Fallon y su Compañía, que realmente era su otro yo. Pensó que vivía como una mala bestia, hambrienta, independiente y mortífera.

Finalmente, el robot sirviente identificó y dejó pasar al hombre al que St. John había estado esperando.

—Mak, Mak, ¿has descubierto algo? —Dijo St. John.

Eran Mak negó con su cabeza. Era un marciano, un habitante del Canal Inferior, seguramente de Jekkara; tenía aspecto de ser lo que realmente era, un bandido civilizado. La dudosa fama de su pueblo venía de muy antiguo, de la noche de los tiempos de la historia marciana; podía decirse que su fama era tan antigua como la historia. Era bajo, duro y fibroso; su rostro era moreno y delgado y mostraba una sonrisa amistosa. Sus ojos parecían dos gotas de oro fundido. Llevaba un racimo de pequeñas campanas colgando de la oreja izquierda, y su vestimenta, la túnica blanca que estaba de moda en las Ciudades Comerciales, le daba un aspecto satánico.

—Hugh —dijo con calma—, me temo que no nos quedan muchas esperanzas. Finalmente conseguí ponerme en contacto con Christy, ya que parece ser que había averiguado algo sobre Mayo, estaba muerto de miedo. La mujer y el amigo Rick, se escaparon, sin problemas por una galería abandonada, pero sólo los dioses saben qué les pasó después. Christy dice que enviaron a los monos negros a buscarlos, y sólo regresaron unos pocos. Algunos se encontraban amontonados, con los brazos rotos, como si hubieran sido sorprendidos por un derrumbe. Adivino que los dos fugitivos fueron los que lo causaron.

Encogió sus hombros delgados, mientras St. John se daba la vuelta y se alejaba.

—Hugh, ¿estás enamorado de la mujer? —Eran Mak era uno de los pocos que se podían atrever a realizar esta pregunta. Era el mejor amigo de St. John.

—No lo sé, pienso que no la habría enviado allí si estuviera enamorado de ella. Sin embargo, cuando me enteré de que la habían capturado y su emisora de radio enmudeció de repente, se me heló el corazón —de repente sintió un escalofrío y dijo—: Mak, si está muerta. ¡Yo soy quien la ha matado!

—Ella sabía lo que estaba haciendo —le consoló Mak. St. John volvió a sentir otro escalofrío. Se sentó en el suelo y se tapó la cara con las manos.

Eran Mak cruzó la terraza y se sentó a su lado; las campanillas acompañaron su movimiento con un débil tañido. Se fumó un cigarro en silencio y luego frunció el ceño.

—Esto va a hacer que Fallon sospeche de todo el mundo —dijo. St. John respiró profundamente y dijo:

—Efectivamente. Bien, en tanto pueda, contestaré con evasivas a cualquier cosa que me pregunte. En cualquier caso ¡saqué ventaja de su último proyecto! —Se levantó de golpe y dijo—: No sé cómo vamos a poder proseguir con nuestra tarea sin disponer del dinero de esos miserables.

—No importa, Hugh. Se está levantando una tempestad, una maldita tempestad con muchos truenos. Parece que todo está bajo control, pero una señal aquí, otra allí nos indican que se está preparando un inmenso tornado que puede arrastrarnos a todos y limpiar Marte.

—Si esto ocurre, la última esperanza de este mundo se habrá perdido. He fallado Mak, todo mi plan no ha sido, desde el principio, más que el sueño de un loco.

Apretó la barandilla de la terraza mientras miraba, desde arriba, aquella ciudad que parecía formada por joyas.

—Mak. ¡Piensa lo que les podríamos haber entregado, si nos lo hubieran permitido! La fuerza, las nuevas ideas, los nuevos caminos para viajar. Pero no nos dejaron. Nos dieron con la puerta en las narices; el Gobierno Planetario Marciano^[28] se ha contenido y no nos ha dado una patada que nos mande hasta el espacio, porque no quieren problemas con la Tierra y Venus.

»Únicamente Ed Fallon sabe a dónde va. En pocos años será el amo de todo Marte, y todo por ese maldito mineral que descubrió. Su dinero hace tanto ruido en los oídos del Gobierno que no deja oír las quejas de la gente; éstas quedan ahogadas como el sonido de un silbato en medio de un huracán. En cualquier caso, se siga el camino que se siga, Marte morirá.

Golpeó con fuerza la barandilla con la mano y comenzó a pasear.

—Mi única oportunidad de librarme de Fallon fracasó cuando Mayo fue capturada antes de que consiguiera pruebas de lo que él y Storm están haciendo. Si las hubiera obtenido, habría ido a la Autoridad Interplanetaria de Coordinación y su Comisión de Relaciones Laborales podría haber iniciado una investigación. ¡Pero ahora es demasiado tarde!

Se sentó de nuevo.

Eran Mak, con la punta de su dedo hizo que las pequeñas campanas tañeran, luego le contestó:

—¿Sabes lo que pienso? Creo que esta misión necesita un hombre con más valor que tú, o yo o cualquiera de nosotros. Se necesitaría un gran hombre, uno de los más grandes hombres de la historia de los tres mundos para unificar Marte, todos sus pequeños estados, desde Jekkara hasta el Polo, para que salgamos de nuestras pequeñas ciudades, en las que nos resguardamos como si fueran conchas y nos sentemos sobre el polvo y empleemos nuestras memorias para enfrentarnos al futuro. Si podemos encontrar un Goliat así, todavía tendríamos alguna esperanza.

—Es como si le pidieras a Fobos que equilibrara las campanillas que cuelgan de tu oreja —St. John se echó para atrás y cerró los ojos. Se sentía increíblemente cansado y amargado. Con una ligera sonrisa añadió—: Además, si encontráramos un Goliat, alguien podría encontrar un David que nos lo matara.

CAPÍTULO V

Notaba el aire fresco a la vez que sentía dolor y percibía una oscuridad teñida de un ligero brillo verdoso. Rick se removió.

Después de un periodo de tiempo que le pareció interminable pudo ponerse de rodillas sujetándose con las manos, mientras el polvo le hacía toser. Detrás de él, a unos tres pies se encontraba una masa sólida que le cortaba el paso en esa dirección. La luz de las lunas se filtraba a través de una grieta irregular, que se encontraba delante de donde se encontraba.

A la luz de las lunas pudo ver el rostro de Mayo, rígido y blanco, como si fuera de piedra.

Colocó su mano sobre la garganta de la mujer; estaba caliente y percibió el latido del corazón. Este descubrimiento le llenó de satisfacción y alivio.

Le habló a Mayo y ella le respondió con un suave gemido. Esto fue todo.

Rick se arrastró hasta más allá de donde se encontraba la mujer y comenzó a empujar contra la masa que le impedía el paso. Aquello estaba podrido y medio deshecho por las sacudidas y deslizamientos que había sufrido. Finalmente, el agujero fue lo suficientemente grande como para que pasaran por él.

Se preguntó por qué la cabeza del gusano fósil no había desaparecido junto con el resto del mismo. Ahora, la luz de las lunas era suficiente como para que pudieran ver lo cerca que habían estado de morir. Vio que la superficie superior casi tocaba su rostro.

En ese momento comprendió lo que había sucedido. El extremo del gusano que se encargaba de cavar se encontraba recubierto de una coraza tan dura como la punta de una taladradora, tan resistente como un arco de granito.

Rick se dio una palmada en la frente y sonrió. Luego se arrastró hacia atrás, arrastrando el cuerpo sin sentido de Mayo.

Finalmente llegó a la parte superior de un acantilado que se estaba desmoronando. El gusano había muerto cuando su cabeza se encontraba a menos de dos pies del agua libre. Ahora ya no había agua, sólo un viento que soplaba sin rumbo y un laberinto de sombras que se deslizaban bajo las lunas que se desplazaban por el cielo. Llenándolo todo se encontraba el aroma seco de la tierra muerta.

Al pie del acantilado se encontraba una ladera, también medio derrumbada, cubierta de musgo gris-verdoso; más allá comenzaba el desierto.

Éste se extendía hasta donde alcanzaba la vista de Rick, formando ondas blanquecinas de arena que bajo el viento y la sombra de las lunas se extendían como si fueran olas.

Al otro lado del desierto, allá a lo lejos, se encontraba una ciudad.

La ciudad yacía en el fondo de un mar muerto, elevando sus torres hacia el cielo, recordando el gesto de la plegaria de un alma afligida. Incluso mientras Rick la observaba, la ciudad, oscurecida por un velo de polvo que soplaba, parpadeó como si fuera un sueño del final de la noche.

Era la única cosa de todo aquel paisaje que sugería la presencia humana. Rick se colocó rígidamente sobre sus pies. Le dolía todo el cuerpo, pero debería llevar a cabo su tarea. Comenzó a descender por el acantilado, unas veces deslizándose y otras rodando y siempre arrastrando a la joven que seguía inconsciente. Las cadenas que colgaban de sus grilletes producían un ruido metálico al chocar contra la roca.

Cogió a Mayo entre sus brazos. Su garganta y sus brazos, a la luz de las lunas, eran tan blancos como la espuma. La espesa mata negra de su pelo, se extendía sobre la piel de Rick. Los dos estaban medio desnudos, llenos de polvo y manchados de sangre.

Caminó sobre la arena, colocando, obstinadamente, un pie tras otro. La cadena que no dejaba de oscilar, tañía en medio del silencio como si se tratara de una campana rota.

Ya se encontraba cerca de la ciudad cuando aparecieron los pequeños seres alados^[29]. Rick recordó haber escuchado leyendas sobre ellos. Al igual que los antropoides, se trataba de los restos de una raza increíblemente antigua, poderosa en un tiempo y luego reducida a un puñado de ciudades casi abandonadas, perdidas en medio de las arenas. Ciudades que una vez habían sido reinos situados en islas en medio del mar azul.

Los seres alados partieron desde las torres blancas, que se perfilaban frente a las pequeñas y veloces lunas. Se veían ligeros e indescriptiblemente hermosos, sus alas brillaban iluminadas por suaves fuegos secretos, que recordaban ópalos envueltos en la niebla. Se amontonaron alrededor de Rick, que seguía avanzando tercamente aunque no cesaba de tropezar, y le siguieron. Se movían en medio del viento, como si fueran pétalos de alguna enorme flor, sin hacer el menor sonido. Rick podía ver sus ojos, brillando con una ligera fosforescencia.

Finalmente, una muralla de mármol apareció ante Rick y le hizo detenerse.

Depositó cuidadosamente a la joven sobre la arena y se dio la vuelta. No tenía ninguna idea sobre qué hacer a continuación. Aquellas delicadas criaturas revoloteaban por en medio de la arena arrastrada por el viento. Tenían el cuerpo humano, si bien éste era más delgado y gracioso que el de los humanos que él conocía. Llevaban cortos faldellines. Pudo ver tanto hombres como mujeres. Su piel se encontraba cubierta con una fina pelambreira sedosa, casi como si fuera el plumón de un ave. Su altura no sobrepasaba los cuatro pies.

Uno de los hombres aterrizó cerca de donde se encontraba. Su rostro hermoso y pequeño no manifestaba ni amistad ni enemistad. Con una voz clara y suave dijo:

—Tú eres Rick, —luego sacó un tubo^[30] que llevaba en su cinturón y disparó.

Rick se notó caer envuelto en la más completa oscuridad. La última imagen de la que fue consciente no fue la de un hombre con un tubo, sino la de una mujercita, adelantada sobre la verdosa luz de las lunas, como la Victoria Alada de Samotracia, observándole con sus enormes ojos fijos en él.

De lo que más se acordó fue de los ojos.

Yacía confortablemente acostado sobre su espalda en una pila de pieles y sedas. Descansaba sin notar ningún dolor, salvo por una ligera rigidez. Sus manos seguían encadenadas.

La mujercita se encontraba sentada a su lado; su cuerpo menudo brillaba como si fuera de oro pulido en medio de un chorro de luz del sol que provenía de una enorme ventana terminada en arco que se abría en la parte alta de la pared. Una segunda ojeada le dijo a Rick que ella era poco más que una niña, con toda la belleza que aparece cuando se acaba de franquear el umbral de la infancia. Su mano se encontraba reposando, pequeña y cálida sobre el pecho desnudo de Rick.

—Veo que estás vivo, eres fuerte —dijo la mujercita.

Rick rio y se sentó:

—¿Cómo te llamas?

—Kyra.

El hombre la estrechó la mano con seriedad. Era como la mano de una muñeca. Alguién que se encontraba cerca se removió y bostezó. Kyra dijo:

—Tu esposa se está despertando —sus palabras eran en Alto marciano puro, un poco difícil de seguir por Rick.

—¿Esposa? —el terrestre negó con la cabeza y dijo—: No, simplemente es una chica magnífica que ha estado a punto de morir a mi lado —se puso en

pie. Mayo estaba sentada sobre un segundo montón de pieles y telas brillantes. La joven sonrió. Miró a Kyra y dijo:

—Hola Rick; por amor de Dios, dime dónde estamos y cómo hemos llegado hasta aquí.

Rick le dijo lo que sabía, luego Kyra le explicó:

—La ciudad se llama Caer Hebra; siempre, desde que el mundo existe, hemos vivido aquí. En otro tiempo fuimos muy numerosos.

Rick miró a su alrededor. Pudo ver una especie de terraza en cuyo pavimento se encontraban incrustadas piedras coloreadas. Rick no tenía nombres para ellas. Su estructura tenía un curioso aspecto de infinitud, sin que se pudiera determinar ni principio ni fin. Si se miraba durante suficiente tiempo aquella estructura de piedras coloreadas se empezaban a ver cosas extrañas. Encima de ellos se cernía el tejado que formaba un puro arco de mármol vetado.

Sólo se podía ver una gran ventana. En las paredes había bajorelieves que parecían vivos, casi respiraban. Mostraban hombres y mujeres como Kyra, sólo que tan grandes como Rick y Mayo. En los cuadros había árboles, pájaros y animales y en uno de ellos un mar en el que podían verse barcos.

Rick también se dio cuenta de que había una barandilla baja y tallada y en su centro podían verse escalones. Eran lo bastante anchos como para que por ellos pudiera marchar un ejército; descendían majestuosamente hacia las sombras azuladas que terminaban en un lecho de ¡arena!

La arena llenaba el gran salón que podía verse debajo, fluía alrededor de las cinturas de las estatuas que se encontraban allí, dejando ver aquí y allá una mano que suplicaba impotente o una cabeza medio pulida por el paso del tiempo, allí donde la estatua había sido derribada. La arena penetraba por la ventana superior bajando por los escalones.

Rick se percató de un peculiar crujido, que parecía el respirar de un gigante dormido, se trataba del eterno frotar de la arena del desierto contra las murallas exteriores.

—Hay muchos niveles por debajo de este —dijo Kyra—. Cuando mi padre era niño jugaba aquí y, entonces, no había arena —miró hacia arriba a la ventana. Un penacho de plumas penetró por ella y se depositó sobre la terraza. Rick sufrió un escalofrío.

Finalmente comprendió que él y Mayo habían sido lavados y tratados con ungüentos. Kyra depositó alimentos delante de ellos, trayéndolos desde una mesa que se encontraba al lado de una masiva puerta de bronce.

Comenzaron su comida.

Mientras lo hacían, Rick preguntó:

—¿Qué ha pasado, Kyra? Recuerdo que uno de los tuyos me atacó con un arma de rayos ¿Cómo sabía mi nombre?

Kyra se lo explicó y el rostro de Rick se puso rígido.

El terrestre dijo:

—Una deuda de sangre. ¡Caramba! Si piensan que voy a dejar que me sacrifiquen están muy equivocados.

Los luminosos ojos de Kyra brillaban a causa de sus lágrimas, dijo:

—Mi pueblo vendrá al oscurecer para llevarte de vuelta a Ruh, —luego con un susurro añadió—: Allí te matarán. ¡A ti, que tienes esa gran alegría de vivir! —De repente le cogió las manos y apretó su pequeño cuerpo contra el del terrestre—. Les he oído hablar. Conozco la profecía que trata sobre tu sombra extendida sobre Marte. Te odian y te temen —sus siguientes palabras, que brotaron de sus labios formando un torrente, fueron prácticamente ahogadas por las lágrimas y la ansiedad—. Creo que tú le traes la vida a Marte en vez de la muerte... llevas vida dentro de ti, mucha vida y nosotros estamos muriendo. ¡Rick, no dejes que te maten!

El terrestre sonrió y acarició el suave pelaje, semejante al plumón de Kyra y le dijo:

—Es mejor que tu gente no te oiga hablar así. ¿Saben que estás aquí?

—No, Rick.

Kyra le miró. Rick se agachó y la besó en sus pequeños labios temblorosos; inmediatamente ella se apartó del terrestre. Por primera vez se sentía avergonzada, extendió sus alas y se lanzó siguiendo los rayos del sol, al poco tiempo desapareció de la vista del terrestre.

Rick se sentó, pensando que no podía hacer nada y miró a Mayo. En sus ojos castaños había lágrimas.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Rick.

—Rick, no sé a qué profecía se refieren.

Le contó a Mayo el asunto de la vidente.

—Yo no quería matarla, pero me volvió loco, además de que intentó acuchillarme —echó su cabeza hacia atrás, de forma que Mayo pudiera ver el corte medio curado que tenía en su garganta.

La joven no dijo nada. Se sentó dirigiéndole una mirada atenta y sin embargo distante que, finalmente, hizo que Rick cambiara de posición.

Lo que le hizo moverse no fue tanto su mirada como la visión de su pelo que parecía como encendido por la luz del sol y su piel recordaba a la niebla

venusiana al amanecer, como una perla luminosa enrojecida por el calor sofocante. Un músculo comenzó a contraerse en su mejilla.

Mayo se levantó, colocó sus manos sobre los brazos de él y le estudió.

—La anciana tenía razón, —dijo la joven—, y Kyra tiene razón. Rick, en ti hay fuerza, se encuentra dormida pero está en ti. Hasta ahora has desperdiciado tu vida, ¿a qué sí?

—Yo más bien diría que he disfrutado de ella.

—Pero no has construido nada duradero, no has ido a ninguna parte. Rick ¿has llegado a pensar que haya algo de cierto en la profecía?

El hombre rio y dijo:

—Eso estaría bien. ¡Menudo libertador sería!

Mayo, sin levantar la voz dijo:

—Pues pienso que podrías ser uno muy bueno.

Durante un tiempo bastante largo, Rick no se movió, ni aun respiró. Luego la cogió entre sus brazos y la besó. Finalmente se separaron. Ella le dijo entonces:

—Rick, debemos hablar. No nos queda mucho tiempo y ¡hay algo que debemos hacer!

—No hay nada que hacer nena. Quizá más tarde tengamos una oportunidad. Pero justo ahora, salvo a no ser que nos salgan alas, como a estos chicos, tendremos que esperar. En cualquier caso, no tienen nada contra ti. Estás limpia.

Mayo se revolvió impaciente en medio de la piel blanca sobre la que estaba tendida y le contestó:

—No me digas esto. Escucha Rick, antes en el túnel me dijiste que querías expulsar a Fallon y a su banda de Marte.

Rick asintió con la cabeza.

La joven le preguntó:

—¿Entonces te unirás a nosotros, a St. John y a mí? Rick, el que te unas a nosotros es la única esperanza que le queda a Marte. Quizá tú seas la única persona que puede conseguir nuestros objetivos. Aquella anciana no hablaba como una histérica, como una vulgar adivina. Lo que ella decía tenía sentido. La concepción del futuro^[31] como un conjunto de mundos que se bifurcan como un abanico está establecida también en la Tierra. Muchos científicos la aceptan como una teoría consistente.

Mayo se levantó. Tenía el rostro enrojecido y estaba muy nerviosa, apretó el brazo de Rick con fuerza, hasta hacerle daño.

—¡Rick, toma las riendas de tu futuro! ¡Moldéalo, constrúyelo, haz que sea algo grande, algo inmenso que los hombres recuerden mientras tengan un resto memoria!

Rick miró a Mayo, a su través y más allá de donde se encontraba. Comenzó a temblar.

Se levantó de golpe y comenzó a pasear por la terraza mientras susurraba:
—Mi sombra, mi sombra sobre Marte.

Mayo se enderezó poco a poco, sin dejar de observarle. Su rostro adoptó una extraña expresión en la que se reflejaba un cierto miedo indefinido. Rick se detuvo y le habló a la mujer, no como a una persona sino como si simplemente fuera un punto al que dirigir sus palabras:

—¿Por qué no? Maldita sea, ¿por qué no? —De repente, el fuego llenó su alma y su resplandor se extendió por todo su cuerpo, bañado por la luz del sol, parecía el legendario Talos^[32], recién salido de las forjas. Repitió—: ¿Por qué no? Fallon, St. John, Storm, ¿por qué no yo? Tomaré las riendas de mi futuro. Seguro. De mi futuro y de un mundo. Todo un inmenso mundo está esperando para que alguien lo tome. La mano de alguien lo cojerá. ¡Por qué no ha de ser la mía!

Silencio bajo la bóveda de mármol en la que todavía se podían escuchar los ecos del discurso pronunciado.

—¡Rick! —susurró Mayo.

El terrestre solo pudo verla a medias; con lentitud, le dijo:

—Sabes quién soy. Richard Gunn Urquhart —lo pronunció como si su nombre tuviera un tremendo significado cabalístico—. Nunca lo comprendí antes. Creo que nunca llegué a percatarme de que estaba vivo.

Echó su cabeza hacia atrás y rio.

Silencio, seguía oyéndose el eco. La luz del sol iba desapareciendo de la ventana. Mayo se sentó sobre el montón de pieles y sedas brillantes y se quedó quieta.

Rick se arrodilló a su lado y la tomó en sus brazos.

—Bien, iremos juntos, —dijo—. Eres la mujer que necesito, una mujer fuerte que vaya a mi lado como si fuera una espada. ¡Mayo, iremos juntos! ¡Te regalaré Marte para que lo lleves colgando de una cadena alrededor de tu cuello!

La besó; los labios de la joven eran fríos y no le respondieron. Había amargura en ellos, el sabor de las lágrimas.

La empujó un poco hacia atrás y la notó repentinamente fría:

—¿Qué te pasa?

Ella le miró. Las lágrimas brotaron de sus ojos y bajaron por sus mejillas, brillando pálidamente a la luz del atardecer. Mayo no sollozó, sentía una emoción demasiado profunda para expresarla con sollozos.

—Te amo, Rick —dijo.

—Lo sé y yo a ti.

—No, Rick tú no me amas, no me amas en el sentido que yo te quiero. Parte de ti ha despertado: tu fuerza; es lo que vio la vieja bruja y se asustó; fue esa parte tuya que dormía, pero tu fuerza no tiene conciencia.

Sus párpados se entornaron.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que, como ha dicho Kyra, eres el hombre que necesitamos. Un hombre fuerte, que traerá la vida a un mundo moribundo. Pero tú no sabes ni de lo que estamos hablando. Rick, tú traerás muerte y destrucción ... si llegas a vivir lo suficiente.

El hombre se soltó lentamente de Mayo y permaneció en pie.

—No lo haré. ¿Verdad que tú me quieres para conseguir Marte?

—Te quiero para salvar a Marte. Para construir, restaurar y crear.

—¿No te he dicho que no cuentes conmigo?

—Pero lo harás.

Rick intentó mantener la mirada de la joven y como no lo consiguió, volvió la cabeza, enfadado.

—¡Vale, pero dame tiempo! Todavía no he empezado a pensar sobre este asunto.

—¿Le darás a Hugh la oportunidad de trabajar en este proyecto como siempre ha soñado en hacerlo?

Se volvió hacia ella, lanzándole una mirada tan horrible que daba miedo, y le dijo:

—Escucha, Mayo, yo nunca he sido el lacayo de nadie. No te voy a hacer ninguna promesa ni ninguna suposición. No sé cómo van a evolucionar las cosas. Pero, en cualquier caso, lo que construya lo construiré a mi manera, siguiendo mis planes —furioso, lanzó un juramento y luego se arrepintió, prosiguiendo—. ¡Quizá no debiera haber dicho esto delante de una dama! Por primera vez, he comprendido que se me ha presentado una oportunidad. Después de pasarme toda una vida limpiándole los zapatos a los que estaban por encima de mí, veo que puedo llegar un poco más arriba que cualquier otro ¡Y lo único que se te ocurre es atarme las manos y cerrar las puertas indicándome que tengo que obedecer a ese Hugh!

Se dirigió a la barandilla y comenzó a mirar ceñudo la arena que tenía debajo. Luego volvió al interior.

—De acuerdo, no te engañaré. Todo esto es una buena idea que acabo de tener, aunque la verdad es que llevo dándole vueltas desde que la vieja bruja me dijo lo de la sombra. Me importan un comino Marte, los marcianos, o Hugh St. John; el único que me importa es Richard Gunn Urquhart, y está bien que sea el único que me importe, porque yo no le importo, ni le he importado, a nadie. Hay dos cosas que deseo: pagarle a Storm y Fallon lo que les debo y con la misma moneda que ellos usaron conmigo e intentar hacerme un mundo aparte en el que nadie pueda manipularme. ¿Lo has entendido?

Ella asintió:

—Sí, Rick, lo he entendido.

El hombre la observó en silencio y luego rio.

—¡Es una tontería discutir sobre esto cuando puedo estar muerto dentro de un par de días! —Se dejó caer junto a la joven y del dijo—: Mira, Mayo, nos hemos encontrado el uno al otro; a partir de ahora los dos nos pertenecemos siempre el uno al otro, porque dos personas no pueden pasar juntas las pruebas que hemos soportado sin fundirse entre sí, siendo cada uno una parte del otro. Pero todavía hay más cosas que nos unen, aunque aún no nos conocemos y seguro que hay montones de cosas en las que no estamos de acuerdo; sin embargo, de alguna forma, hemos conectado el uno con el otro y eso es lo más importante. Nunca sentí por nadie más lo que ahora siento por ti. Es como si una parte de mí que había estado perdida recuperará repentinamente su posición —la miró con una especie de admiración que no dejaba de ser cómica y dijo—: ¡Hey! ¿Sabes que eres la primera dama a la que le he hablado así? A cualquier otro, hombre o mujer que me hubiera hablado como tú lo has hecho le hubiera dado una bofetada.

De repente Mayo se rio, era una risa nerviosa que terminó con un sollozo.

Puso los brazos alrededor de Rick y le dijo:

—No eres más que un niño, nunca crecerás, —hizo que Rick inclinara la cabeza y le dijo con un susurro—: Quizá tengas un alma en alguna parte. Quizá lo que necesitas es amor para despertarla.

Sus labios se encontraron. Luego, en medio de un silencio tenebroso, pudo oírse el crujido de las puertas de bronce que se abrían.

CAPÍTULO VI

Allá arriba, en el cielo estrellado, las dos pequeñas y veloces lunas parecían muy cercanas, pavorosamente cercanas. El viento cortaba como un cuchillo. Rick yacía inmóvil en una plataforma cerrada formada por bandas anchas de tejido. Cuatro pares de alas batían sin cesar, arrastrándola mediante cuatro resistentes sogas.

A su derecha, Mayo McCall se encontraba en una plataforma semejante, transportada por otros cuatro hombrecitos de Caer Hebra.

Allá abajo, a lo lejos, el paisaje de Marte se deslizaba silenciosamente. Podían verse extensiones de arena que se extendían hasta el infinito, fluyendo bajo el viento incesante. También podían verse sombras, cadenas de cimas de montañas, gastados por el paso de incontables milenios y los desolados fondos de los mares muertos. Aquí y allí brillaba bajo las lunas una ciudad de mármol, semejante al rostro de una mujer muerta, medio oculta por las enredaderas y la vegetación que avanzaba tímidamente.

Finalmente, en uno de los extremos del paisaje, Rick vio el fuerte brillo de la Compañía de Explotaciones Terranas que no dejaba de expandirse. Los hombres alados comenzaron a descender, trazando un arco alargado, al cabo de un tiempo las torres de Ruh se alzaron oscuras frente al cielo de la noche.

Puntiagudos dedos de piedra que se alzaban como si intentaran agarrarlos. El corazón de Rick latía en su garganta. Luces difuminadas y sombras se alternaban tras ellos. Monstruos grabados en piedra arañaron su cuerpo y finalmente, sin más que una ligera sacudida, se encontró tendido sobre una amplia terraza, con Mayo a su lado. Guerreros vestidos con faldellines, con las espadas desenvainadas se ocultaban entre las sombras. Los hombres de Caer Hebra plegaron sus alas e hicieron una reverencia con el aspecto de quienes hacen una muestra de consideración, no de servilismo.

El hombre al que le habían hecho los honores era delgado y vigoroso, vestido con el cuero gastado de un soldado raso. Era un hombre con rostro de lobo, con unos ojos que atrapaban la luz de las lunas para resplandecer llenos de puntos brillantes de verde.

—Desatadle los pies —dijo.

Lanzó sobre Mayo una mirada que la recorrió lentamente, haciendo que se pusiera colorada, luego la dirigió a Rick. Observó cómo el terrestre se ponía de pie y sus manos encadenadas fueron sujetadas delante de él.

Rick esperó sin decir palabra. Sus ojos tenían la misma mirada, lejana y mortal, que un tigre cautivo.

Después de un largo periodo de tiempo, el hombre delgado rio suavemente y asintió con la cabeza. Dijo, como si le hablara a un igual:

—Soy Beudach, mi señor espera.

Hizo una reverencia ceremoniosa a los hombres de Caer Hebra e indicó que marcharan delante. Los guardias se aproximaron. Mayo se colocó junto a Rick. Sus manos estaban atadas pero pudieron tocarse con los codos.

Siguieron a Beudach hasta la torre. Nadie se percató de que una sombra se deslizaba ante la luz de las lunas sostenida, en silencio, por ligeras alas. Se trataba de una pequeña sombra que se abalanzó sobre una gárgola de piedra y se aferró a ella temblando, oculta por aquella terrible oscuridad.

Allá abajo, a lo lejos, en las calles desiertas de Ruh, un hombre caminaba sin descanso. Se trataba de un hombre enorme vestido de negro, los tacones de cuyas botas golpeaban con fuerza las gastadas piedras, produciendo un ritmo desigual. Caminaba solo. Los hombres le observaban desde detrás de las ventanas cerradas, pero nadie se movió para tocarle. Las pulidas culatas de dos desintegradores brillaban a ambos lados de sus delgadas caderas. Su camino no parecía tener destino, su expresión parecía extrañamente lejana.

De repente, se detuvo. Lentamente alzó su cabeza, girándola ligeramente, como si fuera un sabueso rastreando.

Sus ojos oscuros se alzaron hacia las torres de la Ciudad del Rey. La luz de las lunas gemelas le iluminó, tiñendo su piel de un color verde fosforescente. Luego sonrió y rápidamente, cojeando, se dirigió hacia la muralla de la ciudad.

El salón del trono brillaba por el resplandor de las antorchas colocadas, de forma extravagante, detrás de los postigos de bronce de las ventanas. El humo se acumulaba debajo del techo abovedado y adornado, formando una neblina azul. A través del mismo se podían ver banderas de colores mortecinos y escudos cuyo lustre estaba empañado, pero aún eran capaces de reflejar la luz de las antorchas, lanzando destellos de rojo mate, púrpura y oro.

Doce hombres se sentaban alrededor de una mesa de color rojo sangre; eran los caudillos de las doce ciudades estado más importantes, que reconocían la autoridad de Ruh. El joven rey Haral estaba sentado en su trono y su madre, morena y consumida, se sentaba a su izquierda, observándoles presa de una rabia amarga.

El salón estaba silencioso cuando Beudach penetró en él, acompañado de invitados, guardias y prisioneros. Sin embargo Rick, observando aquellos

rostros orgullosos y taciturnos, se percató de que un instante antes allí había habido problemas —los ánimos exaltados, las palabras correspondientes a estos estados de ánimo, el odio, la envidia— todo esto había estado presente en aquel salón. Estaban luchando entre sí antes de luchar la última batalla por Marte.

Beudach ocupó su puesto a la derecha de Haral. Los hombres de Caer Hebra se inclinaron y luego se colocaron en los lugares que les habían asignado alrededor de la tabla. A Rick y Mayo los dejaron solos frente al trono, los guardias se retiraron a algún lugar tras ellos.

Desde un lugar en el que las sombras eran particularmente espesas, junto a los pies de Haral, les llegó un suspiro profundo, como el silbido de una serpiente. El enano Llaw, salió sonriendo a la luz de las antorchas.

Rick se enfrentó a todos ellos, en pie y distendido, con su codo tocaba a Mayo. Su rostro, como si estuviera tallado en piedra, parecía inexpresivo.

La tensión la guardaba en su interior.

—¿Sabes por qué estás aquí? —Le preguntó Haral.

—Sí, lo sé.

El joven rey se puso en pie. Temblaba con la excitación.

—¡Guerreros! —Gritó—. ¡Guerreros de Marte! Aquí está el terrestre de la profecía. Sólo mediante él, pueden los invasores conseguir el dominio sobre nuestro mundo.

Alzó su mano. El gesto resultaba teatral. Podría haber sido divertido. Pero no lo era. Rick, con una admiración que sentía muy a su pesar, comprendió que aquel joven rebosaba dignidad.

La voz de Haral resonó como si fuera una trompeta de bronce:

—¡Miradle, hombres de Marte! Esta noche nos encontramos en los cruces de caminos, mañana estaremos en las grandes calzadas que nos conducen directamente a la victoria ¡Libertad para Marte!

Sonó un grito e inmediatamente después Parras el adivino salió de entre las sombras que se encontraban detrás del trono.

—Señor, —dijo—, debo repetírtelo otra vez. He proyectado mi mente al futuro y he visto un tercer camino. Señor, se trata de un camino oscuro, que se encuentra delante, no lejos de aquí. Sólo se me ocurre decirte ¡Date prisa en hacer lo que tengas que hacer!

Haral rio. Era joven, muy joven.

—Parras, ¡esta noche hemos agarrado al destino por la garganta! —Se dio la vuelta dirigiéndose hacia el enano—: Llaw, la deuda te pertenece según lo

que establece el derecho de la sangre, puedes escoger la forma en que te la cobrarás. Ahí está el terrestre, ¡asegúrate de que cobras la deuda!

El enano saltó silenciosamente al suelo desde la tarima, con la gracia mortífera de un gato saltando.

—¡Espera un momento! —dijo Rick.

Los ojos de lobo de Rick parpadearon con desagrado. Haral, asombrado, miró a Rick. Luego el joven rey le preguntó:

—¿Vas a suplicar por tu vida?

—Esto te llenaría de satisfacción ¿a que sí? —Rio Rick—. Pues no, no voy a suplicar por mi vida —dirigió su cabeza a Mayo y dijo—: Te ruego no hagas daño a la joven.

Haral frunció el entrecejo, parecía que hasta ese momento no se hubiera percatado de que tenía a la mujer delante.

—Quiero que se la libere sin que sufra ningún daño —prosiguió Rick—. No tienes nada contra ella.

En ese momento, Beudach no parecía disgustado; por el contrario, se le veía feliz.

—Señor, —dijo Llaw—, es su pareja.

Rick no le hizo caso y dijo:

—Nos conocimos en un lugar lleno de peligros y conseguimos salir de allí juntos. La mujer apenas me conoce —no la miró pero esperó que ella no se pusiera colorada, lo que habría delatado su relación.

—Ahora eso no tiene importancia —repuso Haral—. ¡Llaw!

Rick abrió la boca con rabia, Llaw hizo un gesto y los guardias se acercaron hacia ellos. Rick apretó los dientes dejándolos a la vista y empujó discretamente a Mayo para que se apartara a un lado.

Con la cadena que llevaba sujeta a sus grilletes derribó a los tres soldados y con sus pies a otros dos. Finalmente, alguien le golpeó con la hoja plana de una espada en la mejilla. Aun sintió otros dos golpes más antes de que la oscuridad se cerrara sobre él. Antes de perder la conciencia pudo ver el rostro de Beudach; estaba mirando a Llaw con una expresión de disgusto.

Cuando Rick recuperó de nuevo el conocimiento pudo ver bandas irregulares de color carmesí sobre un fondo negro. Latían de forma extrañamente regular. En algún lugar lejano, una mujer gritaba. No era un grito de terror o histeria. Era el sonido de un animal furioso que arañaba en su encierro.

Rick abrió los ojos.

Cortinas rojas oscilantes ocultaban el salón del trono. Detrás de ellas se percibía movimiento, un movimiento que era distante e irreal. El chillido le llegó desde detrás de las cortinas, también oyó, al parecer desde muy cerca, un repetido golpear de martillos sobre metal.

Finalmente se dio cuenta de que aquellas cortinas rojas eran el reflejo de su dolor, un dolor tan intenso que hasta lo podía ver.

Le pareció que estaba en un lugar alto, muy alto, mirando desde allí un neblinoso mar carmesí.

El chillido cesó.

Durante un tiempo se volvió a encontrar sumergido en medio de la oscuridad. Cuando la oscuridad se aclaró pudo oír únicamente una especie de murmullo cargado de inquietud. El dolor se había movido, ya no se encontraba en su mente sino que había quedado libre en toda la dimensión de su cuerpo, su mente estaba al tanto del dolor pero parecía desconectada del mismo. De nuevo abrió los ojos.

Su cabeza colgaba hacia adelante. Pudo ver su propio cuerpo erguido, que había sido desnudado y se encontraba manchado de sangre, brillante por el sudor, como si fuera bronce pulido. Sus pies descansaban sobre una viga ornamental, de madera azul oscurecida por el tiempo, colocada transversalmente y que parecía estar a punto de quebrarse por su antigüedad. Las empuñaduras de dos pesadas dagas sobresalían de sus pies. Las dagas brillaban a la luz de las antorchas. Eran muy brillantes.

Lejos, allá abajo, podía ver el suelo de piedra.

Giró la cabeza lentamente. La sentía dolorida y moverla le llevó mucho tiempo. Vio su brazo izquierdo extendido por delante de la pared. Los dedos de su mano se encontraban flexionados, sin fuerza, alrededor del puño de una tercera daga, que le taladraba la palma de la mano y se clavaba en la ranura que formaban dos bloques de piedra contiguos.

Sin necesidad de mirar, se dio cuenta que la otra mano se encontraría igual. De nuevo dejó abatirse su cabeza sobre su pecho.

Mayo estaba arrodillada sobre las losas de piedra. Su rostro estaba vuelto hacia él, Rick le sonrió.

Llaw, el enano contrahecho, abrazaba sus rodillas, casi adoptando la posición de alguien que estuviera rezando. Estaba solo. Su mirada se fijó en Rick, sin pestañear, como si lo fuera a quemar con su profundo brillo de locura.

Detrás, algo retirados, se sentaban los doce caudillos y los guerreros de Caer Hebra alrededor de una mesa de color rojo sangre, bebiendo y hablando

en voz baja sin mantener el hilo de la conversación. Evitaban mirarse a los ojos y tampoco miraban hacia arriba. Haral parecía hundido en su trono, mirando fijamente una alfombra tejida con pelo de virgen. Su rostro estaba blanco, con un tono enfermizo. A su lado la reina madre permanecía sentada sin moverse, observando al hombre crucificado en la pared. Para ella no era humano, ni siquiera era digno de despertar la simpatía que habría despertado un animal. Era un terrestre.

Beudach se levantó del estrado de golpe. Su rostro reflejaba una fría furia y su mano apretaba el puño de su daga.

—¡Por los dioses de mi pueblo! ¿No basta ya? —Maldijo con fuerza.

Llaw sonrió ligeramente. No se movió. Parras habló desde las sombras.

—Señor, te lo ruego, termina con esto —dijo.

Haral levantó la cabeza teniendo cuidado de no mirar a Rick.

—¿Llaw? —dijo.

—Por el derecho de sangre, yo soy quien tiene que decidir cuándo y cómo terminará esto —anunció Llaw con suavidad.

Haral volvió a dejarse caer sobre su trono.

Beudach miró hacia arriba. Su mirada se encontró con los ojos color ámbar oscuro de Rick. Lentamente, el silencio se fue extendiendo por el salón, de forma que el sonido producido por las gotas de sangre al golpear el suelo se pudo oír claramente.

—Estoy avergonzado —dijo Beudach—. Estoy avergonzado por la forma en que actúa mi pueblo.

De repente se giró, se dirigió hacia adelante, colocó un pie debajo de la barbilla de Llaw y de una patada lo dejó extendido en el suelo. Luego empuñó su daga. Mientras se preparaba para arrojar el cuchillo, lanzó un grito diciendo:

—¡Con derecho de sangre o sin él el terrestre no merece morir!

Llaw maulló como un gato enloquecido y se arrojó contra Beudach con una velocidad increíble. Beudach se tambaleó y no pudo lanzar la daga como pensaba. El cuchillo cayó dando vueltas mientras brillaba a la luz de las antorchas, golpeó de plano y cayó al suelo produciendo un sonido metálico. Beudach gritó y colocó sus manos alrededor del cuello de Llaw.

De repente, en los salones abovedados que se encontraban al otro lado de las puertas de bronce, un hombre gritó y como si este grito fuera la señal, estalló una tempestad de ruido y furia.

Todos los hombres que se encontraban en la sala del trono se pusieron en pie. Nadie habló. Los aceros brillaron al salir de sus fundas. Beudach levantó

su cabeza, entre sus piernas abiertas podían verse los talones del enano que golpeaban el suelo dejando oír un redoble fúnebre que se fue extinguiendo. Finalmente quedó en silencio.

Beudach dejó caer el cuerpo sin ni siquiera mirarlo. Fue a donde se encontraba Haral empuñando la espada que había pendido de su hombro.

Ahora Mayo se había puesto de pie, apretándose contra la pared. Levantando sus manos, que se encontraban atadas, pudo alcanzar los pies de Rick, pero no las empuñaduras de las dagas. Miró la cara del hombre, intentó hablar pero ningún sonido salió de su boca. El sudor y la sangre del hombre caían, con un brillo rojizo, sobre la piel blanca de Mayo. Con dificultad, los labios de Rick comenzaron a formar palabras:

—Te quiero, —luego sonrió. En ese momento las puertas de bronce se rompieron y Jaffa Storm apareció allí, en pie al frente de sus venusianos y con los negros antropoides apelotonándose detrás de ellos.

CAPÍTULO VII

Plenamente consciente, Rick observó la escena desde lo alto de la pared. Su mente estaba despierta y sin ningún atisbo de locura. Sin embargo, en sus ojos y en su rostro algo había cambiado. Era como cuando se templea un arma a partir del acero al rojo. En el futuro ya nunca jamás podría sentirse despreocupado y feliz.

Pudo ver como los marcianos luchaban y caían bajo el fuego de los desintegradores de los hombres de Storm. Llegaron los guardias; pronto el salón se encontró lleno a rebosar de guerreros. Allí, los enormes venusianos de pelo blanco armados con desintegradores y los monos negros terminaron con ellos.

Desde fuera, desde los salones y calles que se encontraban fuera del castillo, desde toda la ciudad, se pudo oír cómo crecía un aullido animal mezclado con el trueno de la lucha y el silbido, parecido al producido por una sierra, de los aturdidores Banning.

En el salón del trono, una tras otra, se fueron apagando las antorchas.

Al cabo de un tiempo todo quedó en silencio. En medio de una oscuridad llena de banderas rotas y glorias olvidadas, solo una antorcha seguía brillando desde un candelabro que se encontraba en lo alto, iluminando con una luz rojiza y trémula al hombre que se encontraba crucificado con cuchillos sobre la pared de piedra. Los venusianos y los monos se retiraron llevándose a sus muertos. Fuera, la lucha todavía continuaba, pero el sonido era cada vez más distante y apagado. Mayo no se había movido del lugar en que se encontraba apoyada en la pared, tocando los pies de Rick.

Jaffa Storm llegó y se colocó en pie a su lado.

Durante un rato largo miró hacia arriba sin decir palabra. Luego sonrió y puso en tensión su cuerpo de gigante, músculo a músculo, como hacen las panteras. Sus ojos negros reflejaban un inmenso placer.

Con suavidad dijo:

—Se está levantando el viento. ¡Bah! Ahora ya no se levantará. Estos hombres eran los caudillos de Marte. Aparte de estos, quedan unos cuantos bárbaros y los Pensadores del Polo que para nosotros no significan nada —rio silenciosamente y continuó—: Sabía que estaban aquí, sabía que vosotros estabais aquí. Yo se tanto como sus videntes, quizá más.

Mayo se había ido deslizándose silenciosamente hasta quedar de rodillas con sus manos atadas sobre el suelo cubierto por las sombras.

Storm estudió a Rick:

—Había una profecía ¿verdad? Y una deuda de sangre —el crucificado asintió con la cabeza. Storm prosiguió—: Rick, me has causado muchos problemas. Me heriste con aquella pedrada, me dejaste en ridículo cuando te fugaste e induciste a muchos hombres a que hicieran lo mismo. Además hay... otra cosa.

Rick se rio y con un susurro áspero dijo:

—Es cierto, vi como cogías la bota de la chica.

Storm asintió con la cabeza. Se inclinó sobre Mayo y la sujetó por el hombro.

La joven actuó deprisa. Tenía en sus manos el cuchillo de Beudach. Storm suspiró con fuerza y simultáneamente repelió la agresión. Se produjo una confusión llena de movimiento y sonido. La daga cayó sobre las losas de piedra del suelo produciendo un ruido metálico y Storm levantó en el aire a Mayo, bien agarrada entre sus brazos.

—Rick, eres un hombre fuerte, aun vivirás un poco más. No creo que nadie venga por aquí ahora; la verdad es que no queda nadie en la Ciudad Real y los que se encuentran en la ciudad, allá abajo, están muy atareados. Además, si alguien viniera por casualidad, no creo que se preocupara en descolgarte.

—Esta situación te gusta, ¿a qué sí? —dijo Rick en tono burlón.

—Pues sí —Storm volvió a reír—. ¿Así que de acuerdo con la profecía tú ibas a gobernar Marte? —Volvió a recordar la concepción del universo semejante a un abanico, en la que el futuro aparecía tras infinitas ramificaciones, ¿en algún lugar había tomado el camino equivocado!

Storm se fue. Rick observó, mientras pudo, el cálido reflejo de la luz de las antorchas sobre el pelo de Mayo, luego solo pudo escuchar el cojear de Storm hasta que el ruido de sus botas se extinguió allá abajo en el salón.

Quedó solo.

Intentó una vez más arrancar las hojas que lo mantenían clavado a la pared. Como no pudo se quedó inmóvil respirando profundamente.

Finalmente, en algún lugar en medio de la oscuridad, algo se movió.

Era Beudach que salió arrastrándose de debajo de un montón de cadáveres y se dirigió hacia el trono. Se arrastró entre los cuerpos con sus manos y sus rodillas, mirando el rostro de los caídos. Salvo por su respirar entrecortado no hacía ningún ruido, ni siquiera cuando encontró lo que iba buscando.

A la luz de las antorchas casi consumidas, Rick pudo ver el brillo marmóreo del cuerpo de Haral, que Beudach había levantado entre sus brazos. Levantándose lentamente sobre sus pies Beudach comenzó a caminar, rígido y sin tambalearse hasta llegar al estrado, allí dejó el cuerpo del joven sentado en el trono, su oscura cabeza apoyada sobre el respaldo primorosamente labrado, sus manos descansando sobre los brazos del trono. La luz rojiza se reflejaba en sus ojos abiertos y en las cuentas de su collar.

Beudach encontró una espada y la colocó sobre las rodillas de Haral. Luego se dejó caer sobre el estrado.

Después de un rato levantó su cabeza y miró a Rick. Sus ojos tenían el brillo de la profecía.

Mientras jadeaba, dijo con solemnidad:

—No morirás.

Con un susurro, que parecía un ronquido, el hombre que se encontraba clavado a la pared contestó:

—No.

—Tú gobernarás Marte.

—¡Yo gobernaré Marte!

Silencio. Finalmente, Beudach asintió con la cabeza y dijo:

—Para bien o para mal, se ha tomado un camino. Tú eres un hombre de verdad.

—Beudach.

—¿Sí?

—Con mis propias manos Beudach. ¡Conseguiré gobernar Marte con mis propias manos!

Beudach dirigió su mirada desde Rick hasta el joven muerto y luego volvió a mirar al terrestre. Sonrió y luego se dejó caer desde el estrado y comenzó a arrastrarse lenta y dolorosamente hacia donde se encontraba Rick. De repente se detuvo.

—Alguien viene —susurró.

Fuera, en la oscuridad del corredor se pudo percibir un movimiento junto con un murmullo muy suave, luego se oyó un débil grito, de sorpresa y angustia.

—¡Rick! ¡Rick!

El murmullo producido por el rápido batir de unas alas en la oscuridad, luego Kyra apareció de pie sobre las piedras labradas junto a Rick.

Sus grandes ojos que se encontraban abiertos de par en par, mostraban sorpresa pero no lágrimas.

—Los seguí Rick, —murmuró Kyra—. Pensé que podría ayudarte de alguna manera. ¡Oh Rick!

El terrestre le sonrió.

—Puedes hacerlo muñeca —lentamente y arrastrando las palabras continuó—. Puedes arrancar estos cuchillos.

Su rostro delgado se puso blanco, pero asintió con la cabeza. Desde el suelo, Beudach dijo:

—Espera; si lo haces, caerá. Las escaleras todavía están aquí. Ayúdame.

La joven bajó revoloteando. Entre los dos levantaron una de las ligeras escaleras de metal que habían sido utilizadas para colocar a Rick donde se encontraba.

Muy muy lentamente, Beudach subió y quitó las dagas de los pies del terrestre.

Después de esto, Rick solo se enteró borrosamente de que le quitaron los cuchillos de las manos. Se dio cuenta de que las alas de Kyra aleteaban con fuerza mientras ella le sostenía. Sintió la fuerza tenaz e impulsiva de Beudach. Rick intentó ayudarles, pero notaba que el frío le invadía y le zumbaban los oídos.

Finalmente percibió la sensación de un trago de vino caliente que se deslizaba por su garganta. Se encontraba recostado contra la pared al lado de la escalera. Beudach se encontraba acurrucado a su lado, con una copa. Completamente exhausta, Kyra estaba vendando sus manos y sus pies con bandas de tela.

Beudach dejó caer su copa. Su rostro estaba inundado de sudor frío. Levantó algo del suelo que se encontraba a su lado.

El collar de hierro de Ruh.

—Escucha, terrestre, nuestro tiempo se ha consumado. Pase lo que pase en Marte, será algo nuevo, algo diferente. Tu tiempo ha llegado.

Se detuvo, luchando para coger aliento.

—Este collar es el símbolo de la realeza sobre la mitad de Marte. Hacia donde Ruh y el collar se dirigen, Marte les sigue. Voy a ponerlo alrededor de tu cuello. Su cierre lleva una hoja oculta. Sólo uno o dos hombres en cada generación conocen el secreto; cuando algún otro intenta robarlo, muere por el veneno que contiene la hoja, de forma que se mantiene cerrado. Este collar será la llave que te abra la lealtad de los marcianos. Lo que tú hagas con esta lealtad marcará tu destino.

Se detuvo de nuevo. Rick le dijo con un susurro:

—¿Por qué me das el collar?

—Porque éste es el camino señalado por el destino. Porque tú destruirás a la Compañía y a los hombres de la Compañía. Porque ahora ya no queda ningún marciano con la fuerza suficiente como para llevar este collar. Puede que las cosas no siempre sigan este camino, pero no hay que preocuparse excesivamente por el futuro.

Colocó el collar de hierro alrededor del cuello de Rick; todavía estaba un poco templado por el calor que le había proporcionado la joven carne de Haral.

Beudach miró durante un largo rato a los ojos amarillos fríos e insondables de Rick. Una vez su mano se movió como si fuera a quitarle el collar, pero no lo hizo. Luego lo cerró entorno a su cuello.

—Hay un pasadizo secreto que conduce a un lugar seguro fuera de este palacio —prosiguió Beudach—. Presionad el décimo sexto saliente a la izquierda del salón principal y luego bajad. Más de un señor de Ruh ha podido alcanzar un lugar seguro a través de este pasadizo. Daos prisa —miró de nuevo a Rick y le dijo—: Terrestre, recuerda que, si lo traicionas, el collar no salvará tu vida.

Los ojos de Rick no manifestaron ninguna emoción.

Kyra volvió, agarró a Rick y medio llevándolo en brazos, medio arrastrándolo, lo condujo hacia un estrecho rectángulo oscuro que se encontraba en la pared.

Beudach suspiró. Lentamente, como si se estuviera preparando para dormir, cayó de lado y quedó rígido con su cabeza a los pies de Haral.

Luego, cuando Kyra selló el pasadizo con una losa de piedra, se pudo oír un chirrido y una oscuridad fría y seca envolvió a Rick.

Muchas horas después, en la oficina de paredes de *glasita* situada en el piso superior de la torre donde se encontraba la administración de la Compañía, Jaffa Storm estaba acostado indolentemente sobre un sofá fumando. No parecía prestarle mucha atención a Ed Fallon.

Fallon se movía de arriba abajo por delante del escritorio, dando zancadas cortas que ponían de manifiesto su enfado, su rostro parecía horrible.

Finalmente estalló:

—¡Los fusilaste a todos! Hacer esa matanza para impresionar a esa dama fue algo de locos ¿Sabes cuántos hombres has matado?

Storm se encogió de hombros:

—Eran venusianos, disfrutaban muriendo en combate. Ya hay más que están viniendo para acá.

—No lo dudo, esto es fácil para ti. Pero ¿Qué me dices de los marcianos que mataste? Las calles quedaron llenas de cadáveres. ¡Imbécil! ¿No te das cuenta que nos pueden expulsar del planeta por lo que hiciste?

Con aire burlón Storm frunció las cejas.

—¿Quién nos va a expulsar?

—¡El Gobierno^[33] Planetario Marciano se quejará a la Tierra y a la Autoridad de cooperación Interplanetaria!

Storm se sentó, sus ojos oscuros parecían remotos y ligeramente despectivos, le contestó:

—¿Tú crees? Ya he presentado una queja al Gobierno Planetario Marciano. No creo que hagan nada.

Fallon se quedó parado por la sorpresa y cerró sus ojos.

—Hay dos terrestres prisioneros ¿o no? —prosiguió Storm—, uno de ellos es una mujer y los dos son empleados de la Compañía. Crucificaron al hombre sobre la pared con cuchillos ¿o no? Y Dios sabe qué estarían haciéndole a la mujer. Estarás de acuerdo en que tuvimos que rescatarlos ¿o no? ¿A dónde íbamos a ir a buscar protección legal? Además, tenemos evidencias de que los marcianitos están preparando una masacre. Fallon, el Gobierno Planetario no quiere problemas. No quieren problemas y por tanto no van a darle más vueltas a estos hechos —rio y siguió con su discurso—: ¡Junto con la queja, he enviado un cheque con una cantidad importante para que lo utilicen en los trabajos de restauración!

Fallon sonrió, sin manifestar el menor sentido del humor.

—Chico listo ¿y ahora qué va a pasar en Ruh? ¿Qué va a pasar con todos los marcianitos a este lado de Kahora? ¿Cómo se van a tomar que fusilaras a su rey y a las personas más relevantes del reino?

Sin alzar la voz Storm contestó:

—Se lo pueden tomar como quieran, tengo desintegradores, he desplegado un anillo de Bannings alrededor de las murallas y tengo muchos venusianos y más que están viniendo. En Marte la única ley que rige es la ley de la fuerza... y quién la tiene soy yo.

En la voz de Storm apareció una nota de insolencia que preocupó a Fallon. Se volvió hacia el escritorio y se sentó.

—De acuerdo Storm, —dijo—, quizá seas tan listo como para poder solucionar estos problemas.

—Puedes apostar a que los solucionaré. ¡Atiende Fallon! Aquellos hombres que se encontraban en el salón del trono estaban conspirando para

arrancarte la cabellera. Antes o después habríamos tenido que luchar contra ellos. Yo preferí hacerlo antes.

—Tú lo preferiste, usando a mis hombres y mi equipamiento, arriesgaste a mi compañía y a todo lo que yo he puesto en esta bola de polvo que llaman planeta, y todo porque tenías una venganza personal que satisfacer. Y todo lo hiciste sin decirme ni media palabra. Quizá pensarás que sabrías dirigir este negocio mejor que yo.

La mirada de Storm se deslizó sobre Fallon, como si le hiciera una pregunta. Se inclinó, pisó su cigarrillo y dijo:

—Has conseguido que el negocio se dirija prácticamente por sí mismo — luego, sin darle mayor importancia continuó diciendo—: Ed, te estás haciendo blando, quiero decir físicamente. Te estás transformando en el típico magnate, el tipo que se sienta detrás de una mesa y se rodea por una barrera que no le permite ver la realidad, luchando solo con su cerebro. Te he observado; cuando he tenido que fusilar a alguno de los alborotadores, a ti no te ha gustado, mejor dicho Ed, te ha puesto enfermo. Lo que sucedió en Ruh te puso muy nervioso y te asustaste tanto que casi te desmayas. Te estás haciendo viejo Ed, empiezas a actuar con lentitud y con mucha precaución. He dado el primer golpe, pero habrá que dar más. Habrá secuestros, muertes y cosas semejantes. Ed, Marte no es un mundo en el que te puedas hacer viejo.

Fallon aspiró aire y suavemente dijo:

—Jaffa, eres un mentiroso.

—Llámalo como quieras —repuso Storm.

—Tomaré el camino que me has indicado, pero tú lo que quieres es la Compañía para ti mismo.

—La Compañía significa Marte. Ed yo lo que quiero es Marte.

Fallon asintió con la cabeza. No pareció excesivamente sorprendido, abatió su cabeza coronada por sus cabellos rojos y se dejó caer sobre el sillón.

Se movió rápidamente, pero Jaffa Storm fue un poco más rápido. El eco del disparo del desintegrador se extinguió rápidamente en aquella habitación a prueba de ruidos. Se produjo una quemadura en una columna cercana a la cabeza de Storm. Fallon seguía sentado detrás de su mesa, pero ahora no tenía ni rostro, ni interés en el futuro de su compañía.

Storm se levantó y se acercó cojeando a la telepantalla. Llamó a Vargo y le dio instrucciones, luego se marchó cerrando la puerta tras él.

Un poco tiempo después entró en un apartamento cerrado que tenía en otro lugar del edificio.

Mayo McCall se levantó del catre en donde había estado acostada y se puso de pie con la espalda contra la pared. No tembló ni gritó ni se puso histérica. No dijo nada. En sus ojos castaños podía verse un reflejo mortal.

Storm sonrió y se sentó. Francamente la admiró, le habían traído un vestido desde su antigua residencia. Así que en vez de un mono harapiento, ahora iba vestida con una túnica sencilla de color bronce mate, que hacía parecer a su cabello fuego. El corte de su túnica ponía de manifiesto la hermosura de su cuerpo, que el mono había ocultado.

Tranquilamente Storm le dijo:

—Me he adueñado de la Compañía —las cejas de la mujer se alzaron ligeramente por la sorpresa, luego observó fijamente a su carcelero sin decir palabra. Storm le preguntó—: ¿No te interesa saber qué voy a hacer contigo?

—¿Te importa que lo pregunte?

—Quizá. Porque no voy a hacerte nada —Mayo le miró—. Bueno, debería haber dicho que no voy a hacerte nada, de momento —la estudió durante un tiempo apreciable, medio sonriendo, luego dijo—: Mayo, una vez me hiciste una oferta.

La joven rio.

—¡No me digas que todavía sigue en pie!

—Quizá —se inclinó hacia adelante y prosiguió—. Escucha, Mayo. Soy el dueño de la Compañía y la Compañía es la dueña de Marte. Este es un mundo que ahora está en barbecho; si lo labramos dará una cosecha de riqueza y poder como no se ha visto desde el desarrollo de los continentes de frontera, hace siglos, allá en la Tierra; realmente esto será más importante, pues en la Tierra se trataba solo de trozos de un mundo.

Sus ojos negros manifestaban un profundo calor latente.

—Mayo, nunca he visto una mujer como tú; no sé por qué eres diferente; he visto montones de mujeres, muy hermosas, quizá más que tú. Pero tú eres otra cosa, eres única. Te quiero, te quiero tanto que estoy dispuesto a pagar la deuda que tengo contigo. Mayo, he puesto las cartas sobre la mesa, ahora juégalas como quieras —se puso de pie y dijo—: Tengo todo el tiempo del mundo, así que no me importa esperar. De hecho, prefiero hacerlo. Solo quiero que tengas en cuenta que al final siempre consigo lo que quiero, de una forma o de otra.

CAPÍTULO VIII

Rick yacía en silencio sobre una litera adosada a la pared cubierto de sedas y pieles. Sobre él se encontraba una pequeña ventana; una luz verdosa pasaba a través de ella permitiendo ver la forma de aquella pequeña habitación, que parecía una celda. Por ironías del destino, aquella habitación era casi igual a aquella en la que Rick había encontrado a la vidente y a su nieto sediento de sangre, donde se había revelado la profecía. Aquella habitación estaba excavada en la gruesa muralla de la ciudad y desde arriba o desde el lejano fondo del mar muerto, la ventana parecía una simple irregularidad entre las piedras del muro.

Existía una puerta que llevaba a un pasaje subterráneo, el cual conducía, pasando por debajo de las calles de Ruh, hasta el salón del trono. Allí, el pasadizo se bifurcaba. Kyra, explorándolo cuidadosamente, había descubierto que conducía, pasando a través de una piedra que podía oscilar para dejar paso, hasta un callejón del Barrio de los Ladrones.

El pequeño escondite estaba completamente provisionado; evidentemente era una costumbre que se había establecido en los días más turbulentos de la historia de la ciudad. Había vestidos, comida, vino, armas y todo lo que se necesita para curar las heridas.

Rick, manteniendo sus manos levantadas iluminadas por los rayos de las lunas, flexionó los dedos. En los cuatro días que llevaba allí, las heridas habían comenzado a cicatrizar y lo habían hecho bien. Lo mismo les sucedía a sus pies. Afortunadamente, las dagas tenían filos como navajas de afeitar y se habían introducido entre los huesos y los tendones haciendo un mínimo de destrozos.

Rick sonrió débilmente. Volvió a dormir; había estado durmiendo mucho tiempo. Su cuerpo, fuerte por naturaleza y endurecido por la rudeza de la vida que había llevado, ya estaba de nuevo casi normal.

De pronto, oyó un revolotear de alas en el exterior y vio como Kyra introducía su delicado cuerpo a través de la ventana.

Rick se despertó inmediatamente.

—¿La encontraste?

—¡Sí! Rick. La mujer se puso muy, pero que muy feliz al enterarse de que estabas vivo. Dijo que solo saberlo ya era bastante.

—¿Cómo estaba? ¿La ha molestado Storm?

—De momento no corre ningún peligro —le explicó Kyra—. Le di el cuchillo. Te dice que no te preocupes, que tengas cuidado y te envía... esto.

Kyra colocó sus suaves y pequeños labios sobre los del Rick, luego de repente se puso a llorar acurrucada contra el pecho del terrestre. Rick la sacudió.

—Estás cansada, —le dijo—. Has hecho demasiadas cosas por mí y te he puesto en peligro, en mucho peligro. Debes volver a casa.

Sus alas batieron con brusquedad.

—¡No, Rick, me necesitas!

—Ya no tanto. Niña, me salvaste la vida, ahora vuelve a tu casa en donde estarás segura.

—¡Rick no puedo volver a casa! Si volviera, no sé que me haría la gente de mi ciudad. Además, allí no hay nadie a quien yo quiera. No deseo volver.

Rick inclinó su cabeza hacia atrás. La luz de las lunas brillaba sobre su rostro juvenil iluminando la delgada curva de su garganta.

—Kyra, ¿sabes lo que estás diciendo? —preguntó el terrano.

—Lo sé.

—¿Y también sabes lo que te voy a contestar?

—También lo sé —Kyra asintió con su cabecita.

—No vale para nada decirte el camino que quieres seguir no es el camino de rosas que te imaginas.

—Rick, no volveré a casa. No puedes obligarme a que lo haga. Podrías hacer que me fuera, desde luego no muy lejos, pero volvería.

Extendió sus alas y se puso de pie. La luz de las lunas hizo que su delicada piel brillara como la plata y arrancó un oscuro fuego color de ópalo de sus alas.

—Te amo Rick, pero hay algo más fuerte, amo a Marte. Tú vas a hacer que Marte sea un mundo en donde la gente pueda tener esperanza y mirar hacia el futuro. Rick, tú no sabes lo que es ser joven en una ciudad muerta, sin tener ninguna esperanza en el mañana. Quiero un sitio en el edificio que estás construyendo. Aunque sea muy pequeño, saber que te he ayudado es bastante para mí. No puedes apartarme de ti.

La miró durante un largo rato, sin hablar. Un extraño aspecto de dureza apareció en su rostro durante un instante. Una expresión casi de crueldad se reflejó en sus ojos y en su fuerte mandíbula. Se encogió de hombros. Tranquilamente, dijo:

—No, supongo que no puedo, a no ser que te mate. De acuerdo, Kyra, caminaremos juntos por el camino que nos espera.

Kyra se sentó con las piernas cruzadas sobre un litera baja, sonriendo triunfante.

—¿Te vio alguien de la Compañía? —prosiguió Rick.

—No, ninguna de las veces que he estado allí.

—¿Te has enterado de alguna otra cosa sobre Storm o las defensas de la Compañía?

—No, Rick, nada más que lo que te he dicho. No creo que después de un ataque pueda quedar alguien vivo, de nuestro lado quiero decir.

—Probablemente no. Kyra, ¿qué aspecto tiene ahora Ruh?

—Al volver vi antorchas por las calles. Creo que muy pronto volverá a haber problemas. Rick, hay una cosa que oí esta noche mientras estaba escondida en un tejado. Storm ya ha hecho dos redadas en la Ciudad Nueva en busca de trabajadores. Los pozos están trabajando con tres turnos. Han muerto varios obreros.

Rick asintió con la cabeza y dijo:

—Storm no pierde el tiempo —luego se sentó, colocando los pies a un lado del asiento. Prosiguió—: Muñeca, saca las vendas y ponlas en mis heridas, apretándolas.

Kyra empezó a quejarse, pero luego se puso obediente a hacer lo que se le había dicho.

Medio hablando consigo mismo, Rick dijo:

—No puedo esperar más. ¡Una vez que empiecen, será demasiado tarde para todos nosotros!

Unos pocos minutos después, la piedra se movió sin hacer ruido y ellos comenzaron a subir cautelosamente por una escalera que conducía a un corredor estrecho que salía a los pies de la muralla. Las sombras eran muy densas, allí lo único que había era una variada colección de olores. De algún lugar, delante de ellos, les llegó un confuso murmullo de tonos bajos, producido por alguien que estaba enojado.

Kyra alzó el vuelo y al poco volvió para decirle que se estaba reuniendo una multitud en el Mercado de los Ladrones y que continuaba llegando gente desde los mejores barrios de la ciudad.

Cogió a Rick por el brazo y le susurró:

—Te matarán, te descuartizarán.

Rick sonrió. Se trataba de una sonrisa extraña, sin ningún tipo de humor ni de humanidad.

—Sigue —dijo—. Muéstrame el camino.

Obedientemente, Kyra se dio la vuelta; a veces sus alas se arrastraban sobre las sucias piedras de la calle.

Caminaron a lo largo de calles estrechas y retorcidas, pasando entre edificios tan antiguos que el polvo formado en su erosión se amontonaba en las esquinas. No pudieron ver a ningún ser humano, nada salvo los harapos lavados puestos a secar en las negras ventanas, como si fueran banderas, que indicaban que, a pesar de todo, allí vivía alguien. Rick lo podía notar por el olor del aire de aquellos lugares. Para aquella gente, el actuar mal era algo tan natural como respirar. Fobos se había puesto por el este, pero Deimos se alzaba sobre Ruh, tan baja que las torres de la Ciudad Real parecía atravesarla.

El murmullo de la multitud se hizo cada vez más fuerte.

Descubrió que aquella masa tenía una extraña cualidad. Estaba furiosa, pero se trataba de la furia de un cementerio más que de un grito de guerra.

Llegaron al final de la calle. El rugido de la multitud, el aroma de la multitud les alcanzó de lleno. El brillo de las antorchas que no dejaban de moverse llegaba a cubrir la luna. Miraron hacia la gran plaza que se encontraba abarrotada de gente. Casas inclinadas rodeaban a la multitud; también en ellas había gente, en las ventanas, llenando todos los balcones como si fueran enjambres de abejas, en cualquier lugar en el que pudieran poner un pie.

Repentinamente, el ruido dio paso a un gran grito y después se hizo el silencio. Se oyó la voz de un hombre, aguda y amarga como una trompeta, llamando a luchar una batalla perdida de antemano.

Rick comenzó a avanzar por entre la masa; nadie se fijaba en él.

Un hombre permanecía en pie subido a un andamio en el centro de la plaza, aquel andamio era el patíbulo en el que los ladrones del barrio ejecutaban su propia justicia. Era bajo, enjuto y tenía el pelo gris, iba vestido con los harapos de una túnica de hilos de oro. Su rostro estaba torcido y lleno de cicatrices, sus ojos rasgados parecían tallados en ópalo rojo y su mirada quemaba como una llama.

—Sabéis porqué estáis aquí, —gritaba—, sabéis lo que tenemos que hacer; sabéis que los hombres que nos debían liberar están muertos y con ellos nuestro rey.

Hizo una pausa para dejar que el murmullo, que fue la sombría respuesta de la multitud, se extinguiera. Sin levantar la voz continuó:

—Sabéis lo único que podemos hacer.

El alarido que le respondió fue un auténtico grito de guerra.

—Sabéis que ellos tienen armas, murallas y fuerza. ¡Es verdad! Pero no podrán pararnos. No regresaremos a nuestros hogares, eso también lo sabemos, pero antes de morir, ¡expulsaremos a la Compañía de los terrestres de la superficie de Marte!

En el instante de silencio que se produjo antes de que la multitud gritara de nuevo, Rick alzó la voz.

—¡Esperad! —gritó.

Un murmullo lleno de enojo se extendió a través de la plaza. El hombre del andamio miró hacia abajo, a Rick. Sus ojos se dilataron. Su respiración se transformó en jadeo; de repente, levantó sus manos para pedir a la masa que se callara.

El silencio pareció extenderse desde sus manos, arrastrarse a través de los rostros que miraban hacia arriba, saltar las paredes como hacen las aguas tranquilas, hasta el susurro sedoso de las antorchas pudo oírse claramente.

Rick comenzó a subir las escaleras que llevaban al andamio.

Subió lentamente, pero erguido y sin cojear. Llevaba una capa púrpura que le llegaba desde sus amplios hombros hasta los talones, sujeta en el pecho con el símbolo de las lunas gemelas^[34] tallado en una brillante esmeralda.

Caminó sobre la plataforma del patíbulo, sostenida por cadenas que, a su paso, no dejaban de moverse. Alzó sus manos vendadas hasta el broche, lo abrió y dejó que la capa se deslizara sobre su cuerpo.

Nadie dijo ni palabra, sólo se oyó un inmenso suspiro que recorrió a toda la masa, de una pared de la plaza a otra, luego se hizo el silencio.

Rick permaneció totalmente quieto. Su cuerpo, flexible, con sus fuertes músculos estaba medio desnudo, vestido solo con el sencillo arnés de cuero de soldado. Alrededor de su cuello, el Collar de Ruh, lleno de rozaduras, gastado durante siglos, brillaba a la luz de las antorchas.

El ladrón de la túnica dorada, le preguntó tartamudeando:

—¿Quién eres?

Rick no alzó la voz, pero se retiró de las paredes, para que le pudieran oír mejor, a la vez que contestaba:

—Richard Gunn Urquhart, el anunciado por la profecía.

Un especie de lamento se elevó entre la multitud, un grito bestial que pedía sangre. El ladrón dejó caer sus brazos y dijo:

—¡Esperad, esperad compañeros! —Dio un paso, aproximándose a Rick; sus dedos asieron con ansia la empuñadura de su daga—. ¿Cómo es que tú, un terrestre has conseguido el Collar de Ruh?

—El mismo Beudach lo tomó, después de la masacre, del cuello de Haral y lo puso alrededor del mio. Ya conoces la historia de su broche. Sabes que estoy diciendo la verdad.

—¡Beudach! —susurró el ladrón. El nombre se extendió de forma increíblemente rápida a través de la plaza, a media voz siguió repitiendo, ¡Beudach!, ¡Beudach!...

—Un terrano —dijo el jefe—. ¡Un terrano con el Collar de Ruh!
Empuñó su cuchillo.

El rostro de Rick no manifestó ninguna emoción. No empuñó su cuchillo, miró por encima de la multitud con un ademán firme. Luego dijo:

—¡Escucha, pueblo! Cuando Beudach abrochó el Collar alrededor de mi cuello, dijo “Para bien o para mal, se ha tomado un camino” y así es. Sea por el camino que sea, el hecho es que Marte puede caminar, puede mover sus ruedas. Esto no se puede impedir, aunque intentarán hacerlo. Me crucificaron con cuchillos en el Salón del Trono, pero no pueden cambiar el destino.

Su voz tenía un extraño tono. Ni orgulloso ni amenazador ni suplicante, sino el tono de alguien que ha dejado de pensar en algo porque está completamente seguro de que ocurrirá como él desea y hace un resumen de ese algo, suponiendo que sus oyentes ya lo deben conocer.

—Yo no soy un terrano. Nací en el espacio profundo y el primer lugar en el que puse mis pies fue en Jekkara. No pertenezco a ningún planeta, a ninguna raza. Solo me pertenezco a mí mismo y daré mi lealtad a quien yo quiera.

Esperó un poco y luego prosiguió.

—Marte no está perdido, salvo que vosotros decidáis tomar el camino de la perdición. Si dejáis que la Compañía actúe como hasta ahora, perderéis Marte. ¡Kyra! ¡Kyra! Ven aquí y cuéntanos lo que has visto.

Cuando se levantó revoloteando desde la calle oscura y luego bajó para detenerse al lado del terrestre sobre el andamio, un mar de rostros se volvió para observarla. Ella le tocó con timidez, asustada de la multitud.

Rick le puso la mano encima con gentileza y luego se encaró de nuevo con el gentío.

—El terrestre de la compañía me dejó crucificado con aquellos cuchillos para que muriera. Fue Kyra la que me salvó, ella y Beudach. Le debo mi vida a Marte.

Sonrió mirando a Kyra.

—Díselo, muñeca —susurró.

Kyra lo contó y, al terminar, dijo:

—Tú hubieras muerto, el terrestre ni siquiera te tocó.

Un murmullo inseguro se extendió a través de toda la plaza. El ladrón se inclinó hacia adelante. Su cuchillo todavía estaba levantado, pero el hombre parecía haberse olvidado de que lo empuñaba. Sus ojos, color topacio, manifestaban un respeto, lleno de curiosidad y desde luego no deseado.

—Tú —dijo—. ¿Cómo vencerás a la compañía?

—Si te lo dijera, Jaffa Storm lo sabría casi a la vez que tú. Tiene poderes tan grandes como vuestras videntes; las paredes de piedra no detienen sus pensamientos. Si no, ¿cómo creéis que se enteró de que vuestros caudillos estaban juntos y a su merced? Si no hubiera estado tan ocupado, ni se hubiera sentido tan seguro, habría estado espiando en Ruh hace mucho tiempo.

Con suavidad, el ladrón dijo:

—Entonces tendremos que confiar en ti —luego comenzó a mover la daga en su mano, como si estuviera jugando—. Beudach estaba muriéndose.

—Cuéntaselo, Kyra —dijo Rick.

La joven se estiró a la luz de las antorchas y expandió sus alas de par en par.

Luego gritó con todas sus fuerzas:

—¡Escuchad marcianos! Jaffa Storm encadenó a Rick e intentó convertirlo en un esclavo de las minas. Cuando vio que Rick no se sometía, Storm intentó matarlo. Hace cuatro noches abandonó a Rick crucificado en una pared esperando la muerte y se llevó a su compañera al territorio de la Compañía. ¿Os parece que necesita alguna otra razón para querer vengarse?

Una especie de luz emanaba del cuerpo de Kyra, su voz juvenil sonaba como una flauta. Prosiguió su discurso diciéndoles:

—Rick llevará a Marte a su mayor esplendor. Traerá vida a los moribundos, conseguirá la unidad del planeta y os hará fuertes.

Durante un largo intervalo de tiempo todos estuvieron en silencio. Luego estalló un grito, semejante a un trueno, saludando al nuevo caudillo, un trueno que sacudió las piedras.

Rick se dirigió al ladrón vestido con harapos dorados y le dijo:

—Estad preparados, no tardaré mucho en enviaros las órdenes por medio de Kyra para atacar.

El ladrón asintió con la cabeza. Rick alzó sus manos frente a la multitud. Sonrió pero sus ojos permanecieron fríos y remotos, como si no quisiera comprometerse. Luego, tan misteriosa y silenciosamente como habían aparecido, Rick y Kyra se marcharon.

Lejos, en el fondo del mar tantos años desaparecido, en el edificio de la Administración de la Compañía, en la oficina que había pertenecido a Fallon, Jaffa Storm se encontraba muy atareado, mucho más de lo que se imaginaba Rick. Físicamente no estaba haciendo nada. Se encontraba sentado totalmente inmóvil, los codos sobre las rodillas, los ojos cerrados y apretando sus sienes con los nudillos de una forma más bien extraña. Con anterioridad había estado en contacto con la mente de Rick. Ahora que había conseguido la longitud de onda que necesitaba para comunicarse, le era mucho más fácil sintonizar con la mente de su enemigo. Se rio ligeramente cuando Rick habló sobre los poderes mentales de Storm y el peligro que suponía revelar el plan de combate.

Storm no se movió hasta que Rick dejó de hablar, luego examinó aquello que se encontraba en su cabeza y no había dicho. Luego se levantó, se estiró y asintió con la cabeza.

—Un buen plan, es muy astuto e incluso tiene una pequeña probabilidad de tener éxito. Oponer fuerza bruta a la fuerza bruta es un juego de resultado incierto ... Veremos.

Encendió una luz que se encontraba debajo de una especie de mesa de grueso cristal que parecía cubierto de escarcha y giró un selector de onda en forma de dial. Finalmente, una miniatura tridimensional del área polar, a todo color, se formó en la pantalla.

Jaffa Storm se volvió a sentar, adoptando la misma posición. Miró la pantalla, pero sus ojos miraban hacia otro lugar, mucho más lejano.

CAPÍTULO IX

Hugh St. John suspiró, se estiró en el sofá y cerró los ojos.

—Bien, —dijo a Eran Mak—, esto es lo que hay, la última bala en mi cajón, el último crédito en mi cuenta bancaria. Estoy acabado.

Eran Mak no dijo nada. Estaba sentado en la barandilla del balcón, fumando, mientras observaba la vida despreocupada que se desarrollaba en Kahora bajo la cúpula calentada por el sol. Su moreno rostro de pirata tenía un aspecto sombrío.

Con un tono aburrido, St. John dijo:

—Espero que quizá tú, como marciano, tuvieras mejor suerte, pero no has logrado más resultados de los que yo he obtenido.

Cuando sacudió la cabeza, las campanillas que colgaban de la oreja de Eran Mak tañeron.

—Bien, esto es Marte. Mak, dime qué demonio son esos pensadores, que se consideran tan buenos como para no ver a nadie.

—En realidad nadie lo sabe, —contestó Mak—, salvo que son la Primera Raza, a lo que se ve, los marcianos originales, lo cual implicaría que los demás vinimos de alguna parte. O quizá sean no humanos que nos precedieron en la evolución. Sospecho que son un puñado de gente inteligente a la que le gusta vivir en paz confortablemente y por ello se retiraron detrás de una muralla de leyendas, encanto y miedo.

St. John sacó fuerzas de flaqueza para reírse de lo que decía el marciano y le contestó:

—Lo que me gusta de ti, Mak, es que te crees todo; de todas formas parece que esos *pensadores*, de tiempo en tiempo, han hecho mucho bien.

Mak asintió y dijo:

—Cierto. Al menos teóricamente, son los que guían el devenir de Marte. Cuando se sienten aburridos, hacen que algo muy importante suceda, como la guerra interhemisférica del sesenta y dos mil siete, cuando los reyes del mar^[35] se encontraron en dificultades.

—¿Crees que esto es lo bastante importante? —preguntó St. John.

Tranquilamente, Eran Mak le dijo:

—Creo que sí, los *pensadores* han envejecido, al igual que el resto de nosotros.

Se produjo un largo silencio. Bajo ellos, la ciudad seguía produciendo su murmullo incesante. Cálidos rayos de luz atravesaban la elevada cúpula, produciendo una suave coloración en los edificios de plástico coloreado, como el suave lustre de algunas joyas. Un brillo delicado indicaba la telaraña de calles y los puentes que se extendían sobre ellas. El aire era suave, ni caliente ni frío y su olor era agradable.

Con una tranquilidad que se hacía odiosa, Eran Mak lanzó un juramento y se levantó, provocando una lluvia de tañidos de campanas. Con un gruñido dijo:

—Hugh, voy a volver a Jekkara; quiero volver a respirar aire y vestirme con ropa que no haga necesario que la gente me mire dos veces para saber si soy un hombre o una mujer. ¿Quieres venirte conmigo?

St. John le miró y rio, más bien tristemente; luego dijo:

—No sé por qué Marte significa tanto para mí. Pero es mi amigo y yo quiero darle esperanza —miró hacia abajo, hacia el pavimento de plástico—. Si supiera lo que le pasó a Mayo, con eso me conformaría.

Mak puso su mano sobre su hombro. St. John se levantó y le siguió al interior para empezar a preparar su equipaje.

La telepantalla zumbó.

—Que se vayan al diablo —dijo St. John. Luego pasó al dormitorio. El zumbido continuó, cada vez más estridente. Finalmente el tono cambió transformándose en la señal corta e insistente que quería decir “urgente”.

St. John lanzó un juramento y encendió el aparato. La pantalla parpadeó y luego se iluminó mostrando el interior de una vulgar cabina pública de telepantallas, llena de garabatos, grafitis y grabados hechos a cuchillo. En su interior aparecía un hombre que le resultaba extraño; era alto, rubio y tenía los ojos amarillos; iba vestido con la acostumbrada camisa de seda de colores chillones y unos pantalones ajustados, propia de los marineros del espacio de procedencia terrana. Llevaba las manos vendadas.

No era el marinero del espacio habitual. St. John contuvo un escalofrío de excitación.

—Soy Hugh St. John —dijo.

—Yo soy Urquhart, Richard Gunn Urquhard —contestó el hombre. Luego se abrió su brillante camisa dejando a la vista su cuello y preguntó—: ¿Sabes lo que es esto?

Eran Mak que se encontraba detrás de St. John se quedó sin aliento y empezó a lanzar una maldición.

—¡Por los planetas! ¡El collar de Ruh!

Rick asintió con la cabeza y dijo:

—Por Marte, por la unidad de Marte. Mayo me dijo que eso es lo que estás buscando.

St. John agarró los bordes de la pantalla y dijo:

—¡Mayo! ¿Dónde está? ¿Está bien?

—Está en poder de Jaffa Storm, pero no ha sufrido ningún daño. Se trata de una historia muy larga, te la contaré más tarde. Ahora necesito conocer una cosa. ¿Deseas tanto la unión e independencia de Marte como para jugarte el cuello por ella?

St. John lanzó un largo suspiro. Sus ojos se cruzaron con los de Mak brevemente luego dijo:

—Sigue, te escucho.

—De acuerdo, —Rick le contó en primer lugar los detalles de la matanza de Ruh, luego prosiguió diciéndole—. Los marcianitos están dispuestos a seguir adelante. Cuando hable con ellos, los hombres de la Ciudad Nueva también les seguirán. Storm ha estado molestándoles desde hace tiempo y eso a la gente no le gusta. Pero no podemos intentar un ataque frontal, alguien tiene que ayudarnos desde dentro. Si podemos apoderarnos de Storm, el resto sería fácil.

St. John frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué piensas de Fallon?

—Storm le mató hace cuatro días. Sólo Storm y Mayo lo saben, quizá también el venusiano Vargo. ¿Crees que podrías convencer a Storm de que dejara aterrizar un helicóptero en el helipuerto de la compañía?

St. John frunció las cejas y dijo:

—No sé si Storm ya ha relacionado a Mayo con nosotros o todavía no, pero en cualquier caso sospecha de mí. Te voy a ser franco, probablemente nos deje aterrizar, y luego nos envíe al otro mundo.

—¿Estás dispuesto a intentarlo?

—¿Estás seguro de que Mayo está allí?

—Ya te dije que estoy seguro.

St. John se inclinó acercándose a la pantalla y dijo:

—De acuerdo, pero hay una cosa que no entiendo. ¿Qué sacas tú con esto?

Rick levantó sus manos vendadas y contestó:

—Ponerlas alrededor del cuello de Jaffa Storm.

Las campanillas que colgaban de las orejas de Eran Mak tañeron débilmente.

—Te conozco, tú eres Rick, el hombre que Storm estaba intentando matar, el hombre que ayudó a Mayo a escaparse, allá abajo en las minas.

Rick miró hacia detrás de St. John, a Eran Mak y dijo:

—Efectivamente.

Los cálidos ojos amarillos de Mak se fijaron en el collar de hierro.

—Yo soy un hombre de Jekkara, pero si Beudach de Ruh te puso esto, eso significa mucho para mí —se encogió de hombros sonriendo y preguntó—: Hugh, ¿qué tenemos que perder?

Las manos de St. John temblaron ligeramente mientras agarraba los bordes de la pantalla. Seguía estudiando a Rick con un extraño interés. Luego dijo con suavidad:

—Nada, absolutamente nada. De acuerdo, Rick, de alguna manera llegaré a un acuerdo con Storm para que deje aterrizar al helicóptero. ¿Y después qué?

—Después volarás hasta la Ciudad Nueva, yo estaré allí esperando con todo preparado para marchar. ¡St. John date prisa! Hay que actuar antes de que Storm sospeche algo.

Entre tanto, Jaffa Storm había terminado su exploración mental, un esfuerzo que le había dejado agotado a pesar de su fuerza física. Sólo él, entre todas las criaturas de Marte, humanas semihumanas y subhumanas, había sido capaz de ver más allá del velo de misterio que ocultaba a las Ciudades Polares y a los Pensadores que moraban en ellas.

Jaffa Storm estaba complacido con lo que pudo ver con su mente. Dio instrucciones y se dirigió hacia el Norte en una nave individual. Volvió antes de que transcurriera un día, cansado pero exultante de felicidad, llevando en sus brazos algo envuelto en un curioso paño brillante, algo que a pesar de su pequeño tamaño hizo que las rodillas de Storm se doblaran por el peso.

Después de terminar su conversación con St. John, Rick bajó por la calle principal de la Ciudad Nueva. Otra vez era de noche; había esperado, a propósito, hasta que el lugar estuviera lo más animado posible.

Las botas de Rick levantaban nubecillas de polvo ocre. Las calles sin pavimentar estaban más o menos delimitadas por líneas de chozas y cobertizos colocados prácticamente al azar. A esa hora, aquel lugar se encontraba atestado de gente, tripulantes, buscadores de oro, colonos, vagabundos, vagos, ladrones y estafadores y las mujeres que frecuentan estos sitios. La mayor parte venían de la Tierra pero Venus, los asteroides y todas las colonias planetarias tenían su representación.

La mayor parte de los edificios de la calle principal eran tabernas^[36] y malas copias de los centros de diversión elegantes. Palacios de los sueños en donde los traficantes de exóticas drogas vendían su mercancía a precios de ocasión, un par de cines tridimensionales que proyectaban películas estrenadas varios años atrás y muchos espectáculos de chicas, del tipo “Las exóticas bellezas de un centenar de mundos. Sólo para mayores de edad”. El ruido era terrorífico.

Rick rodeo una pelea que se desarrollaba en medio de la calle y se detuvo bajo el refugio relativo que le proporcionaba una arcada. Observó durante un rato, se notaba tensión entre la multitud; era algo desagradable que todavía no había descubierto contra quién dirigirse. Todos los hombres estaban armados, la mayor parte con pistolas de rayos.

Miró hacia el cielo, intentando medir la distancia entre las dos lunas. Asintió con la cabeza y siguió su camino. Finalmente abrió las puertas giratorias de plástico rojo de “El Horno, el local más caliente de Marte” y desde luego el local más grande de la Ciudad Nueva de Ruh.

Un grupo de chicas venusianas, de aspecto cansado estaban bailando moviendo mecánicamente sus cuerpos, que parecían recubiertos de esmeraldas pulidas, siguiendo una rutina que ya había podido ver cinco años antes en Losanglis, allá en la Tierra. Hombres de aspecto duro, con borracheras de distintos grados, las miraban apoyándose en las mesas que formaban corro mientras que conversaban con ellas a gritos. El mostrador, bastante largo estaba completamente abarrotado, tenía detrás una colección de licores interplanetarios y un espejo Florent barato; estos espejos solo reflejan las radiaciones infrarrojas provenientes del calor de los cuerpos vivos, transformando las personas en vivos reflejos, lo que produce curiosos efectos.

Rick se abrió paso a codazos. Pidió un *thil*, un fuerte licor verde y frío procedente de Jekkara en el Canal Inferior, y bebió un sorbo mientras observaba el espejo.

De repente, alguien que se encontraba en la fila del mostrador dio un grito:

—¡Rick! ¡Rick Urquhart!

El volumen del sonido exterior disminuyó un poco, porque otros clientes callaron al oír estas palabras, de forma que las palabras siguientes pudieron oírse claramente.

—¡Por las estrellas! ¡Pensé que estabas muerto en las galerías de la Compañía! —Al oírse la palabra “Compañía” un profundo silencio se apoderó del Horno.

Rick examinó el espejo. Allí vio reflejada una forma desgarrada y nervuda gesticulando frenéticamente. Entonces Rick gritó:

—¡Texas! —El propietario de la forma desgarrada se subió al mostrador.

Estaba al tanto de que centraba la atención de todo el mundo, incluido el coro de chicas cansadas.

Caminó a lo largo del mostrador, pasó entre filas de jarras y vasos, llegó hasta donde estaba Texas y se subió para ponerse a su lado. Se dieron unos golpes cariñosos. Texas tenía una cara correosa pero que indicaba buen corazón; sus huesos se marcaban a través de su piel curtida, tenía malos dientes y sus botas tacones altos; su aliento olía tanto a alcohol que uno podía emborracharse solo con olerlo. Había cuidado animales para carne en tres planetas y un asteroide, era lo más parecido a un amigo que Rick había encontrado en sus correrías.

—¡Por el amor de san Pedro! —Gritó Texas—. ¿Qué haces por aquí, viejo pastor? La última vez que tuve noticias tuyas, fue que los esbirros de la Compañía estaban a punto de atraparte en la Ciudad Antigua.

—Efectivamente me atraparon, —repuso Rick—, pero empecé un pequeño motín en la mina y fui lo bastante afortunado para escaparme —la voz de Rick se oyó, sin crispación, por toda la sala cuando dijo—. He oído que Storm viene ahora hacia aquí a reclutar trabajadores.

Como si aquella multitud fuera un único animal, un grito unánime respondió a la última declaración de Rick.

Alguien que se encontraba cerca de Rick dijo:

—Nadie puede escaparse de la Compañía. ¿Cómo te arreglaste para hacerlo?

Rick le enseñó las muñecas y dijo:

—¿Ves estas cicatrices? ¿Crees que llevo grilletes por gusto? —Se volvió a la multitud y dijo—: Sí, tuve suerte, pude escaparme a través de una galería abandonada, pero otros no pudieron. ¿Sabéis con qué nos atacaron? Emplearon un Banning a toda potencia. ¡He visto lo que les pasa a los tipos a los que la Compañía atrapa! He vivido en sus barracones y sudado en las minas y casi he perdido la vida, junto con los demás compañeros. Yo tuve suerte, ahora os lo puedo contar. Si no hacemos algo con Jaffa Storm y su banda, todos moriremos en las minas antes de que pase mucho tiempo.

Después de que el ruido se hubiera apagado, Texas dijo:

—Seguro Rick, pero Storm tiene todos los ases. Me gustaría que tuviera la cabeza dentro de un barril y echarlo a rodar, pero ¿quién le mete la cabeza en el barril?

—Yo puedo hacerlo —dijo Rick. Observó a los hombres que ansiosamente se inclinaban hacia él y dijo—: ¡Escuchad tíos! Quizá alguno de vosotros sepa que hace unas cuantas noches hubo jaleo en la Ciudad Antigua. Bueno, yo estuve allí. Vi como Storm conducía a sus hombres para acabar con su rey y un montón de los jefes de los marcianitos. Los marcianitos van a atacar a la Compañía esta noche con todo lo que puedan, ¿vais a dejarles que se diviertan ellos solos?

Esperó hasta que se amainaron los gritos y pudo hacerse oír de nuevo para decir:

—¡Hay una cosa que os quiero decir! Si no luchamos codo a codo con los marcianitos estamos perdidos. ¡Maldita sea! ¿Por qué no íbamos a luchar juntos? Son tan humanos como nosotros y ¡tanto ellos como nosotros hemos sido machacados por la Compañía durante demasiado tiempo! Antes o después, tendremos que luchar contra la compañía. ¿Cuánto creéis que la pobre gente como nosotros va a poder aguantar en Marte en medio de una guerra entre Storm y los marcianitos?

Les dejó que pensaran sobre esta cuestión durante unos instantes y luego prosiguió diciendo lentamente.

—Tengo preparado un plan para entrar en el complejo de la Compañía esta noche. Tengo una deuda pendiente con Jaffa Storm y hoy voy a pagársela. ¿Cuántos de vosotros quieren estar conmigo cuando se abran las puertas del complejo?

El aire se llenó de puños alzados a la vez que se dejaba oír un gran rugido.

—Tex, —dijo Rick—, tú les dirigirás; acudid de prisa y en silencio. Permanecer separados de los marcianitos hasta que empiece la lucha, pero trabajad junto con ellos. Lo tengo todo preparado. Consigue voluntarios que sepan manejar helicópteros y *atmoplanos*, seguro que los encuentras en este tugurio, y apodérate de estas naves y liquida los Bannings que guardan las puertas del complejo. Apodérate de todas las armas que puedas conseguir. Si no pudieras cumplir con esta parte del plan, vosotros y los marcianitos, juntos ambos grupos, atacaríais las puertas en cualquier caso.

En ese mismo momento, Kyra estaba intentando conseguir la colaboración de los marcianos, pero hasta entonces el resultado era infructuoso. El ladrón vestido con harapos dorados fruncía el ceño con aspecto enfadado. De forma terca se oponía a todo lo que Kyra decía. El ladrón se mofaba:

—¡Terrestres! Cuando los hombres vierten juntos su sangre por una misma causa se hacen hermanos. ¿Estamos dispuestos a ser hermanos de la

gente de la Tierra?

Los hombres que se encontraban alrededor de la mesa, eran cinco, representando cada uno a uno a cada barrio y clase de Ruh, lanzaron un grito al unísono.

—¡No!

Kyra, impaciente, batió el aire con sus alas. Les dijo:

—Estos terranos no os han hecho ningún daño. No os quieren hacer ningún daño. Han sufrido tantos agravios por parte de la Compañía como habéis sufrido vosotros y tienen con ella una deuda de sangre. De acuerdo con nuestras propias leyes ¿podemos negarles el derecho a que se la cobren?

Los hombres pensaron sobre estas palabras, el ladrón comenzó a decir algo pero Kyra se le adelantó y habló primero.

—Juntos, marcianos y terrestres, podemos destruir la Compañía; juntos, tendremos las armas y la fuerza suficiente. Cada uno por su lado fracasará pero si nos unimos, aun en el supuesto de que ... Rick caiga, podremos seguir adelante y triunfar —esperó un momento y luego lanzó un grito—. ¡Los terrestres atacarán con nosotros o sin nosotros! ¿Les vais a dejar que se lleven toda la gloria?

Los hombres que se encontraban alrededor de la mesa se levantaron y lanzaron aullidos como nunca antes los habían hecho, gritaban con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Lucharemos! ¡Muera la Compañía!

CAPÍTULO X

Después de una ligera búsqueda Rick localizó a St. John y a Eran Mak en el campo donde se encontraban los helicópteros, justo al otro lado de las cabañas que rodeaban la ciudad.

—¿Llegaste a un acuerdo con Storm como habíamos planeado? —preguntó Rick.

—Sí —repuso St. John—. Le dije que tenía noticias de las Ciudades Polares, algo importante para él y para Fallon y que estaba muerto de miedo. No sé si me creyó o no.

—No importa, en tanto podamos llegar allí.

Transcurrió el tiempo. El ruido, el movimiento y la luz se fueron apagando en la Ciudad Nueva, St. John tiró la colilla de su cigarrillo.

—Rick, ¿ha llegado la hora?

—Sí, vamos.

Subieron a la pequeña nave que se encontraba allí bien preparada. Eran Mak lanzó una última mirada hacia el cielo.

—Las lunas están próximas, —dijo—, esto es un buen presagio para Marte. ¿Lo tuviste en cuenta al hacer tus planes?

—¿Qué crees? Por amor de Dios. ¡Cierra la puerta y vamos!

Tal como esperaba, Rick pudo ver multitudes que se dirigían hacia allí desde Ruh, cruzando el fondo del mar muerto. Marchaban sin luces, formando un frente muy extenso y buscando las sombras para ocultarse. Esperaba que, debido a lo quebrado del terreno y al aire de confusión que producía la luz de las dos lunas, pudieran acercarse hasta las murallas del complejo de la Compañía sin ser descubiertos.

El complejo de la Compañía refulgía lleno de luces, todas a plena potencia. Mientras observaban, dos naves despegaron del puerto dibujando con las llamas de sus cohetes colas de cometa en el cielo. El pequeño helicóptero se estremeció por el vendaval que los dos cohetes de transporte dejaron tras de sí.

De repente Rick dijo:

—¡Espera un momento! —Los demás le miraron sorprendidos. Estaba observando el resplandor de los cohetes—. ¿Cómo puedo saberlo? —susurró—. Storm leyó nuestras mentes con anterioridad ¿cómo puedo saber si lo ha vuelto a hacer? —Sin ningún aviso comenzó a cantar una ruidosa balada

sobre la hija de un tripulante y la cola de un cometa, apartó a St. John de los controles y comenzó a manejarlos él mismo. Sus ojos ardían de excitación.

St. John le dijo de golpe:

—¿Te has vuelto loco?

Sin embargo, Eran Mak estudió a Rick con ojos llenos de astucia.

Luego dijo:

—Hay más cosas en el cielo y en Marte de las que conocen los nacidos en la Tierra; una de ellas es la telepatía —miró rápidamente la dirección que estaba tomando el helicóptero y dijo—: Vamos Hugh, cantemos.

Usando la balada como una pantalla para esconder sus pensamientos, Rick dirigió el helicóptero hacia el astropuerto y le hizo descender en un área oscura y abandonada cerca de su límite. Luego devolvió los controles a St. John y le explicó:

—Parece ser que Storm no ha estado tan atareado como pensaba, puede que haya leído claramente en toda mi mente y haya preparado una trampa para todos nosotros. De cualquier forma, tengo una idea mejor, y nos da una mejor oportunidad de vencerle. Volved, con toda rapidez, a donde se encuentran los hombres y decidles que no ataquen el complejo de la Compañía hasta que yo haya vuelto, luego volved de inmediato.

—¿Cómo sabremos cuándo vas a volver?

—¡Lo sabréis!

St. John frunció el entrecejo y miró rápidamente hacia el astropuerto. El rostro de Rick se endureció. Eran Mak dijo:

—Hugh, no te creas que está huyendo, vamos.

—Lo siento —dijo St. John secamente.

Rick lanzó un gruñido y saltó al suelo que se encontraba a unos diez pies del helicóptero. La nave se alejó velozmente. Rick permaneció rígido, mirando a su alrededor, y luego se dirigió hacia el principio de una fila de plataformas de lanzamiento que se encontraba aproximadamente a media milla de distancia. A lo que se ve, nadie se había enterado de su aterrizaje furtivo. No había ninguna razón para que nadie se percatara, ya que se encontraba bastante alejado del campo de aterrizaje.

Dado el pequeño tamaño de las plataformas de lanzamiento, pensó que se emplearían para lanzar las pequeñas naves privadas de los altos cargos de la Compañía. Esto era exactamente lo que Rick iba buscando. A su alrededor, todo estaba oscuro, lo que significaba que justo en ese momento no había nadie que tuviera intención de pasar por allí.

Rick se arrastró cuerpo a tierra los últimos centenares de yardas. Fue bastante afortunado, porque pudo evitar los ojos electrónicos que podían detectar objetos del tamaño de un hombre arrodillado. Finalmente, consiguió llegar a la sombra de uno de aquellos enormes tubos inclinados. Se encontraba en el lugar más atareado del puerto, donde los esclavos cargaban *fallonita* y descargaban suministros; este lugar le había estado vedado.

Sin embargo, aquel recinto no estaba cerrado. No había ninguna razón para que lo estuviera. Rick se deslizó en el interior de una nave a través de una puerta de doble cierre. Era una nave fácil de manejar, equipada con todo lujo de detalles y que había sido adaptada para la navegación atmosférica. La prisa en completar su misión le hizo sudar. Rick encontró un cerrojo y con él bloqueó la puerta; luego se puso el cinturón de seguridad en el asiento del piloto y se puso a trabajar.

Posiblemente, el trueno que produjeron los motores al calentarse hizo que la gente se acercase a la carrera, pero Rick no tenía tiempo para esperar a verlos llegar. Despegó antes de que los tubos estuvieran lo suficientemente calientes para hacer un despegue seguro. Una vez que se ha iniciado la ignición de los reactores de una nave espacial, ya no es mucho lo que el piloto puede hacer sobre el despegue.

La trayectoria que recorrió, mientras la nave emitía un ruido de mil demonios, fue un arco alargado que le llevó, por arriba, a la parte superior de la delgada capa atmosférica; aquí, puso a funcionar los rotores y bajó revoloteando hacia los edificios de la Compañía. Durante el camino, fue vertiendo combustible, observando cuidadosamente el indicador que le decía el que le quedaba. El pabellón en el que Mayo se encontraba prisionera se encontraba apartado de la gran torre de la administración de la Compañía, pero no quiso correr riesgos innecesarios.

Aterrizó en una zona elevada y dirigió la proa de la nave hacia la torre de la Compañía. Bloqueó los controles, dejó el mando de ignición abierto de par en par, se bajó y dejó la nave en libertad lanzándola como si fuera una bomba dirigida contra la torre y la muralla norte. Pudo ver cómo caía envuelta en llamas azules mientras que él se alejaba de allí.

La fuerza de la explosión la derribó, pero aun así siguió siendo hermosa. La torre cayó como si fuera una tarta de boda, las murallas se combaron hacia fuera antes de caer. Después, todo quedó oculto por el humo y las cenizas que llenaban el aire.

Rick sonrió, sus dientes brillaban como lo hacen los de un lobo a la luz de la luna. Luego, modificó la dirección de su carrera y se dirigió hacia el lado más

lejano del complejo, hacia donde se encontraba Mayo.

En su camino pudo ver a hombres que salían de los pliegues y grietas del fondo marino y se lanzaban a la carrera hacia las brechas que la explosión había producido en las murallas. Terrestres y marcianos corrían juntos sobre el musgo gris, pistolas desintegradoras y barras de hierro que servían de palancas junto con espadas y manoplas erizadas de púas del Canal Inferior. Todos eran simplemente hombres que llevaban el mismo odio en el corazón y atacaban a sus mismos enemigos que se encontraban en la misma barricada.

Rick, mientras asentía con la cabeza pensó: “Dejemos que sufran juntos, que derramen juntos su sangre, al menos durante un tiempo y se harán hermanos; un poco de tiempo es todo lo que necesito”.

Se introdujo en el silencioso y oscuro aparcamiento trasero del complejo y allí encontró, gracias al mapa que Kyra le había descrito verbalmente, el pabellón de Mayo. Subió por el altozano en el que se encontraba el pabellón, riendo a pesar de la debilidad de sus rodillas y el rápido latido de su corazón. En parte, su excitación era debida al vuelo con la nave y a su destrucción, pero había más cuestiones que le hacían latir el corazón con fuerza.

El pabellón no estaba cerrado. Nada más abrir la puerta se dio cuenta de que se encontraba vacío. Recorrió todas las habitaciones llamando a Mayo por su nombre; finalmente, encontró sangre en la alfombra, un rastro de sangre fresca y todavía húmeda. Se quedó frío y mudo por la sorpresa.

Siguió el rastro, no bien definido, que formaban las gotas de sangre que habían caído no solo en el pabellón, sino también sobre el pavimento exterior, hasta llegar a un pequeño cobertizo que podía haber albergado un helicóptero, guardado allí en secreto para el caso de que se produjera una emergencia. El rastro de sangre terminaba allí.

Rick volvió a la carrera. Llamó a gritos a Kyra, pero no hubo ninguna respuesta, aunque precisamente la había enviado para vigilar y colaborar, si era posible, en la fuga de Mayo. En ese momento se oía el rugido de un gran combate; provenía del lugar en donde los venusianos de Storm se enfrentan a la masa de terrestres y marcianos. Rick corrió hacia allí; ahora iba más despacio pues estaba empezando a sentir las heridas de los pies. Al pasar, vio los bloques en donde se encontraban presos los integrantes de las brigadas de trabajo; estaban abiertos de par en par de acuerdo con las instrucciones que había dado.

Después de aquel momento, todo se volvió confusión alrededor de Rick. Se encontró en medio del combate pero solo pudo ver a medias a los hombres que le disparaban. Buscaba a St. John y a Eran Mak, no porque quisiera

hablar con ellos sino porque quería su helicóptero. No dejaba de pensar en Mayo y en Jaffa Storm y se dio cuenta de que se estaba volviendo loco.

Entre los hombres de Ruh, tanto de la Ciudad Nueva como de la Ciudad Antigua, y los esclavos liberados, destrozaron por completo la resistencia de la Compañía. El golpe que Rick había conseguido al estrellar la nave había hecho una gran parte del trabajo; además, sin Storm que les infundiera ánimos, los venusianos se encontraron muy debilitados. Sorprendentemente, en muy poco tiempo, todo estuvo en silencio. Finalmente, Rick encontró a St. John y a Eran Mak en el borde del inmenso cráter que había producido el impacto de la nave de Rick; los dos hombres se encontraban agachados sobre un objeto de metal que se encontraba doblado.

St. John estaba diciendo:

—Solo Dios sabe lo que es esto; yo antes nunca había visto nada igual. Probablemente nunca sabremos exactamente a qué nos enfrentamos.

Eran Mak lo tocó, temblando ligeramente y dijo:

—Esto fue construido para la guerra, lo puedo sentir —luego vio a Rick e iba a saludarlo cuando de repente cambió de opinión y preguntó—: ¿Qué problema ha aparecido?

—Storm se llevó a Mayo en un helicóptero que tenía escondido. ¿Dónde está el vuestro?

Con sequedad, St. John contestó:

—No volverá a volar, la explosión hizo que una piedra le golpeará el motor —de repente su rostro se puso pálido y en tensión, siguió diciendo—: Encontraremos una pantalla de televisión y nos comunicaremos con el Gobierno Planetario Marciano^[37], para que se ponga a trabajar, también habrá que comunicar lo que ha pasado a las Autoridades Interplanetarias^[38] por si ha abandonado Marte, de forma que sea capturado cuando aterrice en algún otro planeta —se dio cuenta de la mirada de Rick, que ponía de manifiesto hasta qué punto estaba estremecido por la furia y dijo—: ¡Esto es lo único que podemos hacer por ahora! Vamos.

Encontraron una pantalla en el laboratorio que no había sido afectada por la explosión. Mientras St. John hacía los informes que había indicado, Rick paseaba de un lado a otro de la habitación incansablemente, cojeando por el dolor pero incapaz de sentarse y estarse quieto. Los tres estaban solos en la oficina. Eran Mak se apoyaba en la puerta fumando y sin dejar de mirar a Rick con una mirada dura e interrogativa. St. John apagó la pantalla y dijo:

—Ahora hablemos de negocios.

Rick contestó con un gruñido:

—Al infierno con los negocios, A mí lo que me preocupa es lo que le haya podido pasar a Mayo —la boca de Rick se torció formando algo que podía ser una sonrisa, luego explicó—: Son mis hombres, yo he conseguido que lucharan juntos y los controlo —se golpeó el collar de Ruh con los nudillos—. No hay más ley en Marte que la fuerza, Storm también lo sabe. Ahora yo tengo la fuerza y estoy dispuesto a apoyarte, salvo que me quieras poner una zancadilla; desde luego, a lo que no estoy dispuesto es a actuar como Storm piensa que lo voy a hacer.

—¿Hasta cuándo vas a mantener tu posición? —dijo St. John—. ¿Te crees que Marte es un juguete para que te entretengas?

El rostro de Rick se ensombreció; pareció como si sus ojos de gato miraran hacia el interior.

—Le prometí a Mayo que le daría Marte para que lo llevara sujeto con una cadena alrededor de su cuello. No sé qué voy a hacer con Marte cuando esté en mis manos; pase lo que pase, la situación será mejor de lo que es ahora, pero ahora lo que me importa es Mayo, así que tú y Marte ¡os podéis ir al infierno! —Se acercó cojeando a la pantalla buscando el interruptor mientras decía:

—Se podrá obtener un helicóptero en la pista de aterrizaje.

Oyó como las campanillas de Eran Mak sonaban débilmente y luego su volumen aumentó hasta formar un rápido tintineo. Se dio la vuelta, las heridas que tenía en las manos y pies le obligaban a moverse con torpeza, pero aun así su pistola de rayos estaba casi desenfundada cuando Eran Mak le golpeó en la sien con el cañón de la suya. Rick cayó al suelo y quedó allí rígido.

St. John se humedeció los labios y dijo con aspereza:

—Mak, no tendrías que haber hecho esto.

El marciano, totalmente tranquilo, mientras ataba a Rick con eficiencia le contestó:

—¿Por qué no? Un adulto es tan irresponsable como un niño y corre el mismo peligro si se pone a jugar con un tigre. Piensa en cómo sería Marte dentro de cinco años si fuera él quien nos gobernara.

St. John asintió lentamente con la cabeza mientras decía:

—Un emperador bárbaro, lo único que traería sería guerra y crueldad. Pero si no contamos con Rick nunca venceremos.

—No, pero él no hizo lo que hizo ni para sí, ni por ti ni por mí, ni siquiera por Marte —Mak se levantó y permaneció en pie mirando ceñudo a Rick, mientras se movía las campanillas de adelante hacia atrás con la punta de su dedo—: El problema es qué hacemos ahora con él. No quiero matarle, pero

hay algo que le hace muy importante ¡el maldito collar! —De repente, Mak chasqueó sus dedos y dijo—: Tráeme algún ácido del laboratorio para que pueda abrir el cierre. Sin el collar, Rick, para los marcianos no es nadie y si les decimos a los terrestres que Rick huyó con varios millones de créditos que le había entregado la Compañía esto será su fin.

—¡Mak, esto no es jugar limpio! —protestó St. John.

Con paciencia el marciano dijo:

—A veces, un golpe sucio decide un encuentro limpio. Piensa en Marte, no en Richard Gunn Urquhart. Vamos Hugh, ¡muévete!

Hugh St. John se movió.

CAPÍTULO XI

A Richard Gwm Urquhart le llevó mucho tiempo recuperar el conocimiento. Volvió en sí lentamente, recuperando la conciencia poco a poco. Notaba que la cabeza le oscilaba como si fuera un péndulo y tenía un sabor en la boca como si se hubiera comido un sapo; se percató de que había sido drogado con *tsamo*, un narcótico marciano.

Cuando pudo fijarse, se dio cuenta de que el tejado que tenía encima era el techo del camarote de una nave espacial. Gracias a su largo entrenamiento, el subconsciente de Rick pudo valorar y clasificar rápidamente los sonidos que le llegaban del exterior. La nave estaba en el puerto, la estaban cargando y todavía no estaba dispuesta para el despegue.

Sintió que se tambaleaba. No tenía prisa en despertar completamente, hasta que descubrió que su muñeca derecha estaba encadenada al puntal de la litera. El *tsamo* le había atontado. El comprender su situación hizo que su piel comenzara a sudar como si estuviera sometido a un esfuerzo físico. Finalmente, pudo juntar todas las piezas y darse cuenta, bastante bien, de cuál era su situación. Se sentó y gritó mientras sacudía la litera con los ojos inyectados de furia y desesperación.

Nadie le respondió. La puerta del camarote estaba cerrada y él estaba solo. Durante un tiempo luchó para cortar la cadena, pero finalmente abandonó y se quedó en reposo a pesar de que en su interior no sentía ninguna paz.

Vio la carta, apoyada en la mesilla que se encontraba junto a la cabecera de su litera.

Estaba dirigida a él, rompió el sobre, la abrió y leyó:

“Rick:

Reconozco que fue una jugada muy sucia, pero no nos dejaste otra alternativa. El futuro de un mundo es más importante que tú o que nosotros, así que ...

Se han ingresado cincuenta mil créditos en tu cuenta en la oficina principal de Nueva York del Primer Banco Interplanetario de la Tierra. Quizá esto te ayude a olvidar el golpe que recibiste en la cabeza. No intentes regresar a Marte. Tanto los marcianos como los terranos han sacado unas conclusiones erróneas, aunque lógicas, de tus acciones y probablemente te dispararán en cuanto te vean. Además, como tú mismo dijiste, la única ley

que hay en Marte es la de la fuerza y ahora somos nosotros los que la tenemos. Sé razonable y mantén tu cabeza en lugares en los que te sea de utilidad y no tengas riesgo de perderla. Buena suerte.

Eran Mak

También había una postdata que decía:

No te preocupes por Mayo, estamos removiendo a Marte y al cielo para ayudarla”.

Los labios de Rick dejaron ver sus dientes cuando sonrió. Arrugó la carta y la tiró lo más lejos que pudo. De repente se sintió presa de un fuerte mareo. Se quedó quieto durante un rato mientras sudaba copiosamente. A sus oídos llegó el ruido sordo de las grúas de carga, el rugido de los motores, el silbido de los tornos, los gritos de los hombres y los golpes y crujidos que producían las pesadas cargas al ser introducidas en la nave.

Se volvió a poner de pie y comenzó a gritar de nuevo.

Finalmente llegó un muchacho que traía una bandeja. Era igual al millón de grumetes que trabajaban en el Triángulo. Sus gastados pantalones de faena, demasiado anchos para él, colgaban de sus caderas; su rostro tenía el aspecto habitual de cansancio, como el de un animal capturado, pero que mantiene su ferocidad. Colocó la bandeja en la mesilla y se mantuvo siempre fuera del alcance de Rick.

—¿Dónde estoy? —Preguntó éste.

—En el puerto de Jekkara^[39] —el muchacho le estudió; obviamente estaba impresionado por el tamaño de Rick y la madurez que representaba.

—¿Qué nave es esta?

—El *Mary Ellen Dow*, destino la Tierra. Zarparemos en tres o cuatro horas.

A pesar de los grilletes, Rick se puso de pie y dijo:

—Esto significa que nos colocaremos en las plataformas de lanzamiento dentro de unos minutos. ¡Una vez que estemos en esta situación ya no me podré bajar! Llévame a ver al capitán.

—No puede ser, nadie puede venir aquí hasta después del despegue, salvo yo. Son órdenes; además, el capitán está muy atareado.

El muchacho se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Pero su atención se fijó sobre la gran mano de Rick, morena y vendada.

Rick se relajó. Señaló a una cicatriz púrpura que se encontraba debajo del ojo del muchacho y sonriendo dijo:

—Veo que tú también tienes cicatrices por haber combatido, Apostaría a que por una dama.

No, no había sido por una dama, sino porque se había cruzado con el cocinero que tenía resaca. Pero el muchacho se sentía igualmente orgulloso, dijo:

—Sí, también rompió unos cuantos platos, ocurrió en casa de madame Kan^[40]. ¿A estado alguna vez allí?

—Puedes apostar que es la mejor taberna de Marte.

Con aire condescendiente el grumete dijo:

—No está mal, pero no me gustan las chicas marcianas, están demasiado flacas.

—Llevas razón, además tienen mal carácter —Rick hizo una mueca de dolor y dijo—: ¡Maldición que dolor de cabeza tengo! ¿Quién me drogó?

—Yo no lo hice. Cuando te trajeron aquí estabas completamente drogado y esto fue hace tres días. Respira profundamente y todo se te pasará.

—Eso creo —no era difícil adivinar lo que había pasado. Eran Mak le había dejado sin sentido de un golpe y luego le había mantenido inconsciente con drogas. Por lo tanto debía ser Eran Mak quien le había quitado el Collar de Ruh. Rick, intentando ganar su confianza, miró fijamente al muchacho y le dijo—: Cierra la puerta y acércate, quiero hablar contigo.

—No tengo la llave de los grilletes.

—Ya lo sé. Escucha, coge esta carta y léela.

El muchacho obedeció, con cautela. Los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Cincuenta mil créditos! —con voz ronca dijo—: ¡Por las estrellas! — Con suavidad, el muchacho, sin que nadie le preguntara, dijo—: No puede ser, —comenzó a mirar a algún lugar lejano y su rostro cambió—. Conseguiría el nombramiento de oficial y podría comprar mi propia nave, o parte de una nave y dirigirme a explorar el Cinturón de asteroides o, incluso, Júpiter, pero no puede ser.

—Muchacho, sí puede ser.

El grumete se dio la vuelta y le miró, torció la boca y se dirigió a la puerta. Entonces Rick dijo:

—¡Escucha maldito chiquillo! A ver si entiendes lo que quiero decir. Lo que está en juego es infinitamente más que cincuenta mil créditos. Si no salgo de esta nave antes de que comiencen las maniobras del despegue, perderé algo

muchísimo más importante. Lo que te estoy proponiendo es comprar la llave de estos grilletes por cincuenta mil créditos.

El muchacho le miró e intentó contestarle por tres veces antes de que pudiera articular palabra.

—No tengo la llave.

—Yo también he sido grumete. Sé que puedes conseguirla.

El muchacho se pasó la mano por su cabello y por su rostro, parecía que tuviera dificultades en respirar, de repente, gritando, contestó:

—No podré conseguir la llave para separarte de la litera; lo único que lograré es que me estén dando latigazos durante ocho toques de campana por haber intentado dejarte escapar.

Rick rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró un trozo de lápiz, luego le dijo:

—Dame la carta —el muchacho colocó el papel arrugado sobre la litera, sin acercarse—. ¿Cómo te llamas?

—Yancey, William Lee Yancey.

Rick alisó el papel de la carta y escribió algo cuidadosamente al dorso, luego devolvió la carta al grumete. El joven leyó en voz alta:

—“A quien pueda interesar:

William Lee Yancey ha efectuado una tarea que valoro en cincuenta mil créditos, por ello debe entregarse el saldo de mi cuenta en la oficina principal de Nueva York del Primer Banco Interplanetario de la Tierra (ver el anverso) al precitado William Yancey.

Richard Gunn Urquhart”.

Lentamente, un brillo fue apareciendo en la mirada del grumete, enrolló el papel de la carta, ya alisado, y se lo guardó. Luego dijo:

—Espera, —y salió del camarote.

Rick esperó; le pareció que había esperado durante mil años; su corazón estaba a punto de hacer un agujero en sus costillas. Miró a la pared del camarote, pero lo único que podía ver era el rostro de Mayo tal como lo recordaba de la última vez que lo había visto, mientras el sudor y la sangre de su crucifixión brillaban como joyas sobre aquella piel blanca y ojos oscuros llenos de tristeza y amor.

El muchacho volvió y con él venía la llave.

—La he birlado de los pantalones de repuesto del capitán —sonrió y dijo —: Ya están enganchando los remolcadores, debemos darnos prisa.

Rick podía escuchar el rugido de los poderosos electroimanes de los remolcadores, que se sujetaban al casco de la nave, preparados para

arrastrarlo hasta la plataforma de lanzamiento. La operación aun duraría varias horas, pero una vez comenzada, era imposible abandonar la nave. El cierre del grillete hizo un ruido metálico y Rick se pudo desembarazar de sus cadenas y salir por la puerta. No había nadie en el corredor; los oficiales estaban en el puente y la tripulación se encontraba acostada en las hamacas de despegue. A veces, el colocar la nave en la plataforma de lanzamiento provocaba más molestias a la tripulación que el mismo despegue.

El timbre de avisos sonó por toda la nave; las compuertas ya estaban cerradas, el grumete tiró de la manga de Rick y dijo:

—La tolva para verter los desperdicios, por aquí —echaron a correr; los pies de Rick todavía estaban rígidos y le dolían, pero podía correr con ellos.

Encontraron la tolva, la abrieron y dejaron que el aire más denso de la nave escapara al exterior. Los remolcadores hacían un ruido ensordecedor para desplazar la enorme masa de la nave. Nadie se percató de dos hombres que corrían bajo la sombra que producía el enorme casco del *Mary Ellen Dow*. Todavía no había amanecido; podía verse a Deimos desvaneciéndose en el cielo occidental, mientras que el sol todavía no había aparecido por oriente.

Rick se detuvo bajo el refugio de una inmensa plataforma de lanzamiento y se dio cuenta de que el muchacho había desaparecido. Rick sonrió torciendo los labios. Pensó: “*No confió en mí, temió que le quitara la carta, fue inteligente al pensar así*”.

Rápidamente olvidó al muchacho y a los cincuenta mil créditos y pensó cual era la forma más segura y rápida de apoderarse de un helicóptero. Con su traje de tripulante, podía circular libremente por el puerto, salvo que Eran Mak y St. John hubieran enviado su imagen por la pantalla de comunicaciones. Finalmente, se encogió de hombros. Era un riesgo que tenía que aceptar.

Siguió caminando, erguido y sin apresuramiento, actuando como si trabajara allí. Solo se detuvo una vez para recoger un pesado trozo de chatarra que se adaptaba bastante bien a sus dedos y lo ocultó en su puño. Rick tenía un aspecto de fría concentración en sus objetivos que asustaba.

El campo de helicópteros estaba a más de milla y media del campo de cohetes. Los *jeeps* pasaban velozmente de uno a otro y de ellos a los enormes almacenes, cobertizos y talleres de reparación. Incluso a aquella hora tan temprana el puerto de Jekkara estaba despierto y lleno de actividad. Pasó muy poco tiempo antes de que uno de los *jeeps* frenara y su conductor se ofreciera a llevar a Rick.

Rechazarlo hubiera sido más peligroso que aceptarlo; los tripulantes nunca caminan si lo pueden evitar. Rick subió al vehículo.

El conductor le parecía una sombra oscura y borrosa en medio de la oscuridad, le comenzó a hablar mientras dirigía el coche, a toda velocidad, hacia el campo de los helicópteros.

—¿Vienes del campo de cohetes muchacho?

—Sí.

—Entonces supongo que te habrás enterado de las noticias.

—Pues no.

—Pues mira, a la Compañía Terrana de Explotaciones la han dejado fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos. Algunos de los nuestros han sido lo bastante inteligentes como para tomar la justicia por su mano. Parecía como si la Compañía fuera a ser el ama de este terco planeta, pero ahora, nosotros la gente del pueblo, vamos a ver lo que hacemos. Todo está muy movido y el nuevo gobierno tendrá que solucionar todos estos problemas —lanzó una fuerte carcajada y dijo—: Una cosa es segura, debemos caminar junto con los marcianitos; al fin y al cabo es su mundo y también será el mío si me dejan elegir.

—Sí —reconoció Rick—. Las noticias son magníficas.

La luz cada vez era más intensa, conforme avanzaba la aurora marciana; el conductor le dijo:

—La nueva situación me conviene, lo más divertido es lo de ese pájaro, creo que le llaman Rick, le dijo a todo el mundo un montón de cosas maravillosas sobre el futuro de Marte y luego huyó, dejó colgados a sus compañeros y se fugó con el dinero de la Compañía. Llevaba un collar, un artilugio que es sagrado para los marcianitos o algo así. Si quiere seguir vivo mejor que no vuelva a pisar Marte.

Rick no dijo nada, el campo de helicópteros todavía estaba muy lejos. El conductor siguió hablando interrumpiéndose frecuentemente.

—Mucha gente va a comprar terrenos aquí, se construirán ciudades, esto será mejor que la Tierra. Sí, a Marte le espera un gran futuro. Voy a traerme a mi mujer y a mis hijos que viven en Terra, aquí hay un montón de trabajo que hacer y cuando hayamos terminado esto será algo digno de verse. ¡Algún día mi hijo podrá ser presidente del Gobierno Planetario Marciano! —Se volvió hacia Rick y le dijo—: Entérate de una vez, en el espacio no hay futuro para los viejos, es mejor establecerse en un planeta —su voz fue extinguiéndose hasta que de pronto, con los ojos abiertos de par en par dijo—: ¡Hey, tú eres, tú eres ... Rick!

Rick le golpeó con su puño cargado con la pieza de chatarra; el conductor también era un tipo duro. A pesar de su rápido giro, no pudo evitar quedar medio atontado por el golpe, cayó sobre la bocina y la hizo sonar como si fuera una cabra que llevan al matadero, una cabra del tamaño de una pequeña nave espacial. Los conductores de los otros *jeeps* comenzaron a frenar y a colocarse a su alrededor.

Rick tiró al suelo al conductor dándole una patada y agarró el volante. Alguien dio un grito y más bocinas comenzaron a sonar. Los *jeeps* le rodearon levantando nubes de polvo rojizo tras ellos. Rick apretó con fuerza el acelerador.

Los restos del *tsamo* que quedaban en su Sistema nervioso, anulaban todas sus emociones, salvo su principal determinación: ir a donde quería ir. Solo un loco de atar habría podido salir de allí. Él lo hizo, se lanzó a toda velocidad hacia el campo de helicópteros, sin dejar de tocar la bocina y acelerando a tope de forma que pudo alejarse de sus perseguidores.

Algunos de sus perseguidores le siguieron tan de cerca que una hoja de papel se habría desgarrado al pasar entre sus ruedas y las de Rick, pero no estaban lo bastante locos para alcanzar al conductor, al que le daba igual si se mataba o no.

Rick estrelló el *jeep* contra la alambrada del campo de los helicópteros y siguió adelante. Para entonces ya estaban sonando las alarmas y los hombres corrían hacia él, pero nadie sabía con certeza qué era lo que estaba pasando. Había una pequeña nave, pulida y brillante, calentando motores sobre la pista. Rick se dirigió hacia ella. Tres mecánicos, sorprendidos se dispersaron rápidamente al ver acercarse el *jeep*. Rick saltó al suelo y dejó que el coche se detuviera por sí mismo.

El propietario del helicóptero se le aproximó desde el otro lado de la nave, los mecánicos también comenzaron a acercarse. Un ruido atroz llenaba el ambiente. Rick se encogió sus hombros, seguía llevando la pieza de chatarra en su puño. Derribó a dos de los mecánicos; el tercero estaba demasiado mareado para enfrentársele; el propietario del helicóptero miró a Rick y echó a correr.

Rick tenía el campo despejado, al menos antes de que se acercara cualquier otro lo bastante como para impedirle ejecutar sus planes.

Aceleró el motor a tope y se dirigió hacia una cadena de colinas que se veía a lo lejos. Otros helicópteros, seis o siete, despegaron del campo y se lanzaron tras él en furiosa persecución. Rick pudo dedicar una de sus manos a

encender la telepantalla. Escuchó un rato y luego sonrió y no lo hizo porque escuchara nada divertido.

Se había descubierto su fuga del *Mary Ellen Dow* y por ello el capitán estaba poniendo el grito en el cielo. El conductor del jeep se había respuesto lo suficiente como para explicar quién le había agredido y el encargado de los transportes del campo había declarado la alarma general por el robo de uno de los helicópteros.

Todas aquellas declaraciones se dirigían tanto a la Patrulla Planetaria Marciana^[41] como a Hugh St. John. Rick nunca había visto nada en Marte que funcionara con tanta celeridad. El conductor tenía razón, había muchos sentimientos sobre el individuo llamado Urquhart, y ninguno era amistoso.

Rick dejó que la pantalla actuara sólo como una ayuda para mantener su trayectoria sobre el paisaje de Marte que se deslizaba bajo el helicóptero. Hombres furiosos, con rostros al borde del colapso intentaban que respondiera a sus llamadas. Apagó el transmisor y no se molestó ni siquiera en maldecirles mentalmente.

Las naves que le perseguían seguían pegadas a sus espaldas, pero había tenido suerte, no había ninguna tan rápida como para alcanzarle. Las colinas pasaban bajo su helicóptero, gastadas, rojizas y desoladas, llenas de cañones huecos, como picaduras en los dientes de un anciano. Rick frunció con fuerza sus cejas rubias.

Sus perseguidores no podían atraparlo, pero él no podía dejarlos atrás. Su posición había sido radiada a todo Marte y muy pronto las naves de la Patrulla Planetaria Marciana le estarían rodeando; posiblemente se les añadieran algunos helicópteros de St. John. Todos los campos de aterrizaje a los que podía acudir a repostar estarían avisados y no le dejarían aterrizar. No parecía que el helicóptero le fuera a servir de mucha ayuda.

Pensó que todo estaba acabado, pero estudió el paisaje disgustado, serio, sin sentir pánico. Siguió valorando sus oportunidades.

Comenzaron las llamadas a través de su receptor en marciano, rápido y lleno de interrupciones. Los hombres de la Patrulla Planetaria Marciana señalaban su posición y se aproximaban.

A lo lejos, más allá de la cadena de colinas Rick vio una nube roja que brotaba del desierto. Dejó escapar un suspiro que podría haber sido una risa y le dio una patada a la barra del timón. La pequeña nave describió por el cielo, chirriando, un arco cerrado y en pocos momentos se sumergió en el corazón de la tormenta de arena.

CAPÍTULO XII

El helicóptero de Rick se sumergió profundamente en la tormenta de arena. Se trataba de uno de aquellos horribles *khamsins*^[42] que aparecían en cualquier parte en donde dos vientos solitarios se cruzaban y comenzaban a luchar entre ellos. Ahora peleaban por entre las colinas, golpeándose mutuamente los rostros con sus capas de polvo. Cualquier nave, menos científicamente estabilizada que un helicóptero, habría sido destrozada y arrojada al suelo antes de diez minutos. Pero la navecita aceptó valientemente el castigo al que la sometían los vientos, aguantando en medio del huracán salvaje, moviéndose hacia donde la llevaban pero sin perder nunca el control, sus estabilizadores automáticos la mantenían nivelada. Luego, Rick bloqueó los controles de forma que la nave prosiguiera su vuelo de forma automática.

En el helicóptero había un equipo estándar de emergencia. Se puso el arnés que sujetaba aquel equipo, se colocó un paño fuerte alrededor de la cara y saltó por la escotilla.

Sintió que caía a través de sofocantes capas de arena, que le envolvían y rodeaban, que le intentaban derribar, le golpeaban e intentaban desgarrar su cuerpo. La arena se introducía en su ropa, en sus ojos, en su boca y en su nariz. Estaba cayendo deprisa, muy deprisa. Apretó el émbolo que controlaba el dispositivo para frenar su marcha. El rugido de la tormenta no le permitía escuchar si el gas sintético, más ligero que el hidrógeno, estaba llenando o no el globo que debía frenar su caída. Ni se planteaba el poder ver algo.

Después de un tiempo, la velocidad de descenso fue disminuyendo y pudo percatarse de la presión que el arnés ejercía sobre él. Pensó que había vuelto a los viejos tiempos, cuando un individuo debía depender de un paracaídas para poder realizar saltos, incluso desde no mucha altura y agradeció a la Providencia que gracias a los globos de seda sintética que se inflaban en tres segundos con el gas contenido en un tanque de seguridad, un hombre podía sobrevivir a cualquier cosa con la que se encontrara en el cielo.

El helicóptero, vacío, se encaminaría hacia fuera de la tormenta y, con suerte, los perros que le perseguían desperdiciarían mucho tiempo en darle caza. Para entonces, Rick ya se habría ocultado en las colinas, siempre y cuando el viento no le golpeara contra un acantilado que no podía ver.

Afortunadamente para Rick esto no ocurrió. El globo flotó hacia el borde de la tormenta. Notando que la luz era diferente, Rick se destapó los ojos,

protegiéndolos con las manos y mirando a través de las minúsculas rendijas que dejaban formaban sus párpados. Vagamente, muy vagamente, como si fuera la sombra de una roca sumergida, pudo ver bajo sus pies un pináculo desigual y luego, bajo él, surgió de repente una forma que parecía sólida.

Dobló las rodillas contra su pecho para soportar el impacto con el suelo como si fuera una simple caída con sus piernas flexionadas. El impacto con el suelo le sacudió con fuerza pero no le hizo ningún daño en especial. Estiró del cordón para dejar escapar el gas que quedaba en el globo y quedó agarrado desesperadamente a una roca erosionada. El viento arrastró al globo que tiró de su arnés para levantarlo del suelo, se sujetó a la roca para no ser arrastrado y pronto sus dedos estuvieron sangrando por la tensión. Afortunadamente, un minuto o dos después, el globo ya completamente deshinchado cayó a su lado.

No pesaba mucho, solo un par de libras. Rick se quitó el arnés con infinito cuidado y lo dejó caer, luego se abrazó a la roca y esperó.

La tormenta cesó tan repentinamente como había comenzado, dejando un rastro de polvo rojo hasta en los lugares más resguardados, tanto del desierto como de los acantilados erosionados como si hubieran sido roídos por algún animal. En el cielo no se podía ver ninguna nave, debajo de él se encontraba un barranco y unos cuantos cañones entrecruzados que terminaban en él y que desde luego no conducían a ningún sitio a donde quisiera ir, pues no se dirigían a ninguna parte, mejor dicho sí, se dirigían a la muerte.

Rick valoró cuidadosamente la posición del sol y comenzó a bajar.

Llegó al fondo del barranco sin ningún problema, escogió un cañón que se extendía en la dirección en que quería ir y comenzó a caminar tan silenciosamente como era posible, deteniéndose frecuentemente para escuchar. En anteriores visitas, en unión a maleantes marcianos, había obtenido algún conocimiento sobre quién, o qué, vivía en cada lugar del planeta.

Aquel era territorio *shunni*^[43] y tenía la idea de que antes había pertenecido a otros. En Marte, antes quería decir hacía mucho mucho tiempo. En algún lugar, más allá de la falda de las colinas, se encontraba la ciudad del Canal Inferior llamada Valkis^[44] todo este territorio había sido intensamente pan-marciano. Rick no sabía qué sentimientos albergaban sobre el Collar de Ruh, ni aquí ni en el otro extremo del planeta. Sin embargo, si podía adivinar lo que sentían sobre los terrestres en general y en especial sobre uno llamado Richard Gunn Urquhart.

El cañón cambiaba constantemente de dirección. Hacía calor, el ambiente era seco. La lengua de Rick comenzó a hincharse y la boca se le llenó de un sabor como de plumas podridas. No había nada de agua en el helicóptero; evidentemente, los mecánicos no habían terminado de aprovisionarlo. Sus pies comenzaron a estremecerse. Todo estaba en silencio; bajo las elevadas paredes del cañón, solo se podía ver encima una estrecha banda de cielo, aquello era como estar muerto y en una tumba, pero sin enterrar todavía. Conforme transcurría el tiempo, Rick comenzó seriamente a esperar que, de un momento a otro le cayera una palada de tierra en la cara. Los restos del *tsamo* producían extrañas sensaciones en su mente.

Finalmente, llegó a un lugar en el que el cañón torcía en ángulo recto. En la pared izquierda aparecía una hendidura y a su través pudo ver al otro lado de la falda de las colinas una ciudad acurrucada, como si fuera una mujer vieja, muy vieja vestida con harapos de color ocre; a su lado discurría lentamente un vulgar canal.

Aquella ciudad era Valkis. Valkis era una mala ciudad. Había un mercado para las mercancías robadas y un lugar para que se ocultaran los perseguidos, un sumidero del vicio, un lugar al que muchas mujeres^[45], y algunos hombres, habían ido y nunca se había vuelto a oír hablar de ellos. Pero esta ciudad era mejor que el desierto, o al menos eso suponía. Allí había un campo de aterrizaje y un par de hangares camuflados, algo que ninguna persona honrada poseía. Allí se ocultaban naves pulidas y brillantes, provistas de motores trucados que ni siquiera los vehículos de la Patrulla Planetaria Marciana podían alcanzar.

Rick estudio la situación, observando la ciudad con sus duros ojos de gato. Podía permitirse el lujo de descansar un poco de tiempo. Descendería por aquellas cuestas al caer la noche, oculto entre las sombras; más tarde, cazaría algo y tendría tiempo de elaborar un plan.

Miró a su alrededor, buscando un lugar seguro donde ocultarse y dormir y se percató de que un grupo de hombres lo habían rodeado en silencio.

No había oído ni un suspiro ni el roce de una sandalia sobre la roca ni el frotar entre sí dos correas de cuero del arnés. Pero estaban allí.

Se encontraban a los dos lados. Hombres altos, con rostros que parecían tallados en piedra y con ojos que miraban de forma dura y solemne. Iban armados con lanzas de cabezas aserradas en sus manos y cuchillos en sus cinturones; su piel olivácea tenía un brillo animal, al igual que sus cabellos del mismo color pero con reflejos púrpura. Bárbaros *shunni*.

Durante un tiempo, Rick y los *shunni* se estudiaron entre sí, sin decir palabra. Finalmente, un bárbaro enorme señaló con su barbilla hacia Valkis que podía verse al otro lado de la grieta en la roca.

—Terrestre llamado Rick, ¿quieres ir a Valkis?

—¿Me conoces?

—Todos los hombres de Marte te conocen. Los “videntes” han enviado a todos los pueblos y ciudades la imagen del hombre que unió a Marte y la Tierra.

Rick asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, quiero ir a Valkis.

Los *shunni* asintieron a su vez, lentamente, con dignidad.

—Somos como hermanos de los hombres de Valkis. Irás allí.

Los ojos de Rick parpadearon. Los guerreros comenzaron a aproximarse, rígidos, solemnes. Rick alzó sus manos solemnemente y se apoyó en la pared del cañón.

—Mirad, estoy cansado y desarmado. En los últimos días he sufrido lo indecible. Tranquilos, me portaré bien.

Se lo tomaron con mucha tranquilidad. Con demasiada tranquilidad para bárbaros en cuyos corazones anida un odio profundo y antiguo. Con demasiada tranquilidad.

Eran como hermanos de los hombres de Valkis.

Después de un rato, mientras caminaban descendiendo a través de las yermas gargantas de la parte inferior de las colinas, Rick se percató de que una profunda emoción se ocultaba detrás de la oscura solemnidad de sus ojos. Tuvo el presentimiento de que aquellos hombres eran muy felices.

Llegaron a Valkis cuando estaba anocheciendo. Dado como Rick tenía los pies, los *shunni* le transportaron la mayor parte del camino en una tosca litera construida con lanzas y vestidos de piel. Era como si quisieran que descansara y recuperara fuerzas. Le mantuvieron atado.

Rick adivinó que algún mensaje telepático les había precedido. Las estrechas calles, los tejados planos de las casas de piedra y las bocas de los callejones estaban atestados de gente. Hombrecillos delgados con caras de rata vestidos con andrajos llenos de color y sus delgadas mujeres de trenzas morenas y de cuyas orejas y caderas brotaba el malévolo sonido de las campanillas, llenaban las sombrías calles.

Nadie hablaba, ni bromeaba, ni maldecía. Rick paseó erguido por en medio de sus guardias *shunni*; los marcianos le observaron con sus ojos de color esmeralda y topacio, ojos rasgados en los que no había blanco alrededor

del iris. Nadie hacía ningún sonido. La última luz desapareció del cielo en dirección a occidente y luego, en medio de la oscuridad, comenzó a oírse el redoble de un tambor.

Provenía de algún lugar que se encontraba delante, en el centro de la ciudad. El tambor emitió por seis veces su llamada perentoria y luego quedó en silencio. Como si esto fuera una señal, la multitud se precipitó a las calles siguiendo a los *shunni*, en silencio. El tañido de las campanillas, en medio del silencio, sonaba como una risa melodiosa.

Nuevamente, se volvieron a oír seis redobles de tambor, luego, bruscamente, las arpas comenzaron a tañer, las extrañas melodías propias del Canal Inferior que actúan sobre los nervios humanos más como si fuera drogas, que como música. El tambor comenzó a redoblar de forma complicada, produciendo un ritmo que carecía de compás. Valkis, como si fuera un solo hombre, contuvo el aliento y luego lo dejó escapar en un profundo suspiro.

Richard Gunn Urquhart caminaba con firmeza, sin detenerse, sus rostro pálido, sus ojos hundidos. Sus manos, atadas a la espalda, estaban heladas. Sin embargo el sudor goteaba sobre su piel y, en ese momento, formaba un pequeño reguero por el lado derecho de su cara; sus músculos comenzaban a temblar.

Cuando entraron en la ciudad habían visto un campo de aterrizaje a lo largo de la parte norte del canal.

De repente, llegaron a donde se encontraba el agua, que fluía oscura y llena de barro entre las paredes del canal, formadas por piedra hundida en el agua. Giraron hacia el norte; delante de ellos brillaban las antorchas, despidiendo su luz naranja en medio de la oscuridad de la noche. Las fachadas de las casas daban a una plaza cuyo pavimento había sido gastado por incontables generaciones de pies calzados con sandalias.

El tambor y los arpistas se encontraban allí. Eran ancianas y no llevaban ni apariencia de vestidos; sus cuerpos se encontraban desnudos, sin ninguna pintura ni adorno, incluso sus cabezas estaban bien afeitadas. Se encontraban sumidos en una danza ritual^[46], sus ojos brillaban, sus hombros, que parecían de cuero se movían bruscamente cuando respiraban.

Se acurrucaron formando un semicírculo alrededor de una gigantesca losa de piedra que no levantaba más de doce pulgadas sobre el nivel del suelo, la piedra era negra y se encontraba pulida, como si muchas manos la hubieran tocado. Junto a aquella losa se podían ver unos escalones que conducían hacia abajo.

La mirada de Rick exploró rápidamente sus alrededores, buscando una vía de escape y sin poderla encontrar. Había demasiada gente y demasiado fuerte. Esperaría hasta que le desataran las manos y le quitaran la cuerda que le trababa los pies permitiéndole andar pero no correr. Los shunni no le habían dado, ni por un instante, la menor oportunidad de escapar.

Le hicieron bajar por los escalones.

Comenzó a recordar las cosas que había oído sobre los dioses de Valkis. Simples habladurías, los típicos rumores de los ociosos en los caminos del espacio. Valkis sabía guardar bien sus secretos. Pero, en cualquier caso, la gente habla y lo que él había oído no era agradable.

Hicieron un largo trayecto a través de la oscuridad, saliendo finalmente a un lugar alargado, de techo cuadrado que parecía un templo. El tejado estaba soportado por achaparradas columnas de piedra. Lo primero que percibió Rick fue el calor. Marte es un mundo frío; sin embargo, allí abajo hacía tanto calor como en Venus. Los fuegos, que ardían sobre discos de ladrillo colocados en la fila de las columnas, estaban alimentados por más brujas de cabeza afeitada.

Había algo más que fuego. Había vapor. Podía oír el silbido que producía el agua al caer, desde algún desagüe del canal, sobre la roca caliente. Nubes sofocantes se acumulaban alrededor de él, haciendo que las piedras y las personas brillaran empapadas en sudor. Ahora la música era débil, poco más que un eco.

La multitud se arremolinó alrededor de un enorme pozo que aparecía en el suelo del templo. Éste tenía alrededor de doce pies de profundidad. Estaba vacío y parecía limpio. En sus paredes se podían ver cuatro puertas, tapadas con cortinas de seda carmesí.

Los *shunni* dejaron a Rick en el borde del pozo. Luego, por primera vez, alguien habló.

Un hombre, que quizá fuera el alcalde de Valkis, o el sumo sacerdote, o las dos cosas a la vez, se colocó frente a Rick. Miró al terrestre de arriba abajo y pareció poseído por un odio puro que le llenaba casi como si fuera un aura visible.

Mirando a Rick, el hombre susurró:

—Miradle. ¡Miradle!

El susurro alcanzó las paredes de piedra que comenzaron a jugar con él, de forma que todos lo pudieron oír. Todos le miraron.

—¡La sombra sobre Marte! La sombra del gobierno extranjero, la sombra de la muerte de nuestro mundo y de nuestro pueblo. ¡Miradle! Un ladrón y un

embustero. ¡El hombre que nos puso el yugo sobre nuestros cuellos y lo clavó para que no nos lo pudiéramos arrancar! Pero él no obtendrá nada de lo que pretendía.

Un sonido se extendió a través de aquel lugar, como el de un lobo que se estuviera lamiendo los dientes. Rick sonrió, aunque no se sintiera con ganas de reír.

—Lo que ha pasado es demasiado malo para vosotros ¿verdad? —dijo—. En cuanto se establezca el nuevo gobierno, limpiaran todo esto como se limpia un nido de cucarachas. No me maravilla que estéis molestos, era mucho más agradable vivir sin ley como vivíais antes.

El hombrecillo dio un paso hacia atrás y le dio a Rick una patada, debajo de su cinturón, con una diabólica precisión.

—Desatad al terrestre y arrojadlo al pozo, pero arrojadlo con gentileza. Una vez más los *shunni* fueron muy, pero que muy amables.

CAPÍTULO XIII

Mareado y falto de aliento, Rick se acurrucó sobre las piedras y consiguió recuperar el aliento. Duros rostros le observaban desde arriba, respirando al vapor que se extendía a su alrededor. Nuevamente todo quedó en silencio. Esta vez se trataba de un ser hambriento, acurrucado y esperando su hora.

Hacía calor, el calor pesado y opresivo de las junglas en la proximidad del agua. El aire estaba quieto, sin ningún movimiento, con un olor acre debido al sudor. En ese momento comenzó a percibir otro olor junto al del sudor de la gente. Se trataba del agradable olor a tierra fértil, tierra que contenía otras cosas además de lodo. Un olor completamente extraño al seco aire de Marte, en donde lo único que crecía eran cactus y matorrales quebradizos.

En ese momento descubrió el perfume.

Se impuso rápidamente a los otros olores más desagradables de forma clara, al igual que una nota de violín se impone a los contrabajos. Aunque a la distancia a la que se encontraba, Rick lo percibía débilmente, todos sus nervios comenzaron a temblar.

Era parecido a los perfumes que las chicas usan en la calle de los Nueve Mil Placeres, pero como si en vez de aplicarse al cuerpo se aplicara al alma. Prometía traerle todos los placeres sensuales que conocía y unos cuantos que no conocía y sin embargo no tenía nada de vulgar. Era del tipo de perfume que llevan los ángeles cuando se enamoran y extienden dulzura al batir sus alas cubiertas de plumas plateadas.

Todavía se encontraba solo en el pozo y no oía, de momento, ningún sonido; las cortinas carmesí colgaban inmóviles.

La boca de Rick se cerró con rabia. Miró, sin dejar de percibir, los rostros de los que rodeaban el pozo. Estaban expectantes, esperando. Sus ojos no pestañeaban y respiraban con la boca cerrada, pasando el aire entre sus dientes apretados que brillaban a la luz del fuego. Habían estado allí con anterioridad y sabían lo que iba a pasar.

Era la espera lo que le ponía nervioso. El silencio y la ignorancia de lo que iba a pasar, Los músculos de su mejilla derecha comenzaron a contraerse. Se mantuvo erguido y caminó resueltamente hasta el centro del pozo. Luego, con lentitud, de forma que pudieran ver que sus manos estaban atadas, se puso un cigarrillo en la boca, lo encendió y ahogó la llama de la cerilla hasta que se convirtió en una alargada nubecilla de humo.

Esto les impresionó mucho más de lo que hubiera soñado. No hay tabaco en Marte; ni el clima ni el suelo permiten que crezca allí. Fumar todavía era algo nuevo y sorprendente.

Unos pocos marcianos comenzaron a toser. El humo del tabaco quedó suspendido pesadamente en medio de aquel aire neblinoso y sus pulmones no se encontraban acostumbrados. Rick sonrió y siguió fumando a su manera.

De repente, un fuerte suspiro se oyó a través del pozo, los rostros se giraron hacia el interior del mismo. Esto no tenía nada que ver con el cigarrillo. Miraban a algo que se encontraba detrás de Rick.

Se dio la vuelta y pudo ver a Mayo Me Call en pie, frente a él como si terminara de salir por alguna de aquellas puertas cubiertas por cortinas de seda.

Mayo iba vestida con un mono verde desgarrado que dejaba al descubierto su garganta y un hombro; los rayos de la luz de las antorchas producían reflejos rojizos en su pelo. Había sudor en su rostro y también gotas de sangre. Ella le miró y todo su sentimiento apareció en sus ojos.

Rick abrió la boca, pero no emitió ningún sonido; durante un instante se quedó mirándola y luego se dirigió hacia ella, al principio lentamente luego con más rapidez. La tocó con sus manos vendadas y de nuevo las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Rick, te quiero —susurró Mayo. Luego caminó hacia atrás, pasó por una de las puertas cubiertas por cortinas y desapareció.

Rick la llamó a gritos y apartó la seda carmesí. Detrás se encontraba un nicho estrecho que estaba vacío. Aquellas sólidas piedras se burlaron repitiendo el sonido de su voz. Las golpeó.

—¡Mayo! —gritó. Los marcianos reían mientras lanzaban aullidos bestiales.

Rick se dio la vuelta, estaba medio acurrucado y gruñendo. Sus ojos tenían el brillo de la locura. Esto era lo que estaban esperando. Esto era parte del juego.

Parecía que su alma gritara ¡Mayo! ¡Mayo! ¿Dónde estás? ¿Cómo has llegado aquí? ¿Por qué te has ido?

Los bordes del pozo oscilaban ante sus ojos como si estuviera borracho.

El calor, ¡maldito calor! ¡El perfume!

Se oyó como se decía a sí mismo:

—*¡Tranquilízate Richard Gunn Urquhart! ¡Tranquilízate o harás el ridículo!*

Estaba balanceándose sobre sus pies pero no se daba cuenta. Se percató de que aún tenía el cigarrillo, las vendas mantenían juntos sus dedos de forma que no se había caído. Tomó otro y lo encendió. El humo produjo algún efecto, no sabía si para bien o para mal. En cualquier caso, anuló el maravilloso efluvio de aquel maldito perfume.

Con el rabillo del ojo pudo ver un movimiento, se giró y encontró a Kyra que se encontraba en la segunda puerta.

Estaba de puntillas, con sus alas extendidas. Tanto las alas como sus enormes ojos oscuros despedían reflejos opalinos. Sonreía y en sus manos se encontraba el Collar de Ruh.

Los marcianos que les observaban lanzaron un gemido animal, un odio profundo transformado en sonido. Lo que vio tocó a Rick en el alma. Vio como el Collar crecía ante sus ojos, empequeñeciendo a Kyra, empequeñeciendo al pozo, hasta llegar a ser tan grande como Marte, hasta llegar a ser Marte. Kyra dijo:

—Conozco la profecía, que tu sombra está sobre Marte. La vida de Marte, no su muerte. Tu poderosa vida está ligada con la suya.

Rick apenas pudo oírla. Su sangre latía con fuerza en el interior de su cabeza. Kyra, Mayo, todo aquello le ahogaba en medio de un mar de deseo. Marte, poder, riqueza, Richard Gunn Urquhart, la rata del espacio había pasado a ser un caudillo poderoso.

Se rio de los marcianos con una risa salvaje y se burló de ellos con todos los insultos de tres mundos y una docena de dialectos. Los adornos de hierro oscuro del collar brillaban rojizos, como ojos somnolientos. El Marte moribundo aguardaba un conquistador.

Avanzó para coger el collar.

Éste se deslizó a través de sus dedos. Kyra sonrió y desapareció al otro lado de las cortinas.

De nuevo Rick lanzó un grito y arrancó las colgaduras. Nuevamente no encontró nada detrás de la cortina, solo un nicho estrecho y vacío. Sus manos solo encontraron duras piedras.

Los marcianos no dejaban de reír.

Rick retrocedió hasta el centro del pozo, dando traspiés. Esta vez, ni gritó ni maldijo. Miró con sus ojos entrecerrados a las caras de los que le observaban, al oscuro fresco que tenía alrededor del pozo desdibujado por el vapor en donde lanzaban chispas joyas rojizas y brillaban blancos dientes. Tuvo miedo.

El perfume alcanzó sus nervios olfativos y los agarró con dedos de suave fuego. Era algo placentero, ondas de un placer delicioso recorrían todo su cuerpo. Sin embargo, como comprendía que aquello era parte del castigo que le estaban infringiendo, lo temía, en especial porque era placentero. El animal que estaba en el interior de Rick le dijo:

—*Espera a que aparezca la siguiente trampa.*

Alzó la mano en la que llevaba el cigarrillo, y entonces se dio cuenta de que estaba a cuatro patas. Esto fue lo que más le asustó. Comenzó a fumar con ansia, pero el tabaco ardía lentamente en aquel aire húmedo. Esto hizo que se sintiera mareado y atontado, pero se pudo volver a poner en pie.

Entonces vio una chica desnuda apoyada junto a la tercera puerta, una zorra de ojos verdes con cabellos rizados del color del cobre que caían sobre sus hombros blancos, mientras sus labios rojos se curvaban en una sonrisa incomprensible. Apartó la cortina y, detrás, Rick vio la calle de los Nueve Mil Placeres, iluminada con faroles y la cálida luz que brotaba de puertas que le resultaban familiares y de donde no dejaban de oírse voces humanas, peleas, música, todo ello envuelto en un fuerte olor a vino.

La calle de los Nueve Mil Placeres, en donde Richard Gunn Urquhart era simplemente Rick, la rata del espacio, sin ninguna profecía, ni enemigos ni otro destino que pasar el día siguiente sufriendo la resaca. ¡Huye!

Algo le decía en su interior:

—Vuelve y sé otra vez simplemente Rick. Olvídate de Marte, del Collar, de la mujer que se llama Mayo. Emborráchate y olvida, deja de destrozarte el corazón. Sobre todo... ¡Huye!

La chica movió su cabeza y se apartó, mirándole por encima del hombro. Rick la siguió. La llamó para que le esperara mientras la seguía dando bandazos y traspiés y reprimiendo un deseo infantil de gritar. Ella negó con su cabeza cubierta de pelo rizado burlándose y desapareció entre las sombras, Rick corrió tras ella.

Justo antes de que su cabeza chocara con la pared de piedra lisa, oyó encima del pozo una explosión de risa maligna. Cayó al suelo atontado. La chica y la calle desaparecieron y ante él solo quedó el nicho vacío, como las otras veces.

Rick quedó en el suelo rígido y comenzó a llorar; su boca se relajó y quedó húmeda, como la de un niño.

Los marcianos guardaron silencio. De nuevo estaban esperando algo.

El perfume tranquilizaba a Rick. Era tan reconfortante como los dedos de una mujer, como los dedos de su madre. En su mente apareció la imagen de la

cuarta puerta. Detrás de ella encontraría el descanso. De allí era de donde venía el perfume. Cruzaría la cortina y penetraría en la oscuridad, allí estaría solo y en paz. Podría dormir, podría olvidar.

Se puso nuevamente a cuatro patas y comenzó a arrastrarse hacia la cuarta puerta. Ahora no se escuchaba ningún sonido, los marcianos parecían haber dejado de respirar.

Algo estaba intentando sacudir otra vez la mente de Rick para que despertara. Un olor, un hedor acre que le resultaba familiar se enfrentó con el perfume. Como no quería despertar, lo ignoró y siguió arrastrándose.

Llegó ante la cuarta puerta y empujó hacia atrás las colgaduras carmesíes. Ante él aparecía un oscuro pasadizo con una fuerte pendiente descendente. El perfume manaba de allí y, de repente, le pareció más intenso, un rico olor a tierra. Su memoria latente hizo que Rick llegara a sentir una vaciedad infinita, sin saber cuál era la causa. A diferencia de las otras veces, el pasadizo estaba realmente allí.

Se arrastró por él. Cuando las colgaduras carmesíes se cerraron tras él, lo último que oyó fue la risa de los marcianos, semejante al aullido de los lobos en primavera en la cima de una colina.

Resultaba fácil arrastrarse, medio deslizarse, cuesta a bajo. Finalmente podría dormir, y olvidar ...

Sentía dolor, una cuchillada salvaje entre sus dedos. El dolor sacudió su cerebro envuelto en nubes de droga. Intentó alejar estas nubes, pero el dolor de las cuchilladas no desaparecía, los reflejos involuntarios de su cuerpo luchaban para que pudiera controlar la situación. Levantó la mano y el olor acre le asaltó de nuevo. En la oscuridad vio brillar un puntito rojo.

El cigarrillo que llevaba entre los dedos se había consumido por completo y ahora estaba quemando su carne recién curada. Las vendas ardían lentamente.

Tiró la colilla y se abrazó la mano. El dolor le ayudó a aclarar su cabeza. Volvió a recordar sus últimas memorias, la críptica tortura del pozo, los marcianos que le observaban, la rabia que hervía en él y la ayudaba a olvidar el dolor. De repente se percató de que el perfume aún era más fuerte y se aterrorizó. Era una droga y se iba a apoderar nuevamente de su cerebro.

Con lentitud, iba deslizándose hacia abajo por aquella galería.

Apretó con fuerza sus botas contra la pared opuesta y miró hacia abajo. Allá a lo lejos vio una tenue luz fosforescente, el vislumbre de un espacio vacío y... ¡flores!

Flores blancas, adorables en su palidez, oscilando como si una gentil brisa soplara sobre ellas. Infinitamente hermosas, emitiendo su perfume, llamándolo...

Sí, llamándole. En su mente.

—¡Ven! —le susurraban—. ¡Ven y duerme!

—¿Quiénes sois vosotras? ¿De dónde venís?

La respuesta le llegó con un zumbido en su mente:

—*Cuando el mundo era joven nosotras éramos muy numerosas, vimos verdes selvas. Gobernamos Marte antes de que el hombre caminara erecto.*

En algún tiempo, en el remoto pasado, los hombres de Valkis las habían encontrado, un puñado de flores brotando junto a algún manantial volcánico. Les construyeron un templo y allí vivían.

Eran hermosas, eran amistosas. Olían de forma muy agradable.

Rick se deslizó hacia ellas. Su cabeza volvía a estar confusa.

Le preguntó a las flores:

—¿Cómo pude ver a Mayo? ¿Qué era lo que vi allí afuera?

—*Tomamos las imágenes de la parte principal de la mente del hombre y permitimos que vea las cosas que más desea.*

Un pensamiento asaltó la mente de Rick que preguntó con sequedad:

—¿Por qué hacéis eso?

—*Ven, ven y duerme* —le dijeron las flores.

Dormir. El olor de la rica tierra de cultivo se hizo más fuerte, eclipsando al perfume, el instinto animal de su cuerpo le dijo que el perfume le estaba drogando.

Se agarró sus pies con frenesí para evitar seguir deslizándose. Tenía miedo. Ahora lo sabía pero era demasiado tarde. Ya estaba drogado y no podía evitarlo.

Nuevamente, comenzó a deslizarse.

Al frotarse contra la roca, su mano quemada le dolía. El cigarrillo ardía. Tabaco. Afuera, en el pozo le había ayudado, un poco, solo un poco. Quizá al ser una droga luchaba contra otra droga. No le haría daño intentarlo.

Se dejó caer y comenzó a quitarse las vendas, sus manos estaban torpes por los vendajes y le dolían, tiró el paquete vacío de cigarrillos, luego se deslizó y cayó en medio de las flores. Éstas le decían:

—*¡Ven! ¡Ven y duerme!*

Buscó en sus bolsillos. Febrilmente, jadeando, allí encontró un cigarrillo roto que se había caído del paquete y había quedado olvidado.

Tuvo cuidado de no tirarlo ni tampoco las cerillas.

Respiró tanto humo como le fue posible y luego más todavía. Sentía náuseas pero era una forma efectiva de luchar contra el perfume, al menos lo suficiente para poder pensar, aunque no fuera muy claramente. Lo bastante como para que decidiera volver atrás hacia la galería, aunque fuera pulgada a pulgada, apoyando la espalda en un lado del pozo y las botas en el otro y clavando las uñas en las irregularidades de las rocas, haciendo que sus músculos hicieran lo que las serpientes hacen apoyándose en sus escamas; tenía que salir de allí o morir.

Las flores estaban rabiosas. Tenían hambre, le lanzaban el perfume en forma de nubes somnolientas, pero el grosero humo del tabaco les hacía retroceder. Llegó al nivel del espacio que se encontraba detrás de las cortinas y descansó allí, temblando y exhausto. El cigarrillo ya se había consumido. Lo tomó y se lo restregó violentamente por la cara, apretándose incluso la colilla que todavía ardía; necesitaba algo que le permitiera mantener su mente despierta.

Fuera del pozo, en el templo no se oía ningún ruido salvo el crepitar de los fuegos. Rick observó a través de las cortinas, los rostros que se regodeaban con su dolor habían desaparecido de los bordes del pozo. No habían esperado, no había nada que esperar. Nunca antes había vuelto nadie de aquella galería. Rick salió fuera y estudió las paredes.

Las ancianas que cuidaban los fuegos no miraban hacia el pozo, se encontraban acurrucadas sobre sus rodillas huesudas, soñando con los días en los que llevaban campanitas colgando de sus cabellos que tañían llamando a los hombres de ojos enfebrecidos hacia polvorientas habitaciones junto al Canal Inferior.

Las paredes del pozo eran antiguas, antiguas más allá de cualquier cálculo que pudiera hacer. Los bloques de piedra se habían movido ligeramente de su posición original de forma que su superficie no era muy lisa. Se podía subir por aquellas paredes. Puesto que los marcianos no eran afectados por el perfume, era evidente que la presión atmosférica hacía que el perfume no ascendiera más allá del borde del pozo. Cuando saliera de allí, se encontraría a salvo.

Subió, mordiéndose los labios para intentar mantener despierto su somnoliento cerebro.

Le costó una eternidad, pero finalmente alcanzó el borde del pozo y se tumbó sobre las piedras de fuera jadeando, cubierto de sudor frío. Comenzó a temblar violentamente. Gradualmente se le aclaró la cabeza.

El templo estaba silencioso, pero lleno de vapor, de sombras y de maldad. Las viejas estaban acurrucadas junto a los fuegos, soñando, la piel arrugada de sus hombros temblaba, como si una mano les hubiera golpeado. Rick comenzó a moverse a través de aquella temblorosa oscuridad, por detrás de la fila de columnas más lejana, pegado a la pared.

Llegó hasta las escaleras y se arrastró por ellas. La tambor y las arpistas habían abandonado la plaza. La vida nocturna de Valkis, cruel y ruidosa, proseguía en las calles adyacentes, pero por lo visto, aquel lugar era sagrado para su religión. Ahora estaba vacío.

Rick se deslizó tranquilamente hasta las negras aguas remansadas del canal y comenzó a nadar hacia el norte. Aquí y allá, las luces se reflejaban en el agua. Podían verse muchos hombres y mujeres en la orilla del canal, frente a la primera fila de casas. Pero Rick era un buen nadador y nadie le vio. Salió del canal junto al campo de aterrizaje.

No había nadie en los alrededores, ni había ninguna razón para que lo hubiera. Rick encontró un trozo de hierro y con él forzó la cerradura del hangar más cercano. Dentro había un helicóptero, una maldita navecilla esbelta con un motor trucado.

Solo había un lugar en todo Marte a donde Rick quería ir y allí iría tan seguro como que un cometa se dirige a su perihelio.

Iría a Caer Hebra.

CAPÍTULO XIV

Caer Hebra apareció ante la vista de Rick justo antes del atardecer. Sus torres de mármol casi se encontraban sumergidas y perdidas por aquel mar de arena. Aterrizó el helicóptero sobre una inmensa terraza, manchada y rota, pero que todavía mantenía una perfecta simetría, y salió al exterior.

Antes de que sus botas tocaran el suelo, se vio rodeado por pequeños hombres alados de aquel antiguo reino insular. Esta vez, ninguna mujer le dio la bienvenida. Las caritas de los hombres, que parecían talladas en marfil, reflejaban seriedad y sus pequeñas manos peludas empuñaban los peligrosos tubos.

Rick no era consciente de sentir miedo, no era consciente de nada salvo de lo que necesitaba.

—¿Está Kyra aquí?

El jefe asintió lentamente. Nadie habló. Muchas alas sedosas susurraban tristemente al ser movidas por aquel viento solitario. La arena formaba ligeras estructuras sobre el mármol que se encontraba bajo sus pies.

—Quiero verla —dijo Rick.

El jefe volvió a asentir de nuevo y dijo:

—También es su deseo y el deseo de los moribundos debe satisfacerse. Terrestre, sólo por esta razón podrás salir vivo de Caer Hebra, vamos.

La palabra moribunda impresionó a Rick, pasó a través de la nube que envolvía su cerebro hasta la parte más interna de su mente.

—¡Kyra! —Gritó, pero no hubo respuesta. Los hombrecillos comenzaron a moverse, Rick, obediente, les siguió.

Kyra se encontraba acostada sobre un montón de suaves pieles en el piso más alto de una torre, desde allí podía ver el mar de arena. Extendió sus manos hacia Rick y sonrió.

—Sabía que vendrías —dijo.

Rick le cogió las manos gentilmente, como si fueran flores que pudieran quebrarse fácilmente y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado? Niña, ¿qué te ha pasado?

El jefe, que estaba detrás de él, le dijo:

—El terrestre negro la quemó, Kyra morirá.

Los dedos de Kyra apretaron las manos del terrestre:

—Les seguí Rick. Me enviaste para que buscara a Mayo y así lo hice; no pude evitar que se la llevaran, seguí su nave, pero iba muy rápida y la perdí. Seguí volando hacia el norte y después de mucho tiempo les volví a ver otra vez. Bajé al suelo y me acerqué a la nave, en ese momento, Jaffa Storm salió de una cúpula de hielo y me vio. Entonces, rompí los controles, los rompí con una piedra, de forma que la nave no pudiera volar. Todo estaba oscuro, muy oscuro, sobre todo para los ojos de un terrestre, de forma que me alejé.

Kyra le tiraba hacia abajo como si estuviera lo bastante lejos como para poder verlo claramente.

—Intenté volver a Ruh, a los edificios de la Compañía, para encontrarte Rick. Pero no podía volar tanta distancia, de verdad no podía. Sabía que tú vendrías aquí, pero temía que fuera demasiado tarde.

Rick se arrodilló a su lado. Miró, por encima de su hombro a los hombres y les dijo:

—Fuera.

Estaban furiosos; durante un instante no se movieron. Los ojos amarillos de Rick presentaban un brillo especial, casi fosforescente.

Kyra había olvidado que su gente existía. En ese momento, se giró y dijo:

—En el norte, en el norte en las Ciudades Polares, bajo una cúpula de hielo.

—No te debería haber encargado que hicieras esto —susurró Rick.

La luz rosácea del crepúsculo iluminó su rostro, calentando su palidez marfileña. Sus grandes ojos mantenían un suave brillo.

—Rick, no te entristezcas por mí.

El terrestre no dijo nada.

—No estoy triste, no he vivido muchos años, pero no hay ninguna otra cosa que pudiera haber hecho en mi vida. Te he amado Rick y en cierto sentido hemos formado una pareja, ¿verdad? Te he ayudado a crear un nuevo mundo, aunque mi ayuda fuera pequeña. No muchas mujeres le han dado una nueva vida a un planeta ¿verdad Rick?

—No.

—Viviré en este nuevo mundo. Nosotros creemos en la reencarnación.

Algún día, mi alma tendrá un nuevo cuerpo, recordaré esto y me diré: yo lo hice, junto con Rick, y seré feliz —Kyra buscó a tientas la cremallera de la camisa de Rick y la abrió. Metió dentro sus manos abrazándole el pecho—. Rick, puedo sentir lo fuerte que te late el corazón. Lo que te late es Marte, está lleno de fuerza y de vida pero nosotros estamos tan cansados ...

Se agachó sobre la marciana y la besó, luego salió de la habitación llevándola entre sus brazos como si fuera una niña con la cabeza apoyada en su hombro. Kyra se durmió sonriendo.

El sol se puso en medio de un seco oleaje y Fobos apareció en el horizonte occidental como si hubiera nacido del resplandor crepuscular. Para entonces, Deimos ya se había marchado a su cita nocturna. Rick sabía que Kyra no debía ser molestada así que decidió partir.

La dejó acostada en su nido de pieles. Sin que lo pretendiera, de algún rincón olvidado de su infancia, le apareció la necesidad de hacer el signo de la cruz. Así lo hizo y se marchó.

Los hombrecillos de Caer Hebra permanecían en medio del viento, entre las sombras producidas por las lunas; le observaron partir. Hasta que no habían transcurrido varias horas en su viaje hacia el norte, no se percató de que le dolían los ojos y la garganta y de que la piel de su rostro estaba reseca como si hubiera sido empapada con el agua salada de los mares.

Estuvo volando durante mucho mucho tiempo. Tenía frío y estaba incómodo; la aguja del indicador de combustible bailaba alrededor del extremo de la escala donde se indicaba que el depósito estaba vacío.

El terreno que se extendía bajo él era un desierto olvidado de la mano de Dios y de los hombres. Ahora, en la primavera marciana, aquellas gargantas estaban llenas con el agua del deshielo que alimentaban los canales. Había musgos y líquenes y unas pocas flores resistentes. Las negras rocas, que habían sido quebradas por el tiempo, el hielo, el viento y el agua, parecían tan ajenas a la humanidad como la superficie de la Luna.

Delante, a lo lejos, pudo ver los elevadísimos bordes del casquete polar. El núcleo que permanecía helado durante el verano. Comprobó si su trayectoria se aproximaba a donde se encontraban las Ciudades Polares, que aparecían en el mapa pero eran raramente visitadas. Cuando un viajero curioso se dejaba caer por allí volvía con un extraño relato de voces que le hablaban dentro de su cerebro y le decían, con gentileza pero llenas de firmeza que se fuera de allí. Nadie, salvo en las antiguas leyendas había encontrado la entrada a alguna de las cúpulas de hielo bajo las que estaban ocultas las ciudades.

Dado que estas cúpulas eran de formas regulares y nunca se fundían en verano, ni siquiera ligeramente, algunos suponían que los misteriosos Pensadores las mantenían de forma artificial. La invasión terrana de Marte era demasiado reciente y dirigida fundamentalmente por el interés en lucrarse como para molestarse en aquellas ciudades semilegendarias que nadie había

visto. Los marcianos, por supuesto, observaban estrictamente aquellos tabús, mientras que los terrestres que habían oído hablar de las Ciudades Polares las consideraban como leyendas surgidas a partir de hechos extraños, pero naturales.

El motor de Rick comenzó a fallar. Intentó mimarlo y engatusarlo para que siguiera hacia adelante, hacía el brillante límite del casquete polar que acuchillaba aquel pálido cielo. Finalmente, se apagó y ni maldiciones ni plegarias pudieron conseguir que volviera a arrancar. Rick se puso las gafas que había en la guantera que estaba a su lado y escudriñó el terreno.

Vio las cúpulas; tres de ellas se amontonaban en el interior de un círculo. Estaban muy lejanas, parecían tres brillantes gotas de agua sobre una piedra.

Aún mantenía una cierta altitud, maniobró aquel ligero helicóptero como si fuera un planeador, luchando, pulgada a pulgada, para que avanzara lo más posible. Lo consiguió, casi. Justo cuando estaba realizando el aterrizaje forzoso pudo ver la nave de Jaffa Storm en el suelo, un puntito al lado de las cúpulas.

Aterrizó con seguridad sobre un terreno rocoso alisado por el movimiento del hielo; desde allí no podían verse, de ninguna manera, las cúpulas. No estaba seguro de si aquello tendría importancia o no, pero ahora estaba seguro de que Jaffa Storm tenía poderes telepáticos. Pero tanto su instinto como su entrenamiento le llevaron a actuar cautelosamente.

Una zona de rocas fragmentadas le ofrecía cobertura. Rick se deslizó y tropezando entre ellas pudo llegar, al cabo de un tiempo considerable, al nivel de la planicie en donde se encontraban las cúpulas y el helicóptero de Storm.

No tenía ningún arma, salvo el trozo de metal, que se había metido en el bolsillo. En la nave no había ninguna pistola de rayos ni conocía ninguna forma de conseguir una.

Tampoco allí encontró ningún obstáculo para encontrarse, así que Rick caminó a través del terreno abierto. El débil sol marciano tocaba las cúpulas. Eran enormes y perfectamente redondas; la luz brillaba a través de ellas, traslúcidas y puras, tal como brilla a través de las gotas de agua. Más allá de donde se encontraban, llenando la mitad del cielo, se encontraba la pálida espada de hielo verdoso que constituía el borde del casquete polar.

No se movía nada, no se oía ningún sonido. El helicóptero presentaba un desolador aspecto de abandono hasta que se encontró lo bastante cerca para percatarse de que alguien había estado trabajando allí para reparar los controles. Los estudió. El trabajo había sido hecho de forma competente. La nave podría volar.

Sin embargo, la nave todavía estaba allí.

Desde aquella pequeña nave Rick miró a su alrededor. Sus ojos, sus oídos y los nervios de su piel tenían tal grado de atención que le comenzaron a doler.

Silencio. La tierra estaba desierta y las enigmáticas cúpulas parecían enormes animales dormidos que no le contaban sus sueños a nadie. Todo aquel paisaje se encontraba fijado sobre la apabullante impersonalidad del hielo; más arriba se extendía el pálido cielo.

Rick sintió un escalofrío. Los músculos de sus mejillas se contrajeron y los párpados se estrecharon sobre sus ojos amarillos como si fueran los de un gato. Se dirigió hacia la cúpula más cercana.

En el suelo desnudo se podían ver pisadas. Muchas filas en los dos sentidos. La huella dejada por la bota izquierda era más ligera. No había señales de las pisadas de Mayo.

Rick las siguió, caminando sin parar, pero sin apresurarse excesivamente.

Las historias que había oído sobre órdenes telepáticas para que abandonara aquellos lugares volvieron a su mente. Pero él no percibió ninguna. O las leyendas mentían o algo había cambiado en el interior de aquellas cúpulas.

Siguió las huellas hasta donde se encontraba la curvada pared de la cúpula y no pasó nada. Nada en absoluto.

Encontró la entrada. Se trataba de un pasadizo medio cerrado por capas de cristal que se cruzaban entre sí y se incrustaban en el hielo sin que pudiera decirse que formaban parte de él. Un hombre que quisiera entrar podía ser atrapado entre estos paneles de cristal y luego ser aplastado o desgarrado o quizá pasar sin sufrir daño para luego morir lentamente en una trampa formada por ellos.

Se detuvo durante un instante o dos, escuchando el silencio. Luego entró.

Sus propias pisadas le sonaban como si fueran el eco de una campana. Varias veces, a través de juegos de luz y perspectiva, creyó que cruzaba puertas que se deslizaban, pero finalmente llegó al interior sin sufrir ningún daño. Aunque lo intentaba evitar, llegó temblando y cubierto de sudor.

Ante él se encontraba una ciudad.

Estaba por debajo del nivel del suelo, de forma que se encontraba a la altura de las torres. No era muy grande; a lo más, podría tener unos diez mil habitantes. Pero era la cosa más hermosa que Rick había visto jamás y la más desagradable.

Había estado en las ciudades construidas en las cavernas lunares, había paseado por entre los fantásticos monumentos de una raza desconocida en Fobos, y en Venus había visto los restos de un imperio sumergido bajo el mar plateado. Pero lo que tenía ante sí le impresionó y le removió el estómago.

Todos los edificios estaban contruidos del mismo material, un plástico incoloro que recogía los rayos de luz descompuestos por la cúpula en los diferentes colores y jugaba con ellos, por lo que las paredes parecían contener joyas en movimiento. Todo parecía correcto; era la forma de las cosas lo que te atrapaba.

Vinieran los Pensadores de donde vinieran, habían traído con ellos, o habían descubierto, una extraña geometría. Los edificios aparecían ante su vista llenos de curvas y ángulos que se dirigían, de forma maligna, hacia otro universo. Sus formas, sus significados producían una sacudida en su mente. Aquello era como el sueño de un pintor surrealista enloquecido que hubiera vuelto a la vida, enfermo pero fascinante.

Rick oyó, detrás de donde estaba, un breve sonido con tonos musicales. Se dio la vuelta y se encontró con que el camino se había cerrado a sus espaldas. Sin embargo, por lo que Rick podía ver no había controles de ninguna clase.

Bajó hacia la ciudad por una escalera de peldaños transparentes.

Estaba muerta, lo podía sentir. Hacía demasiado tiempo que allí no se oía un sonido, las calles había dejado de esperar a los ciudadanos. Los muros inclinados le miraban con malevolencia, como si no les gustaran los ecos que levantaban sus pisadas. Los ojos de Rick comenzaron a echar chispas.

Se detuvo de golpe, llenó de aire sus pulmones y gritó:

—¡Mayo!

El grito se descompuso en un millón de fragmentos y volvió a sus oídos tintineando junto con el sonido de una risa sutil. Siguió su camino dirigiéndose hacia el extremo más lejano de la ciudad. Al entrar, había visto desde arriba que allí había otro tramo de escaleras y una explanada que conducía a la cúpula próxima. Se preguntó si Jaffa Storm le había inducido a entrar en aquella cúpula y luego se había ido a otra con Mayo. Entonces fue cuando escuchó la música.

Empezó con suavidad y de alguna extraña manera se encontraba ligada con el color, de forma que Rick la escuchaba y la veía al mismo tiempo. Su armonía era como la de los edificios, no había surgido de una mente normal, al menos normal según los estándares humanos. Procedía de todas partes, al igual que el aire. Rick supuso que aquel sistema debía ser parecido a un sistema de megafonía de alguna clase que daba servicio a toda la ciudad.

Podía sentir como su cerebro se revolvía dentro de su cráneo, intentando ocultarse.

Los colores cada vez eran más fuertes y se movían como si fueran velos de niebla a través de calles fantasmales. Salían de los bordes del espectro y pasaban a ser de otro color. Actuaban sobre los nervios y las emociones de Rick incluso sobre sus funciones intestinales. La música oprimía la mente de Rick, estimulándola con notas y ritmos que nunca hubiera pensado oír.

De repente, comenzó a pensar que podría comprender el significado simbólico de los edificios y a dónde conducían las curvas.

Después de pensar un rato sobre lo que veía, casi perdió el sentido de las cosas que estaba viendo. Alguna parte testaruda de su cerebro corría por entre aquellos edificios de pesadilla que se encontraban tras él, dando alaridos y su mente consciente no podía detenerla. De repente, aquel grito le arrastró y su mente quedó balanceándose entre dos mundos sobre una línea del espesor de un cabello.

Estaba casi desnudo, bajo el sol, abrazando una columna de cristal sin forma conocida.

Algo, que le producía náuseas, le llevaba a volar lejos, lejos de la columna, pero él se aferraba a ésta que representaba su cordura.

Pensó: *“Tranquilízate, es Storm el que te está provocando este malestar. En algún lugar apretó un botón y empezó este concierto, que es lo que debían hacer los tíos que vivieron aquí antes. Está mirando dentro de tu mente y se muere de risa viendo como pierdes la razón. ¿Vas a permitirle que se siga riendo?”*.

Rick se enderezó. Lo que le estaba pasando significaba que Storm todavía estaba allí, que lo podía atrapar y matar. Todavía podía solucionar sus problemas.

Los tendones se hincharon bajo el esfuerzo que inundaba de sudor el rostro de Rick. Empujó con fuerza, con todas sus fuerzas e intentó proteger su mente contra la música y los colores. Comenzó a caminar hacia la pared más cercana de la cúpula. Se miraba los pies e iba contando sus pasos, uno a uno.

Si estaba equivocado y Storm había partido, ¡su búsqueda terminaría en un desastre! ¡Espera! Tenía que dejar de pensar sobre estas cuestiones.

Llegó a la pared. No estaba seguro sobre los pies, pero seguía contando sus pasos. Muy lejos, junto a la curvada pared, vio escaleras de nuevo, llegó a donde se encontraban y subió por ellas. De repente, se dio cuenta de que había terminado aquel concierto infernal.

Se sentó en el peldaño más alto y esperó hasta que dejó de temblar. Luego pasó a la siguiente cúpula.

CAPÍTULO XV

En aquella cúpula no había casas. En el centro se encontraba una gigantesca estructura de metal y plástico. Zumbaba suavemente y una radiación pálida y débil brotaba de su interior.

Alineados a su alrededor se encontraban filas y filas de lechos cubiertos con plástico transparente, como si fueran ataúdes. Unos seres, muertos o dormidos, yacían en ellos.

Rick no pudo ver ninguna señal de Storm o de Mayo. Miró hacia la entrada a la cúpula que se encontraba más allá; la encontró y se dirigió hacia ella sobre aquel suelo.

Las criaturas que se encontraban bajo las cubiertas de plástico no eran humanas. Eran antropoides pero, en alguna forma, en la textura de sus músculos, en la forma de sus facciones, eran algo extraño. Yacían silenciosamente. Rick no pudo ver si respiraban o se removían. Pero no estaban muertos; su cuerpo parecía templado y no había señales de putrefacción.

Supuso que aquellos eran los Pensadores, que habían construido la ciudad que se encontraba detrás. Parecían ser asexuados; todos sus cuerpos desnudos eran iguales. Tenían una perfección y una belleza que resultaba tan desagradable como sus edificios.

Rick caminó sin detenerse hacia el arco que conducía a la última de las tres cúpulas. No estaba asustado, ni siquiera excitado. Un hombre como él siempre está dispuesto a llegar hasta el fondo de las cosas de una forma u otra y esa era la cuestión. Miró a su alrededor buscando un arma, o algo que pudiera usar como tal. No había nada. Flexionó sus manos vendadas y prosiguió su camino.

Alrededor de la escalera y el arco no había ningún refugio, ninguna cubierta de cualquier clase. Rick no intentó ocultarse. No tenía sentido hacerlo de un telépata como Storm. Ahora, lo que Rick quería era acabar con aquello lo antes posible. Quería encontrar a Storm.

Su mente no pensaba en la muerte, es decir no pensaba en su propia muerte.

Subió por las escaleras. Tuvo un vislumbre de lo que parecía un gran laboratorio y un taller de reparación de maquinaria, luego vio que Jaffa Storm

estaba encima de él en el peldaño superior de la escalera; su pesada pistola de rayos apuntaba al musculoso cuerpo de Rick.

Rick se detuvo. Storm le sonrió; estaba de buen humor.

—¿Dónde está Mayo? —preguntó Rick.

Storm sacudió ligeramente la cabeza hacia atrás y respondió:

—Está aquí, completamente a salvo. No te va a ayudar aunque para ello tenga que atarla ahora y mantenerla así todo el tiempo que sea necesario, es una gata salvaje —sus ojos negros miraron a Rick de arriba abajo y continuó—: Es una pena que no puedas ver cómo voy a domarla.

Rick no dijo nada, Sus manos colgaban flexibles junto a sus muslos desnudos. Su rostro carecía de expresión, sus ojos estaban velados por las lágrimas. Se encontraba en la mitad de la escalinata de cristal, algo menos de su propia estatura por debajo de los pies de Storm.

—¿Te gustó el concierto? —dijo Storm.

Rick no contestó.

—No te molestes, —rio Storm—. Sé lo que pretendes; he estado observando tu mente durante cada segundo —señaló a los durmientes, que se encontraban cubiertos en sus ataúdes y dijo—: Estos pájaros tienen gustos curiosos. Todavía no sé quiénes son o de dónde vienen, no puedo penetrar en sus mentes. Pienso que mentalmente ya no están aquí sino que han marchado a algún reino de puro pensamiento. Creo que los cuerpos son sintéticos.

Comenzó a estudiar detenidamente a Rick, como si quisiera grabar en su memoria cada facción, cada línea, y prosiguió:

—No quiero olvidarte nunca; nunca me he encontrado con un hombre al que odiara tanto como a ti. Creo que te odio porque eres casi tan fuerte como yo y esto me da miedo. No estoy acostumbrado a tener miedo y esto no me gusta.

—Has perdido Marte, —dijo Rick—. Te lo he quitado.

—No, tú no has sido, —repuso Storm con lentitud—. Tú te entrometiste en mis planes, eso es verdad, casi llegaste a matarme. Fuiste muy listo al comprender en el último minuto que probablemente había leído tu mente y te estaría esperando. Como te puedes imaginar, estaba muy ocupado y no apreté el interruptor hasta que ya era lo bastante tarde como para poder hacer otra cosa que no fuera saltar, que es lo que hice. Un trozo de metal me hizo un corte desagradable y mi pistola de rayos fue destrozada por completo.

De repente, aunque en voz baja, lanzó un juramento y dijo:

—Me gustaría poder imaginarme una forma de matarte que realmente me dejara satisfecho.

La boca de Rick se torció en lo que casi era una cansada sonrisa.

—Storm, no puedes matarme. Marte es mi destino no el tuyo.

Storm le miró durante un momento, luego sonrió y dijo:

—¡Por Júpiter! Ni tú te crees eso, ¿a qué no?

—Sabías que tenía que venir —replicó Rick.

—Sí, porque te seguí mentalmente a través de esa pequeña, ¿cómo se llama? ¿Kyra? Hasta que me di cuenta de que no me podías hacer daño. En todo momento, pude mantener una oreja muy cerca de donde estabas —siguió burlándose—. Para ser justos, St. John y el marciano fueron más rápidos que tú; siempre le dije al imbécil de Fallon que los subestimaba.

Los ojos de Rick, después de la mención a Kyra, habían adoptado, con frialdad, un aspecto mortífero, manifestando una emoción que ningún ser humano normal, si es que la siente, puede expresar. Todavía no se había movido.

—Sí, pero tú has perdido Marte —repitió.

—No Rick, esta es la diferencia que existe entre nosotros, una diferencia que te va a costar todo. Yo entrené mi mente; trabaja para mí no yo para ella. Cuando descubrí lo que estabas planeando hacer, unir a los marcianos y a los terrestres contra mí, me di cuenta de que tenía una buena oportunidad para triunfar, así que usé mi cabeza.

»Durante un tiempo estuve estado intrigado por los Pensadores. Los videntes marcianos; quien quisiera descubrir la verdad, no podía fisgonear a causa de los tabúes hereditarios. Ningún terrestre tenía el poder, pero yo lo conseguí y rompí el tabú. Descubrí que la barrera mental de los Pensadores, el impulso mental que siente cualquiera que pretenda entrar en sus cúpulas, era una simple emisión radioeléctrica, similar a la de la televisión. Funcionaba automáticamente y Dios sabe cuánto tiempo lleva funcionando. Lo apagué, por supuesto en tu interés.

»En cualquier caso, después de que yo forzara mi mente para poder atravesar esta barrera, descubrí que los Pensadores se habían marchado. Todavía están vivos; puedo sentir las vibraciones de sus cerebros, pero se han retirado a algún lugar más allá de este mundo. Supongo que alcanzaron aquel punto de su propia evolución, en donde el único reino que les queda por conquistar es el puro pensamiento.

»Pero dejaron cosas tras ellos. Un arsenal de armas y máquinas como los hombres nunca han soñado fabricar. Desintegradores, amplificadores mentales, proyectores de energía que hacen a nuestros Bannings parecer juguetes de niños. Ya sabes, por algo los pensadores eran llamados así. ¡Por

Dios! Quisiera saber qué eran, ¿de dónde vinieron! Me atrevo a aventurar que eran prehumanos y que su cultura introvertida fue desplazada por la aparición del hombre en el planeta. Así que construyeron las cúpulas y esta ciudad increíble, luego se rodearon de tabúes y siguieron viviendo pacíficamente a su manera.

Durante su desarrollo pasaron por una época de descubrimientos científicos que debió durar un número increíble de años. Descubrimientos que no beneficiaron a nadie; nunca traspasaron ninguno a la Humanidad y sólo usaron para ellos los que necesitaban para vivir con más comodidad, como este chisme de aquí.

Storm señaló hacia el enorme mecanismo del centro de la cúpula que no dejaba de zumbar.

—Esto les calienta, les alimenta directamente con energía, mantiene sus cuerpos vivos, mientras que sus mentes juegan libres a través del espacio y del tiempo —en sus ojos negros aparecieron unos brillos extraños, luego susurró—: Quisiera seguirles, al menos durante un poco tiempo.

Sin avisarle, Rick saltó hacia adelante.

Esta era la oportunidad que había estado esperando; el instante en que la atención de Storm dejó de estar centrada el cerebro de Richard Gunn Urquhart. Rick se arrojó al suelo y le agarró los tobillos a Storm.

El rayo de la pistola de Storm partió en dirección oblicua, casi tostándole la piel de la espalda, pero sin alcanzarle. Rick se agarró a la tela del mono de Storm y tiró de ella con todas sus fuerzas. Storm cayó hacia atrás sobre sus homóplatos, volvió a disparar la pistola de rayos por segunda vez; esta vez alcanzó la parte alta de la cúpula.

Los pies desnudos de Rick pudieron hacer presión sobre los peldaños y le impulsaron nuevamente hacia adelante, golpeando con todo su peso el cuerpo de Storm. El corpulento individuo perdió algo más que el aliento y Rick se lanzó a por la pistola de rayos.

El golpe debió hacerle daño a Storm pero no le detuvo. Peleó con la mano que le quedaba libre, con sus rodillas y con sus pesadas botas. Rick era un hombre fuerte y poderoso, pero Storm era más fuerte. Golpeó a Rick hasta que éste quedó medio atontado, pero no pudo conseguir que soltara la pistola de rayos.

Rick puso en tensión su cuerpo desnudo; con sus músculos apretados la cogió. Sólo había una cosa en el Universo que le importaba: la pistola de rayos. Consiguió agarrar el pulgar de Storm y lo retorció con tenacidad.

Finalmente se rompió, lo arrancó dejando en el hueco un amasijo de carne machacada y tendones. Storm gritó como un caballo herido; esto fue todo. Rick se quedó con la pistola de rayos.

Se apartó para llegar a la distancia necesaria para disparar. Una de las botas de Storm le golpeó de plano en el abdomen. Rick cayó por las escaleras dando vueltas hasta quedar tumbado; allí, vomitó todo lo que tenía en el estómago. La pistola de rayos cayó y rebotó sobre aquel suelo de cristal.

Storm se levantó. Se miró la mano, se sacó su pañuelo y la vendó, apretándolo con fuerza empleando sus dientes. Luego se apoyó en la pared y vomitó.

Mientras sollozaba en voz alta en el arranque de la escalera, Rick luchó por ponerse a cuatro patas.

Storm vio dónde se encontraba la pistola de rayos que se había deslizado bastante lejos, mucho más lejos de lo que Rick podía alcanzar rápidamente. Storm bajó, por el otro lado penetrando en la cúpula del laboratorio.

Mayo Mc Call se encontraba tumbada al abrigo de una máquina demasiado grande y pesada como para volcarla. Estaba atada a conciencia y amordazada. No necesitaba hablar para decirle a Storm sus pensamientos, sus ojos lo decían todo.

—Puedes darle un beso de despedida no voy a dejar nada de él —le susurró Storm.

Encontró el pequeño mecanismo que estaba buscando, colocado adecuadamente junto con otros que intentaba llevarse al helicóptero cuando descubrió a Rick. Era un juguete al parecer sin importancia, un blindaje sobre un prisma en el interior de un triángulo de metal ligeramente luminoso.

Storm no estaba seguro de cómo funcionaba. Quizá fueran rayos cósmicos recogidos por el triángulo y concentrados con el prisma. Pero sabía que funcionaba.

Colocó su mano izquierda, con cuidado, detrás del blindaje con el pulgar, tocando el botón de control y se volvió para dirigirse hacia las escaleras.

Rick se había arrastrado hasta llegar a diez pies de la pistola de rayos. Storm sonrió. Apretó el botón. Una pequeña telaraña de radiación comenzó a tejerse desde el prisma. Alcanzó la pistola de rayos. El metal se redujo a polvo y después desapareció.

—Rick, ¡Ricky! —dijo Storm con gentileza.

Rick volvió su cabeza. La gran máquina central zumbaba tranquilamente mientras los Pensadores proseguían sus sueños cósmicos sin prestar atención al hombre que se arrastraba desnudo sobre su suelo, ni al gigante moreno que

se encontraba erguido encima de las escaleras y que tenía en sus manos aquella arma de destrucción.

—No puedes matarme —susurró Rick.

Storm rio, en silencio, y volvió a apretar el botón.

Rick se movió. Nunca supo dónde encontró la fuerza necesaria, salvo que era actuar o morir y no estaba dispuesto a morir. Rodó oblicuamente de forma que el rayo no le alcanzó dejando grabada una rendija sinuosa en el suelo. La fila más exterior de ataúdes estaba muy cerca de Rick; se arrastró hasta resguardarse tras el más cercano. Estaba pegado al suelo y ofrecía protección, de forma que aunque Storm le pudiera seguir con la mente no podría verle para apuntar.

Rick comenzó a retroceder hacia el otro lado de la cúpula.

Storm le siguió. Disparó sobre los ataúdes, haciendo que se desmoronaran, quedando medio destruidos de igual manera que los cuerpos que yacían en su interior. Los pensadores no hicieron nada, sus mentes estaban demasiado lejos para preocuparse por lo que les sucediera a sus cuerpos.

Rick jugó con Storm, empleando una mezcla de astucia y coraje que resultaba enloquecedora. Se resguardaba detrás de cada ataúd hasta que el rayo quemaba peligrosamente cerca; entonces rodaba o se movía en dirección oblicua a través del suelo de cristal, cada vez en una dirección diferente de forma que siempre, salvo algún instante, estaba protegido. Si disparara con la mano derecha Storm le abriría acertado; con la izquierda no pudo.

Al menos no le pudo alcanzar al principio, pero Rick sabía que su suerte no le duraría para siempre. Sin nada entre las manos, ni siquiera una piedra, se sentía como una gallina desplumada.

De repente, sus ojos brillaron y se entrecerraron. Comenzó a moverse en círculo, de forma que terminarían volviendo a pasar por donde ya habían estado, allí se encontraban los ataúdes destrozados. Storm le seguía con tenacidad pero sin apresurarse. Estaba disfrutando con la cacería.

Rick llegó al ataúd que buscaba, había sido alcanzado por el rayo de forma que la tapa había desaparecido en parte. El cuerpo que se encontraba en su interior había sido nítidamente cortado por el centro en dos partes. No había sangre, ni vísceras ni cavidad abdominal. La carne parecía una esponja de goma.

Rick se acurrucó detrás del ataúd con las piernas dobladas y preparado.

Esperó durante un tiempo que le pareció larguísimo, apretó las cejas y se concentró. Storm se encontraba de pie, sonriendo ligeramente mientras jugaba

con el rayo del prisma desintegrador sobre el refugio de Rick; a causa de la disposición de los ataúdes, Rick, si miraba por encima de la tapa o a la derecha de un extremo, podía ver todo el cuerpo de Storm. El lado izquierdo y las piernas de Storm se encontraban ocultos por la esquina de otro féretro. Rick le arrojó su desagradable proyectil; pesaba menos de lo que hubiera pesado una pierna humana pero era lo bastante resistente.

Storm lo evitó fácilmente mientras reía y sin apartar los ojos del ataúd donde se escondía Rick. De repente, dirigió el rayo desintegrador del prisma hacia arriba, apuntando a la esquina de la derecha.

En el mismo momento, La cabeza y los hombros de Rick aparecieron por la esquina de la izquierda. Lanzó, con su mano izquierda, la parte superior del cuerpo sintético del Pensador a la cabeza de Storm.

Storm fue demasiado lento, durante un instante perdió el equilibrio. Aquella cosa tan desagradable le golpeó. El impacto no fue lo bastante fuerte como para hacerle perder el sentido, lo único que le hizo fue que se tambaleara y golpeará uno de los ataúdes, pero si fue suficiente para estorbarle; los brazos del Pensador muerto le rodearon casi como si aquella carne inhumana todavía tuviera reflejos.

Rick se movió; nunca antes en toda su vida se había movido tan deprisa. Las heridas, dolores, cansancio, todo el daño que soportaba no le estorbaron. Saltó, golpeó a Storm antes de que aquella carroña cayera, o fuera arrojada, al suelo y le liberara los brazos.

Storm le disparó, pero el rayo no le alcanzó; luego, la mano de Rick golpeó de canto, como si fuera un cuchillo, la muñeca de Storm y el mortífero prismita cayó al suelo.

Rick colocó sus manos cubiertas de vendajes allí donde le había dicho a St. John que quería tenerlas.

Y las mantuvo allí, con los ojos medio cerrados y sintiéndose feliz, como un gato, siguió apretando mucho después de que ya no fuera necesario. A Storm le costó morir, pero finalmente murió.

Hablándole familiarmente al rostro ennegrecido que se encontraba debajo, le susurró:

—Es una cuestión de instinto; soy zurdo y tú no lo sabías. Leíste en mi mente lo que pensaba hacer y como tú eras diestro lo interpretaste equivocadamente, como si yo fuera diestro, por eso disparaste al lado equivocado. El instinto se cruzó en tu camino.

Storm no le contestó, ahora no podía contestar.

CAPÍTULO XVI

Efectivamente, Storm estaba muerto, pero cuando tras subir las escaleras, llegó al laboratorio de la cúpula y desató a Mayo, no se lo dijo. En aquel momento no se pronunció ninguna palabra. Estuvieron abrazados durante mucho tiempo y Mayo lloró un poco. Rick también.

Después de un tiempo, cuando el mundo dejó de palpar violentamente alrededor de la pareja, Rick se levantó y comenzó a pasear por los alrededores, mirando las máquinas. Era un buen mecánico, era capaz de adivinar cuál era verosímelmente el propósito de la mayoría. Se puso un mono negro que había sido de Storm, cuyos cigarrillos se encontraban todavía en el bolsillo del pecho. Encendió uno; su rostro no manifestaba ninguna emoción.

—¿Qué piensas, Rick? —dijo Mayo.

No contestó. Mayo se levantó y se dirigió lentamente a un conjunto de mecanismos que Storm había colocado juntos.

—Me dijo todo lo que estaba pasando. Hugh y Eran Mak gobernarán Marte bien. Todo mejorará si les dejan hacer lo que soñaron.

Rick, quieto, no contestó.

Mayo cogió un tubito y lo dirigió hacia él, dijo:

—Tú no tendrás Marte, no dejaré que lo poseas para jugar con él.

Rick permaneció en pie, mirándola durante un momento, sin que en sus ojos apareciera otra cosa que una negra frialdad.

Como si hablara consigo mismo dijo:

—Ayer estuve en Caer Hebra. Kyra habló conmigo y yo la escuché.

Mayo estaba sorprendida, dejó que el tubo oscilara un poco; de repente, Rick empezó a reírse de ella.

—¡Eres muy dura muñeca! ¡Por Jaffrey, que no estoy seguro de que no fueras capaz de disparar! —Se dio la vuelta, soltando el humo del cigarro hacia la cúpula luminosa—. ¿Cómo salimos de aquí?

—Me fijé en Storm; sé dónde están los controles y si queremos también podemos volver a encender el proyector mental. ¿Qué estás planeando Rick?

—¿No confías en mí?

—No.

Le dio la espalda a la mujer.

Después de un rato le volvió a preguntar:

—¿Ahora no confías en mí?

—Menos que nunca Rick, por favor no sigas.

Detuvo sus palabras con sus labios.

—No he dicho nada ¿a qué no? Ahora vayámonos de este lugar.

Los ojos de Mayo manifestaban sus dudas, pero asintió con la cabeza. Más tarde, cuando pensó que Rick no la miraba, guardó el tubo en el bolsillo del mono.

—¿Qué hacemos con esto? —le preguntó—. Rick, es peligroso.

—Hasta ahora aquí ha estado seguro; pienso que puede seguir igual otro poco más; le pasaremos este problema a Mak y St. John y les dejaremos que suden con él.

—¿Vas a ir a verles?

—Sí.

Rick sacó del bolsillo del mono el pequeño proyector de energía que Storm había usado, el prisma con el triángulo brillante; removi6 aquel artefacto entre sus manos y frunció el ceño; luego lo depositó en el montón que se encontraba detrás de Mayo.

—Cariño ¿dónde están los controles?

—El de esta cúpula está arriba la izquierda, ¿o es que quieres volver a la ciudad?

—No. No quiero salir a través de la ciudad —Mayo se alejó; cuando volvió, Rick puso sus brazos alrededor de los hombros de la mujer y ambos salieron de la cúpula por la entrada oculta.

Sacaron el combustible del helicóptero de Storm, lo llevaron al de Rick y despegaron. Finalmente, Rick se percató de que Mayo estaba llorando en silencio.

—¿Qué te pasa?

—Estaba pensando en Kyra. Storm me contó todo lo que sabía sobre ella, él como telépata podía. Estoy feliz de que estuvieras con Kyra.

—Sí, sí, murió feliz —repuso Rick.

Varias veces vieron naves que les perseguían, pero ninguna les pudo alcanzar. Rick se hundió en un silencio cargado de tristeza y cortaba a Mayo cada vez que ésta intentaba entablar una conversación. Finalmente, Mayo dejó de intentarlo, se sentó con los ojos cerrados mientras su boca esbozaba una triste sonrisa.

Por último, Rick encendió el transmisor y se puso en contacto con la Compañía. El operador de comunicaciones, con los ojos que querían salirse de sus órbitas, comenzó a apretar interruptores de forma compulsiva. Un par

de segundos después, Hugh St. John estaba mirándole desde la pantalla; detrás de su hombro podía verse a Eran Mak.

Los dos vieron a Mayo a la vez y se aproximaron a la pantalla, como si quisieran pasar a su través, sobre todo St. John. Rick le miró con amargura y pensó *“Este tipo está loco por ella, tan loco que le hierve la sangre, ¡el muy inocente!”*.

Al principio, apenas se fijaron en Rick; hasta que Mayo no les habló de las Ciudades Polares y de lo que Rick había hecho allí. St. John no se dirigió a él.

Con gran seriedad le dijo:

—Estoy contento de que hayas vuelto.

—Muy amable, —replicó Rick—, me pusiste todo muy fácil.

—Rick, hicimos lo que pensábamos era justo.

Con un gruñido, Rick contestó:

—Esto lo explica todo y justifica vuestras acciones; no importa lo que le hagas a un tío en tanto creas que es justo. ¿Justo para quién, St. John? Si me contestas que para Marte, te machaco la cabeza en cuanto aterrice.

La cara de St. John se puso seria. Detrás de él, Eran Mak sonreía y asentía con la cabeza. Sus ojos dorados brillaban.

—Nunca pensé que fueras un pollo, pero acudes a que te aemos. Es una lástima que Mayo esté contigo; si no, sería mucho más sencillo derribarte sobre el desierto antes de que aterrices.

—¡Ja, ja! —Rio Rick—. Esta es una de las razones por las que la chica viene conmigo —las campanillas tañeron levemente en las orejas del marciano y Rick tuvo un escalofrío—. Será mejor que le digas a los tipos de la Patrulla Planetaria Marciana que despejen el aire, voy a aterrizar.

—Es mejor que lo hagas en el campo de aterrizaje —dijo St. John—. Ya destrozaste la cubierta del helicóptero. Enviaremos un coche a recogerte.

—¿Y una escolta armada?

—Y una escolta armada.

—Vengo en son de paz, —comentó Rick—, así que tienes que garantizarme que pueda salir de allí.

St. John lanzó una mirada fría y cargada de rabia, pero asintió con la cabeza. La pantalla se apagó, Mayo se echó para atrás en su asiento y cerró los ojos.

—Rick, te quiero —dijo Mayo en voz baja—, iré a donde tú vayas, haré contigo lo que sea, salvo una cosa; piénsalo, piénsalo cuidadosamente antes de hacer nada.

—Llevo bastante tiempo que lo único que hago es pensar.

Después no volvieron a dirigirse la palabra. Rick sobrevoló el viejo campo de la Compañía en donde había robado la nave con la que había frustrado los planes de Storm y aterrizó. Un coche le estaba esperando con una escolta de jeeps cargados con hombres del gobierno marciano. Rick se sometió tranquilamente a un respetuoso, pero completo, cacheo. No le encontraron ninguna arma. No cachearon a Mayo.

El coche fue acelerando conforme se dirigía hacia los edificios del complejo. Rick miró hacia las lejanas torres de Ruh, sobre los acantilados del antiguo mar muerto; sus ojos eran fríos y profundos, como cristales de ámbar.

Agentes marcianos, en general empleados públicos de pocos músculos, que habían sido introducidos a aquel edificio por St. John, ocupaban ahora los despachos de la ahora inexistente administración de la Compañía. St. John los recibió en la puerta de su oficina e hizo que la escolta se marchara. No querían irse; miraban a Rick como lo habían hecho los hombres de Valkis, pero por otra razón, se sentían ultrajados por el sacrilegio que creían había cometido con el collar de Ruh. Pero lo que de verdad les preocupaba era cómo iba a actuar el nuevo Gobierno de la Unión y si les iba a mantener los empleos.

Finalmente se marcharon dejando a Rick y Mayo solos con St. John y Eran Mak. El marciano se encontraba reposando, en su posición habitual, sobre el alfeizar de la ventana, fumando y moviendo monótonamente con su dedo índice, de atrás para adelante, las campanillas que colgaban de su oreja. Observó a Rick a través del humo con sus ojos amarillos y sin pestañear, como los de un halcón.

St. John abrazó a Mayo. Rick se dio la vuelta, irritado, no queriendo verles el rostro a ninguno de ellos. Les dejó que se dijeran unas pocas palabras en voz baja mientras se sentaba, con aspecto cansado, en un sillón y encendía un cigarrillo. De repente, se sintió tan viejo como Marte, e igual de cansado.

Finalmente, St. John dijo:

—Rick, no hay palabras para agradecerte lo que has hecho. Esta situación es bien extraña; te doy las gracias de corazón y sin embargo quisiera que no estuvieras aquí. Me das miedo y me da miedo lo que has hecho.

—Al menos eres honrado al decir esto —dijo Rick.

St. John se sentó detrás de un escritorio en el que se apilaban papeles y dijo:

—No tenemos ninguna intención de engañarte —miró al montón de papeles y suspiró—. Formar un nuevo gobierno con los elementos que tenemos no es un trabajo fácil. He estado en Kahora varias veces y Mak se ha cansado recorriendo los centros de poder marcianos. Me he instalado aquí porque éste parece ser el foco en donde convergen todos los problemas y creo que desde aquí manejaré mejor estos asuntos. Además, alguien tendrá que ocuparse de la Compañía. ¡Dios mío, la de cosas que había hecho Storm!

Rick miró a St. John casi perezosamente:

—¿Te ha reconocido ya la Autoridad Interplanetaria?^[47]

—Todavía no, pero dadas las circunstancias es seguro que lo hará.

—Dadas todas las circunstancias menos una —replicó Rick.

St. John asintió lentamente con la cabeza:

—¿Por esto es por lo que has venido? ¿A qué sí?

Rick estalló, gritando dijo:

—¡Por las estrellas! ¿Qué pensabas que haría? ¿Quién hizo todo el trabajo?, ¿quién sudó en las malditas minas? ¿Quién recibió los golpes y las quemaduras y las patadas en la boca? —Extendió las manos, que ya no estaban vendadas, mostrando las heridas recién cicatrizadas—. ¿Quién fue crucificado en una pared de Ruh, tú o yo? ¿A quién le puso el Collar Beudach, a ti o a mí? ¿Fuiste tú el que convenció a los marcianos y terrestres para que lucharan juntos y llegaran a ser desde entonces hermanos de sangre? ¿Fuiste tú el que te jugaste el cuello en el Barrio de los Ladrones en donde un cuchillo te podía cortar el cuello por nada? ¿Fuiste tú el que robó un helicóptero y lo estrelló encima de Jaffa Storm?

Su voz hacía temblar las ventanas, su rostro estaba rojo y desencajado por la furia, las venas parecían látigos pegados a sus sienas. De repente, se detuvo y comenzó a caminar hacia atrás y hacia adelante sin desplazarse mucho; cuando volvió a hablar su voz no era más que un suave susurro.

—A unos malditos patrioteritos como vosotros ya les he dado demasiado, St. John, les he dado sangre, sudor y miedo a la muerte, mientras vosotros estabais sentados sin hacer nada. Si Eran Mak y tú pensáis que podéis deshaceros de mí dándome un golpe en la cabeza y cincuenta mil créditos, ¡es que estáis locos! —Rio y se dio la vuelta, de forma que les pudiera ver la cara a los dos—. ¿Estarías tú contento, Mak? ¿Estarías tú contento, St. John?

Se produjo un largo silencio. Eran Mak fumaba silenciosamente, con aire enigmático, como el fondo marino que había en el exterior.

Finalmente, con lentitud, St. John dijo:

—No, creo que no lo estaría.

—La pregunta no es si tú estás satisfecho —dijo Eran Mak—, sino si se puede hacer algo para que lo estés.

Rick sonrió.

—Diles lo que hay bajo las cúpulas polares y lo que Storm pensaba hacer con esas cosas —le dijo a Mayo.

La mujer lo explicó, pero sus ojos, como los de Eran Mak, no dejaron de mirar a Rick.

Les dio mucho tiempo para que pensaran sobre aquello. No les gustaba; el pensamiento del inmenso poder que se albergaba allí les asustaba.

St. John se dirigió hacia la pantalla pero se detuvo.

Rick, con una sonrisa, dijo:

—No, yo todavía no confiaría tanto en los marcianos; ciertamente ahí se encuentra un gran poder, pero no tienes por qué usarlo.

—Te recuerdo que estás aquí como prisionero —dijo Mak.

—Por supuesto, al igual que lo estuve en el *Mary Ellen Dow*. Las personas pasan por muchas situaciones hasta que llega a su objetivo; como acabo de decir no tienes por qué usar todas tus capacidades.

Ahora estaba justo detrás de Mayo. De repente, le rodeó el cuello con un brazo y la mantuvo sujeta mientras le sacaba el tubo del bolsillo en el que ella lo había escondido; entonces la dejó ir y dio un paso hacia atrás.

Dirigió el tubo hacia el sillón. Una pequeña lengua sonrosada brotó del tubo y rozó el sillón, transformándolo en un simple montón de polvo.

—Es un desintegrador —dijo—. Ahora, quizá sería mejor que cogieras la pantalla e hicieras una retransmisión a todo el planeta. Es mejor que le cuentes a todo el mundo lo que sucedió la noche de la batalla.

Mayo se levantó lentamente y se colocó en pie delante de él.

—Tú sabes lo que eso significa —dijo St. John.

—Por supuesto, esto os pondrá en vuestro sitio, ¿a qué sí? Los caballerosos y desinteresados salvadores de Marte ya no lo parecerán tanto, ¿a qué no?

—Rick —dijo St. John—, antes de hacerlo, piensa un momento. En cualquier caso, con o sin nosotros, los hombres lucharán como puedan para conseguir lo que desean. Te lo creas o no, Mak y yo somos honrados. Recuerda que tienes los cincuenta mil créditos.

—Ya no los tengo, compraron mi billete de salida del *Mary Ellen Dow*.

Eran Mak dejó escapar un silbido y dijo:

—¡Así que Marte significa mucho para ti! —Se dejó caer del alféizar y se puso de pie—. ¿Por qué estarías dispuesto a cambiar Marte?

Rick le contraatacó:

—¿Qué me podrías dar a cambio de un mundo?

St. John, Mayo y Eran Mak se quedaron mirando a Rick. Éste se les enfrentó con el ceño fruncido, su mandíbula firme y los ojos hundidos y oscuros. Tuvo cuidado en no mirar a Mayo a la cara.

St. John suspiró, se aproximó lentamente, como si fuera un anciano, para apretar el interruptor que conectaba la pantalla.

Con voz áspera, Rick dijo:

—¡Espera!

Se quedaron inmóviles, observándole. Había sudor en su rostro y las manos le temblaban ligeramente.

—Espera. Escucha, ayer murió Kyra en Caer Hebra; murió sonriendo. Decía que renacería en el nuevo Marte y recordaría que ayudó a construirlo. ¡No es que ayudara, es que lo hizo conmigo! ¡Por Jaffrey que lo terminaré! Yo hice que esta bola de polvo se uniera y fuera fuerte. Nadie lo podría haber hecho ¡solo yo lo pude hacer!

Se detuvo y se restregó los ojos con las manos.

—No sé por qué le doy tanta importancia a lo que Kyra dijo, no sé si volverá a vivir de nuevo, o solo en el recuerdo. Pero si ella cumplió, yo también lo haré, ¡malditas ratas! Mayo, ven aquí.

Ella le obedeció. El brillo estaba comenzando a volver a sus ojos.

—Escucha Mayo. ¿Es este el significado de la profecía de mi sombra sobre Marte? Esa sombra está aquí, ahora y siempre lo estará, porque con estas dos manos, uniré Marte. Lo he estado pensando y yo puedo conseguir que este mundo sea feliz, o al menos intentarlo. Quizá lo exprima hasta dejarlo seco, pero hay otros mundos y yo todavía soy joven.

La empujó para que se colocara a su lado y prosiguió:

—¿Tiene esto algún sentido? Preferiría tenerte a ti que a Marte; como te dije una vez eres parte de mí y si no pudiera tenerte, no me importaría que otro te tuviera. ¿Sabes una cosa? Todo el tiempo que he estado luchando hasta llegar a este momento, no he estado pensando en Marte, sino en ti.

—Ya te dije que tendrías un alma si eras capaz de encontrarla.

Rick puso sus labios sobre los de Mayo y dijo:

—No sé si encontré a mi alma pero te encontré a ti —y la abrazó con fuerza.

St. John y Eran Mak se sintieron en cierta forma rechazados.

Después de un rato, Rick murmuró:

—Otros mundos, siempre hay un Exterior, el Cinturón e incluso Júpiter. Las naves mejoran de año en año y necesitan exploradores. Salvo que te quieras quedar aquí, sin mí.

Mayo detuvo sus palabras con sus labios. Rick comenzó a reír y dijo:

—Creo que estoy volviéndome loco, —y, mirando a St. John, al otro lado del escritorio atestado de papeles—, ya le han salido ojeras por preocuparse de la política, de la futura constitución y de qué hacer con todos estos vagos. Estoy contento de no ser yo quien tenga que ocuparse de esto. Explorar un camino es divertido, pero después construir la carretera, es un trabajo muy duro; sin embargo, alguien tiene que hacerlo.

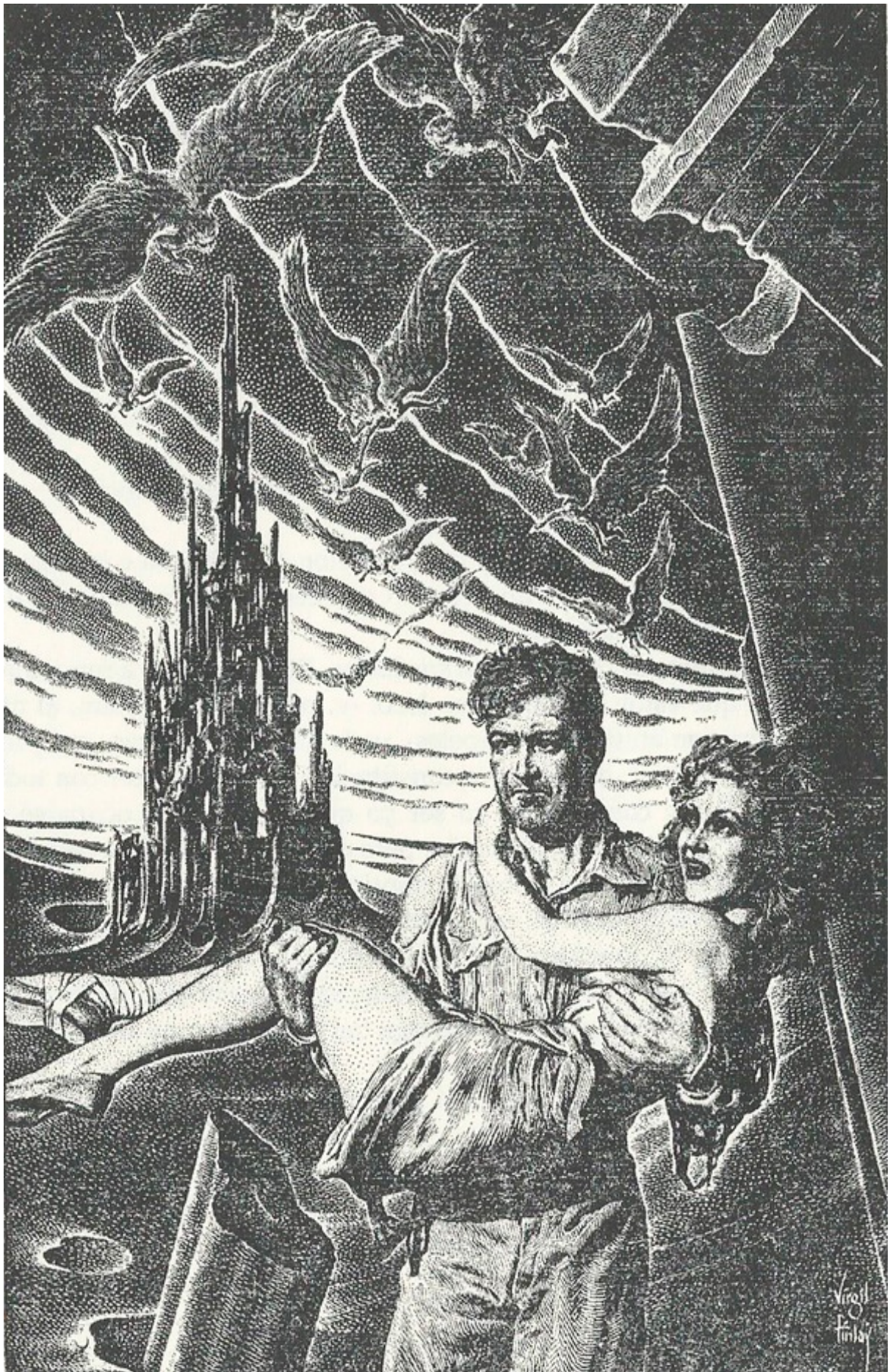
Se dirigió hacia adelante, cogiendo a Mayo por el brazo y dijo:

—Vale tíos, os quedáis con el trabajo duro; a cambio, solo os pido la mejor nave que vuele, una tripulación adecuada y exención de derechos de aduana para las mercancías que traiga del Cinturón y no creáis que os estoy chantajeando.

Cuando prosiguió, su voz bajó de intensidad y les hizo sentirse a disgusto:

—Y escuchad, si Kyra volviera a renacer, construid una buena carretera desde aquí a Caer Hebra, estaría feliz de que se acordara de mí y pensara que mi sombra sobre Marte resultó ser una sombra benéfica.

FIN



EPÍLOGO

Marte ha conseguido al fin algo parecido a una independencia real ¿y ahora qué? ¿Cómo considera Leigh Brackett que será el futuro de los estados planetarios?

La I y II guerras interplanetarias, constitución del Triestado

Una vez que se han constituido los estados planetarios, más o menos ya que al empezar la I Guerra, la Tierra sigue sin unificar del todo, es cuestión de tiempo, y no mucho, que comiencen las guerras entre ellos. Parece ser que el agua será una de las causas económicas que llevarán a los mundos del Sistema Solar a la guerra.

La Primera Guerra Interplanetaria, comienza con un ataque sorpresa a la ciudad comercial de Vhia en Venus, efectuado por la armada espacial de... decir de donde procede es más complejo de lo que se puede pensar, en primer lugar parece ser que los atacantes son los jovianos, sin embargo, a lo que se ve utilizan naves de diseño marciano y con los emblemas marcianos, todo demasiado claro ... (“Reportero Interplanetario”). Esta guerra se inicia al principio del siglo XXVI d. C.

La situación es confusa desde el principio. Júpiter y la Tierra habían firmado un acuerdo secreto contra Marte y Venus, el tratado es enviado en una nave que transporta colonos, con el riesgo de que si el tratado no llega a la Tierra, esta entrará en guerra en el otro lado... Por supuesto no llegó (“Esclavos de la noche infinita”).

En cualquier caso la guerra termina estableciéndose entre Júpiter y sus lunas (incluida Europa, luna de Júpiter) por un lado y los planetas interiores (Marte, La Tierra y Venus) por otro.

La guerra la llevan mal los planetas interiores, en especial porque los jovianos tienen un arma que volatiliza el metal. Existe un campo de prisioneros en Io, en donde los vigilantes son europeos feísimos, feísimos, de allí se extrae la sustancia del arma secreta de los jovianos.

La guerra debe terminar con la victoria de los mundos interiores, quizá debido en parte, al levantamiento de los prisioneros de Ío (“Puesto avanzado

en Ío”) que dificultó el aprovisionamiento de las armas secretas.

La Segunda Guerra Interplanetaria debió seguir rápidamente a la primera, los vencedores de la primera se enfrentaron entre sí, obviamente no podía ser de otra manera. Venus y la Tierra iniciaron una guerra, a lo que se ve por causas comerciales y no muy importantes. (“Tierra de nadie en el espacio”), al principio Marte se mantuvo neutral y curiosamente Venus, a pesar de tener unos recursos muy inferiores, en todos los sentidos, a la Tierra, llevó las de ganar.

Sin embargo la guerra se fue prolongando, durando al menos siete años, y Marte entró en la contienda del lado de la Tierra, los mayores recursos de uno de los lados condujeron a la victoria de la Tierra y Marte, que quedaron dueños de un Sistema Solar arrasado.

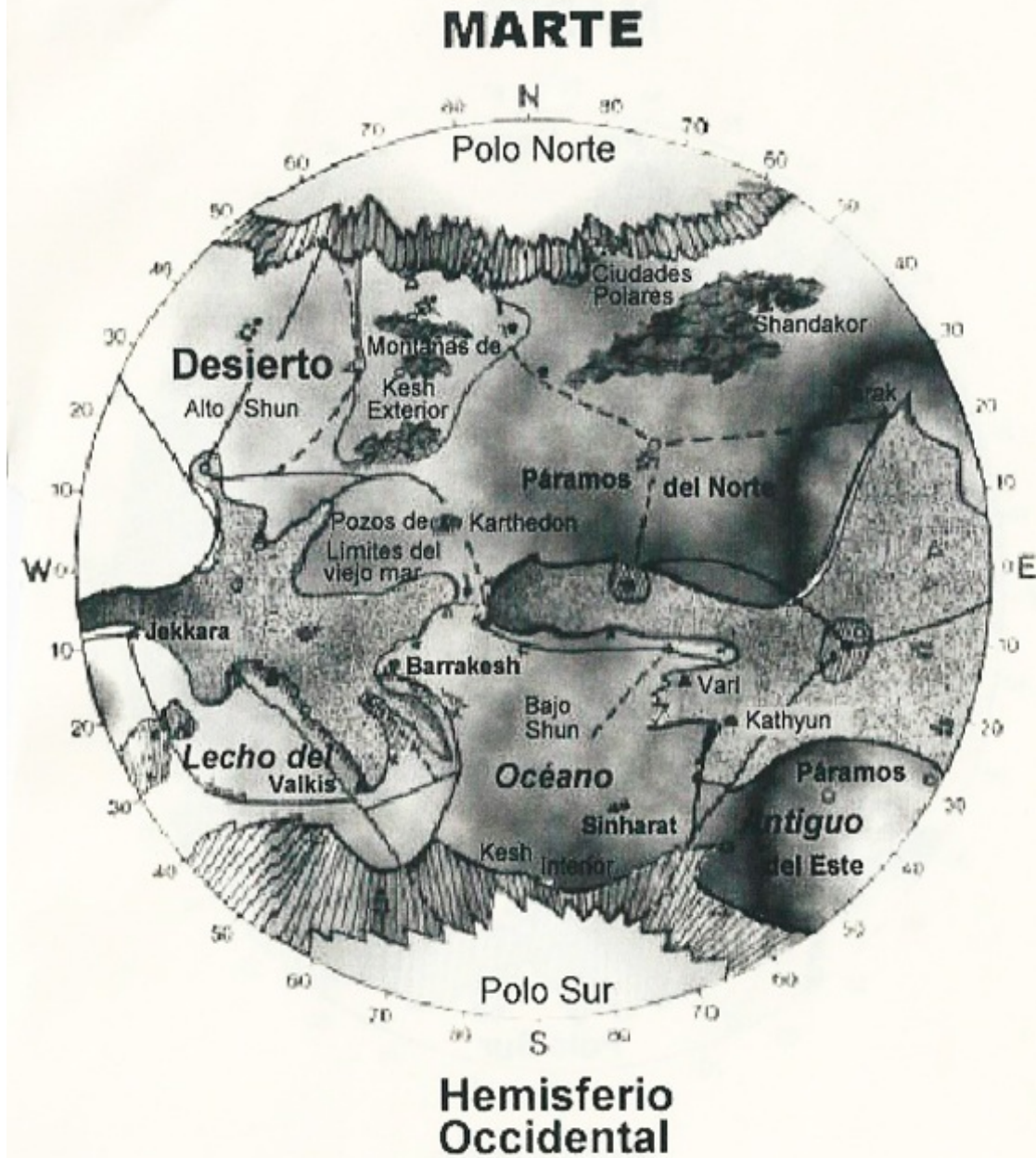
En cualquier caso, a los que no aprovechó nada la victoria, más o menos extensa, fue a los soldados terrestres y marcianos. Cómo no había trabajo para los veteranos ... pues se les encerró en campos de concentración acusados de delitos nimios. Pásate siete años en el ejército, luchando, y gana una guerra para eso (“Ha nacido un mundo”).

Por supuesto cada acto tiene su consecuencia, en esa situación el sistema más o menos democrático que hasta entonces había regido el Sistema Solar se desmoronó (no pensarían que lo defendieran los soldados).

La gente, cansada de guerras, quería un cambio, se promulgaron una serie de leyes: ley de estabilización del comercio, ley de estabilización de la población, ley de estabilización de las cosechas... Durante mucho tiempo la cibernética había sido la encargada de hacer que las leyes se cumplieran, empleando las temibles patrulleras robot R-3 (“El arca de Marte”) y similares. Así es como el sistema anterior, el antiguo Triángulo más o menos modificado, fue sustituido por el Triestado, si bien a lo que parece, se debieron seguir manteniendo muchos elementos de la situación anterior. Alrededor el año 4.000 d. C., el Triestado lleva mucho tiempo constituido, si bien la persecución contra los anarquistas y otros elementos considerados antisociales, había comenzado mucho antes, desde finales del siglo XX. Se trata de un estado totalitario, si comunista o fascista o de otro tipo (¿religioso?), no lo sé, ni la Brackett tampoco, quizá lo empezara a escribir pensando en uno y lo terminara pensando en otro, por lo demás los elementos de propaganda americana de la II Guerra Mundial y de la Guerra Fría son los mismos.

Este sistema produce disidentes, pero que no deben añorar mucho volver a la situación anterior. Los disidentes no pretenden derrocar este sistema,

sino huir de él, escapar hacia las estrellas: (“Huida a las estrellas”) esta obra está fechada 2.000 años después del final del Siglo XX, en ella un grupo de anarquistas, ya perseguidos por el sistema anterior al Triestado huyen del Sistema Solar, lo mismo sucede en “El Hijo del Sol”, la única diferencia es que este grupo no es anarquista, al menos no explícitamente, y consiguen la ayuda de un semidiós.



	Confirmado	Rumor
Ciudad	▲	△
Pozos	●	○
Ruinas	⦿	⦿
Aldeas	×	
Canales	---	---
Limite de Mares secos	~	~



MARTE

Por la Oficina de Supervisión Colonial Kahora, Marte.

ADMINISTRACIÓN CENTRAL TERRANA

Nota: Los canales más grandes y el grueso de la topografía se encuentran reproducidos con precisión a partir de fotos aéreas. Hay detalles de la areografía de la superficie que aún resultan bastante desconocidos, debido a las difíciles condiciones y a la hostilidad de los nativos locales, a las que se enfrentaron tanto las expediciones de tierra como las de aire. Como se ve en la leyenda del plano, muchos lugares se conocen por rumores, pero su localización no se ha visto aún confirmada.

Se ha avisado a los Terrícolas que obtengan un permiso en la Oficina de Supervisión, y que se aseguren de obtener guías y mapas lo bastante fiables, antes de aventurarse a viajar más allá de las inmediaciones de Kahora. La Administración declina toda responsabilidad en aquellas personas que se pierdan en viajes no autorizados.

El nivel del mar indicado en estos mapas, incluyendo el que queda definido por la línea de trazos y la de punto y raya, indica la extensión del antiguo océano marciano, excluyendo las fosas continentales.

Parece ser que las aguas se retiraron con más lentitud en el caso de las fosas, que permanecieron fértiles, y por eso se dio el caso de que Jekkara y el resto de ciudades portuarias se construyeran en la orilla de dichos lechos abisales. Los estudiosos creen que, en ese período, los niveles de agua se mantuvieron estables durante un periodo de tiempo que bien puede abarcar desde varios siglos hasta varios milenios.

Sobre esta cuestión hay bastante desacuerdo.

No obstante, en lo que si hay acuerdo, es en que, cuando comenzó la última sequía, progresó de un modo vertiginoso hasta su desolador final. Una vez más, hay bastante desacuerdo acerca del lapso exacto de tiempo que duró este período.

Se han realizado numerosos esfuerzos por determinarlo, a partir del estudio del grado de erosión que tuvo lugar incluso en los principales y mayores canales, antaño excavados siguiendo arcos exactos o bien líneas rectas, y de su actual grado de erosión, con formas irregulares (como puede verse en el mapa), o que incluso han quedado totalmente sepultados por la arena. Hasta el momento, dichos estudios no han podido aportar ninguna conclusión definitiva.

*Margaret M. Howes, Secretaria de la
División Areográfica
Oficina de Supervisión Colonial
Kahora, Marte*

Notas

[1] Este local debió ser muy famoso y estar abierto durante mucho tiempo, quizá siglos. Aparece citado, además de en esta historia en “*La espada de Rhiannon*”, “*La legión del espacio*” y “*Némesis de Terra*”... <<

[2] Esta droga debía ser especialidad de la casa de Madame Kan, así en “*La espada de Rhiannon*” se dice “Al salir de la casa de Madame Kan, Matt Carse notó que alguien le seguía. Aún resonaba en sus oídos la risa de las muchachas de piel oscura, y los vapores del *thil* nublaban sus ojos como un velo cálido y dulce”. También en Venus existe este producto, véase: “*El behemoth azul*”. <<

[3] Se trata de otro nombre dado al Triángulo. <<

[4] Véase la siguiente historia “*El pirata del agua*”. <<

[5] Bueno, pase el fosfato ácido, pues existen sales del ácido fosfórico que mantienen uno o dos protones, pero el nitrato de nitrógeno (*nitrate nitrogen*), vamos... y eso que el protagonista de la historia es químico. (N. T.). <<

[6] Es la primera noticia que aparece sobre un levantamiento protagonizado por colonos, no por las tribus marcianas como en “*La reina de las catacumbas marcianas*” o “*El camino de Sinharat*”. (N. T.). <<

[7] Debe tratarse de los *keshi* y los *meshi*, las tribus más importantes que vagabundean por los desiertos marcianos. <<

[8] Ya se ha liado y mira que llevaba bien el razonamiento químico de esta última parte. Los cítricos: naranjas, limones, mandarinas... contienen **ácido cítrico**, no son en modo alguno alcalinos (es decir básicos)... claro que los cítricos marcianos ¡vaya usted a saber! (N. T.). <<

[9] Esta tribu aparece en numerosas historias de Brackett, si bien aquí tiene una formación técnica que no es frecuente en un pueblo bárbaro, se nota que está pasando el tiempo. <<

[10] Valkis es una de las ciudades del Canal Inferior, es muy antigua, ya existía en la época de los océanos, y llegó a ser uno de los puntos principales de oposición a la presencia terrana, en las historias que siguen a esta se encuentran numerosas citas y descripciones de esta ciudad. <<

[11] No tengo muy claro lo que significa aquí la palabra inglesa convoy, por supuesto se puede traducir por la palabra española convoy, pero no queda definido que comprende: a) todas las naves que van juntas para protegerse, b) sólo los escoltas, e) los escoltas y otras naves distintas de las cisternas que también vayan juntas. Dada la fecha en que fue escrita esta historia, 1941, todos los lectores sabrían el significado. Aquí por el contexto debe tratarse del b) ó del c) (N. T.). <<

[12] Debe tratarse de un cristal artificial, muy utilizado en la época que tratamos, véase por ejemplo “*La némesis de Terra*” entre otras historias. <<

[13] En inglés *concave*, obviamente está mal empleado el adjetivo en el original. <<

[14] No se trata del *vaard*, sino de los mismos animales que aparecen en los relatos de Stark. <<

[15] En “*El camino de Sinharat*” se profundiza un poco más en esta servidumbre de los marcianos que viven junto a un canal. <<

[16] PES Poderes Extra Sensoriales (en inglés ESP). <<

[17] Posiblemente sea familia de Eran Mak de Jekkara, que tendrá un importante papel en la lucha definitiva por la liberación de Marte, véase “Némesis de Terra”... <<

[18] **La piedra de luna** es una variedad de la adularia, perteneciente al grupo de los feldespatos, cuyos mejores ejemplares proceden de Ceilán, pero con presencia también en las pizarras cristalinas de los Alpes y el Vesubio. La piedra de luna posee muchas aplicaciones en joyería. Con el mismo nombre se alude también a diversas variedades de minerales feldespatos, el más empleado en joyería es la oligoclasa —de composición química casi igual a la albita—, que pulida adecuadamente se emplea como gema semipreciosa. Parece ser que en Marte también hay, al menos eso cuenta Leigh Brackett. <<

[19] Las camisas de seda de araña venusiana debieron ser una prenda muy común en Marte, al menos entre los terrestres, Stark lleva una al comenzar “*La reina de las catacumbas marcianas*”. (N. T.). <<

[20] La Bandera de las Lunas Gemelas será la bandera del futuro Marte unificado, la que llevarán las naves que participarán en la I Guerra Interplanetaria (“*Reportero Interplanetario*”). (N. T.). <<

[21] Véase “*La espada de Rhiannon*”. (N. T.). <<

[22] La *glasita* debió ser un cristal sintético muy utilizado en Marte, apareciendo en numerosos relatos de Leigh Brackett: “*El pirata del agua*”, “*La joya de Marte*”... <<

[23] Exactamente como Stark, cuya piel era oscura al igual que la de Storm.
<<

[24] Las ciudades comerciales, fundamentales en la época del Triángulo serán tres: Kahora en Marte, N'York en la Tierra y Vhia en Venus. <<

[25] Durante la Guerra de los Pantanos se enfrentaron a la Legión del Espacio y finalmente fueron derrotados. Stark luchó de su lado en contra de los colonizadores terrestres, representados por empresas de minería semejantes a la de Fallon. Véase “*La legión del espacio*”, “*La reina dragón de Venus*”, “*La ciudadela de las naves perdidas*” y “*La reina de las catacumbas marcianas*”. <<

[26] Este tipo de cañón ya era utilizado en la época de Stark, véase “*La reina de las catacumbas marcianas*”. <<

[27] Muchos años después de cuando transcurre esta historia, Vhia será atacada, por la armada ¿marciana? ¿joviana? Iniciándose con ello la I Guerra Interplanetaria. El ataque supondrá la destrucción de la cúpula. Véase *Reportero Interplanetario*. <<

[28] Se trata del gobierno títere impuesto por la Tierra —o mejor dicho de algunos gobiernos de la Tierra pues ésta aún no está unificada—, que agrupa básicamente a las denominadas ciudades estado. Véase “*La sacerdotisa escarlata de la luna loca*”. <<

[29] El Pueblo del Cielo, los Voladores, eran una de las razas que poblaban el antiguo Marte cubierto por las aguas. En las guerras contra los *dhuvianos* y Sark estuvieron del lado de los Reyes del Mar (mal traducidos como Reyes-Almirantes), véase “*La espada de Rhiannon*”. A lo largo del tiempo, debido al endurecimiento del ambiente, fueron perdiendo corpulencia, pero no desaparecieron. En “*El viaje de la Starhope*” se describe el fin de una de estas comunidades al principio de la colonización de Marte. (N. T.). <<

[30] Esta debe ser el arma más característica del pueblo alado en los tiempos modernos, véase “*El viaje de la Starhope*”. (N. T.). <<

[31] Este relato de la Brackett es 40 años anterior a la teoría de los *many worlds* de Everett. <<

[32] Talos era un gigante de bronce, una especie de robot, que protegía a Creta de sus invasores. <<

[33] Este gobierno, que agrupa fundamentalmente a las ciudades estado marcianas más desarrolladas, entre las que está Ruh, Kahora, Karappa... pero no las ciudades del Canal Inferior Jekkara, Barrakesh... Este gobierno fue el que firmó el tratado, conocido como sombrilla, porque tapaba cualquier cosa, con las autoridades terranas, véase "*La sacerdotisa púrpura de la luna loca*".
<<

[34] El emblema de las lunas gemelas es el símbolo marciano por excelencia. Será el emblema de la flota marciana que participará en la I y II guerras interplanetarias. <<

[35] Los reyes del mar vencieron a los *dhuviianos* y a sus aliados de Sark en la famosa guerra que terminó con la liberación de Rhiannon (“*La espada de Rhiannon*”). Tras la victoria se hicieron con el poder en el Marte cubierto por los océanos. <<

[36] En inglés *saloons*, esta palabra da más ambiente de ciudad sin ley del Oeste. <<

[37] Se trata del MPG gobierno títere de la Tierra en el que se encuentran representadas, más o menos, las ciudades estado, se constituyó con base en el denominado “Tratado sombrilla” véase “*La sacerdotisa escarlata de la luna loca*”. <<

[38] Se trata del conocido Triángulo formado por La Tierra, Marte y Venus.

<<

[39] Jekkara es una de las ciudades marcianas más antiguas, fue puerto de mar cuando Marte estaba bañado por los océanos y, a lo que se ve, en estos tiempos había vuelto a ser puerto, claro que espacial. Esta ciudad aparece citada en gran número de relatos de Leigh Brackett, realmente casi en todos.
<<

[40] Este bar de Jekkara, debió durar muchísimo tiempo y fue muy conocido no sólo en Marte sino en todos los mundos a los que acudieron marcianos, así es citado en “La legión Estelar” por un legionario marciano que sirve en Venus, en “la Espada de Rhiannon”, en “El velo de Astellar”... <<

[41] Este cuerpo policial ya existía desde hacía tiempo, dependiendo de la unión de Ciudades Estado marcianas, si bien su importancia y efectividad nunca fue muy grande, siendo frecuente que no se atrevieran a entrar en las ciudades del Canal Inferior Jekkara, Valkis, Barrakesh... véase “El hechicero de Rhiannon” y “El camino a Sinharat”. <<

[42] Pues *khamsin* no es palabra marciana sino que viene del árabe y significa una tormenta seca de arena; la palabra le debió gustar a Leigh Brackett, pues también aparece en “*La reina de las catacumbas marcianas*”. <<

[43] Los *shunni* junto con los *keshi* y los *mekhi* son los tres pueblos nómadas principales de Marte, apareciendo citados, unos u otros en casi todas las historias de Leigh Brackett; los *shunni* participarán en la primera rebelión marciana, en la que también intervendrá Stark, véase “La reina de las catacumbas marcianas” y también en la segunda, véase “El camino de Sinharat”. <<

[44] Valkis, es una metrópoli antiquísima, que ya era famosa cuando Marte estaba cubierto por las aguas y uno de cuyos habitantes, Boghaz Hoi, tuvo una actuación destacada en la guerra que opuso a los Reyes del Mar con los *dhuviianos* véase “La espada de Rhiannon”. Será el primer centro de reunión de los ejércitos de los pueblos marcianos que planearon la primera rebelión marciana. La antiquísima ciudad no debió cambiar prácticamente nada con la colonización terrestre, pues en el año 2418 d. C en que se desarrolla “El pirata del agua” la descripción de la misma no ha cambiado desde tiempos de Stark.

<<

[45] Sobre la desapariciones en Valkis, véase “*La joya de Marte*”. <<

[46] Las danzas y otros rituales más tenebrosos se encuentran muy extendidos en Valkis, véase “*La sacerdotisa escarlata de la luna loca*”. <<

[47] Se refiere al Triángulo y a su estructura política la Organización de Mundos Unidos. <<